

Cómo contar estrellas

AINHOA GARDACHAR MARRERO



SIREN  BOOKS

Cómo contar estrellas

AINHOA GARDACHAR MARRERO

SIREN  BOOKS

© de la obra: Ainhoa Gardachar Marrero, 2023
© diseño de cubierta y guardas: Marta Gil Farcha, 2023
© de la corrección: Patricia Rouco Ferreiro
© fotografía de autora: Mónica Romero García
© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2023
info@sirenbooks.es
<https://sirenbooks.es/>
ISBN: 978-84-126641-3-3
IBIC: YFM
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

*Para mi hermana Nuria, que sepas que todavía me acuerdo del botellazo que me diste
cuando éramos pequeñas. Te quiero.*

«Puedo escribir los versos más tristes esta noche; escribir, por ejemplo: la noche está estrellada y tiritan,
azules, los astros, a lo lejos».
PABLO NERUDA

«Detesto lo que escribes, pero daría mi vida para que pudieras seguir escribiéndolo».
VOLTAIRE

Hay algo que la llama, una voz distante y suave, imperceptible si no fuera por el silencio sepulcral de su habitación.

Tala abre los ojos cuando palabras que no entiende ahora pero cuyo significado conoció algún día, hace años, se cuelan por la ventana.

El olor a tierra mojada y ganado también entra por la ventana abierta. Tala arruga la nariz, cierra los ojos y finge que está en cualquier lugar menos aquí, en medio del campo y lejos de donde lleva mucho tiempo queriendo estar.

En la habitación principal, al otro lado del pasillo, sus padres hablan en gritos ahogados. Si cierra los ojos, Tala puede imaginarse la voz de su hermana Nina, perdida hace tiempo.

Cuando los abre, se da cuenta de que la voz no está perdida, no del todo.

Estrellas bajo el mar, Micah Nguyen



Hoy en día las librerías no son necesarias. Los libros se descargan en páginas pirata, en webs que no encuentras a no ser que te pongas a buscar a consciencia o en un internet que, por mucho que me esfuerce, no soy capaz de descifrar. Más allá de las ilegalidades, no hacen falta librerías porque existen bibliotecas, y no hacen falta bibliotecas físicas porque las hay *online*. Y si cualquiera de estas cosas falla, siempre queda Amazon.

Al menos, eso es lo que piensa mi hermana Amelia. Teniendo en cuenta que yo trabajo en una librería y que su ex mejor amigo acaba de publicar un libro, la idea es bastante graciosa.

Pero mi hermana no tiene ni idea de lo que habla. ¿A quién no le gustan las librerías? Son los sitios más apacibles y tranquilos que hay en el mundo, superando incluso a los bosques apartados de la ciudad o las cafeterías escondidas, esas que están en los sitios que menos te esperas y resguardadas del barullo de las multinacionales.

Las librerías son mucho mejores, no solo porque suelen estar vacías, a excepción de lectores ávidos, sino porque en ellas puedes perderte en tu propio mundo y en *otros*. Puedes sacar un libro de su estantería, el que más te apetezca o llame la atención, y adentrarte en un mundo completamente nuevo, uno con el que no te habías atrevido a soñar antes.

Siempre va a haber libros más interesantes que otros, pero, durante al menos un momento, todos ellos son nuevos y fascinantes, una realidad que en ninguna otra ocasión serías capaz de vivir. A mí me gustan las librerías porque me ofrecen libertad, una vía de escape del mundo ordinario; entre libros ya no soy Eugenia Silva de Salva Guardia. Entre libros puedo ser quien me dé la gana.

Fue mi madre la que me introdujo en el mundo de los libros. Lo intentó también con Amelia, pero con ella no tuvo tanto éxito. Mientras que yo me convertiría en una friki de los libros, mi hermana seguiría el camino de mi padre y la cocina. A ella no le gustan las cafeterías escondidas y silenciosas, sino el ruido y entusiasmo de bares bien conocidos y llenos hasta rebosar.

Pero suficiente sobre mi hermana.

Mi madre me llevó a una librería por primera vez cuando tenía cuatro años, y lo recuerdo todo como si fuera ayer. Amelia acababa de empezar clases de *ballet* —obligadas, tengo que decir, porque mi hermana no iría a *ballet* por voluntad propia en la *vida*— y en lugar de dejarme en casa viendo la televisión como normalmente haría, decidió que esa sería una tarde de chicas.

La tarde de chicas consistió en mi madre arrastrándome a su librería favorita, Los

Iluminados, un local tan repleto de libros que apenas cabían personas. Por aquel entonces mi yo de cuatro años no llegaba a comprender cómo de importante serían los libros para mi yo del futuro, pero recuerdo que me pasé la hora y media que estuvimos allí dentro rodeada de libros ilustrados, libros *pop-up* y álbumes mudos mientras mi madre se arrinconaba a mi lado y leía cosas de mayores.

A partir de entonces se convirtió en un ritual que no cesó, ni siquiera cuando Amelia dejó *ballet*. Todos los jueves, mi madre y yo sacábamos tiempo de donde no había para ir un rato a Los Iluminados a leer, compartir y comprar más libros de los absolutamente necesarios. El dueño de la tienda, un hombre mayor con tres gatos llamado Víctor, nos conocía por nombre y nos trataba como si fuéramos familia.

Los libros ilustrados pasaron a ser libros para niños, que se convirtieron en libros juveniles y luego clásicos. Cuando pienso en mi infancia, Los Iluminados es el primer lugar que se me viene a la cabeza: es donde crecí, el sitio en el que todos mis sueños se hacían realidad con tan solo el pasar de una página.

Es lo que más echo de menos de Argentina. En Salva Guardia hay varias, pero ninguna es igual que Los Iluminados; ninguna comparte el olor a libro viejo, las tapas de los tomos más antiguos o el sonido de la gotera de la trastienda, el maullido de los gatos de Víctor o los téis que a veces nos traía cuando mi madre y yo nos enterrábamos entre demasiadas palabras.

Los Iluminados siempre va a tener un lugar especial dentro de mi corazón. No es solo el lugar en el que empecé a leer, sino también a *escribir*. Esa, no obstante, es una historia para otro momento.

Una de las cosas que más me gustaban de la librería de Víctor era el silencio que te acogía nada más entrar. No había altavoces con música, ni personas de cháchara detrás de las estanterías, ni los tap, tap, tap de dedos sobre una pantalla de móvil. Cuando entrabas a Los Iluminados nadie te molestaba. El silencio era sepulcral.

En la librería donde trabajo ahora, La esquina 43, hay de todo menos silencio. Ahora mismo ni siquiera me escucho *pensar*.

Ni siquiera se oye la música *k-pop* de la que Silvia es tan fan y de la que no puedo escapar. Normalmente pactaría con quien fuera para que los altavoces se rompieran y así dejar de escuchar canciones en coreano, pero es que no me había encontrado en esta situación nunca: voces sobre voces sobre gritos, tantas que es imposible distinguir unas de otras.

Si entra otra persona, reventamos.

—Perdón —murmuro entre dientes, recibiendo un codazo en las costillas que casi me hace doblarme en dos—. Lo siento. *Trabajo aquí*. Necesito pasar.

Nadie me hace caso. No porque no me haga oír, que también, sino porque están todos muy concentrados en la estrella del día como para prestarle atención a una donnadie como yo. ¿Y quién lo haría, cuando Micah Nguyen está al caer? Reciente escritor *best seller*; antiguo habitante de Salva Guardia; ex mejor amigo de Amelia.

Una chica bastante más bajita que yo me agarra de la camisa al pasar a su lado y tira fuerte para llamar mi atención. Al girarme hacia ella le doy con la coleta en la cara a alguien, que se queja, pero no le doy demasiada importancia. Hay tanta gente a mi alrededor que no creo que sepa que he sido yo.

—¿Qué pasa?

—¿Sabes cuándo va a salir Micah? Llevamos esperando —señala a una chica todavía más bajita que ella a su lado y luego al reloj de pulsera rosa alrededor de su muñeca— casi una hora.

Hace dos años desde la última vez que vi a Micah, pero cuando lo haga dentro de un par de minutos, con suerte, voy a estrangularlo. Es su culpa que haya más de trescientas personas en un local hecho para doscientas como mucho. También es su culpa que esta gente no me deje moverme más de cinco centímetros sin que me pisen o golpeen.

—En cualquier momento —contesto, dispuesta a seguir mi camino, pero la chica no me ha soltado la camisa—. ¿Qué?

Debe escuchar el descontento en mi voz, porque frunce el ceño.

—Se supone que iba a llegar hace *una* hora.

Estrangularlo. Nada más verlo.

—Lo sé, pero hemos tenido un par de inconvenientes.

Es mentira. Lo que ha pasado es que a Micah se le antojó para desayunar un *croissant* de jamón y queso del pueblo de al lado, a veinte minutos, y llega tarde. Puede que no les preste demasiada atención a los amigos de mi hermana, pero si con algo me quedé de su relación con Micah es que el chaval nunca, *nunca* llega puntual.

Ni siquiera a su propia firma de libros.

La chica suspira y abre la boca otra vez, seguramente para seguir protestando, así que me escabullo entre el gentío antes de que tenga oportunidad. Me abrazo a los libros como un pulpo para que no se me caigan; normalmente no me lleva más de dos minutos llevar libros de una punta de la tienda a la otra, pero hoy parece misión imposible. Es como intentar escaparse de un laberinto.

Un chico con el que fui al instituto pero que parece no reconocermelo me pregunta si Micah va a tardar mucho y resopla cuando le digo que no, que solo unos minutos más. Una mujer pone los ojos en blanco cuando le digo que no, Micah no puede firmar otra cosa que no sean libros, mucho menos *su cuerpo*. Una pareja de hermanas se pone de morros y cruza los brazos cuando les contesto que no tengo ni idea del hotel en el que Micah se está quedando —con sus padres, en su casa—.

Todavía no he llegado a la trastienda cuando lo escucho: nombre y apellido, cantados a coro por las cientos de personas que abarrotan la tienda. No tengo que girarme hacia la mesita que hemos preparado para saber que, elegantemente tarde, nuestro invitado ha llegado.

Micah Nguyen.



¿Sabes esa escena en la película de *Lilo & Stitch* en la que Lilo dibuja un boceto de Stitch y lo rellena de rojo según el mal genio que tiene? Si alguien me plasmase sobre un papel y lo colorease según la mala hostia que tengo ahora mismo, no quedaría ni un solo hueco sin pintar. Habría rojo hasta por fuera de las líneas de mi cuerpo.

Por el rabillo del ojo veo cómo Micah aparta la silla de la mesita, sonriente y con el pelo negro revuelto como si fuera un nido de cigüeñas, pero no se sienta. Lleva puesto un polo blanco y vaqueros; por los hoyuelos de las mejillas y la forma en la que saluda al gentío, sacudiendo ambas manos, nadie diría que llega una hora tarde. Apostaría lo que fuera a que el mal humor general por la tardanza se ha disipado al completo.

Si alguien me preguntase cuál fue el momento exacto en el que Micah Nguyen, un *donnadie* de Salva Guardia, se hizo famoso, no tendría ni repajolera idea de cómo contestar. Un día era el mejor amigo de mi hermana —el chico que me revolvía el pelo cada vez que me veía solo porque sabía que me molestaba, el chico que prácticamente aspiraba la comida de mi padre cuando se quedaba a cenar— y al día siguiente era un autor *best seller*.

Publicó *Estrellas bajo el mar* hace un año, en su segundo año de universidad. Para aquel entonces mi hermana ya había cortado toda relación con él, así que la sorpresa de su éxito fue igual de grande para ella que para el resto de la ciudad.

Sinceramente, no sé qué es lo que esta gente le ve de especial al libro de Micah. No me lo he leído —ni pienso hacerlo—, pero solo la sinopsis ya hace que se me quiten las ganas: una chica de granja es llamada por el mar, al que debe acudir para salvar a su hermana. O algo así. No le suelo hacer ascos a ningún libro, pero este no me llama la atención para nada.

¿Tiene que ver que nunca tragase a Micah cuando él y Amelia eran amigos con que no me quiera leer su novela? Puede. De todos modos, no importa si yo me lo he leído o no. Micah tiene más que suficientes admiradores.

Al paso que van, alguno de ellos va a romperme un hueso.

No puedo evitar fruncir el ceño cuando veo cómo Micah se pasa una mano por el pelo, que le vuelve a caer justo donde antes. Le sonrío de medio lado a una chica que da saltitos en primera fila y se sienta por fin en la silla, despatarrándose como si estuviera en su casa. Alguien le da un libro que firma sin perder la compostura.

Pongo los ojos en blanco, pero unas chicas me apartan de su paso con un empujón que evita

que pueda seguir criticando con la mirada a Micah, al que pierdo de vista. Trastabillo con mis propios pies y me choco contra una estantería, clavándome el lomo de varios libros en lo bajo de la espalda. Antes de que pueda recuperar el aliento, un chaval da un salto para poder ver mejor a Micah y cuando aterriza le da un manotazo a los libros que llevo en los brazos, haciéndome perder el equilibrio por completo.

Casi puedo ver a cámara lenta cómo uno tras otro, los libros se me escurren y caen al suelo encima de varios pies.

—Joder —mascullo, una mano en la espalda y otra en la sien. Debería haber dicho que estaba enferma esta mañana—. La madre que los...

Una mujer de por lo menos cuarenta años me da un golpe en el hombro —lo que me faltaba — y me mira desafiante, lo que es absurdo porque soy bastante más alta que ella.

—Deberías comportarte —espeta con aires de superioridad. Señala a una niña muy concentrada en su Nintendo que tiene agarrada de la mano y añade—: Hay niños delante, ¿sabes? Deberías ser más profesional, que estás trabajando.

Miro un par de veces a la mujer de pies a cabeza, luego a la niña con su Nintendo y de nuevo a la señora, que no ha apartado la vista de mi persona como si estuviera esperando una respuesta. Pestañeo varias veces, atónita.

¿Es que hoy los astros se han alineado en mi contra? Decido echarle la culpa a Micah Nguyen, al que escucho reír incluso por encima de la multitud. Si no hubiera escrito un libro, no habríamos organizado esta estúpida firma y mi trabajo hubiera sido igual de tranquilo que el resto de los días del año.

—¿No tienes nada que decir, niña?

—El libro de Micah Nguyen está recomendado para edades a partir de dieciséis —contesto de memoria—. No tiene ningún sentido que la *niña* esté aquí.

Lo sé, lo sé. El cliente siempre tiene la razón y toda esa mierda. Silvia no deja de decirme que debería ser más como Maddie, otra de las empleadas de La esquina 43, que nunca se queja cuando Silvia la manda a por cosas a la trastienda y siempre sonríe a los clientes, a pesar de lo pesados o condescendientes que puedan llegar a ser.

Pero es que a veces los clientes *no* tienen la razón. Solo hace falta alguien con las ganas suficientes de decirlo.

Además, en mi contrato queda bien claro que mi trabajo consiste en vender libros, no en satisfacer a madres insoportables.

—Hay hojas de reclamación en el mostrador —le informo con una sonrisa falsa y ojos de corderito—. Micah solo está hasta las dos, así que le sugiero que se dé prisa. Hay mucha gente. No querrá irse sin firma, ¿no?

Me apresuro a coger los libros del suelo y, antes de que la señora pueda decirme algo más, salgo echando leches.

Una vez he llevado los libros a la trastienda, Silvia, que me mira de reojo por haber tardado tanto —y porque probablemente sabe que le he contestado mal a una clienta—, me ordena salir a la calle a controlar que la gente no se cuele en la librería antes de tiempo. Estamos tan llenas que no creo que pudieran hacerlo ni aunque lo intentaran, pero tampoco soy tan tonta como para

cuestionar órdenes de mi jefa.

Observo a Micah mientras me abro paso hasta la salida. Sigue despatarrado en la silla y firmando ejemplares de *Estrellas bajo el mar* con una sonrisa en los labios. El pelo le cae sobre la frente y se lo tiene que apartar de vez en cuando, los ojos le brillan sobremanera cuando un fan nuevo se acerca a él y le susurra algo al oído. Halagos, por la cara de lelo que se le pone.

Se parece a un golden retriever al que acaban de darle unas chuches. El pensamiento me hace soltar una risita; la gente que tengo alrededor me mira como si hubiera perdido un tornillo, pero vuelven a concentrarse en Micah rápidamente.

Nunca fue una de mis personas favoritas, pero una parte de mí quiere acercarse y preguntarle qué tal le va —aparte de su evidente fama como autor—. Era amigo de Amelia, no mío, pero lo veía tanto como a ella cuando iba al instituto. Se pasaba por casa todas las tardes para hacer trabajos o jugar a videojuegos o simplemente porque le gustaba demasiado la comida de mi padre como para resistirse. Lo veía constantemente, es imposible no sentir curiosidad.

Una chica bajita le da un libro. Micah le pregunta algo; ante la respuesta, levanta tanto las cejas que se le esconden tras el flequillo. Luego echa a reír.

¿Se acordará de mí? La duda me asalta de repente y me hace pensar. Yo siempre estaba por ahí cuando venía a casa, mirándolo con cara de mala hostia o contestándole como una niña repelente cuando me hacía preguntas y me metía las manos en el pelo, pero poco más.

Pongo los ojos en blanco.

Apuesto un pie a que no se acuerda ni de mi nombre.

Le echo un último vistazo —está firmando un libro con la lengua entre los labios— antes de salir a la calle. Maddie, que es la encargada de asegurarse de que la muchedumbre no asalte a Micah, me pilla mirando y me saluda con una mano, sonriente. Le devuelvo el gesto y salgo de la tienda.

El aire caliente de julio me da de lleno en la cara, dejándome KO durante un momento. El aire acondicionado de la librería está siempre tan fuerte que a veces se me olvida que estamos en pleno verano.

No sé qué esperaba encontrarme al salir, pero definitivamente no era *esto*. Resoplo cuando veo la cola de gente esperando a entrar en La esquina 43, tan larga que da la vuelta a la manzana.

—Tienes que estar tomándome el pelo...

La firma de libros es solo hasta las dos de la tarde. Son poco más de las once. A no ser que Micah sepa sujetar un bolígrafo con las dos manos y los dos pies al mismo tiempo, no va a conseguir firmar los libros ni a la mitad de esta gente.

Que, por cierto, ¿de dónde han salido? Por muchas vueltas que dé alrededor de la cola, no consigo reconocer a nadie. Me imaginaba que vendría gente de pueblos cercanos, pero ni en mis peores pesadillas pensé que vendría semejante marabunta. Lo único que me consuela es que mi turno se acaba a las dos en punto, así que limpiar la librería y encargarse de las personas furiosas a las que no les ha dado tiempo conseguir su firma va a ser problema de otro.

Hay un póster gigante en la cristalera de la librería que no puedo evitar mirar, a pesar de haberlo visto decenas de veces. Hay una foto de la portada de *Estrellas bajo el mar*, un dibujo del fondo marino, oscurecido debido a la profundidad, en el que flotan todo tipo de criaturas, desde ballenas hasta tortugas y, justo en el centro, sobre la arena, hay una casa. Alrededor del tejado hay dibujados puntos diminutos y blancos que podrían ser tanto estrellas como burbujas.

Me cruzo de brazos y dejo pasar a una pareja a la librería. La tipografía del título podría ser mejor, pero no es una mala portada. Hay un fragmento de la obra escrito debajo de la portada: «¿No piensas venir? ¿No piensas *arriesgarte*?».

¿Podría ser más cliché? Seguro que su libro trata sobre la elegida, una chica aleatoria que de repente se ve sumergida en una aventura a la que *solo ella* puede enfrentarse, con un enigma que *solo ella* es capaz de resolver y con un interés amoroso al que *solo ella* consigue conquistar.

Estoy a punto de soltar otro resoplido cuando me suena el móvil varias veces. Indico a un hombre de mediana edad y a una chica que pasen dentro antes de sacármelo del bolsillo de los pantalones y leer los mensajes que Bruno, mi mejor amigo, me acaba de enviar.

para alguien a quien no le gusta el libro lo miras
mucho 11:32

eugenia, si no dejas de fruncir las cejas te van a
salir arrugas 11:32

puedes parar de hacerle ojitos al póster?? pareces
una acosadora 11:33

Se me escapa una risa cuando dirijo la mirada hacia el restaurante que hay enfrente de la librería y me encuentro con Bruno, saludándome desde detrás del ventanal con una sonrisa de oreja a oreja. Si hubiera sabido que le tocaba trabajar, me hubiera escaqueado y habría ido directa al restaurante.

O no. Silvia me ha amenazado varias veces con despedirme; no quiero arriesgarme demasiado.

El móvil vuelve a sonar.

vienes a comer????
estoy solo hasta las seis 11:36

Por fin la suerte me sonrío. Levanto ambos pulgares en dirección a Bruno, que agita los brazos en el aire como si su equipo favorito de fútbol hubiera ganado LaLiga, y me concentro de nuevo en *no* hacerle ojitos al póster del libro de Micah, demasiado grande para mi gusto.



Pasadas las tres de la tarde, por fin, Bruno me abre la puerta del restaurante. Entro sin siquiera saludarlo y cierro la puerta con el pie antes de dejarme caer hacia delante, confiando en que mi amigo va a atraparme.

—¡Eugenia! —chilla Bruno, su voz una octava más alta de lo normal. Deja caer al suelo una pera a medio comer y se abalanza hacia mí justo antes de que me estampe contra las baldosas violetas—. ¿Se puede saber qué te pasa?

Una vez estoy segura de que Bruno me tiene bien agarrada, me convierto en un peso muerto, lo que le obliga a hacer más fuerza todavía. Si fuera cualquier otra persona ya estaría tirada en el suelo con moratones en las rodillas, pero es Bruno. Él no me va a dejar caer.

—No puedo más —murmuro con un pelín de dramatismo—. Los admiradores de Micah no me han asaltado de puro milagro.

—Eres una exagerada —rechista. Se acerca una silla y me deposita en ella con bastante poca suavidad—. Seguro que no ha estado *tan* mal.

—Cómo se nota que no estabas allí. Ha sido peor de lo que te imaginas.

A las dos menos cuarto, cuando ya estaba contando ansiosa los minutos que quedaban para mi libertad, Silvia salió para avisarme de que iban a alargar la firma un poco más, hasta las tres aproximadamente. Si no quería que me echara a patadas del trabajo, debía quedarme hasta que se fuesen los admiradores, que para entonces se habían multiplicado por cien.

Pensaba que los que había dentro de la librería estaban sacados directamente de una película de terror, pero después de un rato fuera me di cuenta de que los que hacían cola eran peores. No paraban de intentar colarse unos delante de otros y, para cuando anuncié que a partir de las tres menos veinte ya no admitiríamos a más gente, temí que fueran a organizar un motín contra mí.

Aunque nunca he asistido ni organizado una firma de libros, ni en mis pesadillas más turbias me hubiera imaginado que eran tan salvajes. Después de varias horas de pie intentando controlar a una muchedumbre enloquecida, siento el cuerpo como si me hubiera pisoteado un grupo de elefantes.

Bruno no tiene tan mala pinta. Sonríe en mi dirección y se pasa las manos por el pelo color almendra y con más rizos de los que debería ser físicamente posible tener. Le conozco lo suficiente como para saber que se piensa que estoy exagerándolo todo.

—Es Micah —insiste, acercando otra silla y sentándose a mi lado—. ¿Tan famoso se ha

hecho en un año?

—Ya has visto la cola que había.

Bruno se encoge de hombros.

—Estaba demasiado distraído mirándote a ti.

Si no fuera porque sé que mi mejor amigo es gay, el comentario me halagaría hasta sonrojarme. Pero como lo conozco, sé que solo se está riendo de mí. Hago una mueca y me tapo la cara con las manos antes de soltar un gruñido. Estoy tan cansada que no me importaría meterme a la cama y dormir hasta mañana.

Entre gruñido y gruñido escucho la risa de Bruno. Tengo que morderme el interior de la mejilla para no ceder y reírme con él.

—Seguro que ha sido peor para él que para ti —comenta Bruno después de un rato, cuando nuestras carcajadas han cesado. Me destapo los ojos y entorno la cabeza, una pregunta sin palabras. Bruno añade—: Imagínate estar horas y horas firmando libros y sacándote fotos con desconocidos, fingiendo ser más feliz que una perdiz. Debe ser agotador.

Abro la boca de par en par.

—¡No me puedo creer que estés defendiéndolo!

Busco algo para tirarle a la cara, pero lo único que tengo a mi alrededor son platos y cubiertos y no soy tan bruta como para estropear la vajilla cara del lugar de trabajo de Bruno. La pera a medio comer está muy lejos.

—¡No lo estoy defendiendo! Solo estoy diciendo que es un rollo, el chaval debe de estar igual o más muerto que tú.

—¿Sabes que llegó tarde porque se le antojó un *croissant* de un restaurante que está a tomar por culo? Adivina quién tuvo que lidiar con *sus* admiradores.

—Eres superpoco empática.

—Cuando estés en mi lugar ya podrás hablar. Mientras tanto... —Me pongo de pie de un salto, Bruno detrás de mí—. Pensaba que me habías invitado a comer.

Pone los ojos en blanco. Luego hace una reverencia y señala en la dirección de la cocina con una floritura de manos.

—Todo tuyo.

El Estrellato abre a partir de las ocho, así que la tarde es el momento perfecto para preparar mesas, apuntar reservas y dejar todo a punto para la hora de apertura. Los camareros que componen la plantilla van turnándose y cuando Bruno está solo, a veces me invita a pasarme y racanear comida que ha sobrado de la noche anterior.

Puede que no sea el mejor empleado —si alguien se enterase de que me paso tardes enteras aquí con él, le despedirían sin pestañear—, pero Bruno es un camarero bastante decente, al menos por lo que me ha contado. No tengo el dinero suficiente para permitirme comer en un restaurante del calibre del Estrellato, pero las historias de Bruno son suficientes para quitarme las ganas que pudiera llegar a albergar.

Para empezar, es un restaurante de pijos; no pinto ni con cola. Además, si los clientes repipis y exquisitos de los programas de televisión parecen repelentes, los que frecuentan este restaurante son todavía peores. No tengo ni idea de cómo Bruno los aguanta, y solo por eso ya se merece todos mis respetos.

Una vez me contó que un hombre inglés se pidió una menestra de setas con jugo de carne y,

después de haber probado un par de cucharadas, lo llamó para quejarse de que era vegetariano y no podía comérselo. Bruno se llevó el plato sin rechistar; yo le hubiera escupido en la copa de vino.

—Ni se te ocurra elegir *k-pop* —aviso desde una mesa al fondo cuando veo a Bruno acercarse a los altavoces—. Hoy Silvia ha tenido que subir el volumen para que la música se escuchase entre el barullo. Al final, se oía desde fuera.

Podría cantar las canciones hasta del revés.

—Silvia tiene un gusto horrible en *k-pop* —murmura Bruno sin mirarme—. Yo, sin embargo...

Casi se me saltan las lágrimas cuando empieza a cantar una voz aguda y en un idioma que no entiendo pero reconozco. Bruno se ríe ante mi reacción, pero no la cambia. No es que no me guste el *k-pop*, pero escucho tanto en La esquina 43 que me gustaría no hacerlo durante cinco minutos.

—¿Qué hay hoy de comer?

—Macarrones con pesto y pan duro con ajo —chilla Bruno para hacerse oír mientras desaparece por la cocina.

Normalmente le ayudo a poner la mesa, pero no mentía al decir que me duele todo; siento las piernas como gelatina y todavía me tiemblan los brazos por haber tenido que cargar con tantos libros entre el laberinto de personas. Apoyo la cabeza en una mano y estoy a punto de quedarme dormida cuando Bruno vuelve con la comida. Deja mi plato con un *clac* que me despierta del todo.

Abro la boca para comentar lo bien que huelen los macarrones, pero Bruno se me adelanta.

—¿Sabes que Finn Donovan se va en septiembre? ¿A la universidad?

Conozco a Finn. Iba a clase con nosotros en el instituto y en más de una ocasión tuve que sentarme con él, lo que solía acabar en risas por nuestra parte y en broncas por parte de los profesores. Hace tiempo que no lo veo.

—¿Enhorabuena?

Bruno no contesta inmediatamente, pero puedo ver cómo giran los engranajes de su cabeza. Pincho un par de macarrones y mastico mientras piensa su respuesta.

—¿No te apetece irte a ti también?

Me atraganto con la comida.

—Todas las personas con las que fuimos al instituto se han ido, ¿sabes? —continúa Bruno en lo que bebo agua—. Apenas vuelven en verano. —Desde su móvil, Bruno baja el volumen de la música hasta que deja de sonar—. De nuestro año solo quedamos Finn, tú y yo. Y Finn se pira dentro de nada.

Me gusta el pesto, pero de repente me sabe a agua sucia, el olor que desprende el plato me provoca náuseas. Quiero escapar de esta conversación; esconderme debajo de la mesa y taparme con el mantel blanco.

—Dijimos que nos quedaríamos trabajando hasta los veinte —apunto, aunque me falta convicción—. Todavía nos queda un año. ¿Qué más da lo que haga el resto?

—Pero, Nia... ¿no quieres *irte* de Salva Guardia? Llevamos toda la vida aquí encerrados. Tú ni siquiera has viajado desde que viniste de La Plata.

—Tú tienes más fácil viajar, tienes familia en Italia.

—Tú tienes familia en Argentina —contraataca.

No estamos hablando de simplemente viajar, lo sé mejor que nadie, pero es que no quiero discutir sobre universidades y estudios y huir de Salva Guardia, no quiero hacerlo nunca y mucho menos hoy, con lo cansada que estoy.

Cierro los ojos un segundo y la cara de Micah Nguyen se me aparece tras los párpados, el chico que se fue hace dos años a estudiar periodismo y ha vuelto famoso. Sacudo la cabeza para difuminar la imagen.

—Nia, yo... últimamente, estoy...

—No sé por qué tiráis esta comida —interrumpo, metiéndome más comida de la que me cabe en la boca. Bruno suspira—. Ya hablaremos de esto luego, ¿vale? No he comido en todo el día y tengo hambre.

Tengo que esforzarme para tragar la bola de pasta que se me ha formado en la garganta y estoy segura de que tengo la cara más roja que un tomate, una mezcla de vergüenza y ansiedad y algo para lo que no tengo nombre. No es la primera vez que Bruno intenta hablar conmigo sobre irnos a la universidad y sé que no va a ser la última.



Bruno me echa del Estrellato poco antes de las cinco con la excusa de que tiene que limpiar y ultimar los preparativos para esta noche, aunque sé que lo más probable es que quiera estar solo para rumiar nuestra conversación y planear cómo volver a sacar el tema sin que lo ignore como llevo haciendo todo el verano.

Al terminar el instituto, decidimos que íbamos a tomarnos dos años sabáticos para trabajar y ahorrar dinero antes de irnos a la universidad, a diferencia de nuestros compañeros, que se iban a estudiar directamente. Al menos esa fue la excusa con la que convencí a Bruno para quedarse conmigo en Salva Guardia.

La pringada de dieciocho años y con un solo amigo en todo el mundo era yo. Es a *mí* a quien le da miedo irse. Aunque no es miedo exactamente, lo que siento cuando pienso en irme de Salva Guardia es puro pánico.

Todavía me acuerdo a la perfección de cómo, a los once años, mis padres nos sentaron a Amelia y a mí en el sofá del salón y nos dijeron con voces suaves que no íbamos a mudarnos de ciudad, ni de país, sino de *continente*. Volvíamos a la ciudad donde ellos habían crecido, Salva Guardia. Las manos en las rodillas. Los ojos brillantes de mi hermana. La cara de disgusto de mi madre cuando vio lágrimas en los míos.

Amelia es la persona más independiente que conozco; no le importaba olvidar nuestro viejo hogar porque puede construirse uno nuevo donde quiera que vaya. Para mí las noticias fueron un balde de agua fría sobre la cabeza. Me había costado horrores encontrar las pocas amigas que tenía y no quería perder Los Iluminados, tener que aprenderme un nuevo camino al colegio, nombres de calles, tiendas y vecinos.

No quiero volver a tener que pasar por lo mismo. Irme de Salva Guardia sería justo eso: empezar de nuevo, resetear mi vida por segunda vez. Bruno es mi mejor amigo. Si se va él, ¿qué me queda?

Irse es algo que hace todo el mundo en algún momento, pero yo ya me *fui* en su momento, y acabó lo suficientemente mal como para no querer volver a hacerlo.

Bruno no dudó en aceptar cuando sugerí quedarnos un tiempo y ahorrar. Por aquel entonces, el verano no había hecho más que empezar, así que lo único en lo que pensaba era en disfrutar del sol, ir a fiestas y beber hasta quedarse dormido en cualquier cama, incluso las ajenas.

Sin embargo, el verano no es infinito. Una vez terminó, todos nuestros compañeros de clase

empezaron sus respectivas vidas lejos de Salva Guardia, mientras que Bruno tuvo que enfundarse el uniforme del Estrellato. No hacía falta conocerlo bien para saber que se arrepentía. Él no es como yo, asustado de los nuevos comienzos; Bruno se lanza al vacío sin mirar qué hay más allá de donde alcanza la vista. En el fondo, soy consciente de que lo único que estoy haciendo es frenarlo y hacerle perder años de su vida.

Soy lo suficientemente madura como para admitirlo, pero también soy lo suficientemente inmadura para no ponerle fin.

A mí no me importaría pasarme la vida entera en Salva Guardia, viviendo con mis padres y llevando libros de un lado a otro, pero Bruno no va a aguantar mucho más atrapado en la jaula que he construido.

Ya está empezando a formarse cola para entrar al restaurante —gente sin reserva, probablemente—, así que me apresuro a cruzar la calle para desaparecer. No he parado quieta en todo el día y hace calor, así que no debo oler precisamente bien. Eso añadido a las pintas que llevo hace que más de uno me mire de arriba abajo con desdén.

Ojalá no les dejen entrar. Estoy tan concentrada en morderme la lengua y lanzar dagas con los ojos a un par de señoras con abrigos de piel —¿es que no sudan?— que no me doy cuenta de que alguien viene directo hacia mí hasta que me doy de bruces con él.

Es igual de alto que yo, así que mi cara choca con la suya. No nos damos un beso de milagro.

—Ay, joder —mascullo, dando un paso atrás y cerrando los ojos del dolor. Es como si me hubieran dado un puñetazo en la nariz, tan fuerte que se me saltan las lágrimas.

—¿Es que no ves por dónde vas? —espeta el individuo, un chico por la voz grave.

Sacudo la cabeza y resoplo. Entreabro los ojos, pero no veo nada por las lágrimas.

—¿Es que no miras *tú* por dónde vas?

El chico suelta una risa sin ápice de humor, lo que solo consigue cabrearme más. ¿Quién se cree que es? Tengo la misma culpa yo que él, que tampoco me ha visto. Y aunque la tuviera yo sola, eso no le da derecho a comportarse como un imbécil.

Me restriego los ojos con el dorso de la mano para enjugarme las lágrimas. Estoy preparada para cantarle las cuarenta hasta quedarme afónica si hace falta; no sería la primera vez que le grito a un desconocido. Sin embargo, cuando me doy cuenta de quién es, se me atraganta las palabras en la garganta.

Micah Nguyen. La razón de todos mis males. El niño prodigio que se fue sin nada y ha vuelto con todo.

Le señalo con un dedo y le digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Tu libro es una mierda.

No es exactamente mi frase más elocuente, pero solo por el efecto que tiene en Micah vale la pena. Boquea como un pez fuera del agua y abre los ojos negros como platos, confundido y ofendido a partes iguales. Supongo que después de un día entero de admiradores apreciando tu trabajo, que una desconocida te diga que tu libro es una mierda no es muy agradable.

Me duele tanto la nariz que mi sonrisa debe parecer una mueca. Micah abre la boca por décima vez, entrecierra los ojos y se prepara para contraatacar, las palabras en la punta de la lengua.

Antes de que pueda soltar nada, le hago un corte de mangas, me doy la vuelta y corro hasta la parada de autobús.

El oxígeno deja de llegarme a los pulmones, como si estuviese debajo del agua. No puedo respirar, no cuando me agarro la garganta con ambas manos y tampoco cuando cierro los ojos tan fuerte que se me dibujan estrellas tras la mirada.

Asfixiante, atrapada, encerrada en un vacío del que no puedo escapar, en la zona abisal del fondo del mar.

Libero mi garganta y estiro los brazos hacia arriba, músculos en tensión y hombros doloridos, pero no consigo atrapar aquello que busco. Mis dedos agarran ingravidez, espacio desierto.

Los rayos de la luna se abren paso entre las corrientes hacia mí, y abro la boca para decir algo, suplicarle ayuda, pero la luz cegadora me oculta la verdad tras ella: estoy sola.

Fragmento de *Perdida*,
por Anónimo, en el periódico de Salva Guardia



Al día siguiente, durante nuestro descanso, a Maddie le da por hablar de Micah.

—Es muy joven, ¿no? —me pregunta, apoyando la espalda contra la pared del callejón y encendiéndose un cigarro—. Había oído hablar de él y de su libro antes de ayer, pero pensaba que sería un cuarentón o así. No me lo imaginaba de tu edad.

Maddie tiene treinta y tres años y vive con su marido y dos hijas, una de un año y otra de cuatro. Su casa está solo a unas calles de la mía, así que la conozco desde que se mudaron. Vivían en Francia, pero su marido creció en Salva Guardia y quiso volver una vez formó su propia familia.

«Echaba de menos su raíces —me explicó Maddie cuando le pregunté por ello hace tiempo. Los padres de su marido se mudaron con él a la ciudad del amor cuando era pequeño porque consiguieron trabajo allí—. Además, en París hay demasiadas ratas».

Es imposible hacer que se calle cuando se pone a hablar de su familia. Ese día también tuve que escuchar los detalles más turbios sobre cómo dio a luz la primera vez.

—No tiene mi edad —digo ahora. Estoy sentada en una caja de madera dándole sorbitos a un café templado de la cafetería de al lado—. Tiene veintiuno.

—Y tú tienes diecinueve —contesta Maddie mirándome de reojo y sacudiendo la cabeza como si fuera tonta—. Para mí es la misma edad.

Casi la prefiero cuando se pone a soltar chapas sobre sus hijas.

—Micah era amigo de mi hermana, no mío. —No sé por qué estoy tan a la defensiva, pero no quiero que Maddie nos relacione. Todavía me duele la nariz del golpe de ayer—. Además, muchas personas publican jóvenes. No es *tan* impresionante.

Maddie se gira al completo hacia mí y me mira con las cejas enarcadas y el cigarrillo entre los labios, una sonrisa juguetona en su rostro. No me gusta esa sonrisa. Es la sonrisa de los *problemas*.

—¿Qué?

—¿Conocías a Micah Nguyen antes de que se hiciera famoso?

—¿No te apetece contarme algo sobre tus niñas? Dentro de poco es el cumple de la mayor, ¿no?

Maddie suelta una carcajada y se acucilla a mi lado.

—¿Por qué lo odias tanto? —Los ojos verdes de Maddie brillan con la misma ilusión de una

adolescente cotilla—. ¿Teníais algo y fue mal?

Me levanto tan rápido de la caja que el café se me desparrama por las manos y vaqueros. Suelto un taco y me giro hacia Maddie, que sigue encogida y me mira impaciente. Esta no es la dirección que esperaba que esta conversación tomara.

—No —digo, secante—. Era amigo de Amelia, no mío. No creo ni que se acuerde de mí, Maddie.

—¿Y por qué te cae tan mal?

Buena pregunta. No sé la razón exacta, pero la sangre me hierve cuando alguna niña se acerca al mostrador a preguntar si nos queda algún ejemplar de *Estrellas bajo el mar*, o cuando Amelia comenta algo sobre él a la hora de cenar, o cuando ayer durante la firma Silvia se puso a sacarle fotos para colgar luego en el Facebook de La esquina 43.

No lo aguento. ¿No es eso suficiente? A veces se odia a las personas sin motivo alguno.

Maddie no va a tragarse nada de eso, así que me encojo de hombros y tiro el vaso a la papelería. No se mueve. Abro la boca para inventarme algo rápido y salir del paso, pero se me adelanta.

—¡Ya sé! —grita Maddie, dando un salto y poniéndose de pie—. Era el novio de tu hermana, ¿a que sí? Por eso lo odias, porque le rompió el corazón.

No puedo evitarlo, de verdad que no. Intento contenerme, pero se me acaba escapando la risa. Maddie es capaz de montarse infinidad de películas en la cabeza, pero esta trama es la última que me hubiera esperado.

—Maddie...

—Es eso, ¿a que sí? Como Amelia no quiso ir a la universidad y Micah, sí, tuvieron una bronca de proporciones extremas, gritos y lágrimas e insultos. Y entonces... —Ni siquiera me molesto en intentar frenarla; quiero saber cómo termina esta historia, por muy inventada que sea—. Entonces Micah le dijo que en realidad no la quería tanto —continúa Maddie, tan emocionada que el cigarrillo casi se le cae de la boca—, o algo parecido, y tu hermana quedó destrozada. Así que ahora lo odias por ella, por Amelia.

No podría imaginarme a Amelia llorando por alguien, mucho menos por Micah. La última vez que la vi derramar una lágrima fue cuando mis padres la obligaron a ir a clases de *ballet*.

—Siento defraudarte, Maddie —digo, incapaz de borrar la sonrisa socarrona de mis labios—, pero mi hermana nunca podría salir con alguien como Micah.

—No sé por qué no...

—Maddie, Amelia es lesbiana. —La sonrisa de mis labios se ensancha a la par que la sorpresa se hace presa de la cara de Maddie, todo un poema—. Me ha gustado tu historia, todo hay que decirlo.

En realidad, Maddie tiene algo de razón. Mi hermana y Micah nunca tuvieron ese tipo de relación, pero se pelearon antes de que él se fuera a estudiar a otro país.

Amelia nunca le contó a nadie el porqué, pero recuerdo verla de bajón durante unas cuantas semanas, en especial cuando Micah cogió un avión para no regresar hasta mucho después. Estaba más... callada de lo normal. Como metida en una burbuja. Dos días después de la partida de Micah le robé un jersey del armario y ni siquiera se enfadó al enterarse.

Que Micah me caiga mal no tiene nada que ver con esa historia. Mi hermana y sus amigos me incumben más bien poco.

Así que me encojo de hombros otra vez y le guiño un ojo a Maddie, que de morros está muy graciosa. De todas las personas con las que trabajo, es mi favorita.

—A Silvia le va a dar algo si no volvemos pronto —digo, señalándome la muñeca a pesar de no tener reloj—. El descanso terminó hace cinco minutos.

Me apresuro a desaparecer por la puerta antes de que Maddie tenga oportunidad de decir algo más. El prospecto de tener que trabajar hoy después del día que tuve ayer no me hacía especial gracia, pero las conversaciones de Maddie siempre consiguen alegrarme, así que ahora estoy de bastante buen humor.

La librería está casi vacía. La música apenas se distingue entre el sonido de pasos de las pocas personas que hay alrededor. No tengo motivos para pensar que algo va a estropearme el día.

Al menos, no hasta que los veo.

Por un lado, Bruno, sonriente y sacudiéndose los rizos, vestido con una camisa que le regalé hace años de su grupo *k-pop* favorito.

Por otro, Micah Nguyen, de brazos cruzados y con la nariz incluso más roja que la mía, mirándome como si hubiera cometido un crimen.



Si no fuera porque ambos chicos ya se han percatado de mi presencia, me daría la vuelta y huiría por donde he venido.

Bruno me saluda con la mano, sonriente, como si fuera la primera vez que me ve en todo el verano y para nada como si ayer nos hubiéramos despedido en un ambiente en el que la tensión se hubiera podido cortar con tijeras. Me muerdo el interior de la mejilla y le devuelvo el saludo, aunque en realidad no estoy demasiado pendiente de él.

Quien tiene toda mi atención es Micah, a pesar de que esté intentando —y fallando estrepitosamente— no mirarlo directamente. Él, al contrario, me está observando abiertamente; siento sus ojos clavándoseme en las mejillas, los brazos y hasta en los dedos de los pies. En cualquier otro momento lo encararía, pero después de lo que hice ayer no me atrevo, no del todo. No porque me arrepienta, ojo. No lo hago. Micah tenía más que merecida una dosis de honestidad. No reacciono a su presencia porque estamos en la librería donde hace menos de veinticuatro horas tuvo lugar su firma de libros y sería mala publicidad para La esquina 43 que me vieran peleándome con él.

Fingiendo que Micah no existe, me dirijo a Bruno. Con un poco de suerte, el tema de conversación de hoy será más ligero.

—¿Qué haces aquí? —No escondo la sorpresa en mi voz, que hace que Bruno alce ambas cejas—. Pensaba que tenías que trabajar.

—Hola a ti también, eh. —Pongo los ojos en blanco y gesticulo con la cabeza hacia el mostrador, donde debería estar. Bruno me sigue obedientemente—. Me han dado el día libre. Venía a ver si querías hacer algo. Han puesto un autocine en el parque a las afueras, ¿vamos?

Micah no se mueve del sitio, como una estatua esperando a ser despertada. Aprieto los puños con tanta fuerza que siento cómo las uñas se me clavan en las palmas de las manos. Una banda de *k-pop* que desconozco berrea una canción ininteligible. Personas que no conozco se pasean por la tienda.

¿*Tanto* le ofendió que le dijese que su libro es malo? Cientos y cientos de personas se acercaron ayer a La esquina 43 por y para él, no pensé que yo fuera a tener un impacto tan grande en él.

O no. Quizá me equivoco y lo único que Micah quiere es pedirme un libro y Bruno, ahora recostado sobre el mostrador, se interpone en su camino. Quizá me estoy montando una película

de proporciones gigantescas.

—¿A qué hora empieza? —Me entretengo con algunos cachivaches esparcidos por el mostrador—. Salgo a las ocho.

—En media hora. —Hace una mueca—. ¿No puedes escaquearte?

Desvío sin querer la mirada hacia Micah, que está justo detrás de Bruno. Lo que me encuentro me cabrea incluso más que su sola presencia en la tienda, porque ahora no me está mirando a mí, sino que se ha girado hacia un grupo de chicas que lo han acorralado y que, por sus sonrisas y ojos brillantes, pareciese que se han encontrado a un actor hiperfamoso.

Siento cómo me hierve la sangre en las venas. No sabría decir exactamente por qué, pero hay *algo* en la sonrisa obviamente forzada de su rostro, en la forma de sus dedos al sujetar el móvil cuando una se lo da para hacer una foto, en los dientes sobre sus labios al mordérselos, en el paso hacia atrás que da cuando las niñas juntan las cabezas para examinar el *selfie*.

Suelto aire por la nariz. No sé cómo mi hermana consiguió aguantarlo tanto tiempo.

Supongo que Bruno se ha cansado de esperar una respuesta, porque sigue mi mirada hasta encontrarse con Micah y sus admiradoras. Se gira tan rápido hacia mí al darse cuenta de quién es que no me extrañaría que le diese un calambre en el cuello. Me agarra las manos con fuerza.

—¡Es Micah! —grita en un susurro—. No sabía que estaba ahí, ¿cómo es que no me has dicho nada?

—Acabo de verlo.

Maddie debería haber aparecido tras de mí, debería estar encargándose de todo esto. Tiene un sexto sentido para adivinar cuándo algo dramático está a punto de pasar; seguro que ha olido el perfume de Micah o sentido sus vibraciones cuando entró a la tienda y por eso se está tomando su tiempo.

Para hacerme sufrir.

—¿Crees que me firmará un autógrafo? —pregunta Bruno.

Me atraganto con mi propia saliva.

—Bruno —siseo, esta vez poniendo toda mi atención en él de verdad—. No puedes ir a pedirle un autógrafo.

—¿Por qué no? Es lo que ellas han hecho.

Tiene razón: una vez sacadas las todas las fotos, las chicas han procedido a pedir firmas. Ni siquiera han comprado los libros todavía, pero Micah se saca un bolígrafo del bolsillo y escribe en ellos.

—No es lo mismo —murmuro—. Ellas no lo conocen; tú, sí.

—No es verdad —rechista—. Tú lo conoces. Yo habré cruzado palabra con él una o dos veces como mucho a lo largo de mi vida. Es guapo.

Pongo los ojos en blanco y le doy un golpe en el hombro a Bruno, que no se inmuta.

—Deja de mirarlo como si fuera un donut, que te va a ver.

—Está muy ocupado firmando libros, no creo que se haya fijado en nosotros.

Ojalá tuviera razón. Esta vez soy yo la que se deja caer sobre el mostrador. Si lo mío ayer con el póster de *Estrellas bajo el mar* era hacer ojitos, no sabría ni por dónde empezar a describir lo que está haciendo Bruno con Micah ahora mismo. Comérselo con los ojos se queda corto.

Durante un momento ambos miramos a Micah Nguyen, Bruno con fascinación y yo con algo parecido al desdén, aunque también con curiosidad. No es el mismo chico de la firma de libros,

el de las sonrisas fáciles y postura tranquila. La sonrisa de ahora es tensa, la postura demasiado rígida.

Me cruzo de brazos. No sé por dónde pillar a este chico.

Bruno es el primero en desconectar.

—En fin —dice, pasándose la mano por el pelo por quinta vez en los diez minutos que llevamos aquí—, ¿vienes o no? Al autocine.

Podría escaquearme si quisiera. Estoy segura de que a Maddie no le importaría quedarse sola la hora y media que queda hasta que cierre la librería. De hecho, una parte de mí grita que me pire cuanto antes y vaya a ver una película de mala muerte en medio de un parque con mi mejor amigo, que va a pasarse el metraje entero tirándome palomitas frías solo por dar el coñazo.

Pero si me voy ahora mismo, nunca sabré qué es lo que Micah quiere de verdad. Enzarsarse conmigo por lo de ayer, comprar un libro cualquiera o, simplemente, hablar con la hermana pequeña de la que una vez fue su mejor amiga —que no creo, pero todo es posible—. La curiosidad me reconcome por dentro y ahoga los gritos de la otra voz.

—Me temo que vas a tener que encontrar otra mejor amiga a la que llevar al cine.

Bruno suelta un suspiro larguísimo y sacude la cabeza, decepcionado con la contestación. No puedo evitar esbozar una sonrisita.

—A ver de dónde me saco otra mejor amiga con tan poco tiempo —se queja, pero escucho la risa tras su fingida agonía.

—No me mientas, tienes un montón de mejores amigas esperando a sustituirme.

—Ahí me has pillado —susurra Bruno, inclinándose sobre el mostrador y dándome un beso en la mejilla—. ¿La próxima?

—La próxima.

Por el rabillo del ojo veo a Micah, cruzado de brazos y fingiendo escuchar a las chicas, que no han parado de darle la brasa a pesar de ya tener sus libros firmados. Por la forma en la que me devuelve la mirada, con el ceño y los labios fruncidos, sé que no está escuchando ni una palabra de lo que le dicen.

Bruno desaparece por la puerta. Le indico a Micah que es su turno con un aspaviento.



En lugar de acercarse al mostrador y decirme lo que quiera que haya venido a decirme, Micah le cede su turno a las chicas. Como un caballero. O como una persona decente. Como alguien que desde luego no es, vaya. Me muerdo la lengua hasta que siento lágrimas picarme detrás de los ojos y luego esbozo la sonrisa más falsa de la historia de las sonrisas.

—Es Micah Nguyen —susurra una de ellas nada más acercarse al mostrador. Las dos se giran rápido hacia Micah y se vuelven hacia mí con sonrisas tontas—. No me lo puedo *creer*.

—Ayer no nos dio tiempo a que nos firmara los libros —me explica la que tiene el pelo de color rosa—. Estuvimos un montón de tiempo, pero al final no pudimos entrar.

—Qué bien —murmuro. Trago saliva; me sabe a sangre—. ¿Pagáis con tarjeta o efectivo?

No pueden tener más de dieciséis años. Tampoco creo haberlas visto nunca en Salva Guardia —recordaría a alguien con el pelo rosa—, por lo que deduzco que deben de haber venido de alguno de los pueblos de las afueras, o incluso desde más lejos, para la firma de ayer, a la que no llegaron.

Me las imagino en la cola de la calle, muertas de calor pero llenas de entusiasmo, extasiadas por poder, al fin, conocer al autor del momento. No como un actor superfamoso, pero famoso igualmente. ¿A qué hora debieron llegar?, ¿cuándo empezaron a hacer fila? Me pregunto si se turnaron para ir a por agua y comida, si no entraron a la librería por los pelos o si les quedaba aún un trecho largo por delante.

Les meto los libros en dos bolsas de papel diferentes. Una pequeña parte de mí no puede evitar contagiarse de la energía de ambas, tan ilusionadas. Solo tienen tres años menos que yo; mentiría si dijese que nunca me he emocionado con la salida de un libro nuevo de uno de mis autores favoritos, que nunca he suplicado a mis padres para que me dejaran ir a una firma.

No obstante, todas las buenas vibras que se habían esparcido por mi cuerpo desaparecen cuando le echo un vistazo a Micah, que tiene cara de haber chupado un limón. Ya no me está mirando a mí, sino a una estantería llena de libros de Agatha Christie.

—Buen fin de semana —canturrea una de las chicas. Me despido de ellas con la mano mientras dan saltitos hasta la salida y, finalmente, desaparecen por la puerta.

Le hago una seña a Micah para que se acerque, aunque finjo estar muy ocupada con la caja registradora para no tener que mirarlo. No lo confesaría en voz alta en la vida, pero la verdad es que algo nerviosa sí que estoy. No tengo ni idea de lo que me espera, pero si me tengo que guiar

por la cara de asco de Micah, apostaría a que no es nada bueno.

No hay nadie más a quien cederle el puesto; no hay nadie más en toda la librería, o al menos eso parece por el silencio sepulcral que ha recaído sobre nosotros. Siento que estoy en el nivel final de uno de los videojuegos con los que Bruno lleva obsesionado desde los quince años, en los que tengo que enfrentarme a un villano poderoso.

Micah y yo somos igual de altos, pero al estar sentada en una silla y él de pie, da la sensación de que se cierne sobre mí con los ojos negros muy abiertos y el pelo en rulos sobre ellos. Si no fuera porque una vez tuve que sujetarle el pelo mientras vomitaba al volver de fiesta, rezando porque mis padres no se despertasen y mi hermana acabase pronto de quitarse el vestido para que me ayudase, Micah me impondría.

Pero como le he visto potar hasta el hígado, doblado en mi baño, llorando y jurando que no iba a beber nunca más, en lugar de imponerme me da risa. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para aguantármela.

—Hola —digo con voz cantarina, sonriente, como si no pasase nada—. ¿Te puedo ayudar en algo?

Ni siquiera se molesta en saludar.

—¿Te has leído mi libro?

La pregunta me sorprende y me confunde a partes iguales. El propósito de actuar como si ayer no nos hubiésemos chocado e insultado era sacarle de sus casillas, pero es él quien me ha descolocado a mí, y eso me enfada más todavía. Dejo de sonreír y me cruzo de brazos.

—Apuesto a que las chicas que acaban de irse sí que se lo han leído —comento en vez de responder—. No parecía que te agradasen mucho, por cierto.

—Son mis lectoras, claro que me agradan —se defiende Micah, pero por la forma en la que se aleja un pelín de mí, casi inconscientemente, sé que está mintiendo. Se recupera rápido—: Eres tú la que no me cae bien.

—Ah, conque te acuerdas de mí. —Hincho el pecho y me llevo una mano al corazón—. Qué detalle. ¡Ahora puedo decir que el *gran escritor* Micah Nguyen es mi amigo!

Me tengo que clavar las uñas en el muslo para no soltar un «lo sabía» al ver la reacción de Micah. Resopla por la nariz y esta vez sí que da un paso hacia atrás, los brazos en jarra y su cara de pocos amigos empeorando si cabe.

Mi hipótesis, confirmada: a Micah no le gusta que le reconozcan la fama. Ayer se había preparado porque la firma de libros era un evento planificado, pero antes, al encontrarse con las chicas, no sabía cómo sonreír del todo, qué decir ni dónde poner las manos. No puedo esconder la sonrisita.

—No somos amigos —murmura un minuto después.

Ahora sí que lo he descolocado.

—Te llevabas de lujo con mi hermana, ¿qué te hace pensar que no puedes ser mi amigo?

—Tú no eres para nada como Amelia.

Ay. Intento no dejar ver lo mucho que me molesta o duele u ofende ese comentario, pero al igual que Micah no ha sido capaz de ocultar el desdén hacia su propia fama, yo no debo esconder muy bien mis sentimientos. Micah esboza una sonrisa socarrona, para nada como las anteriores, y se inclina hacia mí.

—¿Por qué no te gusta mi libro?

—¿Sabes qué? —le espeto, poniéndome de pie porque estoy harta de que me mire desde arriba—. Eres un vanidoso. ¿Qué más te da que piense que tu libro da asco? Claramente eres adorado por cientos de personas.

—Porque no te lo has leído, por eso me importa —contraataca. Los pocos clientes en los que no había reparado hasta ahora nos están empezando a mirar—. No deberías criticar un libro sin ni siquiera haberlo abierto.

—Vale, *papá*.

El comentario consigue que se le enciendan las mejillas, pero no cede. Si hubiera sabido que una mala crítica iba a ponerle de tan mal humor, no me habría molestado. O quizá sí. Quién sabe.

—Eres igual de impertinente que hace años.

—Y tú eres igual de imbécil. Ninguno de los dos hemos cambiado mucho.

Prácticamente escucho el rugir de mi corazón contra el pecho, cada vez más y más acelerado, furioso. Hace años, cuando Micah y mi hermana eran amigos, no era para nada así. Micah no me caía especialmente bien, pero nunca me cayó exactamente *mal*. Me parecía un poco pesado, pero nada más. Ahora, si me surgiera la oportunidad, no dudaría ni un instante en darle un puñetazo en los morros, uno bien fuerte para que se callase durante un tiempo.

—Vale —dice, y se da la vuelta.

No para salir de la librería, sino para adentrarse en ella y desaparecer tras una estantería de libros infantiles. Siento unas cosquillas en las plantas de los pies que me urgen a seguirlo, pero no pienso darle la satisfacción de ir tras él como un perrito faldero.

Va a volver, de todas formas. Si hay algo que sé de Micah, es que no abandona una pelea hasta que él tiene la última palabra.

Mientras espero le envío un mensaje a Maddie, que sigue sin hacer acto de presencia. Puede que viese el panorama y decidiese escapar mientras todavía tenía tiempo, pero lo más posible es que quisiese dejarme a solas con Micah para que... yo qué sé. Igual está espiándonos desde alguna de las estanterías.

He aconsejado a una señora mayor sobre qué libro comprarle a su nieta de ocho años y echado un vistazo a las fotos que me ha mandado Bruno para cuando Micah vuelve. Camina rápido, como si tuviera prisa, y lleva un libro en la mano. No me da tiempo a leer el título antes de que lo deje sobre el mostrador con un golpe seco.

Casi me atraganto cuando me doy cuenta.

—¿Quieres comprar tu *propio libro*?

—Sí —contesta alzando la barbilla, claramente orgulloso.

Ni siquiera sé qué contestar. No sé qué cara estoy poniendo, pero por la sonrisa boba de Micah, no es ni bonita, ni grácil.

Sacudo la cabeza y actúo como haría con cualquier otro cliente, precavida en todo momento por si Micah hace algo raro, pero no pasa nada. Se mete las manos en los bolsillos como si no hubiéramos estado discutiendo hace apenas cinco minutos y se balancea de delante hacia atrás sobre los talones, como quien está esperando en la cola del supermercado.

No sé qué se trae entre manos, pero sé que no es nada bueno.

—Veintidós euros —le digo, tendiéndole la bolsa con el libro. Micah se saca una tarjeta azul de la cartera y la sacude delante de mis narices hasta que le acerco el datáfono—. Es un libro caro. No sé por qué la gente se lo compra.

—El precio es proporcional a lo bueno que es.

Si no fuera porque trabajo aquí, se lo tiraría a la cara.

—Hala, ya está. Es tuyo. —Lo miro con los ojos entornados, todavía sin fiarme—. ¿No te dan como ochenta mil ejemplares gratis cuando publicas un libro? No entiendo para qué quieres otro más.

—Ah —Micah levanta el dedo índice y me mira como si supera algo que yo no—, pero es que este libro no es para mí.

No será capaz.

—Ilumíname.

—Toma. —Me devuelve la bolsa de papel, deslizándola por el mostrador hasta que choca contra mis manos—. Así puedes leértelo y valorarlo como es debido. ¡Y gratis!

El momento parece congelarse, y veo por primera vez a Micah de verdad: su sonrisa radiante y ojos oscuros más brillantes que nunca, como si nunca en la vida se hubiera sentido mejor consigo mismo. La bolsa con *Estrellas bajo el mar*, reciente *best seller*, número uno en listas alrededor del mundo, entre nosotros. Devuelvo la mirada a Micah.

Saco el libro de la bolsa y lo tiro al suelo.

—¡No te aguanto! —chillo, como poseída—. ¿Quién te crees que eres? Has tenido la suerte de publicar un libro de mierda, ¿y qué? ¡Ni que fueras Tolkien! Te crees mejor que yo por ser autor, ¿verdad? ¿Es eso?

A pesar de mis berridos, Micah no pierde la expresión de superioridad ni un momento. Ahora sí que me están mirado el resto de los clientes, probablemente con horror, aunque no estoy segura porque no me paro a comprobarlo.

—No me leería tu libro ni aunque fuera el último en la faz de la tierra —finalizo. No es todo lo elocuente que me hubiera gustado, pero estoy tan enfadada que no puedo ni pensar.

—¿Ah, no? —pregunta Micah—. ¿Estás segura, Gen?

Gen. Me llamaba así de pequeña porque sabía que lo odiaba.

—Sí. Segurísima.

Nada podría batirle la sonrisa de la cara, también estoy segura de ello. Tiene un as bajo la manga, sé que lo tiene y no tengo ni idea de qué puede ser.

Estoy a un comentario más de saltar por encima del mostrador y abalanzarme sobre él cuando vuelve a abrir la boca, esta vez paralizándome por completo.

—¿Y si te digo que sé que eres el Anónimo del periódico? —habla bajito, en susurros, mientras la sangre se me hiela en las venas—. ¿Tampoco te lo leerías?

Si esta era la batalla final del juego, acabo de perderla.

Tala tiene la sensación de que está escuchando un monólogo. A todas horas, en lo más profundo de su cabeza, la voz suena y suena. No importa dónde o con quién esté, la voz persiste y no para de susurrar palabras que Tala no tiene ni la más mínima idea de qué significan.

Da igual que chille hasta quedarse afónica o que corra por entre las altas hierbas de la granja de sus padres, la voz no para de perseguirla. Si se tapa la cabeza con una almohada, sube su volumen; si se coloca cascos, la voz encuentra otra forma de molestarla.

No tiene escapatoria.

Los días, semanas, meses incluso, pasan sin descanso ni piedad, y la voz no se marcha. Tala, con bolsas oscuras debajo de los ojos y la piel amarillenta por falta de sueño, argumenta que tiene insomnio cuando alguien le pregunta el porqué de su aspecto.

No es hasta un largo, largo tiempo después, cuando entra de puntillas protegida por la oscuridad de la noche en el cuarto abandonado de Nina, que descubre lo que la voz ha estado intentando decirle.

Cuando sus pies descalzos tocan el suelo de parqué, escucha exactamente lo que la voz murmura.

Estrellas bajo el mar, Micah Nguyen



Lo que suena dentro de mi cabeza no son alarmas, sino una canción de *k-pop* de las de Silvia con muchos gritos e instrumentos y voces diferentes, caos total. Durante un breve momento se apodera de mí la angustia, aunque pronto se convierte en iravergüenzacongojo, todo junto y a la vez.

Nadie sabe que escribo en el periódico porque nunca lo he contado. Ni siquiera a Bruno, que es mi mejor amigo desde hace años, o a Amelia, que más de una vez ha entrado en mi habitación mientras estaba escribiendo.

¿Cómo lo ha averiguado Micah?

Se me hace un nudo en la garganta que no deja que pase el aire. Un hombre se acerca al mostrador con una sonrisa para pagar un libro que le cobro con movimientos automáticos, sin ver del todo lo que estoy haciendo. Podría estar haciéndolo todo mal, regalándoselo, cambiando el libro, pero es que no puedo dejar de mirar a Micah.

El libro sigue tirado a sus pies, abierto por una página aleatoria, doblada.

El hombre se va y pienso que debería decir algo —objetar, contrargumentar, hacerme la tonta—, pero ya es demasiado tarde; mi reacción me ha delatado. Aunque lo negase ahora, no conseguiría nada.

—¿Y bien? —pregunta Micah. Se agacha a recoger el libro, alisando las páginas y posándolo en el mostrador con sumo cuidado, como si fuera un animal y no papel—. ¿No tienes nada que decir?

Oh, tengo *mucho* que decir. Muchísimo, tanto que no sabría por dónde empezar.

Empecé a escribir a los ocho años. Un día, a mi madre le surgió una emergencia en el hospital mientras estábamos en Los Iluminados y no le daba tiempo de pasar por casa y dejarme con mi padre y Amelia, así que me confió a Víctor, que por aquel entonces era casi como un abuelo para mí. Lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer: las horas pasaban y pasaban y mi madre no volvía, y por mucho que me gustase leer, era pequeña y me aburría con facilidad. Víctor debió ver algo en mí, algo que le susurró sin palabras, porque me dijo: «Si estás cansada de los cuentos que ya hay escritos, ¿por qué no escribes tu propia historia?».

Eso es justo lo que hice, lápiz en mano y hoja en blanco sobre la mesa. Escribí una historia que, de hecho, me llevaba rondando la cabeza durante días, una princesa que se escapaba de su cuento al mundo real y tenía que lidiar con lo desconocido; el príncipe que seguía sus huellas,

pero no lograba encontrarla; el brujo que no quería maldecirla, sino enamorarla. Escribí hasta que me dolieron los dedos. Hasta que me quedé sin palabras.

Mi madre comenzó a dejarme sola en la librería cada vez más a menudo. Se iba a hacer la compra, llevaba el coche al taller, arreglaba los papeles para la mudanza y, mientras tanto, yo me sumergía en mundos que nacían y morían en la punta de mis dedos, nuevos y ajenos al resto.

Llenos de faltas de ortografía, mis primeros relatos eran fantasiosos y propios de una niña de ocho años que no tiene ni idea de nada, pero poco a poco fui expandiendo mis horizontes. Palabras más cuidadosas y suaves, menos apresuradas; personajes más complicados y llenos de nudos, mundos más grandes y vivos.

Escribía sobre personas reales y emociones humanas. Sobre mí misma, sobre mis amigos, mi ciudad; lo mucho que iba a echar de menos La Plata y cómo deseaba correr y correr hasta volar sobre el suelo, escapar de un futuro que no deseaba, esconderme tras las nubes. Me cobijaba en una habitación invisible de la que nadie podía sacarme.

Inventaba personajes a los que les daba mis problemas y preocupaciones, mis inseguridades y mis sueños. Si yo no los podía alcanzar, pensaba, al menos ellos lo tendrían todo.

En La Plata solía enseñarle mis relatos a Víctor, que era quien me había metido en el meollo, pero Salva Guardia fue como una isla desierta en la que no tenía nadie a quien recurrir. Era incapaz de contárselo a Amelia porque me daba miedo que se burlase de mí, a mis padres porque me daba vergüenza. Para cuando Bruno se cruzó conmigo, había enterrado el secreto tan hondo que no me atreví a exhumarlo.

Sin embargo, aunque no quisiera que nadie supiera que era yo la que escribía, sí que quería que alguien lo leyese. Víctor era quien me aconsejaba y ayudaba, cuyas opiniones buscaba constantemente, y echaba de menos sus comentarios y las palabras de apoyo. Sabía que no era mala —tampoco buena, quizá decente— y quería, de algún modo, demostrárselo al mundo.

Cuando vi que el periódico de Salva Guardia buscaba nuevos talentos a los que darles voz, no perdí el tiempo con dudas o miedos, sino que me lancé al vacío. Eso sí, bajo Anónimo.

No tenía demasiada fe en que siquiera considerasen mi relato como legible, pero por algún motivo que todavía no he llegado a comprender, les encantó. De hecho, todo lo que les mando sigue encantándoles, historia tras historia, cuentos y aventuras y romances que publican los jueves en digital y papel bajo la seguridad de un anónimo.

—Gen. —La voz de Micah me saca de mi cabeza. La sonrisa se ha disipado un poco de su boca, aunque no lo suficiente—. ¿Qué piensas?

—Que eres un cabrón.

Se echa a reír como si lo que acabase de decir fuera el chiste más gracioso del mundo. Incluso se agarra el estómago con las manos y se dobla por la cintura, riendo y riendo y riendo sin parar.

—Puedo ser un cabrón —dice entre hipidos—, pero soy el cabrón que sabe tu secreto.

No sé qué hacer. No sé qué decir. Si no estuviera bloqueada, volvería a coger el libro y se lo tiraría otra vez, aunque ahora a la cara. Pero no puedo moverme. Por no poder, ni siquiera puedo pensar. Así que me quedo quieta, muy quieta, como si eso fuera a solucionar el problema. Como si ignorar a Micah durante el tiempo suficiente fuera a hacerle desaparecer.

Esto no estaría pasando si no hubiera insultado su libro ayer. Quiero viajar al pasado solo para darme de hostias a mí misma. Mi tozudez me ha metido en este lío y mi tozudez va a tener

que sacarme de él.

Me muerdo la lengua para no soltar todos y cada uno de los tacos que me sé y, con más fuerza de la necesaria, saco de un cajón la placa de «VOLVEMOS EN CINCO MINUTOS» y la dejo en el mostrador con un golpe seco. Micah sigue mis movimientos con los ojos, expectante.

Agarro *Estrellas bajo el mar* con una mano y la manga de la camiseta de Micah con la otra, y tiro de él con fuerza hacia la puerta por la que hace un rato entraba yo —y por la que Maddie debería haber entrado hace mucho—. Micah protesta e intenta zafarse, pero no lo suelto.

—¿Adónde te crees que me llevas?

—Cállate —murmuro entre dientes—. Cállate un momento, ¿quieres? Joder.

Me encuentro a Maddie en el mismo sitio en el que la dejé, apoyada contra la pared y con un cigarrillo en la boca, mirando el móvil distraídamente. Abre mucho los ojos al verme llegar con Micah; ni siquiera tiene la decencia de esperar a que la puerta se cierre antes de lamerse los labios y mirarme como si tuviera un secreto.

—Eugenia —dice, apagando el cigarrillo en el suelo y sonriendo pícaramente—. ¿Qué os tramáis?

—¿Nos dejas solos un momento, porfa? Tenemos cosas de las que hablar. Cosas *importantes*. Código secreto para: voy a cometer un homicidio.

—Hola —saluda Micah, esta vez con su sonrisa practicada. Maddie le devuelve el saludo con la mano—. ¿Qué tal?

—Nunca he estado mejor. ¿Vais a tardar mucho?

—Depende de lo que Gen tenga planeado para mí.

—Gen —repite Maddie, riendo como una niña de doce años.

Tengo que buscarme amigos mejores.

Una vez a solas, le suelto la manga como si quemase, Micah se la recoloca inmediatamente como si estuviéramos delante de un público y no en un callejón sucio. Aprovechando que está distraído, le planto el dedo índice en el pecho y lo empujo contra la pared, haciéndole trastabillar.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo sé qué, exactamente?

Ni siquiera pierde la sonrisa, el muy imbécil.

—¿Cómo sabes que soy yo la que escribe en el periódico? Nunca te lo he contado.

—Un mago nunca revela sus secretos, Gen.

—¡Micah! —grito, frustrada con él por hacerse el sueco, pero también conmigo por estar participando en sus juegos—. ¿Qué quieres, que me arrodille y te suplique que no se lo digas a nadie?

—¿Qué te hace pensar que se lo voy a decir a alguien?

Le doy una patada al suelo y me llevo las manos a la cabeza, despeinándome la coleta en el proceso. Nunca he estado tan enfadada, ni siquiera cuando hace dos años mi hermana entró a mi cuarto cuando estaba en el viaje de fin de curso después de pelearnos y me pintó las paredes de verde.

—¿Quieres que te diga que tu libro me encanta, que se merece todos los cumplidos que está recibiendo? —Ante su sonrisa, siento un tic en el ojo derecho—. ¿Qué quieres?

—¿Por qué no quieres que nadie sepa que eres tú la del periódico?

—Porque no.

—Debe de haber una razón.

Me da miedo que se burlen de mí. No lo digo en voz alta. No voy a admitir algo de semejante calibre en voz alta, mucho menos delante de Micah Nguyen.

—Razón que no te incumbe. —Me cruzo de brazos. Micah no quiere decirme cómo sabe que soy yo la del periódico, así que le hago una pregunta diferente—: ¿Desde cuándo lo sabes?

—No te incumbe —repite, socarrón.

Lo mataría. Podría matarlo de verdad, clavarle un cuchillo o darle contra la pared hasta dejarlo irreconocible.

—¿Se lo has dicho a alguien?

—Esto es peor que mis entrevistas —comenta Micah con sorna, obviamente entretenido conmigo—. No se lo he dicho a nadie.

—¿Entonces por qué me lo dices ahora?

—Has insultado mi libro —dice Micah, como si yo fuera tonta por preguntar, como si fuera una respuesta superobvia. Pongo los ojos en blanco; Micah sonrío de medio lado—. Y porque quiero que hagas algo por mí.

—¿Algo por ti? —repito, incrédula.

—Dos cosas, de hecho —aclarar Micah—. La primera es que te leas mi libro. Entero. Y luego puedes decir que es una mierda todo lo que quieras. Eso si sigues pensándolo, claro. Cosa que dudo.

Me está empezando a doler la cabeza y tengo la sospecha de que es culpa de Micah y su ego, más grande que el de todas las personas del planeta junto. Debería haber ido al autocine con Bruno; debería haber escapado cuando tuve la oportunidad. Ahora ya es demasiado tarde.

—¿Qué más? Has dicho dos cosas.

Esta vez, la sonrisa de Micah tiene algo diferente. Esta sonrisa, enseñando los dientes y con la que le salen los hoyuelos en ambas mejillas, me va a perseguir en sueños, va a aparecer en todas y cada una de mis pesadillas. Cuando piense en esta sonrisa me van a entrar ganas de arrancarme todos los pelos de la cabeza.

Uno a uno.

—Quiero que me ayudes a conquistar a tu amigo Bruno.



Probablemente no es el mejor momento ni lugar, pero no puedo evitarlo. Me echo a reír como una descosida.

Micah tiene la decencia de torcer el gesto, no sé si avergonzado ante sus propias palabras o mi reacción, pero se encoge sobre sí mismo y aparta la vista mientras suelto carcajada tras carcajada, cada cual más ruidosa que la anterior. Me tapo la boca con las manos e intento respirar por la nariz, pero pasan al menos dos minutos hasta que dejo de reír y vuelvo a concentrarme en Micah.

—No sabía que fueses tan gracioso —digo, secándome las lágrimas de los ojos—. Qué buen chiste.

—No es un chiste —contesta, completamente serio. Abro la boca para rebatirle, pero Micah se me adelanta—: Voy totalmente en serio.

No hay ni rastro de la sonrisa que hace un rato parecía pegada con cola a sus labios, socarrona y burlona. En su lugar, la expresión que ahora le colorea las mejillas es la de alguien que sabía exactamente el efecto que sus palabras iban a tener, la de alguien que tenía todo preparado hasta el último detalle.

Abro la boca de nuevo, aunque no para rebatirle, sino porque no tengo ni idea de qué decir.

—No sabía que te gustaban los chicos —murmuro.

Micah eleva una ceja.

—Nunca te lo había dicho.

—No voy a ayudarte a *ligar* con Bruno —añado—. Seguro que se te da muy bien flirtear a ti solito.

Observo a Micah de arriba abajo con lentitud, fijándome en cada detalle. Lleva una camiseta de color amarillo chillón y vaqueros cortos negros que culminan en unas alpargatas grises; si bien es llamativo, no es el conjunto más elegante del mundo. Tiene el pelo un poco demasiado largo, un poco demasiado despeinado; tiene ojeras púrpuras debajo de los ojos oscuros, que no dejan de mirarme mientras su boca permanece inmóvil, con los labios rosas sellados. Tiene la piel perfecta, al menos lo que alcanzo a ver.

Objetivamente, Micah no es feo. Cualquier persona —menos yo, *ni de coña*— lo encontraría atractivo. Bruno lo encuentra atractivo.

—Ni siquiera lo conoces —continúo, porque a Micah parece habersele comido la lengua el

gato—. No te puede gustar alguien a quien no conoces. Además, ¿no tienes ya veintiuno? Eres lo suficientemente mayorcito como para necesitar ayuda en estos temas.

Para mi profundo hastío, a Micah mis palabras no parecen ofenderle ni una pizca. Incluso podría decir que se lo está pasando de lujo, si las arruguitas que le salen a los lados de los ojos son alguna indicación. Suelta un suspiro antes de hablar al fin.

—¿No lo vas a hacer?

—No.

—¿Te vas a leer mi libro?

—No puedes ir por ahí obligando a la gente a que se lea tu libro. No.

Vuelve a suspirar, esta vez más dramáticamente, como si estuviera tratando de explicarle algo a un niño que no se entera de las cosas.

—Entonces no me dejas otra opción. —Sin añadir más, se deja caer sobre una caja en el suelo y saca el móvil del bolsillo trasero del pantalón. Toquetea la pantalla con los pulgares sin parar mientras lo miro confusa. Levanta la vista, sacude la cabeza ante mi imagen y suelta otro suspiro—. No quería que las cosas llegaran a este punto, Gen, pero...

Con una floritura, me enseña la pantalla del móvil. Toda la confianza que rezumaba mi tono de voz apenas unos segundos antes se evapora cuando me veo un *tweet* listo para ser enviado al resto del mundo.

@nguyenmicahh

Muchos no la conoceréis, pero Eugenia Silva es el Anónimo de los relatos del periódico de Salva Guardia #sorpresa #SalvaGuardia 🙄🙄

Y odio, *odio*, reaccionar de la forma en la que lo hago, pero no puedo evitar dar un paso atrás y boquear como un pez fuera del agua. Siento los ojos fuera de mis órbitas, la saliva atascada en la garganta y las uñas clavándoseme en las palmas de las manos cuando las cierro en puños. Quiero arrancarle el móvil y tirarlo contra la pared; quiero arrodillarme en el suelo y pedirle por favor que no lo mande.

—No tienes tantos seguidores en Twitter —murmullo, aunque sé que no es verdad.

—Ciento cincuenta mil, ¿pero quién los cuenta? —comenta Micah, despreocupado.

—No lo publicarías. —También sé que no es verdad.

Micah me mira con sorna, perfectamente consciente de que estoy diciendo cosas por decir algo.

«¿Qué te hace pensar que se lo voy a decir a alguien?». Ahora sé exactamente a lo que se refería: quiere mantenerme entre la espalda y la pared, en un constante estado de ¿lo hará, no lo hará?

No sé por qué se pelearon él y Amelia, pero entiendo que mi hermana nunca quisiera saber más de él si se comportaba así con ella también.

Las alarmas versión canción de *k-pop* están de vuelta en mi cabeza, ahora acompañadas de un mantra que suena mucho a *joderjoderjoderjoderjoder*. Quiero salir corriendo del callejón hasta mi casa, meterme bajo las sábanas de mi cama y no salir nunca más. Dejar que mis problemas se solucionen por su cuenta.

Pero eso no es lo que va a pasar si me voy.

Si me voy, Micah va a publicar el *tweet*. Puede que de todos sus seguidores apenas una pequeña fracción sea gente de Salva Guardia, pero aquí los rumores se extienden como la pólvora. Una persona es suficiente para que mi secreto deje de serlo.

—¿Por qué Bruno? —pregunto, intentando ganar tiempo para pensar en algo, cualquier cosa—. No has hablado con él nunca.

—Nuestras madres iban a pilates juntas. —Sacude la cabeza para espantar a una mosca que le revoloteaba cerca—. Alguna vez hablamos en el instituto. Es mono, me interesa.

—Eres un autor famoso, ¿no tienes otra firma de libros o algún sitio al que ir?

—El *tour* de firmas terminaba en Salva Guardia. Tengo *todo* el verano libre.

Jo-der.

Me estrujo los sesos en busca de una excusa, información con la que persuadirle de no decir nada sobre mi secreto sin tener que darle algo a cambio, pero hace demasiado tiempo que no sé de él y de su vida. No tengo absolutamente ningún medio para convencerle de que me deje en paz.

—Bruno no quiere novio ahora mismo —miento.

—¿Sabes que cuando mientes miras hacia la derecha? —pregunta Micah, con esa sonrisa maliciosa de vuelta. Agita el móvil en el aire enfrente de mis narices y chasquea la lengua—. Tic, toc.

No me puedo creer que Micah Nguyen me esté *chantajeando*.

Si me lo hubiera pensado dos veces, a lo mejor me hubiera dado cuenta de las consecuencias que mi respuesta iba a tener en otras personas. En Bruno, a quien atraparía en una red de la que ninguno de los dos saldríamos bien parados. En mi hermana, que hace dos años tuvo una pelea tan grande con Micah que no quiso saber nada más de él y a quien inevitablemente estaría devolviendo a su vida. Debería haber pensado, si no en ellos, en *mí*. En lo egoísta que estoy siendo, en lo impertinente y mala amiga.

Pero no pienso en nada de eso. En su lugar, me imagino a mis padres riéndose de mis palabras. A Amelia, juzgándome como lleva haciendo años, burlándose de todo lo que me gusta. A Bruno, yéndose a la universidad y dejándome sola. A mí misma, insuficiente y fallándole a todo el mundo, descubriendo que aquello en lo que creía destacar solo es algo más en lo que he fracasado.

—Vale.

Micah abre mucho los ojos, como si esto no hubiera estado dentro de sus planes.

—¿Vale?

—Sí, eso he dicho. *Vale*. Te ayudaré a ligarte a Bruno.

—¿Y...?

—Me leeré tu libro —digo a regañadientes—. Pero no puedes decirle a nadie que soy el Anónimo, Micah. A *nadie*.

Se pasa el pulgar y dedo índice por los labios, cerrando una cremallera invisible. Elimina el borrador del *tweet* y me demuestra que ya no queda rastro de él por ninguna parte. Mi secreto está de nuevo a salvo, aunque a saber por cuánto tiempo.

Micah ha ganado la batalla, pero yo voy a ganar la guerra.

—Mañana trabajas, ¿no? Me paso por la mañana y hablamos las cosas. —Me asombra la capacidad de Micah de hablar de esto como quien planea un *brunch*—. Y no pienses que puedes

escaquearte de leer *Estrellas bajo el mar*. Te voy a hacer preguntas.

Estoy a punto de soltar un improprio cuando a Micah le suena el teléfono. Lo coge inmediatamente, sin mirar quién es, y contesta en un idioma que no reconozco y que juraría no haber oído en la vida. Me quedo quieta, mirándolo, esperando... no sé, a que me recite los términos y condiciones del chantaje o algo.

Con un movimiento seco de la mano, Micah se da la vuelta y desaparece del callejón.

Ni siquiera merezco un adiós.

Esto no ha terminado.

El verano está hecho para sudar, montar en bici y dar paseos largos por la ciudad, vueltas y vueltas, sin parar. El verano está hecho para quedar a tomar tantas cervezas como dinero tengas en el bolsillo. El verano está hecho para tumbarse al ras de la orilla, tan cerca que la espuma del mar te toque los pies cuando las olas se intenten comer la arena.

Echo de menos, aun después de seis años, el calor del sol sobre mi piel. La gente suele ponerse triste cuando piensa en el frío del invierno, en los nubarrones oscuros antes de una tormenta. Yo me entristezco cuando recuerdo nadar bajo el agua con los ojos abiertos, la sal del mar escociéndome las rozaduras de las piernas, los bancos de peces huyendo de mi sombra.

Ni siquiera la pequeña ventana de mi habitación alivia el dolor que me supone pensar en el verano y lo que ello conllevaba. Mi madre dice que la mía es una herida que solo el tiempo puede curar, pero, tras seis años, estoy empezando a pensar que ni siquiera el infinito podría devolverme la felicidad.

Fragmento de *Donde no brilla el sol*,
por Anónimo, en el periódico de Salva Guardia



No paro de darle vueltas a lo que acaba de ocurrir.

A pesar de que sigo de tan mala hostia que Maddie no se me ha acercado ni una sola vez mientras limpiábamos la tienda después de cerrar, tengo tantas preguntas que el humor de perros pasa a segundo plano. Cómo, cuándo, dónde, *por qué*. Todas ellas giran en mi cabeza, incesantes y sin respuesta.

¿En qué momento he metido *tanto* la pata para que Micah, de entre toda la gente posible, haya averiguado que soy Anónimo? Me he imaginado cientos de escenarios, cada cual más descabellado que el anterior: Micah entrando a mi cuarto hace años mientras escribía, Micah chantajeando a los editores del periódico como ha hecho conmigo, Micah usando su nuevo poder de escritor *best seller* para hacerse con la información y un largo, largo etcétera, pero ninguno me cuadra, no del todo.

Sin embargo, no es el *cómo* lo que hace que posea un instinto asesino, sino el *por qué*. ¿Por qué justo ahora? ¿Por qué no antes? Micah llegó a Salva Guardia dos días antes de la firma de libros, donde lo vi por primera vez, así que es físicamente imposible que haya descubierto mi secreto recientemente. Además, es la primera vez que vuelve a Salva Guardia desde que se fue a estudiar hace dos años.

Lo que significa que descubrió mi secreto hace años, cuando todavía vivía aquí, pero ha decidido usarlo contra mí *ahora*. ¿Por qué?

Me encamino a la parada de autobús tras despedirme de Maddie, que se queda cerrando la librería. En cualquier otra época del año, las calles estarían desiertas, pero al ser julio el aire rebosa entusiasmo, ganas de perseguir sueños imposibles y de aprovechar oportunidades.

Las terrazas de los restaurantes y bares están llenas, y aunque no escucho conversaciones, sí que oigo risas y palabras dichas con energía, el barullo de adolescentes tomándose una cerveza antes de ir a una fiesta clandestina, adultos tomándose un trago después de un largo día de trabajo. Las farolas a ambos lados de la calle están encendidas y de ellas cuelgan banderines de colores, como todos los veranos.

Incluso los parques están llenos, aunque no de niños, sino de chavales de mi edad e incluso algo mayores que han quedado, pero que no tienen el dinero suficiente para una bebida. Pierdo la cuenta de todos los perros de paseo que veo en mi camino hasta la parada. Escucho el zumbido de luciérnagas revoloteando cerca.

Normalmente, se me pegaría el ánimo veraniego y llamaría a Bruno para hacer algo después del autocine, pero hoy ni siquiera eso me consigue animar. No solo por el lío con Micah, sino porque cada vez que veo a un grupo de amigos, pienso en que el año que viene Bruno se va a ir para no regresar.

No es algo fuera de lo común. Salva Guardia, por muy ciudad que sea, no es demasiado grande. Se le queda pequeña a aquellos que desean una vida entretenida y con aventuras nuevas cada día. La mayoría de las personas que se van no vuelven más que uno o dos días al año para visitar a quienes han decidido quedarse.

Nunca lo hemos hablado, no del todo, pero Bruno nunca ha sentido morriña por nada. No es de los que dejan escapar oportunidades porque les da miedo que algo salga mal, como yo. Él quiere más, más, más; más personas a las que conocer, más sitios a los que ir, más comidas que probar. Salva Guardia, simplemente, no es suficiente.

Me dejo caer en el banco de la marquesina con un suspiro. Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra el cristal a mis espaldas, dejando que la brisa caliente me acaricie las mejillas. Cuando vuelvo a abrir los ojos, me encuentro de bruces con la cara pálida de Micah.

Doy un respingo y me pongo de pie, trastabillando para no tropezarme con los cordones de los zapatos. No es el Micah de carne y hueso que me dejó sola en medio del callejón, sino un cartel con su cara en el que no me había fijado antes. Lleva el pelo más corto, así que debe ser de hace tiempo. Al lado de su foto está la portada de *Estrellas bajo el mar*.

El libro que llevo en el bolso.

—Eres inaguantable. —Para ojos ajenos, debe parecer que me falta un tornillo, hablando con un póster, pero no puedo evitar soltarlo—: Te crees muy listo, pero cuando sea mi turno, no me vas a ver venir.

Lo primero que hago tras salir de la ducha es buscar a Micah en todas las redes sociales habidas y por haber.

Todavía con una toalla alrededor del cuerpo y otra en la cabeza, me encierro en mi habitación, ajusto la silla del escritorio y abro el portátil, que a pesar de tener más años que yo funciona igual de bien que el primer día. No me cuesta demasiado encontrar a Micah; solo tengo que escribir su nombre y apellidos.

Twitter, Instagram, Facebook y una página de Wikipedia, además de docenas de artículos.

Me meto en el primer artículo que aparece, aunque hago clic en el botón de retroceder nada más ver que el artículo empieza describiendo el físico de Micah al detalle. El segundo enlace es una entrada a un blog cuyo título es: «¿Cómo se compagina ser joven, guapo y famoso?». *Puaj*. Siguiente.

El tercer enlace, por fin, trata sobre el escritor y no su aspecto. El artículo comienza con una foto de Micah posando en un traje beis y zapatos rosas a la que sigue una entrevista de hace unos meses. En ella, Micah habla sobre cómo ha pasado de ser un chaval al que nadie conocía a un famoso en toda regla. Mentiría si dijera que no me lo leo de principio a fin.

Tras un par de artículos más que me acaban desesperando, paso a las redes sociales. En Facebook, casi todo son fechas y horarios de su ya terminado *tour* de firmas y enlaces para comprar *Estrellas bajo el mar* en diferentes países y ciudades que me sirven más bien poco.

Instagram, sin embargo, es una mina de oro. Micah sigue a 237 personas, tiene casi quinientos mil seguidores y ha subido 234 fotos. La última es de él en La esquina 43, sentado en la mesa y rodeado de una cantidad abismal de admiradores; aparece esbozando su sonrisa falsa, sujetando un boli de color verde en una mano y un libro en otra. Debajo de la foto ha escrito:

micahhnguyen Agradecido por haber podido firmar mi primer libro en mi ciudad. Sin vosotros esto no sería posible. ¡Muchas gracias de corazón! #SalvaGuardia
#Estrellasbajoelmar ✨

Qué formal. El *tweet* que escribió cuando iba a revelar mi secreto era igual de pulcro, con mayúsculas y signos de puntuación, pero me esperaba otra cosa para su Instagram.

Como si fuera una detective, observo las fotos que Micah ha colgado con ojo avizor. Hay muchas en las que no sale él, sino sus admiradores: haciendo cola en una firma, riendo y con chiribitas en los ojos. Fotos antes de la publicación en las que anuncia que ha escrito un libro. Fotos de paisajes sacadas desde la ventana de un tren, la ventana de un avión, la ventana de un autobús. Fotos de la playa, a raudales, todas de sitios diferentes.

Las fotos que más me interesan son las más escasas y viejas: instantáneas en las que sale Micah antes de ser famoso, con el pelo corto y un grave caso de acné que supongo ha solucionado el tiempo, Micah con dos chicos y una chica rubia, también asiáticos pero algo mayores. Micah y mi hermana cuando todavía eran amigos. Micah posando frente a un árbol, Micah enterrado en la arena de la playa, Micah bajo el agua con los ojos bien abiertos.

Se me escapa una risita cuando leo los *hashtags* que solía poner en ellas, cosas típicas de *boomers* como #amistad, #felicidad o #nomolestar. No ha mejorado demasiado, porque en la última foto en la que sale él, de hace un mes y posando frente a un museo, leo:

micahhnguyen Aprovechando el día en el Museo Leeum #aprendiendo #CoreadelSur
#museos 😊😊😊

Por muy entretenidas que sean las fotos, no hay nada en ellas que me ayude a entenderle un poco mejor. De hecho, incluso me confunden. El Micah que se saca fotos con sus amigos y escribe *hashtags* que podrían ocurrírsele a mi padre no puede ser el mismo Micah que quiere que le ayude a ligarse a Bruno, ni por asomo.

Twitter tampoco es de mucha ayuda. Menos mal que es guapo, porque el contenido que sube es un auténtico muermo. Su última publicación es de hace tres días, avisando de que su *tour* de firmas terminaría en Salva Guardia, y la publicación previa a esa es sobre fechas de firmas anteriores. El resto de su cuenta consiste en *retweets* a fotos de playas, vídeos de animales y — por Dios, él también, no— *tweets* sobre grupos de *k-pop*.

Cierro el portátil. Estoy perdiendo el tiempo.

Y estoy a punto de abrir la ventana y ponerme a gritar cuando escucho la puerta de la entrada, abriéndose y cerrándose. Mi padre grita algo que no consigo entender y quien acaba de llegar contesta de malas formas.

Amelia.

Una idea comienza a formarse en mi cabeza. No es la mejor que he tenido, ni de lejos, pero

es la única que tengo. Me levanto de la silla del escritorio de un salto y me apresuro a vestirme.

Para cuando llego al salón un rato después, Amelia ya está en pijama y despatarrada en el sofá. Se ha recogido el pelo, corto y con destellos rubios después de un arrebató hace algunos meses, y sujeta con ambas manos un vaso de café con hielo.

Está tan concentrada en la televisión que no se da cuenta de mi presencia, así que aprovecho para observarla en su hábitat natural. A mí nunca me ha gustado ver la televisión, pero Amelia podría pasarse días enteros viendo programas malos sobre asesinatos y secuestros, esos que echan de madrugada cuando nadie está despierto. Tiene el ceño fruncido, superconcentrada en lo que dice el comentarista.

Tomo aire por la nariz y lo aguanto durante un momento antes de soltarlo por la boca. Amelia aparta la vista de la pantalla cuando me dejo caer en el sofá, extrañada ante mi compañía —no suelo salir de mi cuarto cuando estoy en casa— y probablemente molesta ante la interrupción.

—Hola —saludo sonriente.

Amelia frunce más el ceño.

—¿Qué quieres? —contesta.

Arrugo la nariz y me llevo las piernas al pecho, reticente, alargando el momento. La pregunta no le va a hacer ni pizca de gracia.

—Ver la tele contigo —digo, como si fuera algo que soliésemos hacer continuamente—. ¿Qué tal el trabajo?

Amelia todavía huele al aceite de oliva y especias del restaurante en el que trabaja como chef. No es tan glamuroso como el Estrellato, pero en el Géminis trabajan bien y no tienen turnos demasiado exigentes, además de que es donde mi padre trabaja como *sous chef* los fines de semana.

Más de una vez he tenido que sentarme y escuchar durante horas a mis padres explicarme los beneficios de sacarme una carrera y tener un trabajo de provecho, pero lo que tuvo que soportar Amelia en su día no tiene ni punto de comparación. Hace tiempo que aceptaron que mi hermana no va a ir a la universidad, pero todavía recuerdo los gritos y peleas de hace dos años, cuando Amelia dijo que iba a trabajar en el Géminis.

—¿Qué quieres, Nia? Estoy ocupada.

—¡Que no quiero nada! ¿Es que no puedo hablar contigo o qué?

No hay respuesta. Amelia pone los ojos en blanco, le da otro sorbo a su café y vuelve a girarse hacia la pantalla como si yo ni siquiera estuviera en la habitación. Mi madre se ríe en la cocina de un chiste malo de mi padre; el comentarista habla sobre el cuerpo descuartizado de un chaval de los ochenta.

El Facebook de Micah era más útil que esta conversación.

—¿Sabes que Maddie se piensa que Micah y tú estabais enamorados?

Con eso sí que consigo llamar su atención. Como si tuviera un resorte, Amelia gira el cuerpo entero para mirarme y por poco no tira el café en el proceso. Arquea las cejas, tanto que se le esconden tras el flequillo, y coge una bocanada de aire.

—Maddie —repite.

—Sí, Maddie.

—Maddie de Madeleine, ¿la de la librería?

—Esa, sí.

—¿Y se puede saber por qué estabais hablando de Micah y de mí? —Amelia deja el café en el reposabrazos y se cruza de brazos—. Sabía que tenías una vida aburrida, pero no *tan* aburrida.

Una vez más, Amelia me recuerda por qué no acostumbro a hablar con ella. Me muerdo la lengua para no soltarle ninguna bordería como haría si no necesitase información.

—Ayer fue la firma del nuevo libro de Micah —comento, aunque sé perfectamente que Amelia sabe esto—. Maddie me preguntó algo sobre él y le dije que no era su amiga, pero tú, sí, y ya sabes cómo es Maddie. Se montó una película en la cabeza.

—No saldría con Micah Nguyen ni aunque fuese hetero. —Amelia se dirige hacia mí, pero parece que está hablando consigo misma—. No sé qué hace aquí otra vez, en su universidad de Corea se le veía muy contento. En la *gran ciudad*.

Esta vez me muerdo la lengua para esconder la sonrisa. No sabía que a Amelia le molestase tanto que Micah estuviese en otro país. Me guardo la información para más tarde y a punto estoy de preguntar algo más, pero Amelia continúa hablando.

—Ni siquiera sabía que le gustaba escribir —murmura, rascándose la frente y sin mirarme, perdida en sus pensamientos—. No me lo he leído. Seguro que escribe fatal.

—¿A que sí?

No puedo evitar soltarlo, quizá un poco demasiado contenta por haberme encontrado a alguien que por fin opina lo mismo que yo. Amelia me mira con curiosidad, una sonrisa pequeña bailándole en los labios. Sacude la cabeza, deshaciéndose la coleta. En la televisión están mostrado un pie separado de su pierna.

—¿Has hablado con él? —me pregunta.

—No. —La mentira sale de mis labios con total naturalidad, tanta que me asusta un poco. ¿Desde cuándo soy tan experta en mentirle a mi hermana?

Amelia no se da cuenta. Se encoge de hombros.

—No lo hagas, Nia. No merece la pena juntarse con él.



Me gustaría poder decir que la preocupación y ansiedad que me causa el hecho de que Micah sepa que soy Anónimo me han mantenido en vela toda la noche, pero estaría mintiendo. Me quedo dormida nada más rozar la almohada.

Sin embargo, no es la alarma la que me despierta ocho horas después, sino el móvil, que no para de vibrar. Una y otra y otra vez, como si quienquiera que me esté mandando mensajes quisiera que le respondiese *ya*, pero no con la urgencia necesaria para llamarme. Vibra tantas veces que casi se cae de la mesita de noche.

Algo perturbada, me restriego los ojos con las manos y desenchufo el cargador del móvil para acercármelo a la cara. Apenas son las cinco y media de la madrugada. Solo se reciben mensajes a las cinco y media de la madrugada cuando ha ocurrido una tragedia.

Ya despierta del todo, me apresuro en desbloquear el móvil. Estoy tan nerviosa que no lo consigo hasta el tercer intento; mis padres y mi hermana están en casa, así que supongo que no serán ellos porque podrían haber venido a buscarme a mi habitación. La única persona que recurriría a mí si algo le pasase es Bruno, y lo último que sé de él es que estaba en el autocine, hace ya unas cuantas horas.

Un último mensaje hace vibrar el móvil antes de que me meta en WhatsApp. Con el corazón en la garganta abro el chat más reciente y, al ver quién es, apoyo la cara contra la almohada y suelto un grito.

No tengo el número guardado, pero reconocería en cualquier parte la foto que aparece al lado porque es una de las que más me llamaron la atención esta tarde. Enfundado en un neopreno azul marino y con gafas de bucear amarillas, le sonrío a la cámara desde debajo del agua.

Micah Nguyen.

Ahogo otro grito antes de leer los mensajes.

Buenos días. 05:36

¿Sabes qué día es hoy? 05:36

Día de empezar a leerte mi libro. 05:36

Hoy trabajas en La esquina 43, ¿no? 05:36

Al final hoy no puedo ir para organizar el plan,
puedes leer todo lo que quieras. :) 05:37

Ni se te ocurra bloquearme, esto es parte del trato.
05:40

Estampo el móvil contra el colchón, bocabajo para así no tener que ver los mensajes de Micah. En lugar de contestar, me tapo hasta la barbilla con las sábanas de corazones y cierro los ojos, deseando quedarme dormida otra vez y transportarme a un mundo en el que no tengo estos problemas.

Pasan los minutos.

Y pasan. Y pasan.

El móvil no vuelve a vibrar, lo que significa que Micah o se ha aburrido del silencio o ha pasado a otra cosa más importante, aunque no tengo ni repajolera idea de qué puede ser más importante que dormir a las cinco y media de la madrugada. Me doy la vuelta varias veces, girando y girando sobre mí misma; aplasto la almohada, me recojo el pelo en un moño y cuento ovejas, pero no me consigo quedar dormida.

No porque no esté cansada, sino porque no puedo parar de pensar en algo.

¿Cómo cojones tiene mi número de teléfono?

La luz de la pantalla del móvil me ciega momentáneamente cuando lo enciendo.

quién te ha dado mi teléfono

La respuesta no tarda en llegar.

Ah, Sí que estás despierta. ¿Me estabas ignorando?
05:58

Un mago nunca revela sus secretos, Gen, ya te lo
he dicho antes. 05:58

Tiro el móvil a los pies de la cama y me vuelvo a cubrir con las sábanas. No voy a gastar ni un minuto más de mi vida en pensar en Micah. Ni *uno*. Al menos, eso es lo que me digo a mí misma antes de que suene el teléfono, esta vez con una llamada entrante.

—¿Qué *quieres*? —gruño, bajito para no despertar a nadie, pero lo suficientemente alto como para que se me note el mal humor.

En lugar de contestar, Micah suelta una risita suave y a media voz al otro lado de la línea. No tengo ni idea de cuál es el chiste y, sinceramente, tampoco quiero saberlo. Lo que sí que me gustaría saber es por qué, *por qué*, me está llamando Micah a las seis de la mañana. Ni siquiera ha salido el sol.

—No sabía que te levantabas tan temprano —dice bajito.

—Eso es porque no lo hago. Tus mensajes me han despertado.

—Podrías haber seguido durmiendo. —Escucho cómo Micah se mueve de sitio, luego algo cayéndose al suelo. Me pregunto si todavía está tirado en la cama como yo, o en la cocina desayunando, o en el baño lavándose los dientes—. O silenciar el móvil. Esa es una buena solución.

Pongo los ojos en blanco. Debería colgarle; si no por pesado, entonces por listillo.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Que qué haces despierto, imbécil. ¿No se supone que estás de vacaciones?

No responde. El ruido de fondo cesa de repente, como si mi pregunta le hubiera hecho congelarse. Me separo el móvil de la oreja para ver si ha colgado —lo que me provocaría un enfado de proporciones descomunales; ¿quién llama a alguien de madrugada solo para colgarle? —, pero el contador del tiempo que dura la llamada sigue sumando. Un minuto. Dos.

Tres.

—¿Micah?

No sé qué bicho me ha picado. Debería aprovechar su silencio para colgarle y seguir durmiendo, para escapar de Micah y su chulería insoportable, pero no lo hago. Me peino el pelo con los dedos y apoyo el cuerpo en el cabecero, incorporándome porque se me está quedando el brazo dormido. Al parecer, he dejado a Micah Nguyen sin palabras.

—Oye, ¿me estás ignorando?

—No podía dormir —dice entonces, rápido y tropezándose con sus propias palabras. Estoy a punto de preguntarle qué bicho le ha picado, pero antes añade—: ¿Te has empezado ya mi libro?

Aj. Sabía que debería haberle colgado.

—No. No lo he empezado. —Le escucho abrir la boca, probablemente para darme la tabarra, así que cambio de tema—. ¿Estás en casa?

—¿Qué, es que tienes ganas de verme?

—De lo que tengo ganas es de que me digas cómo has conseguido mi número de teléfono. ¿Eres un acosador o qué?

La risa de Micah, de nuevo, aunque esta vez un pelín más alta. Es el tipo de risa divertida que se contagia. Sé cuál es el momento exacto en el que se tapa la boca con las manos para que no haga eco por su casa porque las carcajadas se apagan pero no se extinguen, como la llama de una vela oscurecida momentáneamente por la brisa.

—Mis padres están durmiendo —explica Micah sin necesidad de preguntar—. Mac odia que lo despierten y Milo tiene una videoconferencia pronto, así que necesita dormir. Además, Vera tiene el sueño ligero y, como la despierte, mi hermana me mata. —Mucha información. Todavía estoy demasiado dormida para asimilar *tanta* información—. Siempre soy el primero en despertarme —añade Micah. Parece que se ha olvidado de mí y está hablando consigo mismo—. No hay nadie con quien hacer nada, así que...

—Te aburres. —Termino la frase por él.

—Un poco, sí.

—A la próxima, no pienses en mí para *desaburrirte*.

—Sí, sí, lo tendré en cuenta. Perdón.

La conversación no dura mucho más. Acaba muriendo unos minutos después, no sé si porque no estoy despierta del todo y me cuesta seguir el hilo o porque, simplemente, Micah y yo no tenemos nada de lo que hablar. Es él quien sugiere colgar, cosa que hace sin siquiera darme la oportunidad de despedirme.

Me deja sola en mi habitación, igual que hizo en el callejón.

Lo odio.

Al menos el sol ya está empezando a asomar por el horizonte. Sé que no voy a poder

conciliar el sueño una segunda vez, así que me despego las sábanas y quito el pijama, que sustituyo por ropa cómoda y zapatillas de deporte.

Me encuentro a Amelia en la cocina, untando mermelada de fresa en dos tostadas carbonizadas. Se ha recogido el pelo en dos trenzas de las que se escapan la mayoría de los mechones y no deja de mirarme mientras se chupa los dedos. Procuro ignorarla, pero sus ojos se me clavan en la nuca.

—¿Tengo monos en la cara?

Niega con una sonrisa pícaro en los labios.

—¿Con quién estabas hablando tan temprano? —pregunta con voz melosa—. Me has despertado.

—Tú siempre me despiertas por las mañanas.

—Aaah —canturrea. Cierra el bote de mermelada y me señala con el cuchillo de untar—. Conque evitando el tema, ¿eh?

No han pasado ni doce horas desde que me dijo que no hablase con él. *No merece la pena*. Cojo un plátano de la encimera y, sin una palabra más, salgo por la puerta y empiezo a correr, correr, correr hasta que me duelen las piernas, los brazos, el cuerpo entero.

Y cuando no puedo más, sigo adelante.



Unos días después, el reproductor de música se rompe. Normalmente, un reproductor roto significa un reproductor que ha dejado de reproducir música, pero como esto es La esquina 43 y como mi vida parece haber tomado el rumbo de la mala suerte, en esta ocasión un reproductor roto significa un reproductor que no para de reproducir la misma canción una y otra y otra vez a todo volumen.

Creo que no he dicho «reproductor» tantas veces seguidas en mi vida.

Hace rato que perdí la cuenta de las veces que hemos escuchado al mismo cantante repetir las mismas palabras; nunca he odiado tanto el *k-pop* como ahora, aunque tengo que decir que tampoco me había aprendido una canción. Ha sonado tantas veces que ya sé de memoria la letra.

—Por favor —me quejo, mi voz apenas audible sobre la música—, haz que pare.

Maddie, que lleva aproximadamente quince minutos intentando arreglar lo que quiera que se haya roto en el aparato, asoma la cabeza por la trastienda. Pensaba que era imposible que me escuchase desde tan lejos y con tanto ruido, pero debe haberlo hecho porque hace una mueca y me enseña un pulgar hacia abajo.

—¡Lo he desenchufado! —dice a gritos—. ¡Y aun así no deja de sonar! He probado *todo*, Eugenia. Creo que vamos a tener que llamar a Silvia.

Apoyo la cabeza contra el mostrador y suelto un bufido que, por supuesto, nadie es capaz de oír sobre el estribillo de la canción. Es una balada triste que mezcla el inglés y el coreano, así que entiendo solo la mitad: un chaval melancólico que llora la pérdida de su novia, que lo ha abandonado. Me gustaría entender el idioma para enterarme de la otra parte, del por qué lo dejó tirado; con tan poco contexto no sé si sentirme mal por él o por la chica.

Me tapo las orejas con las manos, como si eso fuera a solucionar algo. No ha entrado nadie a la librería en toda la mañana. Cualquier interesado en comprar libros debe de haber cambiado de idea rápido.

Bruno, que se acercó a la tienda pronto por la mañana, lo hizo con los dedos en los oídos y chillando.

—¿Se puede saber qué os pasa? —gritó, no sin una sonrisa traviesa en los labios—. ¡Se escucha la música desde el restaurante, me vais a espantar a los clientes!

Debería dejar de trabajar aquí.

—No podemos llamar a Silvia —le digo a Maddie, que se acerca para escucharme mejor—.

Me gustaría seguir viva, gracias.

Es su semana libre. Antes de irse el sábado por la noche, nos dijo expresamente que solo la podíamos llamar si la librería estaba ardiendo. Somos lo suficientemente mayorcitas como para arreglar nosotras cualquier otro problema —sus palabras, no las mías—. Si la llamamos, aunque sea por accidente, las consecuencias serán terribles.

—Así no vamos a vender ningún libro —se lamenta Maddie, apoyándose también contra el mostrador—. Al menos es una canción bonita —añade.

—Si por *bonita* te refieres a que es insoportable, entonces, sí, es *preciosa*.

—No entiendo qué tienes en contra del *k-pop*. Es como cualquier otro género musical.

—Si te sirve de consuelo, tampoco me gusta el *indie*.

Ninguna de las dos se mueve durante unos minutos, resignadas a lo que nos ha tocado. Nos dejamos ahogar por la canción, que solo entendemos a medias y que es más melancólica que triste, me doy cuenta al escucharla sin las esperanzas de que pare en cualquier momento. A lo mejor busco la letra cuando llegue a casa.

Por razones puramente informativas, claro.

Estoy empezando a tararear la melodía —*horror*— cuando suena la campanita de la puerta. No reacciono inmediatamente porque no es la primera vez que alguien entra a la tienda hoy y tampoco sería la primera vez que ese alguien da media vuelta y huye despavorido, pero esta vez es diferente. No suena la campanita una segunda vez.

Maddie da un respingo nada más ver de quién se trata, como si tuviera un muelle en la suela de los zapatos. Solo por su reacción me hago una idea de quién puede ser, idea que pruebo cierta al erguirme.

—Estaba empezando a pensar que te habías olvidado de mí —mascullo.

Maddie me da un codazo ante mis modales, pero no tiene ni idea de lo que ha pasado entre nosotros.

—Y yo estaba empezando a pensar que esto era una discoteca —contesta Micah, hoyuelos incluidos. Deja una bolsa de libros viejos en el suelo y se cruza de brazos—. ¿Cuál es la ocasión? Se escucha el ruido desde mi casa.

Estoy segura de que eso es mentira, porque Micah vive cerca pero no *tan* cerca. Señalo la bolsa.

—¿Y eso?

—Son para donar, Silvia me dijo el otro día que los trajese. —Arruga la nariz cuando el cantante canta una nota particularmente aguda—. ¿Por qué está tan alta?

—Se nos ha roto el reproductor. —Maddie me da otro golpe, esta vez más fuerte, no sé por qué si ahora no he sido nada borde—. No sabemos cómo arreglarlo.

—Al menos es una canción bonita —murmura Micah.

—¿A que sí? Eugenia no para de quejarse, pero yo creo...

La canción, aparentemente, es un tópico de conversación mucho más interesante y amplio de lo que podría haberme llegado a imaginar, así que dejo a Micah y Maddie hablando sobre ella y aprovecho que están ocupados para escabullirme a la trastienda, donde me encierro. A pesar de que aquí está el reproductor, al no haber ningún altavoz cerca, la música no se escucha tan alta como afuera, lo que es un alivio cuando menos. Compruebo que no me han sangrado los oídos y me deslizo por la pared hasta caer al suelo.

La trastienda es donde, además, guardamos los trastos de Navidad y los libros por colocar en las estanterías. Cuando me siento, lo hago frente a un Rudolph gigante.

Hace unos días que no sé nada de Micah. No ha vuelto a contactar conmigo después de aquellos mensajes de madrugada, así que llevo toda la semana en tensión, no sé si esperando otra llamada clandestina o un artículo de periódico con mi nombre impreso en mayúsculas en lugar de un Anónimo. Una notificación con su nombre. Un *tweet*. Algo.

No obstante, hasta hoy no había dado ninguna señal de vida. Una parte de mí —pequeñita, cabe destacar— no ha parado de preocuparse; que una persona esté despierta a las cinco de la mañana y que se quede muda tras una pregunta de lo más corriente no son signos de estar *bien*, precisamente. Pero no le pregunté en su momento y ni de coña iba a mandarle un mensaje porque no somos amigos, ni de cerca, más bien todo lo contrario.

Ojo, esto no significa que verlo aquí me alivie. Para empezar, sigue guardando mi mayor secreto. Para seguir, todavía no me he empezado su dichoso libro.

Apoyo la cabeza en la pared y cierro los ojos, agradecida por el volumen de la canción. Aquí es casi aceptable, casi hace que la canción me guste un poquitín. Me saco el teléfono del bolsillo de los pantalones y estoy a punto de leer un mensaje de Bruno cuando alguien toca la puerta.

No contesto porque Micah entra antes de que tenga la oportunidad, con hoyuelos permanentes y con su camisa verde fosforito, y cierra la puerta.

—Para eso ni te molestes en llamar —digo entre dientes. Micah no me escucha o finge no hacerlo—. ¿Os habéis aburrido de hablar de *k-pop*?

—Eso nunca, pero esta canción no me deja pensar. He venido a ver si puedo arreglarlo.

Pongo los ojos en blanco. Una vez, cuando tenía alrededor de catorce años, Amelia se trajo a Micah a casa para ver una película que había salido hace poco en la pantalla grande del salón. Tuvieron que llamarme porque ninguno de los dos sabía cómo usar un cable HDMI, así que dudo mucho que Micah sepa cómo arreglar un equipo reproductor.

—¿Quién te crees, Manny Manitas? Ya lo hemos intentado nosotras, no...

Micah pulsa un botón e, instantáneamente, la música cesa.

Después de tanto ruido constante, el silencio se me hace extraño. Puedo escucharme tragar saliva, la sangre rugiéndome en los oídos, incluso los labios de Micah cuando se separan para formar una sonrisa gigante, una que no había visto hasta ahora. Aprieto los dientes y me pongo de pie para estar a su altura, porque que me mire desde arriba no me hace ni pizca de gracia.

—Espero que hayas pensado sobre el tema Bruno —comenta Micah con un tono que cualquier otra persona usaría para hablar del tiempo—. Y que te hayas empezado...

—¿Sabes qué? Me voy a empezar tu libro de mierda solo para decirte lo malo que es y borrarte esa sonrisa de la cara.

Mis palabras no consiguen el efecto deseado, tristemente. La sonrisa de Micah, imposiblemente grande, crece más todavía y, por si no fuera suficiente, es acompañada de una carcajada que hace eco por toda la habitación. Se cruza de brazos y se apoya en la pared contraria, al lado de Rudolph, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Probablemente porque lo tiene.

—Para alguien que escribe —murmura lento, las palabras peleándose por salir— eres muy poco elocuente.

—A Bruno no le gustan los listillos.

—¿Entonces cómo es que sois tan amigos?

—No te recordaba tan contestón.

—La universidad me ha cambiado. —Se lleva una mano al pecho, la viva imagen del dramatismo.

Pongo los ojos en blanco, de nuevo.

—Podrías haberte quedado allí, ¿sabes?

—Pero entonces no tendrías a nadie con quien pasar las tardes.

—Ya te gustaría. —Sacudo la cabeza y le copio la posición: brazos cruzados sobre el pecho. Creo ver cómo baja la mirada, pero un pestañeo y vuelve a tener los ojos fijos en los míos—. Deberías esforzarte en caerme bien, recuerda que soy la mejor amiga de Bruno.

—Ah, pero es que no tienes otra opción más que ayudarme. Eso implica fingir que te caigo de *lujo*, Gen. —El mote me hace poner una mueca que anima más todavía a Micah—. Que, por cierto, ¿cuál es el plan?

Las luces del techo parpadean, llamando la atención de ambos, que nos quedamos embobados con los fluorescentes. Espero que no empiece ahora el incendio del que Silvia nos avisó.

—Había pensado en ir a tomar algo los tres. —Alzo el dedo índice cuando Micah abre la boca, para que no me interrumpa—. Mientras estamos comiendo, yo qué sé, un helado, finjo que mi madre me está llamando y me tengo que ir. Así os quedáis solos y haces lucir tus habilidades de don Juan.

No es la idea más original que podría haberseme ocurrido, pero en las películas siempre parece funcionar. Tampoco es que haya pasado mucho tiempo planeándolo; no quiero que Micah y Bruno acaben siendo *novios* —puaj— y no quiero ayudar a Micah, a pesar de que me tenga a punta de pistola.

—Es un poco cutre —opina Micah—. ¿Crees que funcionará?

—Así podéis hablar y ver si os caéis bien. —Me encojo de hombros—. Te recuerdo que apenas os conocéis. Quién sabe, igual hablas con él y lo odias.

Micah se lleva el dedo meñique a la boca y se muerde la uña pintada de verde, aunque sé que va a aceptar esto porque no tiene otra opción. Soy lo único que tienen en común, así que a no ser que Micah se acerque a Bruno por su cuenta, cosa que sé que no va a pasar, no le queda otra.

—Vale —dice Micah después de un minuto entero—. Dime cuándo y dónde y allí estaré.

Estoy a punto de soltar lo primero que se me venga a la cabeza —una palabrota, por ejemplo — cuando Micah se da la vuelta y desaparece por la puerta, de nuevo sin despedirse. Al parecer es algo común en él.

Lo odio.

Le hago el corte de manga a la puerta, porque aunque Micah no lo vea, yo sí que lo hago, y luego sigo sus pasos.

Tala está lista, y la voz parece saberlo.

Hace varias noches cuando, en un sopor casi febril, decidió que ya era hora de ponerse manos a la obra y buscarle solución a las palabras extranjeras que susurraban en su oído. Ahora, la voz es diferente. Ya no murmura cosas ininteligibles; ahora canta.

Esa fue la señal que Tala necesitaba para saber que estaba haciéndolo bien, para poner en movimiento sus planes. A escondidas de sus padres, llenó una mochila con todo lo necesario para el viaje: ropa, comida y bebida. El cargador de su móvil, aunque no lo use demasiado, y una libreta que lleva años usando de diario. Un cepillo de dientes y calcetines de repuesto. El reproductor MP3 de Nina que Tala robó de su habitación la última vez que entró.

La granja está en completo silencio cuando, con cuidado para no caerse y armar escándalo, Tala sale por la ventana de su habitación y desciende por la pared llena de enredaderas. Ni siquiera el susurro del viento parece querer acompañarla esta noche.

La voz, que ha estado callada hasta entonces, revolotea a su alrededor; Tala puede escucharla incluso cuando no está hablando, un suave murmullo que la alerta de que hay alguien más con ella, de que no está sola.

No obstante, esta vez hay algo diferente.

Tala cierra los ojos y agudiza el oído para no perder detalle, pero no le hace falta nada de eso porque entiende la única palabra que la voz, prácticamente, grita.

Nina.

Estrellas bajo el mar, Micah Nguyen



Me sorprendo a mí misma tarareando la canción interminable mientras espero a Bruno.

No solo he buscado la letra —tanto la original como la traducida—, sino que además he investigado sobre su significado. Al parecer, trata sobre un chico al que su novia ha dejado tirado, cosa que fui capaz de deducir el otro día en La esquina 43; la novedad es que lo dejó tirado porque estaba poniéndole los cuernos con su mejor amigo, de ahí que suene tan melancólico. Según unos foros de dudosa procedencia, está basada en hechos reales.

Estuve metida en esos foros más tiempo del que me gustaría admitir.

Tampoco me enorgullece haberme empezado el libro de Micah. Si pienso en la canción, al menos, no tengo que pensar en las palabras sobre papel.

No porque sean malas, sino todo lo contrario: son *muy* buenas. Tampoco es que lleve demasiado, apenas trece capítulos de cincuenta y dos, pero han sido suficientes para llegar a la conclusión de que estaba bastante equivocada al insultarlo. Puede que la historia no sea entrañable, pero no es una mierda.

En los primeros capítulos introduce a la protagonista, una chica llamada Tala que vive en una granja apartada del resto de la civilización con sus padres. Su hermana, Nina, ha desaparecido por algún motivo sin especificar y Tala la echa terriblemente de menos.

No suelo engancharme a libros que escatiman en diálogos, pero he de admitir que el estilo de Micah te agarra. Solo he leído sobre una granja semiabandonada, las peleas a puerta cerrada de los padres de la protagonista y de su hermana, que traía vida allí adonde fuera, el alma de la fiesta incluso en los lugares más lúgubres. Sin embargo, no puedo evitar querer más, más, más. ¿Por qué Tala se siente tan fuera de sí misma, de quién es la voz que la acosa día y noche?

Si fuese cualquier otro escritor, la prosa resultaría pretenciosa e incluso aburrida, pero Micah hace que funcione.

Sinceramente, hubiera preferido que el libro fuera infumable. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Tragarme mis palabras? ¿Pedirle *perdón*? Un libro que empieza tan bien raramente decepciona, aunque un libro con un inicio tan bueno eleva las expectativas y las fragmenta con facilidad.

Me cruzo y descruzo de brazos, suspirando fuertemente. Me ahueco la camiseta, que ha sido una mala idea allá donde las haya: me queda dos tallas pequeña y es demasiado ceñida. Se me marca *todo*, desde el *piercing* del ombligo que me hice hace dos años —una mala decisión—

hasta el pecho inexistente —mala genética—. Ni siquiera sé por qué me he arreglado. Son Bruno y Micah los que van a tener una cita, no yo.

Si todo sale bien, yo saldré por patas a los diez minutos. Quince como mucho.

No fue fácil que Bruno accediese a venir. El otro día, al mencionarle que Micah y yo íbamos a tomar algo, se le arrugó la nariz y frunció el ceño, una mueca que mezclaba a la perfección confusión y sospecha.

—No lo entiendo —dijo. Arrugó la cara más todavía cuando me encogí de hombros y le pedí que viniera—. ¿No lo odiabas? ¿Y por qué quieres que vaya yo?

Yo hubiera reaccionado igual si los roles hubieran estado invertidos. Me volví a encoger de hombros, esta vez tragando saliva.

—Supuse que querías hablar con él. Ya sabes, después de *babear* al verlo en la librería y eso. —Como todavía no parecía convencido del todo, añadí—: Después de que te fueras, me comentó que estaba muy solo en la ciudad. Casi ninguno de sus compañeros de clase vive aquí, así que me preguntó si quería hacer algo algún día. ¿Cómo iba a decirle que no? —No estaba funcionado. Me mordí la lengua y dije lo primero que se me pasó por la cabeza—: Pensaba que querías que te firmara el libro.

Engañar a mi mejor amigo o que el escritor desvele mi secreto...

No estoy orgullosa de lo que estoy haciendo, pero no me queda otra. Solo espero que congenien en la cita, aunque ahora que lo pienso, quizá debería haber elegido otro lugar; el centro comercial es un horno en verano. Creo que todavía no he visto salir a alguien que no estuviese empapado en sudor. *Sexi*.

Estoy cuestionándome aproximadamente todas mis decisiones cuando alguien me da un golpe en el hombro. Me doy la vuelta, esperando ver a Bruno, pero me encuentro con una cara de tez más clara, ojos verdes y pelo rubio platino que definitivamente no pertenecen a mi amigo.

—Finn —saludo, sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

No esperaba encontrármelo aquí de entre todos los lugares posibles. Creo que la última vez que lo vi fue en la graduación, que no acabó especialmente bien para mí. Pero esa es una historia para otra ocasión.

—Mi madre me ha pedido que la acompañe a hacer unas compras —contesta Finn, que se gira para señalar a la que supongo es su madre—. Debería haberme quedado en casa, al fresco en la piscina. No sé si vamos a salir vivos de ahí dentro.

Como para ilustrarlo, un hombre de mediana edad con manchas de sudor debajo de los brazos y en la frente aparece por la puerta. Finn hace una mueca y se lleva una mano al pecho.

—Escapa mientras puedas —susurra.

—Estoy esperando a Bruno —explico, riéndome bajito—. Llega tarde, para variar.

No menciono a Micah porque no quiero que me asocie con él.

—¿Qué tal está? Hace tiempo que no hablo con él.

Eso es *mentira*. Bruno ha mencionado a Finn más de una —y dos y siete— veces en nuestras conversaciones, así de pasada, como quien no quiere la cosa... Finn se ha dejado el pelo más largo. Finn se va a Barcelona a estudiar. Finn se va. Finn se va. Finn se va. ¿Por qué no nos vamos *nosotros* también?

—Ocupado —digo, apenas reaccionando a mis pensamientos—. Hasta arriba de turnos.

—Dile que descanse de vez en cuando, ¿eh? Que se lo merece. —Finn no alcanza a ver mi

expresión de «oh, no» porque se gira cuando su madre lo llama, y para cuando se vuelve hacia mí ya me he recuperado—. Me reclaman. Vamos hablando, ¿vale?

—Sí, claro. Hasta... otra.

Que descanse de vez en cuando. Que se lo merece. Podría rumiar sobre esas palabras durante días enteros. Finn era mi amigo en el instituto; hasta donde yo sé, Bruno ni siquiera tenía idea de su existencia. Quiero pensar que si algo estuviera pasando entre los dos, Bruno me lo contaría, pero no estoy muy segura de ello.

No obstante, no tengo demasiado tiempo para pensar en ello porque Bruno hace acto de presencia minutos después, jadeando y con la frente perlada de sudor. Se dobla sobre la mitad, manos sobre las rodillas y gafas empañadas.

—Eugenia —dice, o al menos lo intenta entre respiración y respiración—. Estaba hablando con mi primo Elio. He perdido la noción del tiempo, lo siento.

Tengo que morderme el interior de la mejilla para no soltarle ninguna bordería porque, después de todo, Bruno no tiene ni idea de la situación en la que lo he metido; la que debería estar pidiéndole perdón soy yo, en todo caso.

Esbozo una sonrisa que estoy segura de que parece una mueca.

—Si me invitas a un helado, te lo perdono.

—Eso está hecho.

Considero durante más tiempo del estrictamente necesario no hablar sobre mi breve encuentro con Finn porque sé que, si lo hago, Bruno va a seguir la conversación justo donde la dejamos el otro día. Al final me decido a contárselo, puede que porque el calor del centro comercial me esté comiendo las neuronas o porque simplemente soy idiota. Sea por la razón que sea, me arrepiento al instante.

—Habrás venido a comprar cosas para la universidad —explica Bruno, pensativo y sin mirarme a los ojos—. Se va a Barcelona, ¿sabes? Es una ciudad superbonita.

Quiero decirle que sí, que lo sé. Que me lo ha contado ocho veces desde que me dijo que Finn se iba por primera vez, que si vuelve a repetírmelo no me hago responsable de mis actos. Quiero, no, *deseo* que Micah se dé prisa por una vez en su vida y llegue a la hora. Quiero no volver a hablar de esto nunca más, a ser posible.

—Me lo he pensado mejor. —Los ojos de Bruno se iluminan por un instante ante mis palabras; se me aprieta un nudo invisible en el estómago—. Me apetecen tortitas, no helado.

—Oye, Nia.

La camiseta es demasiado ceñida. Los vaqueros, de repente, demasiado cortos, muy apretados, *asfixiantes*. Debería haberme puesto otras zapatillas porque las que llevo me hacen rozadura en el talón, me queman las plantas de los pies. ¿Por qué he elegido el lugar más caluroso de toda la ciudad? ¿Por qué no he elegido un banco en el parque a la sombra de un árbol?

No contesto. Bruno sigue hablando.

—He estado hablando con mi primo.

—Ya me lo has dicho.

—Sí, ya, es que llevo hablando con él unos meses. ¿Sabes que en Florencia ofrecen uno de

los mejores grados en biología marina de Europa? Él estudió allí, también su novio. De hecho, ahora están viviendo allí.

Siento el móvil vibrar en el bolsillo de los vaqueros, pero soy incapaz de meter la mano y revisar el mensaje. A lo mejor es Micah, que ya ha llegado pero no nos encuentra; mi hermana, que me ha visto con él y quiere saber por qué no he hecho caso a su advertencia. Quizá se ha roto el reproductor otra vez. Quizá mi secreto ha sido desvelado.

No encuentro la voz para pedirle a Bruno que por favor, *por favor*, deje el tema para otro momento. Que ahora mismo tengo que concentrarme en que salgan las cosas bien entre él y Micah porque mi anonimato está en juego, lo único que he conseguido hacer bien en esta ciudad desde que llegué hace años. Que no se puede ir porque no soy nadie sin él.

Pero entonces deja de caminar, y yo junto a él. Bruno me coge de la muñeca solo con el índice y pulgar, suave, tan suavemente que sé lo que va a decir incluso antes de mirarlo a los ojos y ver la mueca de lástima en su rostro, los ojos verdes brillantes a punto de partirme en dos.

—Me matriculé en la universidad hace dos meses. Eugenia, me voy el dos de septiembre.



Micah lleva pintadas las uñas del color del mar.

Aunque me esfuerce, soy incapaz de seguir el hilo de la conversación. Sé que Bruno está contando anécdotas en las que yo soy partícipe y que Micah intenta no reírse demasiado fuerte, sujetando con fuerza el vaso de su segundo batido mientras que Bruno no ha tocado el sándwich que se pidió hace casi media hora. Escucho palabras saliendo de la boca de ambos chicos, pero es como si hablasen otro idioma, uno que no conozco.

Y mientras tanto no puedo dejar de mirar las uñas de Micah. De un color tan, *tan* azul que me devuelve a las playas a las que iba cuando era pequeña, el azul cobalto de las olas lamiéndome los pies, el azul brillante del cielo sin nubes, el azul turquesa de las partes menos profundas del océano.

Pienso en sus uñas como quien piensa en un amante, porque si no lo hago sé que voy a echarme a llorar en medio de la sauna que es el centro comercial. Sé que se las muerde porque yo las tengo exactamente igual, tan cortas que casi no queda uña que pintar, y que se las ha pintado recientemente porque la pintura no está descascarillada.

No hay mucho más que observar de sus uñas, así que me fijo en sus dedos. Largos y finos como los de un pianista, hechos para sobrevolar las teclas del instrumento. No hacen falta dedos especiales para escribir a ordenador o sujetar un lápiz, pero no me cabe duda de que Micah hace ambas con maestría, como si hubiera nacido para ello. Me debería enfurecer. No lo hace.

Tiene un corte sobre el nudillo del dedo índice y un manchurrón de tinta negra en la palma de la mano izquierda. Cierro los ojos un instante y me lo imagino garabateando ideas para su próximo libro antes de salir corriendo de casa, trazando personajes e hilando hechos fantásticos. Dibujando a una chica que no se siente ella misma.

Micah reacciona a lo que sea que Bruno le haya dicho abriendo los ojos sobremanera y llevándose la mano manchada de tinta a la boca para esconder una sonrisa que le saca los hoyuelos y le arruga la piel alrededor de los ojos. Luego se lleva una uña a la boca y se la intenta morder, a pesar de que no le quede nada.

Al darse cuenta de que tengo los ojos puestos sobre él, coge el batido, casi vacío, y me sonríe. Abro la boca, aunque no me sale palabra. Debe de ver algo raro en mi cara porque arruga el ceño.

—¿No tienes hambre? —Señala con un movimiento de cabeza las tortitas que me pidió

Bruno y que todavía no he probado. La nata se ha derretido. Micah me da un golpecito con el pie por debajo de la mesa—. Tienen buena pinta.

Bruno me mira con ojos entornados y labios apretados en una fina línea. La anécdota que les estaba haciendo reír hace apenas unos minutos se ha disipado hasta no dejar nada salvo un silencio incómodo.

Ni siquiera sé qué hago aquí. Debería haberme ido hace diez minutos, o hace *más*; si no quiero que Micah desvele mi secreto, debería irme ahora mismo, levantarme de la silla y salir corriendo como alma que lleva el diablo. Pero es como si algo me mantuviese anclada a la silla, como si mis zapatillas estuvieran hechas de plomo y no me dejasen moverme.

—Si no te gustan —añade Bruno, aunque a mí no me sonrío—, siempre puedes dárme las a mí.

Me encojo de hombros, demasiado cobarde para decir nada. He dejado de mirar las uñas de Micah; ahora es él quien me observa a mí con curiosidad. Si no fuera porque estoy al borde del colapso, pondría los ojos en blanco. Se supone que tiene que estar atento a Bruno, su cita, no a mí, su... No sé qué soy exactamente para Micah, la verdad.

¿Chantajeada? ¿Proyecto de verano?

Suspiro.

—Puedes pedir que te las calienten otra vez —comenta Micah—. Tienes todo el tiempo del mundo.

De entre todas las cosas que han dicho a lo largo de la cita y que no he escuchado, *esta* es la que hace que se me encoja el corazón. No tengo todo el tiempo del mundo, ni mucho menos, porque Bruno se va a ir en menos de un mes. Me revuelvo incómoda en la silla y pestañeo rápido para espantar las lágrimas.

Por esto se quiere ir Bruno. Porque no soy capaz de alegrarme por él, porque soy sosa y aburrida y me da miedo salir de una ciudad a la que ni siquiera quise venir en primer lugar. Porque lo que hay ahí fuera es mucho más interesante de lo que hay aquí.

—He perdido el apetito —murmuro, agarrándome las rodillas con fuerza por debajo de la mesa—. Pensaba que tenía más hambre.

No sé qué hago aquí. No tengo ni la más remota idea de qué hago aquí.

Lo peor de todo, la gracia del chiste, es que tampoco quiero irme. No *tengo* adónde ir. Amelia no lo entendería porque ella *nunca* lo ha entendido y mis padres ni siquiera me conocen. Bruno es mi contacto de emergencia, a quien siempre acudo cuando algo va mal, pero esta vez no puedo pedirle ayuda.

—Eugenia. —Micah coloca una mano sobre la mía, sujetándola con fuerza—. ¿Te encuentras bien?

Me muerdo el interior de la mejilla cuando me doy cuenta de que estoy a punto de llorar, por mucho que pestañee o centre la atención en otras cosas. Me tiemblan las manos, tanto que la de Micah se contagia del tembleque, me pica la garganta y me escuecen los ojos.

No quiero que Bruno vea lo patética que soy, aunque quizá ya es demasiado tarde para eso.

No quiero que Micah se dé cuenta de cómo soy en realidad. De que, por mucho que hinche el pecho y alce la barbilla, no soy más que un chiste muy, muy malo.

—Tengo que irme —anuncio de repente. Me levanto y solo evito tirar la silla al suelo porque Bruno tiene muy buenos reflejos—. Me acabo de acordar de que mi madre me necesitaba para

una cosa. Esto... Adiós.

Bruno abre la boca, pero no dice nada, solo me mira. Micah también me persigue con la mirada, pero me doy la vuelta y me marcho antes de que diga palabra.

—Joder —murmuro entre dientes una vez fuera del centro comercial. La luz del sol me da lleno en la cara y me ciega momentáneamente; trastabillo hasta que recupero la vista—. *Joder*.

No me voy a ir de Salva Guardia. *Nunca*. Voy a quedarme sola mientras observo cómo el resto de la ciudad se marcha, una persona tras otra hasta que no quede nadie salvo yo. Acurrucada en una esquina de mi habitación, sin nadie a mi alrededor, porque después de hacerme amiga de Bruno dejé de buscar a otras personas con las que rodearme.

¿Cómo me creía capaz de encerrarle en una ciudad de la que siempre ha querido escapar? Bruno siempre ha ansiado más, más, *más*. No soy quién para negárselo.

Me restriego la cara con el reverso de las manos para secarme las lágrimas, pero tengo los ojos inundados en ellas. No solo me tiemblan las manos, sino todo el cuerpo, desde la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies. Siento cómo se me cierra la garganta y se me agarrotan las piernas; cuando echo a caminar se me queja todo el cuerpo.

El móvil vibra una y otra vez, mensaje tras mensaje y puede que alguna llamada, pero no me paro a mirar. Es como si estuviera en una burbuja: no escucho nada ni a nadie mientras me alejo del centro comercial, me acerco a la plaza de la ciudad y me adentro en el parque. Se me meten piedritas en los zapatos y se me clavan en los pies. La camisa me asfixia, cada vez me aprieta más.

Esto no estaría pasando si nos hubiéramos quedado en Argentina. Lo pienso distraídamente incluso cuando una señora mayor se choca contra mí, aunque igual soy yo la que se choca contra ella. Ninguna de las dos se disculpa. Apenas siento el golpe.

En La Plata tenía mi grupo de amigos. En La Plata era una persona completamente diferente.

¿Por qué Amelia y mis padres parecen haberlo superado? ¿Por qué soy la única que no se ha curado del pasado? Hace ocho años que nos fuimos de Argentina. *Ocho años*. Ha pasado el tiempo suficiente.

¿O no?

En mis ansias por alejarme, me tropiezo con una rama caída y voy de bruces al suelo. Intento coger aire para recuperar el aliento, pero no parece que me funcionen los pulmones, no parece que me funcione ninguna parte del cuerpo.

Se me escapa un sollozo y me abrazo las piernas, enrojecidas por las rozaduras. La boca me sabe a hierro.

Quiero irme a *casa*.

—No —murmuro con un hilo de voz a los árboles, los únicos oyentes—. No, no, no. *Para*.

Pero no puedo parar. Ni de llorar ni de hiperventilar. Ni de pensar en lo mala amiga que soy por dejar a Bruno solo con Micah en el centro comercial y por estar intentando juntarles y por no haberle dejado irse hace un año como quería y por no alegrarme por él, por solo pensar en mí.

¿Qué hice la última vez que me dio un ataque de ansiedad? No lo sé, no lo recuerdo. Me clavo las uñas de la mano derecha debajo de las de la mano izquierda y siento el dolor, los pinchazos, pero no soluciono nada con ello. No sé cómo salir del bucle.

Escucho el móvil, una canción de Bruno Mars vieja que configuré como tono de llamada hace años, cuando me lo regalaron, y que no me he molestado en cambiar. Pienso en no cogerlo, o en cogerlo y tirarlo lo más lejos posible, pero al final presiono el botón de aceptar porque me está empezando a doler el pecho y eso nunca es buena señal.

—¿Gen? ¿Estás bien?

Se me escapa un sollozo. La voz al otro lado de la línea habla y habla y habla cada vez con más urgencia, pero no entiendo nada.

—Ayuda —consigo decir entre hipidos, acallando por fin a Micah—. Micah. *Micah*. No puedo...

—¿Dónde estás? —Su voz sube y baja, como si estuviera moviendo el móvil—. Dime dónde estás y voy a por ti. No te...

Se me escurre el teléfono de las manos, así que no termino de oír lo que dice. Me doy cuenta de que tengo piedrecitas clavadas en las palmas de las manos, supongo que de la caída, pero es como si no estuvieran ahí. Cuando me vuelvo a pegar el móvil a la oreja, Micah me sigue preguntando dónde estoy.

—Parque —contesto, o al menos creo que eso es lo que digo—. La plaza. Estoy, estoy, estoy... parque. El parque.

—No te entiendo, Gen. No... escúchame, haz algo por mí, ¿vale? —Asiento aunque no pueda verme—. Coge aire cuando yo lo haga y suéltalo al mismo tiempo, ¿vale? Venga, coge... uno, dos, tres... y suéltalo. Otra vez, ¿vale?

Respiramos juntos durante lo que podrían ser cinco minutos o una hora. No es un método infalible, porque sigo sin dejar de llorar ni de temblar, por mucho que intente concentrarme en la voz de Micah al otro lado de la línea, pero al menos ya no estoy hiperventilando. Escucho cómo camina, los ruidos de fondo variando entre coches y personas hablando, aunque tampoco estoy muy atenta.

—Estoy en la plaza —dice jadeando—. No sé... Gen, ¿me puedes mandar tu ubicación? No sé cómo encontrarte si no...

—Vale. —Sigo asintiendo con la cabeza y trato de mantener la calma para poner el altavoz y no colgar sin querer—. ¿Micah?

—Sigo aquí. No te voy a dejar sola —me asegura. Me siento inútil sin siquiera poder decirle dónde estoy, como si fuera una niña que todavía no ha aprendido a hablar—. Mándame la ubicación y yo me encargo del resto. No te voy a dejar sola.

En otras circunstancias, que me estuviera repitiendo lo mismo todo el tiempo me frustraría, pero ahora me hace llorar con más ímpetu. Tengo que probar unas cuantas veces hasta darle a los botones adecuados, y cuando por fin consigo mandarle la ubicación a Micah, lo escucho suspirar con alivio.

—Estoy aquí al lado —dice, y si el volumen de su voz es una indicación, diría que ha empezado a correr—. Estoy aquí.



El teléfono se me escurre de entre los dedos cuando veo a Micah acercarse a mí a paso rápido, su móvil todavía pegado a la oreja. Ahora que lo tengo delante no necesito seguir escuchándole para asegurarme que va a venir, y en un segundo todo se desmorona por segunda vez. La burbuja que me envuelve se hace más y más grande, tanto que no puedo ver a través de ella.

Me entierro las manos en el pelo y agarro con fuerza los mechones castaños, apoyando la frente sobre las rodillas magulladas.

Es interminable. No voy a salir de esta. No quiero que nadie me vea de esta forma y al mismo tiempo quiero que alguien venga a ayudarme, quien sea.

—Gen. —El mote que tanto me irrita suena suave en los labios de Micah. Nunca me ha hablado así, ni siquiera cuando era pequeña—. No pasa nada. Estás bien, te lo prometo. No pasa nada.

Sacudo la cabeza y abro la boca para decirle que no estoy bien, ni mucho menos, pero se me escapa un sollozo en lugar de palabras. Me ahogo con las lágrimas y con la saliva, con el peso del mundo sobre mis hombros. ¿Cómo no puede verlo? Encuentro la respuesta rápidamente: alguien que ha viajado tanto como Micah no entendería que a mí me dé tanto miedo irme de aquí.

Se me arremolinan los pensamientos en la cabeza, cada cual peor que el anterior. No escucho a Micah. Me duele la cabeza de tirarme del pelo, pero no puedo dejar de hacerlo porque es lo único que me mantiene anclada al suelo.

—¿Puedo tocarte?

La pregunta, igual de repentina como de inesperada, interrumpe el círculo vicioso en el que me encuentro. Tengo que parpadear varias veces para que la película opaca de mis lágrimas desaparezca, y cuando lo hace me encuentro con la cara de Micah delante de la mía, tan cerca que siento su aliento afrutado sobre la nariz y los labios.

—¿Qué? —Me sorbo la nariz y trago saliva, segura de que he escuchado mal.

—Que si puedo tocarte. —No digo nada. Micah, despacio y sin apartar la mirada, acerca sus manos a las mías, todavía enredadas en el pelo—. Te vas a hacer daño.

Sus manos cubren las mías con cuidado. El aire se me queda atascado en la garganta cuando Micah entrelaza sus dedos de pianista con los míos y, con suavidad, desenrosca los mechones de pelo y me aparta las manos de la cabeza. Me fijo en la mancha de tinta negra como si fuera una

nebulosa.

—Respira —me recuerda Micah, una sonrisa endeble en los labios—. Vamos a hacerlo a la vez, ¿vale? Coge aire durante tres segundos y luego lo sueltas, así. —Micah coge aire exageradamente por la boca y cuenta hasta tres dándome golpecitos con el índice en la mano, todavía entrelazada con la suya. Luego lo suelta todo por la nariz, también dramáticamente. Intento copiarle, pero estoy empezando a hiperventilar otra vez, la burbuja engulléndome—. Mírame a mí, Gen —dice Micah, tirando un poco de mí. Sus manos tiemblan al ritmo de las mías—. ¿Cuántos lunares tengo en la frente?

Qué pregunta más tonta: Micah no tiene lunares. Parece leerme la mente, porque su sonrisa se ensancha y libera una mano para levantarse el flequillo, que oculta tres lunares oscuros, uno encima de la ceja derecha y dos en la sien izquierda.

—Tres —jadeo.

Sus hoyuelos hacen acto de presencia esta vez. Me da un golpecito en la nariz con mis propios dedos.

—Tú no tienes lunares, pero sí pecas. Es imposible contarlas.

—De pequeña lo intentaba —murmuro.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Me ponía delante del espejo. —Me gusta contar esta historia, pero mi voz me traiciona—. Me... cogía un rotulador y... y... Joder, no puedo, no, no...

—No pasa nada, Gen, tenemos tiempo. —Se me saltan las lágrimas, pero Micah parece no notarlos—. Venga, respira conmigo, ¿vale? Al mismo tiempo.

Si bien consigo coger aire por la nariz y soltarlo por la boca, tengo el corazón demasiado acelerado como para ir al mismo tiempo que Micah. No obstante, no desiste: sigue abriendo y cerrando la boca con dramatismo, hinchando y deshinchando el pecho como si la vida le fuera en ello, y después de un rato le alcanzo y lo comenzamos a hacer al mismo tiempo.

Le huele el aliento al batido de fresas que se estaba tomando en la cita. Como si se tratase de una ola en la playa, el pensamiento me hunde hasta el fondo del mar.

—Bruno. —Micah deja de respirar con exageración cuando escucha el nombre de Bruno—. Estabas... ¿Por qué no estás...? Micah, se supone...

—No te preocupes por eso. Ya lo hablamos luego, ¿vale? Ahora concéntrate en respirar.

A pesar de que la voz de Micah no es algo en lo que piense regularmente, ahora es todo lo que ocupa mis pensamientos. Como en el centro comercial con sus dedos, doy vueltas y vueltas a su tono: gentil y suave como la seda. La misma voz grave que resentí en la librería el día de la firma, pero con algo diferente. Algo que no descifro. No quiero que deje de hablar.

—¿Quién es Vera?

Recuerdo el nombre que mencionó cuando me llamó de madrugada. Recuerdo la conversación entera, su desaparición y su risa silenciosa.

—Mi sobrina. Tiene cuatro meses. —La sonrisa de Micah crece y crece—. Mi hermana Moira está pasando el verano en Salva Guardia con ella porque su marido ha tenido que irse a Italia por trabajo.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta —dice Micah, encogiéndose de hombros—. Mis hermanos tienen treinta y dos y treinta y cuatro, soy el pequeño de la familia.

—Fuiste un accidente.

Se me escapa una carcajada pequeñita. La sonrisa se le cae de los labios y Micah me mira como si fuera un cometa muy raro o una explosión.

—Ya, me lo dicen bastante. Mis padres me aseguran que fui planeado, pero... en fin, que no se lo cree nadie.

—Lo siento —suelto de repente, sin venir a cuento—. No deberías haber venido, estabas en medio de una cita y por mi culpa...

Micah tira de mí hacia delante, supongo que para que cierre el pico. Eso nunca se me ha dado especialmente bien, así que sacudo la cabeza y tiro con más fuerza de él.

—Lo siento —repito, esta vez con más convicción—. Ya pensaré otra cosa. Convenceré a Bruno para...

—Eugenia, no importa. No iba a dejarte sola así.

¿Por qué no? No se lo pregunto, pero creo que no hay nada que me gustaría saber más. No le caigo bien; me está usando porque le gusta Bruno y quiere vengarse de mí por haber dicho que su libro es un asco sin siquiera leérmelo. Yo le hubiera dejado tirado de ser al revés. Quizá. No lo sé.

—Ya estoy aquí, así que ahora da igual. No tienen muy buena pinta —añade, señalándome las rodillas. Están rojas y llenas de arañazos con sangre—. Anda, levanta. Alguien debería echarles un vistazo.

Estoy demasiado cansada como para rebatirle, así que dejo que tire de mí como si fuera un peso pluma para ponerme de pie. Luego lo sigo.

Aun con los ojos cerrados, siento cómo el sol me ilumina el rostro, sus rayos chocando contra los lunares y las pecas de mi piel; coordenadas sin rumbo desperdigadas a lo largo de mi ser.

Cuando flotas sobre el agua, con los brazos y las piernas abiertos, como una estrella de mar, se llama «hacerse el muerto». A pesar de que sigues respirando, de que la sangre circula por tus venas como cualquier otro día, desde la orilla no ven más que a un cadáver, un cuerpo inerte que el mar ha devuelto.

No es la primera vez que un socorrista hace sonar su silbato y nada con prisas hacia mí pensando que me he ahogado, y lo más probable es que tampoco sea la última. Las olas mecen mi cuerpo con mimo mientras un desconocido se apresura a dar brazadas para alcanzarme y devolverme la vida.

Soy una isla sin archipiélago.

Me imagino al chico en mi busca, desesperado, con el corazón a mil. La gente en la playa, sus ojos puestos en ambos, preocupados. Luego estoy yo, tan en calma que ni siquiera escucho el eco de los gritos.

Fragmento de *Isla sin archipiélago*,
por Anónimo, en el periódico de Salva Guardia



«Debajo del mar hay una ciudad. En esa ciudad hay una chica con el pelo rojo como el fuego que nunca ha visto, ojos verdes como las algas, pero también como los prados en las montañas. Dentro de esa chica existe una llama imposible de apagar».

—No. —El bolígrafo azul que tengo sujeto entre los dientes hace que las palabras salgan amortiguadas—. Joder, menuda mierda.

Sacudo la cabeza y levanto la vista del cuaderno en el que he estado escribiendo por si hay algún curioso cotilleando, pero las personas a mi alrededor están concentradas en otras cosas. Tampoco importaría mucho que me estuvieran observando. A ojos de un desconocido, solo soy una chica escribiendo.

Estoy siendo paranoica.

Arranco la hoja del cuaderno y la arrugo hasta convertirla en una bola igual de inútil que mis palabras, aunque un momento después me arrepiento. Con un resoplido aliso el papel y vuelvo a leer el párrafo, que sigue siendo igual de malo que la primera vez, pero no acostumbro a tirar posibles ideas. Meto la hoja dentro de la libreta y la guardo en el bolso.

Me recuesto sobre la hierba y cierro los ojos. A pesar del calor, el parque está lleno a rebosar de niños jugando al pillapilla, parejas de picnic, ancianos escuchando música y adultos que aprovechan la hora de comer para escapar de la oficina. Otros, como yo, descansan sobre el césped.

Suelto otro suspiro, más largo y agonizante que el primero. No sé qué estoy haciendo aquí. La lista de cosas que debería haber hecho se multiplica a cada segundo que pasa: ir a La esquina 43 a trabajar, llamar a Bruno para hablar sobre su marcha, mandarle un mensaje a Micah para darle las gracias, quizá admitir que su libro no es tan malo.

En lugar de ponerme manos a la obra y empezar a tachar tareas, me he pedido el día libre en la librería y he cogido un autobús al azar hasta llegar aquí.

Es el mismo parque.

Hace años desde que tuve un ataque de ansiedad por última vez. De ayer recuerdo más bien poco, la llamada y Micah acudiendo como un caballero de brillante armadura. Porque se lo pedí; porque se ofreció. No lo sé.

Cuando vengo al parque, normalmente lo hago porque el ambiente en casa es demasiado asfixiante y las cafeterías están demasiado concurridas. Aquí puedo escribir bajo la sombra de un

árbol y ver a la gente pasar, inspirarme en sus maneras de caminar y la forma en la que miran a desconocidos y conocidos por igual.

Es el lugar perfecto para dejar volar a la imaginación. No obstante, hoy no puedo poner en orden mis pensamientos, mucho menos escribir.

Me coloco el bolso como almohada, pero el ejemplar de *Estrellas bajo el mar* se me clava en la nuca. Traerlo conmigo fue una decisión de último momento, justo antes de salir de mi habitación. Lo saco de la bolsa y lo agarro con las dos manos, me fijo en el dibujo de la portada.

—Es feísimo —digo en voz alta. No es verdad; de hecho, es una portada sublime. Paso el dedo índice sobre una ballena en la parte superior, sobre un pez espada en el centro, sobre el tejado de la casa sobre la arena. Solo una de sus ventanas está iluminada—. ¿Es la habitación de Tala o de Nina?

Nadie me responde, obviamente. Porque le estoy hablando a un libro. Debe parecer que he perdido un tornillo.

—Lo normal es dedicarle tu primer libro a tus padres y familia. —Nunca había leído la dedicatoria, que ahora trazo con un dedo—. *Estrellas bajo el mar* está dedicado a mí mismo. Porque nunca pensé que llegaría tan alto, y para recordarme que puedo subir más todavía.

No podría ser más *cursi*. Tengo que mordirme la lengua para espantar un par de lágrimas traicioneras que amenazan con desbordarse. Es una dedicatoria bonita, quizá de las más bonitas que he leído, incluso si es tan egocéntrica que tengo que poner los ojos en blanco. Me gustaría saber a qué se refiere con la última oración. A lo mejor le pregunto algún día.

No sé nada sobre Micah. El pensamiento me asalta tan de repente que apenas tengo tiempo de digerirlo, pero es verdad. Me está haciendo chantaje y no tengo *ni idea* de lo que hace con su vida.

Dejo el libro a un lado y vuelvo a hacerme con la libreta, en la que escribo todas y cada una de las cosas que sé sobre Micah Nguyen, lo que me lleva aproximadamente dos minutos.

MICAH NGUYEN

1. *tiene 21 años*
2. *dos hermanos, una hermana; bebé accidente*
3. *se pinta las uñas y lleva ropa hortera*
4. *siempre llega tarde (si le necesitas se da prisa???? investigar)*
5. *escritor, pero estudia ~~relaciones~~ publ periodismo en Corea del sur*
6. *le gusta la playa (¿???)*
7. *sabe qué hacer en ataques de ansiedad*
8. *le gusta el kpop!!!*
9. *??????????*

No es una cantidad abismal, pero tampoco es *nada*.

Tiro el cuaderno a un lado y me tumbo otra vez en la hierba. No necesito conocerlo de arriba abajo ni de dentro hacia fuera porque no es mi amigo. Es el chaval que me está haciendo chantaje porque no he parado de insultarlo desde que volvió a Salva Guardia. Eso es lo único que me debería importar.

Y no me lo explico, de verdad, pero eso *no* es lo único que me importa.

Al igual que tampoco me explico por qué ayer vino en mi búsqueda si estaba con Bruno; por qué me llamó en medio de la cita. Lo único que se me ocurre es que me viera tan descompuesta al irme que estuviese preocupado, pero tampoco tiene mucho sentido porque se supone que Bruno es el fin y yo el medio. No te preocupas así por un *medio*.

—Milo es enfermero —me contó mientras me limpiaba la sangre de las rodillas en el baño de su casa—. De pequeño, cuando me caía, en lugar de acudir a mis padres, siempre iba a él. Me sé un par de trucos.

No nos cruzamos con nadie conocido en el camino a su casa, gracias a Dios, porque no fue hasta que llegamos que me di cuenta de que seguíamos cogidos de la mano. Tampoco nos encontramos con ninguno de sus hermanos o padres en casa, de nuevo, *gracias a Dios*, porque eso ya hubiera sido la guinda del pastel. Mientras buscaba esparadrapos, Micah me contó que sus hermanos, Milo y Mac, habían decidido volver a Salva Guardia al enterarse de que Moira también estaría aquí.

—Hacía años desde la última vez que estuvimos todos juntos en casa—murmuró Micah, el agua oxigenada escociéndome las heridas. Solo hablaba él; yo no había abierto la boca desde que dejamos el parque—. Lo echaba de menos.

Me quedé mirando cómo trabajaba, ensimismada. Recuerdo pensar que sus dedos no eran como los de un pianista, sino como los de un cirujano: precisos y hábiles.

No hablamos mucho después de eso. Micah me cubrió las rodillas con más esparadrapos de los necesarios, me ofreció un vaso de agua y me acompañó a la puerta cuando le dije que quería irme a casa. El trayecto en autobús nunca se me había hecho tan largo.

Giro la cabeza hasta encontrarme con el libro de Micah. No es un libro diferente a otros que me he leído, alrededor de cuatrocientas páginas y sin dibujos, sobre una chica que no sabe cuál es su lugar en el mundo. Una historia diferente a otras solo por el nombre de su creador.

Estiro la mano hacia el ejemplar, dispuesta a ponerme a leer en este mismo instante, cuando una pelota de fútbol se cuele en mi campo de visión. Visto y no visto. No me arranca la nariz por apenas unos centímetros.

—¡Lo siento, lo siento! —grita alguien. Lo reconozco al instante: Luca, un chico que se pasa por la librería dos veces al mes a comprar libros para su hermana pequeña—. ¡Eugenia! —La sorpresa en su voz cuando me reconoce es evidente—. No te había visto. Te juro que no intentaba darte.

—Más te vale —murmuro, sacudiéndome briznas de hierba imaginarias de las piernas—. ¿Quién te iba a recomendar libros si me revientas la cabeza?

Luca ríe suavemente. Unos chicos lo llaman a voces y le piden que se dé prisa con la pelota. Luca les hace un gesto con la mano.

—Puedes venir con nosotros —sugiere—. Si no estás ocupada, claro.

—Ah, no te preocupes. —Cojo el ejemplar de *Estrellas bajo el mar* y lo zarandeo—. No es tan divertido como jugar al fútbol, pero me hace compañía.

—¿Es el de Micah Nguyen? A mi hermana le chifla, se lo habrá leído dos o tres veces. ¿Crees que Micah me lo firmará si lo pillo algún día? Sé que está en la ciudad, pero a lo mejor no le mola que la gente vaya por ahí pidiéndole firmas, no sé...

Probablemente no le molaría, no. Pero no voy a ser yo la que se lo diga a Luca.

—Siempre puedes intentarlo. —Los chicos siguen llamándolo, esta vez con más intensidad, así que los señalo con la mano libre—. Venga, que te reclaman.

—Entre tú y yo —Luca se coloca una mano al lado de la boca, como si estuviera compartiendo un secreto a pesar de no cambiar el volumen de su voz—, tu compañía es mucho más apetecible que la de esos monos.

No me creo ni por un momento que lo esté diciendo en serio, pero sonrío y hago un aspaviento con la mano que le hace reír. Sin despedirse, corre hasta sus amigos, que gritan y celebran su llegada, y no aparto la mirada hasta que se pierden entre los árboles.

Sigo con el libro de Micah sujeto en las manos. Cuando me doy cuenta suelto un bufido, lo tiro al suelo, me recuesto contra el tronco de un árbol a mis espaldas y cierro los ojos.

Después de un rato en el que puede o puede que no me haya quedado dormida en mitad de un parque público, suena mi teléfono. Una pequeña parte de mí siente decepción cuando es la voz de mi madre la que escucho al otro lado de la línea.

Aunque tampoco estaba esperando a nadie más. Debo seguir un poco grogui.

—Corazón. Hoy estás libre, ¿verdad?

Mi madre solo me llama para mandarme recados. Me debato muy seriamente en decirle que no solo para no tener que moverme, pero se me ha quedado dormida la pierna y estoy empezando a dejar de sentir la espalda. Igual es hora de que haga algo.

—Sí, me he pedido el día libre. ¿Qué pasa?

—Ay, menos mal. —Mi madre suspira, aliviada—. Amelia se ha dejado unos papeles en casa y los necesita con urgencia, algo para el restaurante, pero es que ya está allí y no puede volver a casa. ¿Se los puedes llevar tú, cielo? Sé que no te importa.

Supongo que a mi madre le sorprendería sobremanera que, de hecho, *sí* me importa. Me importa mucho, además, porque este es mi día libre —más o menos— y no tengo por qué encargarme de los problemas de Amelia, quien estoy segura de que puede encargarse de esos papeles otro día.

—Ya sabes que el trabajo de tu hermana significa mucho para ella, Eugenia —insiste mi madre cuando no contesto—. Librerías hay muchas, pero el Géminis puede abrirle muchas puertas.

—A mí me gusta La esquina 43 —refunfuño—. Es importante para *mí*.

—Ay, Eugenia, ya me entiendes. ¿Cuánto tardas en llegar a casa?

—Tengo que coger el autobús, así que veinte minutos.

—Genial, muchas gracias, hija. No sé qué haría sin ti.



De camino al Géminis me llega un mensaje de Micah. Varios, en realidad.

El sábado que viene Sam O'Donnell celebra una fiesta en su casa. 14:15

Bruno me dijo que va a ir, así que podemos ir también. 14:15

Para volver a verle, ya sabes. Hace tiempo que no voy a una fiesta de alguien de la ciudad, será divertido. 14:16

Se me escapa una risita embarazosa al leerlos, llamando la atención de dos chicas que tengo sentadas justo al lado. Un segundo después, casi tiro el móvil al suelo cuando el autobús salta un bache.

vete tú si q

ni de coña te acom

¿Por qué no? ¿Es que tampoco te gusta la diversión? 14:17

ni siquiera sé quién es sam odo

Porfi 14:18



14:18

búscate a otra pe

Micah sigue escribiendo, probablemente para intentar convencerme, pero le quito el volumen al móvil antes de leer lo que quiera que sea que tiene que decirme y me lo guardo en el bolso

junto a *Estrellas bajo el mar*, mi cuaderno de historias fallidas y los papeles que se le olvidaron a Amelia y que mi madre no me ha dejado cotillear. Poco después me bajo del autobús.

A pesar de ser hora punta, el restaurante está casi vacío. El Estrellato, con sus comensales bien vestidos, comida de lujo y precios exorbitantes, no tiene nada que envidiarle al Géminis, que sirve comida regular a personas mayores y adolescentes sin blanca y cuyo servicio deja mucho que desear.

Amelia es muchas cosas, pero mala cocinera no es una de ellas. Aquí está perdiendo el tiempo.

Tampoco es la única chef del Géminis, así que podría haberse escaqueado en cualquier momento en lugar de llamar a nuestra madre, que estaba demasiado ocupada haciendo Dios sabe qué y me ha pasado el muerto a mí. Supongo que mi vida es tan insignificante que ni mi propia madre se cree que tenga cosas que hacer.

Aunque hoy no las tuviera.

—Nia, ¿cómo estás? —me pregunta uno de los camareros nada más verme—. ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a darle unas cosas a Amelia.

—Ah, sí, sí. —El hombre balancea peligrosamente una bandeja con vasos y botellas de refresco mientras hace aspavientos con la mano libre—. Los papeles para terminar el contrato.

Frunzo el ceño, confusa. ¿Qué contrato quiere finalizar Amelia? Hasta donde yo sé, mi hermana adora su trabajo más que nada en el mundo. Sinceramente, pensaba que iba a pasarse el resto de su vida cocinando para viejos en el Géminis.

—¿Va a dejar el trabajo?

El hombre me mira con los ojos de un cervatillo inocente.

—¿No te lo ha dicho? —Sacudo la cabeza—. Mejor pregúntale a ella, que no quiero meterla en problemas. De todos modos, tengo un trabajo que hacer.

Sin darme tiempo a replicar, el hombre prácticamente huye de mí escabulléndose en la dirección opuesta. Agarro con fuerza las asas de mi bolso, cada vez más convencida de que debería haberle mentido a mi madre y haberme quedado en el parque.

No me cruzo con nadie más en mi camino a la cocina —todos los comensales y camareros están en la terraza—, y cuando entro nadie me recibe. Mi padre siempre ha trabajado en un restaurante —en uno mejor que este—, así que estoy acostumbrada al ruido fuerte de los fogones, al clanc, clanc de la vajilla, a las burbujas de las aceiteras y el olor a fritos, pescado y verduras todo a la vez. Todo es ruido blanco, algo que llevo oyendo tanto tiempo que ya ni lo escucho, y es por eso por lo que las dos voces que se entremezclan con el ruido resuenan altas y claras.

—¿Cómo crees que se lo van a tomar tus padres?

No reconozco la voz, pero pertenece a una chica joven. El suspiro que le sigue no puede ser otra que Amelia.

—¿Sinceramente? Me da igual. —Suelta un sonido que es medio resoplido, medio risa—. Ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones. Además, ¿qué van a hacer? No me convencieron de ir a la universidad en su momento; no me van a convencer de no hacer esto.

Arrugo la nariz. ¿Hacer *qué*?

—Ya, tienes razón. ¿Y tu hermana? ¿Qué crees que va a pensar Eugenia?

Avanzo un par de pasos ante la mención de mi nombre. No quiero que Amelia me pille espiando, aunque tampoco sé si quiero escuchar lo que tiene que decir.

—A Nia no le va a importar demasiado. No somos uña y carne, pero supongo que se alegrará por mí.

Otro paso más. Me escondo detrás de una encimera, y cuando asomo la nariz por encima soy capaz de ver a las chicas. Mi hermana, vestida toda de blanco y con manchas de soja y tomate y demás condimentos esparcidas por el delantal, lleva una redecilla sujeta al pelo y de una oreja le cuelga la mascarilla que usa para cocinar.

A la otra chica podría jurar no haberla visto nunca. Es más alta que mi hermana, pero no más que yo, tiene la piel oscura, casi negra, y lleva el pelo recogido en una trenza larguísima. Por las sonrisas dulces que se dedican la una a la otra y su proximidad, no creo que sean solo amigas.

No me puedo creer que Amelia se haya echado novia y no me lo haya contado. Yo se lo contaría, fijo. Creo. Vale, no.

—¡Es tu hermana pequeña! —A la chica se le escapa una risa cantarina—. Deberías intentar llevarte mejor con ella, Ames.

No recuerdo la última vez que vi a Amelia sonreír como lo hace ahora, con las comisuras de la boca tirándole arriba hasta no poder más y los dientes sobre los labios, arruguitas alrededor de los ojos y la mirada iluminada igual que la de una niña pequeña. Viéndola así, casi se me olvida que estoy espiándolas.

Vuelvo sobre mis pasos, tan despacio como me es posible, y una vez llego a la puerta la abro y la cierro algo más fuerte de lo normal, como si acabase de entrar.

—¿Amelia? ¿Estás por ahí?

—Aquí.

La chica de la trenza ha desaparecido para cuando encuentro a mi hermana, que está fingiendo estar muy concentrada con unas patatas fritas. Ni siquiera se ha acordado de colocarse la mascarilla, que le cuelga peligrosamente cerca del aceite hirviendo. Con cuidado de no quemarme, estiro un brazo y se la quito.

—Gracias —murmura Amelia. Tiene las mejillas rojas y no creo que sea por el calor de la cocina, precisamente—. No pensaba que mamá fuera a mandarte a ti a por los papeles.

—¿Sabe que son para terminar el contrato?

Si a Amelia le sorprende que sepa que va a dejar el trabajo, no lo demuestra. Me balanceo sobre los dedos de los pies mientras espero a que conteste.

—Ha sido David —dice entre dientes. No es una pregunta, así que no contesto—. Aquí una no puede tener secretos.

Dejo el bolso en el suelo, arriesgándome a ensuciarlo de aceite y restos de comida, y me cruzo de brazos, expectante. No es que Amelia y yo no tengamos secretos—los tenemos, demasiados como para enumerarlos con los dedos—, pero después de semejante pillada, cualquiera hubiera pensado que me contaría de qué va todo esto.

Mi hermana, no obstante, encuentra las patatas demasiado fascinantes como para siquiera apartar los ojos.

—Amelia —me quejo con mi mejor voz de niña impertinente—, dímelo. He venido hasta aquí por ti.

—No ha sido por voluntad propia... —Ante mi mirada asesina, Amelia levanta los brazos y

se digna a mirarme—. Vale, vale. Me han ofrecido un trabajo como chef en un restaurante mejor que este antro. Lo he aceptado.

—¿Te vas al Estrellato?

Amelia sacude la cabeza.

—Me voy al *Dîner dans le noir*. —Tras la mención del restaurante, la cara de mi hermana se asemeja mucho a la de hace unos minutos, cuando sonreía a la otra chica—. Se cena a oscuras, ¿sabes? Usan comida superexótica, afrodisíacos y alimentos que aumentan los sentidos, picantes y cosas así. Es una cadena, tienen restaurantes por todo el mundo. Al parecer, la mujer que lo fundó vino a Salva Guardia y cenó aquí, en el Géminis. Le chifló lo que le preparé, así que me ofreció un puesto de trabajo. Tiene varios premios. Es un restaurante *superfamoso*, Nia.

Para ser tan famoso, no lo había oído en la vida. Una sonrisa empieza a dibujarse en mis labios, pero se atasca a medio camino cuando me doy cuenta de una cosa. Puede que no tenga la mejor relación fraternal con Amelia, pero no quiero que...

—Está en Córdoba.

... se vaya ella también.

—Córdoba —repito, como atontada. Siento que me han chutado un calmante para caballos—. Esto está en...

—¡Argentina! Me voy en un mes y medio. ¿No es genial? No puedo *esperar* a volver, hace tanto que no vamos...

En cualquier otra ocasión, el entusiasmo de Amelia sería contagioso. No sabía que quería irse de Salva Guardia, pero está tan contenta como hace tiempo que no la veía, una sonrisa de oreja a oreja inundando su rostro. Sin embargo, yo siento un peso en el estómago que me hunde más y más y más, tanto que me falta el aire.

No solo se va a ir de la ciudad, sino que va a *volver* a Argentina.

—Nunca me habías dicho que te hacía tanta ilusión volver —murmuro.

—No sé. —Amelia se encoge de hombros, su exaltación palpable en el ambiente—. También estaría ilusionada si el restaurante estuviera en Albuquerque, si te soy sincera. Creo que ya es hora de cambiar de aires.

—Tampoco me habías dicho que querías irte.

—Antes no —confiesa Amelia—. Hace unos añosirme de Salva Guardia me parecía impensable. Pero ahora... No lo sé, Nia. Es el momento.

¿Por qué todo el mundo quiere cambiar de aires justo *ahora*? ¿Qué es lo que tiene la ciudad que espanta a sus habitantes, que hace que huyan despavoridos? Me clavo las uñas en el antebrazo para no decir lo que realmente quiero decir.

—¿Nia?

—Bruno también se va de la ciudad —suelto—. A Italia, con su primo Elio. Va a estudiar biología marina.

No quiero eclipsar la noticia de Amelia con la partida de Bruno, pero no puedo evitar decirlo. Mi hermana se cruza de brazos y centra toda su atención en mí, enarcando una ceja. Las patatas echan humo.

—Pues me alegro por él —dice en tono desafiante—. Lleva tiempo queriendo irse, ¿no?

—Sí.

—No pareces muy contenta.

—Nos íbamos a quedar un año más en Salva Guardia. Nos íbamos a quedar los dos, *juntos*, y luego decidir qué hacer, *juntos*. Lleva meses planeando irse y me lo contó *ayer*. Me prometió que se quedaría.

No soy tonta. Amelia sabe que el hecho de que Bruno se vaya me molesta sobremanera porque ella tampoco es tonta y conoce el miedo que me da irme de la ciudad y tener que volver a empezar de cero. No sé por qué me molesto en contestarle; no sé por qué se molesta en preguntar.

—Puede que Bruno se haya cansado de esperar.

La conozco lo suficiente como para saber el significado oculto en sus palabras: puede que Bruno se haya cansado de esperarte.

—Me lo prometió —repito.

Amelia resopla, claramente hastiada con mi comportamiento. Una parte pequeñita de mí es más que consciente de que estoy actuando como una niñaata, pero no puedo cambiar el chip. No sé cómo.

—Eugenia, no eres el centro de su universo. Deberías alegrarte por él, no ponerte de morros. Estás siendo egoísta.

—¿Egoísta?

Amelia saca las patatas antes de que salgan llamas de la freidora. Luego me mira de arriba abajo y pone los ojos en blanco, como si no pudiese creerse lo patética que es su hermana, lo cobarde y triste. No he venido al restaurante en busca de pelea, pero si eso es lo que he conseguido, adelante.

No voy a levantar yo la bandera blanca.

—Que tú no quieras irte de Salva Guardia no significa que los demás tampoco. —La voz de mi hermana es seca y dura, la voz de alguien acostumbrado a regañar a niños pequeños; es la voz de mi madre diciéndome que mi trabajo no es *tan* importante—. Si quiere irse, que se vaya. No entiendo por qué te molesta tanto, por Dios.

—¡Porque íbamos a irnos juntos! Somos amigos, me lo debería haber dicho.

—Bruno no tiene la obligación de contarte absolutamente *todo* lo que se le pase por la cabeza. Joder, Nia. Que se vaya tampoco es el fin del mundo. Búscate otros amigos, haz algo con tu vida, yo qué sé, pero deja de depender de Bruno para todo.

Las palabras de Amelia se me clavan en el pecho como espadas puntiagudas. Me gustaría decirle que no tiene razón y creérmelo, pero por mucho que le rebata, la verdad no cambia. Y la verdad es que tiene razón.

—No dependo de Bruno para todo —contesto, aunque sin la fuerza de antes. Me pican los ojos con lágrimas.

—Si tú lo dices.

—Amelia, no...

—Eres una *egoísta* —repito, esta vez enfadada. Se le colorean de rojo las mejillas y, por la forma en la que aprieta los puños, apostarí que está cerca de hacerse sangre con las uñas—. En vez de alegrarte por Bruno o, ya que estamos, por *mí*, te enfadas porque te vas a quedar sola en Salva Guardia. Lo que te molesta no es que nos vayamos, sino que te vas a quedar sin amigos. ¿Has visto? *Tú, tú y tú*. No te importa nadie más que *tú*. Crece un poco, Eugenia, que ya es hora.

Amelia me da la espalda, dando la conversación por terminada. No tengo nada más que decir

y, aunque lo tuviera, las palabras quedarían enterradas bajo las lágrimas. Ni siquiera me doy cuenta de que me he dejado el bolso en la cocina hasta que llego a casa.

he cambiado de

vamos a la



¿Estás despierta? 04:40

El mensaje de Micah me llega cuando estoy a punto de pasarme el nivel 674 del *Candy Crush*. La notificación aparece sin previo aviso en la pantalla, desconcentrándome y haciéndome perder los que probablemente sean los cuatro segundos más valiosos de mi vida. Cuatro segundos con los que hubiera ganado la partida; cuatro segundos que hacen aparecer «¡Nivel no superado!» justo cuando la notificación desaparece.

Resoplo. Me enfadaría si no fuera porque ya no me queda un ápice de furia en el cuerpo. Además, son las cinco de la madrugada. Es demasiado tarde o pronto para enfadarse.

desgraciadar

¿Estás bien? 04:43

Frunzo el ceño. No estoy precisamente *bien*, pero Micah no debería tener forma de saberlo. Hace días que no lo veo y nunca llegó a contestar el último mensaje que le envié.

por qué no iba a estarlo??? 04:43

Estás despierta a las cinco menos veinte de la mañana. El otro día me dijiste que nunca te despertabas tan pronto. 04:43

¿Has visto? Te escucho cuando hablas. A veces hasta me acuerdo de cosas. 04:44

Escribo y reescribo una respuesta, pero ninguna de las que se me ocurren parece ser la adecuada. Sé que son mensajes y que no tengo ninguna forma de saber qué tono de voz hubiera utilizado Micah de habérmelo dicho en voz alta, pero hay algo diferente en su forma de escribir. Algo más suave, menos arrogante.

La última vez que nos vimos fue cuando tuvo que venir a por mí al parque. Cojo aire y pulso el botón de llamada.

—No es por quejarme —dice Micah nada más responder—, pero cuando yo hice esto el otro día, te enfadaste muchísimo. Dame una razón para no colgarte.

—No quiero tu compasión —espeto sin molestarme en saludar—. No quiero que me trates diferente solo porque el otro día tuviste que... me viste... ya sabes. No somos amigos.

—Has estado en mi casa —contesta Micah con el tono jovial de siempre—. No acostumbro a traer desconocidos a casa, ¿sabes?

—Micah.

—No te estoy compadeciendo. —Se le endurece la voz—. Tuviste un mal día y me he preocupado por ti. Concepto interesante, ¿eh? No tienes control sobre quién se preocupa por ti y quién no. Piénsalo.

No sé qué es más extraño: que Micah esté preocupado por mí o que lo esté admitiendo. Este no es el chaval que me está haciendo chantaje. Ha tenido que ser reemplazado por otro Micah, uno mucho más majo y comprensivo. Uno que definitivamente no me obligaría a leerme su propio libro.

—Además —añade, de vuelta a su voz despreocupada—, estás muy a la defensiva incluso para ser tú. Algo te pasa.

—Te crees muy listo, ¿no? —Es lo único que tengo, como si de repente cualquier contestación elocuente se hubiera evaporado de mi cabeza.

Micah no debería saber estas cosas.

Lo escucho soltar aire por la nariz, una mezcla entre risa y suspiro que me pone la piel de gallina. Me lo imagino tumbado en su cama, boca arriba y con los brazos y piernas estirados como una estrella de mar sobre las sábanas, el pelo enredado y las luces apagadas, solo en una casa llena de gente.

—Me gradué del instituto con honores. No es que me crea listo, es que lo soy.

—Es un hecho universalmente conocido que las personas a las que les va bien en el instituto fracasan en la universidad.

—Ahí no te falta razón.

Odio hablar por teléfono. Me gustaría ver la cara que está poniendo ahora mismo, si hace juego con sus palabras o si está ocultando una realidad que suena mejor de lo que es. Quiero saber si está gesticulando o si está quieto como una piedra, si está a oscuras como yo o tiene alguna luz encendida. ¿Se le ven los hoyuelos? ¿Se le ven los lunares cuya existencia desconocía hasta hace poco?

—¿Te va mal de verdad? —pregunto con cuidado, como si estuviera hablando con un perro rabioso que, si me descuido, va a mordirme.

—Podría irme mejor —admite. Me lo imagino pasándose la mano por el pelo, los dedos quedándosele atascados en los nudos—. Me gusta la carrera, pero me gustan más otras cosas.

No sé qué decir ante la confesión. Recuerdo a Amelia comentando con retintín lo bien que le estaba yendo a Micah en Corea, lo mucho que le gustaba la gran ciudad, lo poco que echaba de menos Salva Guardia. Puede que esto último no lo dijera en voz alta, pero estaba implícito.

Supongo que para cuando Micah se dio cuenta de que la carrera que había elegido no era la de sus sueños, ya era demasiado tarde para contárselo a mi hermana.

—Nos hemos peleado —digo, tan rápido y tan bajito que no me extrañaría que Micah no me hubiese entendido—. Amelia y yo. Me ha dicho que se va a ir.

—¿De Salva Guardia? —No se me escapa la sorpresa con la que pronuncia las palabras—. ¿Tu hermana se va?

—Eso acabo de decir.

—Como Bruno. Me lo dijo después de que te fueras del centro comercial.

Genial. No necesitaba la imagen de Bruno explicándole con detalle a Micah el porqué de mi colapso mental mientras yo huía hasta el parque, llorando y viendo sin ver. Aunque he de admitir que me consuela un poco que Micah decidiese comprobar que estaba bien en lugar de criticar lo egoísta que soy, como seguramente hubiera hecho Amelia.

—Por eso no estás bien —acaba diciendo Micah, atando cabos sin dificultad—. Porque se van a ir. No quieres que te dejen.

—Al final sí que vas a ser listo y todo.

Aprovecho la privacidad de mi habitación para restregarme los ojos y secarme las lágrimas antes de que caigan. No hace ni diez minutos le dije que no éramos amigos y, a pesar de ello, le estoy contando cosas que hasta hace poco no me atrevía ni a pensar. Confesión por confesión, supongo: a él no le gusta su carrera y a mí no me gusta lo que he hecho con mi vida.

—No quiero quedarme sola —susurro.

Cierro los ojos con fuerza, esperando la respuesta condescendiente de Micah, pero no llega.

—Tú también puedes irte, Gen.

—No, no puedo. Alguien como tú no lo entendería, no...

—Alguien como yo —repite, escucho la risa en su voz—. Intenta explicármelo.

—No sé *cómo* —admito por fin en voz alta. Micah no dice nada, así que continúo—: ¿No te das cuenta? No se me da bien comenzar desde cero en lugares nuevos. Nos mudamos a Salva Guardia hace ocho años y sigo igual que cuando llegamos. No quiero tener que volver a empezar en un sitio diferente. Puede que a Bruno y Amelia se les dé bien, pero yo no tengo *ni idea*.

Escucho a Micah tragar saliva, el subir y bajar de su garganta; los labios separándose y juntándose y separándose otra vez, su respiración calmada. Agradezco no tenerle enfrente y al mismo tiempo lo resiento.

—¿Quieres que te cuente algo? Nadie sabe. —Deja escapar una carcajada que viaja directa hacia mí—. Mis padres y mis hermanos llegaron a Salva Guardia sin saber hablar español y perdidos. Apostaría lo que fuera a que tus padres tampoco lo pasaron especialmente bien. Yo me pasé la primera semana en Corea encerrado en mi habitación *llorando*.

—Pero vosotros os habéis hecho a ello —protesto—. Yo sigo sin saber qué hago aquí, no he dejado de llorar. *Metafóricamente* —aclaro—. No me paso las noches llorando.

Micah se ríe.

—Ya me imagino —murmura—. No lo sé, Gen. Creo que se trata de encontrar ese *algo* que te hace querer irte. Quizá no estás cómoda en Salva Guardia porque no tienes nada que encontrar aquí; a lo mejor tienes que salir a buscarlo.

¿Será eso? ¿Tengo que irme de la ciudad para sentirme por fin como mi hermana y mi mejor amigo? Nunca lo había pensado de esa forma... A lo mejor no es el miedo a lo desconocido lo que me impide irme, sino no haber encontrado ese *algo* del que habla Micah: las ganas, la razón, la motivación.

—Mi hermana cree que debería tener más amigos —digo, por cambiar de tema, pero también porque no he hablado con nadie de ello desde que lo hice con Amelia hace horas—. Que debería haberme esforzado más en hacerlos. También piensa que soy una egoísta por no alegrarme por Bruno.

—Nunca es tarde para hacer amigos. Y todos somos egoístas de vez en cuando, Amelia siempre ha sido muy blanco o negro en ese aspecto. No has matado a nadie, tiene fácil arreglo. Puedes decirle a Bruno lo mucho que te alegras por él mañana. Puedes, incluso, usar tus dotes de escritora y escribirle una carta. —No puedo evitar reírme—. ¿Qué? Cuanto más grande el gesto, más rápido se pasa el enfado.

—¿Ahora eres un experto en grandes gestos?

—Soy experto en muchas cosas, pero sí. Se me dan genial. —Un vistazo rápido al reloj de la mesita de noche me indica que soy las cinco y media; llevamos hablando casi una hora—. También soy experto en tener insomnio —añade Micah tan discretamente que casi no me doy cuenta de lo que ha dicho—. Por eso estoy despierto.

—Estamos los dos fatal —contesto. Yo no quiero la compasión de Micah y estoy segura de que él no quiere mi lástima—. Por eso estabas despierto el otro día.

—Suelo despertarme sobre las cuatro o cinco y no puedo volver a dormirme —explica—. Eso cuando duermo algo. Hay noches en las que no pego ojo. No te imaginas lo *aburrido* que es.

Secreto tras secreto tras secreto. No lo admitiría delante de él, pero Micah Nguyen es una persona mucho más interesante de lo que nunca hubiera pensado; el hecho de que me esté haciendo chantaje queda a un lado y me doy cuenta de que hay mucho más allá, un chico escondido dentro de otro. Quiero que me cuente más cosas; que hable hasta que no le queden palabras.

—Cuéntame algo que no le hayas dicho nunca a nadie —me pide en un susurro.

—Te acabo de confesar que no sé cómo escapar de Salva Guardia. ¿Qué más quieres?

Micah chasquea la lengua.

—Algo menos dramático, idiota.

Las estrellas que brillan en la oscuridad han perdido todo su brillo, así que cuando miro al techo no veo nada más que negrura.

Mientras que al sol todavía le queda un rato de sueño, a Micah y a mí hace tiempo se nos terminó. Podría preguntarle si hoy ha conseguido dormir algo o si ha trasnochado. Podría pedirle que dejase de hacerme chantaje. Podría confesarle muchas otras cosas excepto lo que acabo diciendo.

—Me he empezado tu libro.

Por el gritito emocionado que escucho, parece que a Micah nunca nada le ha hecho tanta ilusión.

—¿De verdad? ¿Y qué opinas? ¿Por dónde vas? ¿Te está gustando?

Pongo los ojos en blanco ante el aluvión de preguntas, pero no puedo —ni quiero, realmente— esconder la sonrisa.

—No es tan malo como pensaba que era —mascullo a regañadientes—. Pero solo voy por el capítulo cinco, todavía tienes margen para cagarla.

—Tala se escapa de la granja en ese capítulo —dice Micah, como si los tuviera memorizados—. Me lo pasé superbién escribiéndolo. A partir de ahí es cuando empieza lo interesante.

Puedo escuchar la sonrisa en la voz de Micah. Su emoción es contagiosa.

—Eso ya lo juzgaré yo.

—Te van a *encantar*, Eugenia —insiste—. Te lo prometo.

Tan solo han pasado dos días desde que Tala se escapó de la granja, pero parecen haber sido doscientos. Cuarenta y ocho horas se han convertido en un reloj congelado que no cuenta el pasar del tiempo.

La aventura que la voz le prometía deja mucho que desear. Tala ha visto lugares que no se podría haber imaginado ni en sus mejores sueños, edificios que tocan las nubes y puestas de sol que dejan con la boca abierta. Sin embargo, es solo un pequeño porcentaje de lo que ha supuesto el viaje, y eso que ni siquiera está ni por la mitad.

El dinero que guardó en lo más profundo de la mochila no es suficiente, ni de cerca. Después de comprarse un *croissant* para desayunar y un bocadillo para el almuerzo y la cena, los ahorros de Tala disminuyeron considerablemente. Ni siquiera tiene lo necesario para pasar la noche en el peor de los moteles.

Acurrucada contra un muro de piedra cubierto de liquen y rodeada de estrellas, Tala se abraza las piernas e intenta no tiritar. La voz hace horas que dejó de hablar, sumiéndola en un silencio terrible. Con manos temblorosas, se coloca los auriculares del MP3 de Nina y le da al «play».

La última vez que escuchó música con Nina, estaban a orillas del Océano Atlántico, en bikini, pero compartiendo una toalla, ya que el sol se había ocultado tras unas nubes y hacía viento. Era un día gris, melancólico, y como las olas eran demasiado grandes y la corriente demasiado fuerte, Nina había sugerido poner algo de música.

—Ojalá pudiera quedarme aquí para siempre —murmuró Nina, interrumpiendo a Carly Simon en su diatriba—. Cuando me muera, quiero que sea en el mar.

—No digas eso —contestó Tala, abriendo los ojos de par en par—. ¿Por qué ibas a morirte en el mar? No digas esas cosas, Nina.

Su hermana, no obstante, se giró hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja, demasiado brillante para el tema del que estaban tratando.

—Tu alma se queda en el lugar en el que mueres —explicó—. El mar no es un mal lugar para pasar la eternidad.

Al abrir los ojos, Tala se da cuenta de que los tiene anegados en lágrimas. Se las seca con el reverso de la mano, enfadada consigo misma por haberse acordado de algo así cuando está sola en un lugar desconocido, pero especialmente enfadada con la voz. Si no fuera por ella, Tala no estaría aquí.

¿Por qué no dice nada ahora? ¿Por qué no canta su incesable canción?

Justo cuando Tala más añora el ruido, la voz la ha abandonado.

Igual que Nina.



Llegamos tarde a la fiesta de Sam O'Donell porque se me olvidó mirar la hora mientras leía *Estrellas bajo el mar*.

Me da vergüenza decirle a Micah que llevo horas leyéndome su libro, así que cuando me pregunta si estoy lista diez minutos antes de la hora a la que habíamos quedado, le contesto que me he caído por las escaleras y que he tenido que ponerme hielo en las rodillas, por lo que voy a tardar un pelín más de lo previsto.

Porque caerse por las escaleras es mucho menos embarazoso. Obviamente.

Antes de adentrarme más en el tema *fiesta*, tengo que decir que ha llovido bastante desde la última vez que fui a una. De hecho, la razón por la que decidí autodenominarme célibe de cualquier tipo de celebración fue mi graduación, en la que todo me salió mal: bebí tanto vodka que acabé en el hospital, aunque creo que eso también tuvo que ver con la docena de gambas que me zampé en el cáterin.

Soy alérgica a las gambas.

En conclusión, que hace mucho que no salgo. Las fiestas a las que solía acudir cuando estaba en el instituto eran todas de amigos de Bruno, que me llevaba como invitada, y en ellas me sentía como un pez fuera del agua la mayor parte del tiempo. No conocía a nadie y no tenía interés en hacerlo, así que me emborrachaba lo justo y necesario para pasar desapercibida hasta la hora de volver a casa.

Así que no tengo ni repajolera idea de qué esperarme de la fiesta de Sam O'Donell, lo que me lleva a la siguiente cuestión: qué ropa ponerme. No quiero arreglarme mucho porque no me apetece ser la más emperifollada y llamar la atención, pero tampoco quiero no arreglarme, porque si voy con chanclas y sudadera voy a dar el cante igual.

Le echo un vistazo a mi armario, lo que hace que me deprima un poco porque hace más de un año que no me compro ropa, y luego una búsqueda rápida sobre tendencias en Google me hunde del todo en la miseria.

Me trago la vergüenza y acabo preguntándole a Micah cómo va él vestido.

No tardo en recibir respuesta. Una *foto*.

Se me escapa una risita cuando la abro. Lo primero que veo son los ojos oscuros de Micah abiertos de par en par, las larguísimas pestañas sobre los pómulos y el ceño fruncido en una mueca. El pelo le cae sobre la frente en ondas, despeinado como siempre, y está poniendo

morritos, sin hoyuelos. Le encuentro un lunar en el cuello, debajo de la oreja, justo antes de espabilar.

Le he pedido una foto para ver cómo va vestido, no para babear.

eso es tu

yo quiero saber cómo vas v

No pensaba que fueras de las personas que se obsesionan con la ropa. 22:13

no

Pues date prisa, que ya estoy fuera en el coche.
22:13

Me pellizco el muslo sin piedad cuando me doy cuenta de que estoy sonriendo. No debería disfrutar tanto de los mensajes de Micah, mucho menos cuando todavía tengo un puñado —*quince*— de Bruno sin leer. No me he atrevido a abrirlos.

Apago el móvil, cierro los ojos y meto las manos en el armario. Que sea lo que Dios quiera.

Bajo las escaleras descalza y de puntillas y aun así mi hermana me pilla. Debería de haber saltado por la ventana.

—¿Se puede saber adónde vas así vestida?

Está apoyada en el marco de la puerta de la cocina, brazos en jarras y el ceño fruncido, como si nada le molestase más que mi imagen. Tampoco es que sea una reclusa, no es la primera vez que salgo de noche; no entiendo la sorpresa en los ojos de Amelia.

—¿Vestida cómo?

—Pues así —responde con un gesto hacia mí—. Creo que no te veía tan bien vestida desde... nunca.

Eso es una mentira tan grande como una casa. A veces me arreglo. Además, tampoco me he esforzado *tanto*. Llevo unos vaqueros cortos y un top verde sin espalda; el único maquillaje que sé usar es el rímel, así que he hecho buen acopio de él, y lo que en mi cabeza iba a ser un moño espectacular ha acabado siendo una coleta mal hecha.

—Voy a salir —contesto sin mirarla a los ojos. Apenas hemos hablado desde el Géminis—. ¿Tú qué estás haciendo?

—Una tarta de chocolate —dice a la defensiva—. Mañana es el cumpleaños de Reagan.

Reagan. ¿La chica del restaurante? Si no fuera por las circunstancias, la interrogaría al respecto, pero ya son más de las once y como no salga pronto Micah va a irse sin mí. O peor: Amelia va a verlo.

—Ah, pues te dejo con...

—¿Con quién vas a salir? Pensaba que te habías peleado con Bruno.

—Ya lo hemos arreglado.

Miento. Porque si hago lo que realmente quiero hacer —darle en los morros con una zapatilla — es muy probable que nunca llegue a la fiesta.

—Aaah, seguro que sí. —Estoy segurísima de que Amelia también se está mordiendo la lengua—. Va a llover, que lo sepas.

—No va a llover. Lleva despejado todo el día.

—Lo que tú digas, pero con esos pantaloncitos y esa minicamisa te vas a mojar.

—Es un *top*, Amelia.

—Tú verás —canturrea. Se encoge de hombros y vuelve a la cocina, no sin antes añadir—: Pásatelo bien. Pero no *demasiado* bien.

Me escabullo por la puerta antes de que Amelia cambie de opinión y decida perseguirme hasta el coche solo para criticar la ropa que he decidido ponerme un poco más. Encuentro a Micah justo donde me dijo que iba a aparcar, a tres casas de la mía. Nunca se puede tener demasiado cuidado.

Cuando me ve, saca la cabeza por la ventanilla y arruga la nariz.

—Una cosa es llegar elegantemente tarde y otra muy diferente es llegar maleducadamente tarde.

—Déjame en paz —murmuro, presionando mi mano contra su frente para empujarlo dentro del coche. Por si no es suficiente, le dejo mis zapatillas en el regazo—. Estaba haciendo cosas importantes.

Leer tu libro.

Cierro la puerta del copiloto con más fuerza de la necesaria para ahogar la voz de Micah cuando habla.

—Caerte por las escaleras no es tan importante.

Cuando termino de atarme los cordones de las zapatillas —tienen plataforma de cuatro centímetros, así que voy a ser más alta que él—, me lo encuentro mirándome fijamente, como si me estuviera analizando. Se ha apartado el pelo de la cara, dejando a la vista sus tres lunares.

«Tú no tienes lunares, pero sí pecas. Es imposible contarlas». Me muerdo el interior de la mejilla.

—Me gusta tu top —dice, apartando la mirada, como si se le acabase de ocurrir la idea. Gira las llaves en el contacto; el coche se cala dos veces antes de arrancar—. Tienes una espalda muy... bonita.

—¿Gracias?

No me espero la risa de Micah, que inunda el coche entero. Solo lo había escuchado reír así por teléfono, y el sonido no tiene ni punto de comparación; en persona es más claro y honesto, como una canción que no quieres que acabe. En persona atrae como un imán, tanto que no puedo apartar los ojos de su perfil, tiene la cabeza inclinada hacia detrás y los ojos entrecerrados, los hoyuelos a máxima potencia y los dedos largos sobre el volante.

—No sabía que tenías un *piercing* —dice después, como si no acabase de haber montado el espectáculo del siglo.

—Estaba discutiendo con Amelia —digo, principalmente porque no quiero aceptar el hecho de que Micah me ha estado mirando la tripa—. Estaba haciendo una tarta de chocolate y me ha escuchado bajar.

—¿Una tarta de chocolate?

—Sí. Si no fuera porque nos pasamos los días enfadadas la una con la otra, le pediría que me hiciese una todos los días. Le salen riquísimas. Mucho mejor que a mí, eso seguro.

¿Por qué estamos hablando de tartas? No, estamos, no. *Estoy*.

Micah me observa como si fuera una alienígena que se ha subido a su coche por accidente.

—Seguro que tú también las haces bien —dice. Luego, después de una pausa, pregunta—:

¿Estás lista?

Ni remotamente. Asiento con la cabeza de todos modos.



—Tengo algo que decirte —musito, rompiendo el silencio que se ha establecido en el coche.

Estamos aparcados, Micah está mandándole un mensaje a su hermana porque se ha dejado las llaves en casa mientras yo estoy teniendo la peor crisis existencial de la historia. En parte porque estamos a varias casas de la de Sam O'Donnell y aun así se escucha la música, y en parte porque no hay forma de que Micah siga hablando con su hermana solo para decirle que le deje la puerta de la entrada abierta.

Llevan diez minutos intercambiando mensajes y Micah está rojo como un tomate.

—Mmm —murmura Micah, claramente distraído con lo que sea que le está diciendo su hermana—. No te has caído por las escaleras, ¿verdad?

—¿Estás hablando con tu hermana o con un novio secreto? —contraataco—. Si quieres, salgo del coche.

Las orejas de Micah se colorean todavía más, aunque mis palabras tienen el efecto deseado porque se guarda el móvil en el bolsillo y sale del coche sin decir palabra. Con un suspiro y una plegaria dirigida a cualquiera dispuesto a escuchar, lo sigo; casi puedo entender la letra de las canciones desde aquí.

Me agarro un mechón de la coleta entre los dedos y le doy vueltas.

—No puedo hacer esto —susurro.

¿Por qué pensé en algún momento que era una buena idea? No debería haber decidido venir a la fiesta justo después de pelearme con Amelia, todo el mundo sabe que tomar decisiones cuando todavía se está enfadado es poco aconsejable. Además, mi hermana tiene razón: no se me da bien hacer amigos.

¿Qué voy a hacer cuando Micah se vaya con los suyos y me deje sola?

—Creo que me voy a volver a casa.

Micah suspira.

Alguien chilla e inmediatamente le sigue el sonido de cristal rompiéndose en mil pedazos. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—No voy a obligarte a ir a ningún sitio —dice, su voz calmada y compuesta.

Me giro hacia él tan rápido que me da un tirón en el cuello. Me esperaba el tono condescendiente de Bruno diciéndome «es solo una fiesta, supéralo de una vez» o el de Amelia explicándome que no tengo ni idea de nada en absoluto, no... lo que quiera que sea esto. No sé si

me está vacilando o va en serio.

—¿Qué?

—Si no quieres ir, te llevo a casa. —Micah se encoge de hombros—. Aunque ya estemos aquí, puedo...

—No es que no *quiera* ir —suelto, de morros y cruzándome de brazos—. ¿Pero *sin* o *le* *caigo* bien *o* *no* *le* *hacen* amigos *o* *no* *le* *gustan* *Amelia*?

Micah resopla, aunque no es un resoplido hastiado como los que recibía hace una semana, sino más... cariñoso. Me dirige una sonrisa suave que contrasta con la música estruendosa que susurra el viento. Tiene que inclinar la cabeza levemente hacia arriba para mirarme a los ojos, lo que me hace sentir tan bien como pensé que haría.

—Vas a caerle bien a la mayoría de las personas de ahí dentro —dice, señalando la casa de Sam O'Donell con un pulgar—. No voy a decirte lo maja que puedes llegar a ser cuando quieres o lo graciosa que eres porque no quiero que se te suba a la cabeza —me guiña un ojo—, pero seguro que te ganas a más de uno.

—Ay, Micah, no sabía que te gustaba tanto.

Lo digo para meterme con él, pero Micah pone los ojos en blanco y sonríe exasperado y con algo de afecto al mismo tiempo.

—A mí me caes bien —continúa como si no hubiera hablado—. Y lo primero que me dijiste después de dos años fue que mi libro da asco. Conque te guardes los insultos, creo que vas bien.

—No sé por qué necesitas mi ayuda conquistando a Bruno, sabes ligar muy bien tú solito.

—Cállate —murmura, sonrojado de nuevo—. Lo que quiero decir con todo esto, es que, si quieres, nos vamos, pero no veo razón para ello. A lo mejor no tienes nada en común con esta gente, pero eso es lo más divertido de todo. No tienes ni idea de cómo va a acabar la noche.

Echo un vistazo rápido al jardín delantero de la casa de Sam O'Donell, donde más de una docena de personas ha decidido asentarse. Una chica con un vestido plateado y corto está bebiendo de un vaso de plástico mientras dos de sus amigas dan palmadas y la animan; a su derecha un grupo de chicos se pasan una botella de cerveza y ríen como si fueran las únicas personas en el mundo, y un poco más allá una pareja habla en susurros, con las mejillas rozándose y los labios separados por apenas unos centímetros.

No parece que ninguno de ellos se lo esté pasando especialmente mal.

—Además —añade Micah con un brillo peligroso en los ojos—, va a haber alcohol.

Sube y baja las cejas sugerentemente, lo que me hace más gracia de la que debería y me saca una risa tan súbita que hace que me olvide del manojo de nervios en mi estómago.

—No puedo decir que no a eso.

Había subestimado el número de personas que caben en una casa. Sabía que íbamos a ser muchos antes de entrar, pero no me imaginaba que fuéramos *tantos*; apenas podemos colarnos entre la gente cuando pasamos por la puerta.

—¿Cómo tiene tantos amigos? —le grito a Micah, que va por delante.

Se gira un momento para guiñarme el ojo, es toda la respuesta que obtengo. Aprovecho para observarlo. Las luces de colores se le reflejan en el pelo y lo pintan de púrpura, azul y naranja; se le dibujan formas en las mejillas y sobre la espalda, y debe de haberse pintado las uñas con un

esmalte especial porque brillan bajo los fluorescentes.

No hace ni cinco minutos desde que cruzamos la puerta y ya siento el sudor recorriéndome la espalda y la frente, y los cuerpos de otras personas pegajosos contra el mío. Cuando miro hacia arriba, veo una bola de discoteca colgada del techo. Una canción de Taylor Swift que reconozco pero cuyo nombre no me sé retumba por toda la vivienda. Dondequiera que mire veo a personas saltar, cantar y bailar animadas, vasos de cerveza y alcohol desparramándose por todos lados.

Nunca he ido a una discoteca, pero esto es lo que me imagino cuando pienso en ello.

El entusiasmo y la exaltación son tan contagiosos que me echo a reír solo porque sí. Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada que hace que varias personas me miren con curiosidad; incluso Micah se gira con los ojos muy abiertos, como si me estuviera viendo por primera vez. Un chico con el pelo largo y rubio me coloca unas gafas tintadas de rosa y me lanza un beso; una chica subida a una silla que mueve las caderas me señala con el dedo índice y sonrío de oreja a oreja.

A lo mejor estaba exagerando un poco cuando pensaba que todos iban a odiarme. Agarro a Micah por la pechera de la camisa y estoy a punto de acercarlo a mí para enseñarle mis gafas nuevas cuando a alguien se le cae un vaso entero de bebida sobre mi espalda. Los hielos, que se me quedan atrapados durante un segundo en las tiras del top, me hacen soltar un chillido involuntario; la camisa de Micah se me escurre entre los dedos y la multitud tira de él, tragándose el vaso.

Doy una vuelta, escaneando la marabunta en busca de la ropa estrafalaria de Micah —una camiseta de color azul, pantalones campana y zapatillas—, pero no hay rastro de él. La emoción de hace unos minutos está empezando a metamorfosearse en pánico cuando una chica me sujeta por los hombros y se me acerca tanto que durante un segundo pienso que me va a besar.

—¡HOLA! —chilla sonriente. Tiene los ojos verdes y las pestañas más largas que he visto en la vida. Cuando mueve la cabeza, una coleta rubia despampanante choca contra mi mejilla—. ¡Me encantan tus gafas!

Me las toco con los dedos involuntariamente y sonrío con timidez. Estoy a punto de darle las gracias y salir corriendo cuando la chica me sacude y empieza a dar saltitos en el sitio. Me doy cuenta justo entonces del vestido que lleva, corto y plateado. Es la misma chica que hace tan solo un momento bebía trago tras trago en el jardín.

—Oooh —corea, moviendo la cabeza hacia los lados y cerrando los ojos—. Esta es de mis canciones favoritas. *Tenemos* que bailar.

La chica da tumbos de un lado a otro, mueve los brazos y cruza las piernas para dar una vuelta sobre sí misma, luego otra; en cualquier otra persona se vería ridículo, pero hace que el baile funcione. La escucho reírse incluso por encima de la música, una risa bonita y aguda que se sobrepone a la canción.

—«Chop Suey!» —Al principio pienso que es ella la que grita, pero luego veo al chico a su lado y la sonrisa felina de sus labios—. De System of a Down. La mejor canción del mundo.

Tengo que subirme las gafas a la frente para comprobar que los ojos no me han traicionado. El chico, cuando me ve con la boca abierta de par en par, me saluda con la mano y se encoge de hombros.

—¿Finn?

Es Finn Donovan como nunca lo había visto antes. Se ha recogido el pelo en un moño del

que se le escapan varios mechones y se ha pintado los ojos con kohl negro que contrasta con sus ojos verde esmeralda. Lleva pendientes de colores en las orejas y pulseras que brillan en la oscuridad le decoran las muñecas, tantas que no se le ve la piel; creo que se ha olvidado de abrocharse los botones de la camisa.

En el instituto solía pensar que era el chico católico perfecto; ahora es de todo menos eso.

—En vivo y en directo —dice antes de hacer una reverencia y robarme las gafas. Señala a la chica, que ha dejado de bailar y se me ha encaramado a un brazo—. Esta es mi hermana...

—¿Carolina! —grita antes que Finn—. ¿Tú quién eres?

—Um. Eugenia. Encan...

—¿Has venido con Bruno? —me pregunta Finn. Mientras que a él se le iluminan los ojos al mencionar a mi amigo, a mí se me encoge el corazón; hace días que no hablo con él—. Todavía no lo he visto.

—He venido con Micah.

Carolina se yergue ante la mención de Micah. Los ojos le hacen chiribitas y por un momento pienso que es como las chicas de la librería, las que se perdieron la firma de libros.

—¿Micah Nguyen?

—¿Podemos dejar de hablar sobre Micah durante un segundo? —se queja Finn—. Llevas todo el verano parlotando sobre él.

—Es mi *amigo* y se ha hecho *famoso*, ¿qué te esperabas? Deja de lloriquear. —Se gira hacia mí y me aprieta el brazo—. ¿Quieres algo de bebida? Tienes pinta de necesitarla.

—No todo el mundo necesita beber para divertirse —murmura Finn.

—Yo sí —intervengo, llamando la atención de ambos hermanos—. Lo necesito. Lo que sea.

—¿Incluso vodka? —pregunta Finn.

Se me colorean las mejillas porque sé que está recordando la graduación.

—Lo que sea *menos* vodka —corrijo.

—Quiero oír esa historia luego —dice Carolina—. Pero primero, vamos a saquear la cocina.

Los observo a ambos. Finn le da un trago largo a su bebida y hace una mueca mientras Carolina canta las últimas estrofas de «Chop Suey!» y me mira con ojos de corderito, claramente con ganas de que los acompañe a pesar de no conocerme de nada. Pensaba que no sabría hacer amigos sin la ayuda de Micah; pensaba que tendría que emborracharme para hablar con alguien, quien fuera, porque si no lo hacía, no iba a saber qué decir.

A lo mejor estaba equivocada.

A lo mejor lo he estado todos estos años.

Le quito las gafas tintadas de rosa a Finn y me las vuelvo a poner sobre el puente de la nariz. Carolina sonrío de oreja a oreja, menos borracha de lo que pensaba.

A lo mejor puedo empezar a buscar ese *algo* del que hablaba Micah en esta fiesta.

—¿Dónde está la cocina?



Finn se ofende sobremedida cuando le digo que no tengo ni repajolera idea de qué canciones están sonando. Frena en seco tan súbitamente que no puedo evitar chocarme contra su espalda, Carolina contra la mía, ambas golpeándonos la nariz con fuerza. Por su reacción, cualquiera hubiera pensado que acabo de insultar a toda su familia.

—¿Ninguna? —pregunta, agravado, su voz muy por encima de la música—. Tengo que arreglarlo. Tengo que *ayudarte*.

Después de prometerle que me voy a escuchar el disco que me va a grabar —un *disco*, como si estuviéramos en el siglo pasado—, seguimos nuestro camino hacia la cocina. Siento el sudor de la mano de Carolina sobre la mía, los cuerpos pegajosos de las personas chocando conmigo y las canciones retumbándose en los oídos. Intento buscar a Micah con la mirada, pero no lo encuentro.

Nos paramos a hablar un montón de veces con conocidos de los hermanos, chicas guapas enfundadas en vestidos o pantalones pitillo y chavales llenos de purpurina en el pelo y sombras de ojos oscura. Me siento un poco como una niña pequeña esperando a que sus padres acaben de hablar con amigos, pero no puedo evitar reírme de vez en cuando o asentir animadamente cuando se dirigen a mí.

Carolina mezcla zumos y refrescos con ron en lo que parece que va a ser la peor combinación de la historia de los cócteles, pero cuando me llevo el vaso de plástico rojo a los labios tengo que contenerme para no soltar un gemido de lo bueno que está. Hacía tiempo que no probaba alcohol, pero nunca había probado algo tan rico.

—Soy *bartender* en mis tiempos libres —me dice con un guiño. Finn resopla mientras cambia la canción, pero yo sonrío—. Venga, volvamos al salón.

Hay incluso más gente de la que había hace cinco minutos, pero deja de importarme después de unos cuantos tragos. Quizá es porque se me sube el alcohol a la cabeza demasiado rápido, pero una vez le pillo el tranquilo al movimiento de pies y brazos adecuado, todo es más divertido, menos angustiante.

Me lo estoy pasando *bien*.

—Nia. —Finn me pasa un brazo por los hombros y se muerde los labios, claramente más borracho que yo—. ¿Sabes si va a venir Bruno? Me soltó largas cuando le pregunté.

Una sonrisa remolona se abre paso hasta mis labios. He cruzado palabra con Finn un total de

dos veces en todo el verano, y en ambas ocasiones ha conseguido meter a Bruno en la conversación. Puede que ya no le conozca tan bien como cuando estábamos en el instituto, pero reconocería ese brillo de ojos en cualquier lugar.

—Te gusta.

La acusación hace que Finn se tropiece y casi me lleve al suelo con él en el proceso. Su hermana, que no sé si nota su nerviosismo o simplemente se ha cansado de que la dejemos de lado, lo agarra por la cintura y nos anima a movernos a la vez, al son de una canción que definitivamente no es la que suena por los altavoces.

La situación no sería igual de graciosa si no fuera por el ron que me calienta desde dentro. Si no fuera por el alcohol, recordaría que estoy intentando enrollar a Bruno con Micah; me daría cuenta de que si Finn está pillado por mi amigo y los sentimientos son correspondidos, la situación empeoraría, al menos para mí. Pero ahora no me importa en absoluto: agarro con fuerza el vaso lleno que me pasa Carolina y sigo bailando. Bailo y bailo y bailo como si me fuera la vida en ello, como si haber perdido de vista a Micah no me importase lo más mínimo, como si no fuera a arrepentirme de beber tanto mañana.

Bailo sin parar, sin pensar, sin preocuparme por nada en absoluto.

Mi cuerpo reconoce la canción que suena antes que mi cerebro. Estiro los brazos hacia arriba, bañando a la persona más cercana a mí con el mejunje de Carolina, y me giro hacia Finn con los ojos muy abiertos.

—¡Me la sé! ¡Sé cuál es esta canción!

Normalmente, escuchar *k-pop* me haría poner los ojos en blanco y darme de golpes contra la superficie plana más cercana, pero ahora mismo me emociona como pocas cosas lo hacen. Es una de las canciones favoritas de Silvia, una que suena continuamente en la librería y que me sé casi de memoria.

Carolina me da un empujón con las caderas y señala al techo, a un punto que solo ella y yo parecemos ver, por la cara de mustio de Finn.

—Adoro esta canción —me medio susurra, medio grita Carolina al oído, como si fuera un secreto. Luego grita alto, muy alto, y la fiesta entera le hace eco.

Cierro los ojos y me dejo llevar por la música. Se me escapa carcajada tras carcajada y vuelvo a levantar los brazos en el aire, doy saltos hasta que me duelen las piernas, grito hasta que me duelen los pulmones. Cuando una chica se acerca con una botella y nos la acerca, echo la cabeza hacia atrás y dejo que el líquido con sabor a caramelo me baje por la garganta. Me siento más yo de lo que me he sentido en toda mi vida.

Quizá había algo de razón en las palabras de Amelia. Nunca me molesté en hacer amigos cuando llegamos a Salva Guardia, del mismo modo que nunca me molesté en buscar ese *algo* del que hablaba Micah. Estaba demasiado enfadada con el mundo como para ver más allá de mi propia nariz.

Pero eso no significa que sea demasiado tarde, que ahora no pueda encontrar amigos o encontrarle el sentido a viajar, el sentido a quedarme y crear algo solo *mío*.

Tengo que contárselo a Micah.

Carolina me agarra de un codo y Finn del otro cuando doy un paso hacia atrás y me tambaleo como un pato mareado. Tengo ganas de reírme como una descosida, pero también de llorar. ¿Era esto lo que necesitaba para resolver el acertijo? ¿Salir de mi cueva y que un escritor famoso me

hiciera chantaje?

El chantaje. Mierda.

—Voy a buscar a Micah —digo, aunque no lo suficientemente alto como para que los hermanos me escuchen. Todo me da vueltas—. Tengo que encontrarlo.

Tengo que encontrar, además, a Bruno. Hacer que hablen; empujar a uno contra el otro para que se besen si es lo que hace falta. Mi anonimato está en juego. No sé cómo se me ha podido olvidar.

—¡Eugenia! —grita Carolina cuando consigo escaparme de sus manos.

Tiro de mi propio brazo para liberarlo del agarre de Finn, que me suelta sin oponer mucha resistencia justo en el mismo momento.

La fuerza que he utilizado para tirar de él y que no encuentra oposición hace que tropiece con mis propios pies y caiga hacia atrás, y atrás, y atrás. Escucho a la gente a mi alrededor gritar e incluso veo el horror en la cara de Carolina, pero nunca llego a tocar el suelo.

—Nia —dice Bruno, sonrío mostrando los dientes y está sujetándome por los brazos—. No esperaba encontrarte aquí.

El salón —y prácticamente todas las habitaciones de la casa— está lleno hasta la bandera, así que dejo que Bruno me guíe hasta llegar al jardín trasero. Esta vez, a nadie se le caen hielos sobre mi espalda, así que no tengo opción salvo sujetarle la mano a Bruno y seguirlo.

En el jardín hay considerablemente menos gente. Vemos a varias parejas esparcidas por él, liándose o hablando o una mezcla de ambas. Hay una piscina, vacía salvo por una chica que flota sobre el agua con los ojos cerrados y vestida, y sofás alrededor de una mesita de café en los que ninguna pareja ha decidido darse el lote, así que Bruno y yo los ocupamos.

Estoy tan desesperada por escapar de esta conversación que considero seriamente tirarme a la piscina. En su lugar, me termino de un trago lo que me queda en el vaso de plástico.

—No sabía que eras tan amiga de Finn —comenta Bruno después de echarle un vistazo a la chica de la piscina—. Y tampoco sabía que Carolina y tú os conocierais.

—Yo no sabía que habías empezado a hablar con Finn —contesto, mordaz, pero ante la mirada de Bruno añado—: Finn y yo éramos amigos en el instituto, y a Carolina la he conocido hoy.

—Ah. —La sonrisa de Bruno va perdiendo intensidad con cada segundo que pasa. Alguien sube el volumen de la música, suena una canción de David Guetta que a mi padre le encanta—. ¿Cómo es que has decidido venir, de todos modos? Nunca vienes cuando te invito yo.

No estoy lo suficientemente ebria para esta conversación. Nunca hubiera pensado que preferiría una fiesta llena de desconocidos antes que hablar con mi mejor amigo.

Al menos puedo intentar hablar bien de Micah para que Bruno se interese en él. Es lo mejor que puedo hacer ahora mismo.

—Micah me ha convencido. No es un mal tipo, ¿sabes? Es más majo de lo que pensaba. Comprensivo, incluso. Sabe escuchar. No da malos consejos, y además...

—Micah —repite, un poco como si el nombre le diera asco—. Eso sí que no me lo esperaba. El otro día no terminamos muy bien, salió corriendo poco después de que tú lo hicieras.

Hago una mueca.

—Ya, sobre eso...

—¿Sabes, Eugenia? Entiendo que te moleste que me vaya a Italia sin habértelo dicho. De verdad, lo entiendo. Lo que no entiendo es que vengas a una fiesta con Micah, que no me contestes al teléfono, que me ignores durante más de una semana... ¿Qué pasa contigo?

Mi abuela solía decirme que mi mayor defecto es que no pienso antes de hablar. Da igual la conversación o la persona con la que me encuentre, siempre suelto lo primero que se me pasa por la cabeza sin pensar en las consecuencias que puede tener o la gente a la que puedo herir. Es un defecto del que todavía no he conseguido deshacerme.

En lugar de pensar que este no es el mejor momento, considerando las circunstancias, de ponerme a discutir con mi mejor amigo, lo que hago es concentrarme en el ruido sordo de mi corazón en los oídos, cómo de rápido me late, lo enfadada que estoy.

—Micah —digo con el mismo asco que Bruno, pero dirigido a otra persona— no me ha ocultado que se va a Italia en menos de dos meses.

—Ya te he dicho que... Eugenia, por Dios. —Bruno cierra los ojos con fuerza y alza las manos, molesto. Observo su reacción con satisfacción durante aproximadamente diez segundos antes de darme cuenta de lo que acabo de decir—. ¿Qué te esperabas, que me quedase aquí siempre? Sabías que tarde o temprano iba a irme. ¿Cuándo vas a dejar de echármelo en cara?

—¡Se supone que íbamos a quedarnos dos años! ¿Cuánto tiempo llevas mintiéndome? ¿Desde cuándo sabes que te vas a ir?

El silencio de Bruno debería ser respuesta suficiente, pero no lo es.

—¿Cuándo?

—Enero —susurra, tan bajito que casi no lo oigo—. Lo hablé con mi primo en enero.

¡Enero!

Intento ignorar el pinchazo que siento en el pecho al escucharle, pero me es imposible. Bruno lleva sabiendo que se va a ir desde hace *seis meses* y no me lo ha dicho; me ha dejado hacer planes para Navidad, para Halloween, para meses en los que ya sabía que no iba a estar, sin decirme *nada*.

—Si tanto querías irte, no deberías haberme dicho que te ibas a quedar. ¿Qué, es que te daba pena?

Sé lo que Bruno va a decir incluso antes de que abra la boca. No es lástima lo que siente hacia mí, nunca ha sido lástima y eso lo sé de sobra. Que se vaya en septiembre no tiene nada que ver conmigo, de hecho. Ha sido algo que... ha sucedido. Una oportunidad de la que Bruno ha decidido aprovecharse.

Cualquier persona lo hubiera hecho, y aun así me hace hervir la sangre. Es menos el hecho de que se vaya y más el de que me lo haya ocultado.

—*Esa* es exactamente la razón por la que no te lo había dicho —contesta Bruno a destiempo, levantándose del sofá y apuntándome con un dedo—. Sabía que ibas a darle vueltas a todo para ser tú la víctima.

—¡Me has mentido!

—No me extraña —dice Bruno lentamente, como si quisiera que las palabras se me clavasen en el pecho una tras otra— que no tengas más amigos.

Ese es un golpe *muy* bajo.

—Creo que te hubieras llevado mucho mejor con Amelia. —Me arden los ojos, pero no

pienso llorar enfrente de Bruno, no después de lo que acaba de decirme—. Os lo pasaríais pipa soltando mierda sobre mí. Si tan mala amiga soy, te podrías haber ido en cualquier momento.

Bruno levanta los brazos y los deja caer a ambos lados de su cuerpo como un peso muerto. Espero a que vuelva a hablar, a que me rebata las palabras de alguna forma, a que diga *algo*. Por un instante estoy segura de que va a insultarme o incluso a darme una bofetada, pero Bruno hace exactamente lo que le he sugerido que haga.

Se va.

Las parejas han dejado de besarse para mirarme con curiosidad, todas preguntándose qué cojones acaba de pasar, pero las ignoro con facilidad. Me concentro en pestañear para contener las lágrimas y pienso en que deberíamos haber dejado esta conversación para cualquier otro momento, cualquier otro lugar. Que debería haber cerrado los ojos y contado hasta diez, como mi abuela tantas veces me sugirió. Que podríamos haber arreglado las cosas.

Que debería haber pensado todo esto antes, porque ya es demasiado tarde.

Ni siquiera todos los paraguas del mundo podrían frenar la tormenta que orbita alrededor de mi corazón. Las aguas, una vez azul turquesa y cálidas, han tornado grises y enfadadas. Furiosas.

¿Qué es el océano, salvo una trampa mortal que no tiene escapatoria?

Fragmento de *Gris*,
por Anónimo, en el periódico de Salva Guardia



Micah, Carolina y Finn me encuentran sentada al borde de la piscina, con los pies sumergidos y comiendo unos pistachos que alguien se ha dejado olvidados. El cielo se ha encapotado, así que casi todas las parejas han huido en busca de un sitio más acogedor en el que compartir saliva. Llevo sola un buen rato.

—Llevo buscándote *horas* —dice Micah cuando se acucilla a mi lado. Tiene la frente perlada de sudor y los labios muy rojos, como si el pintalabios de alguien se le hubiera quedado impreso.

—No llevamos aquí *horas* —respondo. Le doy un trago largo a mi bebida; la chica que flotaba en el agua me la trajo después de salir de la piscina, asegurándome que no le había echado nada y diciéndome que tenía pinta de necesitarlo. Sabe sospechosamente a vodka—. Además, eres tú el que se perdió primero.

Micah no responde con ninguna frase elocuente, así que supongo que no debo de tener muy buena cara. Carolina se sienta justo detrás de mí y me abraza con los brazos y las piernas, como un pulpo.

—Tienes cara de haber llorado —murmura, sus labios cálidos contra mi nuca.

—Nunca me has visto llorar.

—Si me lo imagino, esta es exactamente la cara que tienes.

Suspiro. Finn me da una palmadita en la espalda y deja la mano sobre mi hombro, como si no tuviera ni idea de qué hacer en estas situaciones.

—¿Te has peleado con Bruno? —Tengo la sospecha de que, si no fuera por mi cara de pocos amigos, me preguntaría sobre su paradero—. Hace un rato lo vi marcharse y...

Deja la frase en el aire, aunque no es necesario que la termine. Bruno tendría igual o peor pinta que yo, que ya es decir; creo que el rímel ha migrado a mis mejillas.

—Mi hermana tenía razón. —Micah abre la boca para decir algo, pero antes de que salga palabra señalo al cielo—. Va a llover.

—Mira el lado positivo —dice Carolina animada—. Igual encuentras a alguien a quien besar bajo la lluvia. Eso alegra a cualquiera, ¿eh?

Giro la cabeza para mirarla y soltar algún comentario borde, pero mi mirada se queda atascada en Micah, que tiene los ojos puestos en mí. Estoy demasiado cansada y borracha como para fingir que no lo he pillado observándome, así que le aguanto la mirada. Frunce la nariz ante

mi escrutinio, aunque un momento después le sale una sonrisa pequeñita, consoladora, de los labios casi magentas. Ojalá no fuera tan guapo. Ojalá no me estuviera viendo así.

Espero que fuera en serio cuando me dijo que le caía bien, porque dudo mucho poder ayudarlo a acercarse a Bruno si Bruno no me habla.

Me meto un pistacho en la boca y mastico despacio.

—Tu libro no es una mierda —digo entonces, de repente. Micah abre los ojos de par en par, sorprendido ante el comentario.

Igual de sorprendido que yo. ¿Por qué he dicho eso? Ni siquiera estaba pensando en su libro.

Carolina suelta una risita contra mi oreja.

—Así no vas a besarlo bajo la lluvia —susurra para que solo yo la escuche.

No estaba pensando en besar a nadie bajo la lluvia, mucho menos a Micah Nguyen. Puaj. No gracias.

—¿Sabéis qué? —pregunto a nadie en particular, desenredándome de los brazos de Carolina y poniéndome de pie—. Creo que mejor vamos dentro antes de que empiece a...

Ni siquiera he terminado de hablar cuando Micah se levanta, tan rápido que apenas veo un borrón donde su cuerpo debería estar. Tengo aproximadamente un segundo para sorprenderme de que me haya hecho caso antes de que me coloque las manos en los hombros y me empuje, la acción es tan repentina que no puedo hacer otra cosa salvo perder el equilibrio y caerme en la piscina con un *splash*.

Esta noche han ocurrido muchas cosas, pero que el autor más famoso del momento, que por cierto me está haciendo chantaje, me tire a una piscina porque le he dicho que su libro *no* es una mierda se lleva la palma. Definitivamente.

Salgo a la superficie escupiendo agua y con mechones de pelo oscuro pegados a la frente y las mejillas. Me agarro al borde de la piscina como si mi vida dependiera en ello mientras Finn y Carolina se ríen a carcajadas a unos cuantos metros, supongo que para que el agua no les salpicase después de mi bomba involuntaria. Micah no se ha movido, está exactamente igual salvo por la sonrisa enorme en su rostro.

—¡Se puede saber qué te pasa! —chillo. Intento escalar por el borde en lugar de nadar hasta las escaleras solo porque así puedo seguir gritándole a Micah—. ¡Que te he hecho un cumplido!

—Estabas demasiado amargada —contesta Micah encogiéndose de hombros, como si eso fuera razón suficiente—. Quería animarte.

—¡Animarme, mis muertos! —Subo una pierna al borde y la dejo caer de inmediato porque todavía me duelen las rodillas—. A la próxima fiesta te va a acompañar tu madre, Micah, porque yo...

—Anda, ven —dice entonces, soltando una risita y estirando la mano para ayudarme a subir.

No pienso desaprovechar una oportunidad como esta. Me muerdo el interior de la mejilla para ocultar las ganas que tengo de reír y agarro la mano que me ofrece Micah, al que veo reconocer su error justo en el momento en el que mis dedos aprietan los suyos con ganas. Pero ya es demasiado tarde: tiro de él con todas mis fuerzas, que no son pocas incluso cuando me estoy riendo tan fuerte que casi no escucho el grito ahogado de Micah.

Me tapo los ojos con las manos para que no me entre agua, aunque es una mala idea donde las haya, porque Micah también sabe aprovechar el mínimo momento de debilidad y me agarra

de las piernas, sumergiéndome con él.

Cuando abro los ojos debajo del agua, me lo encuentro justo enfrente, borroso y distorsionado, como si se tratase de un sueño, pero la sonrisa que le baila al ritmo de las ondas del agua me convence de que no estoy dormida. Lo agarro de los hombros para impulsarme hacia arriba, pero Micah es más fuerte que yo y me mantiene anclada al fondo.

Se me escapa una risa llena de burbujas que flotan a nuestro alrededor. Micah me suelta las piernas, pero no tarda en encontrar mis manos y en entrelazar nuestros dedos. ¿Cuándo fue la última vez que le di la mano a alguien? Hace unos días, en el parque, también a él. No lo noté entonces, pero ahora sus callos me raspan las yemas de los dedos.

Aguantamos la respiración hasta que todo el oxígeno se evapora de nuestros pulmones y luego otro poco más. Después de lo que siento como una eternidad, pero no deben de haber sido más de dos minutos, nos impulsamos contra el fondo y salimos a la superficie como delfines muy mal coordinados.

—¿Pensábamos que os habíais ahogado! —grita Carolina, tirando de su hermano para acercarse a la piscina. Ambos me dedican una mirada sugerente muy poco discreta, y a pesar de ello tardo en darme cuenta de que Micah y yo seguimos cogidos de la mano. Se la suelto enseguida—. ¿Queréis algo de ropa? Os vais a resfriar si no os cambiáis.

—Por favor —murmura Micah.

Se apresura en trepar por el bordillo con facilidad, a diferencia de mí.

No paso por alto lo rojas que tiene las orejas.

—¿Por qué tienes ropa aquí?

Si vamos a fingir que no ha pasado nada, por mí genial. Perfecto. *Maravilloso*. Esta vez nado hasta las escaleras de la piscina, sin prisa pero sin pausa, mientras rumio lo que acaba de pasar. Porque ha pasado *algo*, aunque no sepa exactamente el *qué*.

—¿Por qué te crees que iba a tener ropa aquí? Es mi casa.

—¿Tu casa? —Me deshago la coleta e intento quitarme toda el agua posible del pelo antes de entrar—. Pensaba que era la fiesta de Sam O'Donell. ¿Es tu hermano?

Finn, Carolina y Micah me miran con incredulidad y sorpresa mezcladas en el rostro, como los cócteles de Carolina. Micah pone los ojos en blanco y suspira antes de susurrarle algo a Finn, que se echa a reír y sacude la cabeza.

Es muy posible que vaya peor de lo que pensaba. Debería haber preguntado qué llevaba mi bebida.

—¿Qué? ¿Qué me estoy perdiendo?

—Yo soy Sam O'Donell —dice Carolina, que se acerca a mí y me pasa el brazo por los hombros—. Samantha Carolina O'Donell. Todo el mundo me llama Carolina, menos Micah.

—¿Qué puedo decir? —Se encoge de hombros—. Soy un hombre de costumbres.

Definitivamente es culpa del alcohol.

Finn y Micah se despiden de nosotras como si no fuéramos a volver a vernos hasta dentro de unos años. Todavía estoy sonriendo cuando Carolina cierra la puerta de su habitación, impecable salvo por la montaña de ropa concentrada en el centro del cuarto.

No tarda en ordenarme que me siente en la silla del escritorio mientras busca algo de ropa

para mí. Le da patadas a una falda rosa con volantes para apartarla del camino y parece leerme los pensamientos, porque deshecha conjunto tras conjunto al mismo tiempo que me explica:

—Mi padre y el padre de Finn son hombres diferentes, por eso tenemos apellidos distintos. —Tira una camiseta de lentejuelas amarillas a la pila de ropa y chasquea la lengua—. Finn solía vivir con su padre, pero hace un año se mudó con nuestra madre y conmigo. Es un poco confuso —añade—, pero ya te acostumbrarás. Siempre he considerado a Finn más mi amigo que mi hermano, de todos modos.

Asiento la cabeza porque Carolina sigue hablando y no quiero parecer desagradecida, pero en mi cabeza repito sus últimas palabras como un disco rayado: «más mi amigo que mi hermano». Es algo que siempre he escuchado y que solía ser cierto, en cuanto a Amelia y a mí se trataba. Cuando éramos pequeñas, éramos inseparables, yo su sombra y ella mi modelo a seguir, pero a mitad de camino algo cambió y dejó de ser así.

Hace tiempo que me resigné a que mi hermana y yo nunca volveríamos a ser las que éramos.

—Ya te explicaré todo mejor otro día —dice Carolina, sacándome de mis pensamientos cuando me tira unos pantalones campana y un top violeta—. Cuéntame tú algo. ¿De qué conoces a Micah?

—Mi hermana y él eran mejores amigos en el instituto. —Esa es la respuesta fácil; no pienso decirle a Carolina que Micah sabe que soy el Anónimo del periódico y me está haciendo chantaje—. Se puede decir que hemos... *reconectado*.

Después de cambiarme de ropa, Carolina decide retocarme el maquillaje, lo que es una forma bastante original de decirlo, porque entre las lágrimas y el agua de la piscina, el rímel ha desaparecido por completo. No hay nada que *retocar*.

—¿Tú de qué conoces a Micah?

—Shh. No te muevas, que te voy a sacar un ojo. —Carolina sonrío de oreja a oreja, ojos verdes brillando con intensidad muy cerca de los míos—. Íbamos juntos al instituto. También conocía a Amelia, pero con ella nunca llegué a conectar como con Micah. Me ha dicho un pajarito que ahora tiene novia.

La chica de las trenzas del Géminis. La chica de la tarta de chocolate. Reagan.

—¿Conectar? ¿Te refieres a...?

—No, no. —Sacude la mano con el pincel en el aire—. Éramos solo amigos. Muy buenos amigos, pero *solo* amigos. Hablamos de vez en cuando durante el curso y en verano siempre nos vemos.

—¿No lo echas de menos?

—Sí, claro que lo echo de menos. Pero tampoco puedo hacer nada para solucionarlo, ¿no? Yo no me voy a ir a estudiar a Corea del Sur y Micah no va a venirse a mi universidad pública. Es demasiado esnob. —Con un golpe seco, cierra la paleta de sombras y sonrío ante su obra de arte—. *Voilà!* Ya puedes ir a por ese beso.

Pongo una mueca.

—No quiero besar a Micah —digo. Cuando enarca las cejas, incrédula, añado—: No me gusta Micah. Él está colado por Bruno, de todos modos, así que da igual. Aunque no me gusta. Ni un poquito.

—A mi *hermano* le gusta Bruno —refuta Carolina, que se cruza de brazos y tiene un brillo peligroso en los ojos—. Micah ni siquiera lo conoce. Además, no se ha pasado media noche

buscándolo a él, sino a *ti*, Eugenia. Nada más encontrárnoslo después de que te fueras con Bruno, nos preguntó dónde estabas. Ni siquiera nos dijo hola.

Micah no acostumbra a despedirse, así que no vería raro que tampoco acostumbrase a saludar. Sea como fuere, es literalmente imposible que esté pillado por mí. Le he confesado que me da miedo irme de la ciudad, que mi hermana me odia y que soy una egoísta porque no quiero que Bruno se vaya. Son *demasiados* defectos. Hasta me sorprende que Micah quiera seguir acercándose a mí.

—Venga, vamos —murmuro rompiendo el silencio—. Micah y Finn deben de estar esperando.



Me gustaría poder decir que soy una adulta responsable y que sé cuándo decir basta. Después de la pelea con Bruno, la caída a la piscina, lo que quiera que acabe de pasar con Micah y la ingesta masiva de alcohol, cualquier otra persona le hubiera puesto punto y final a la noche y se hubiera ido a casa.

Pero yo no.

En lugar de preguntarle a Carolina dónde está la puerta más cercana, cruzarla y no mirar atrás, lo que hago es dirigirme a la cocina y prepararme otra bebida. Ignoro su mirada preocupada; ignoro a Micah intentando preguntarme algo; ignoro el vaso de agua que me ofrece Finn.

Los ignoro a todos y me escurro entre cuerpos pegajosos y cálidos hasta el salón, donde parecen concentrarse la mayoría de las personas.

Ignoro las canciones desconocidas y bailo al son de una canción de Sebastián Guerschuny que tarareo para mí misma; ignoro a Finn y Carolina cuchicheando a mi izquierda; ignoro las luces de colores que me dejan ciega; ignoro a Micah, con el pelo todavía mojado y los hoyuelos ahora invisibles y los ojos oscuros sobre mí; ignoro al fantasma de Bruno, que me sobrevuela y no para de repetirme que no tengo amigos.

«Míralos», quiero decirle señalando a Carolina y Finn y Micah, que, aunque no sean mis amigos de verdad, son lo más parecido que tengo ahora mismo. Sacarles una foto de improviso y mandársela a Bruno y a mi hermana para demostrarles que, cuando quiero, puedo socializar, que no dependo de nadie, que no soy tan mala persona como ellos opinan.

Le doy un trago a mi bebida y doy una vuelta sobre mí misma, la habitación volviéndose un borrón.

Me pongo las gafas tintadas de rosa y acepto felizmente un collar de flores de colores que me da un chico moreno y con los ojos más azules que he visto nunca. Carolina, que parece haberse cansado de preocuparse por mí, se me acerca con una sonrisa brillante y me da la mano, me hace dar una vuelta, dos, tres. Suelto un grito de pura euforia, ignoro todo en lo que debería pensar detenidamente, me concentro en la letra de una canción que solo yo conozco.

Cierro los ojos y me río, completamente ida durante un momento. Cuando los abro, tengo a Micah justo enfrente, cara a cara, su flequillo haciéndome cosquillas en la frente. Me pregunto si Amelia estuvo en esta situación con él alguna vez, en una fiesta llena de extraños en una casa

desconocida en la que Micah era su único guía.

—Igual deberías dejar de beber durante un rato, Gen —dice, sus labios a descompás con las palabras.

—Igual tú deberías empezar a beber —le rebato, acercándole el vaso casi vacío a la boca—. ¿Quieres?

—No, gracias. No puedo.

—¿No puedes? —Arqueo las cejas, aunque creo que no lo estoy haciendo muy bien porque la sonrisa de Micah se ensancha—. ¿O no quieres?

—No puedo —repite—. Estoy tomando antidepresivos.

Debería decir algo. Igual que debería haber dicho algo más cuando me dijo que tiene insomnio, cuando supo exactamente lo que hacer al verme en medio de un ataque de ansiedad, cuando supo qué decir después de contarle mi discusión con Amelia.

Debería decir algo, pero justo entonces alguien me empuja contra Micah, que me agarra por los codos para que no me caiga.

Sin embargo, me suelta un segundo después como si mi piel lo abrasara. Me caigo de rodillas en el suelo, aunque no siento el dolor, quizá por el alcohol o quizá simplemente porque me han dejado de importar las cosas.

—Ya te vale —musito para mí misma.

Me agarro de la pierna de Micah, que tengo delante, para ayudarme a levantarme, aunque antes de siquiera intentarlo a alguien se le cae un vaso entero de bebida sobre mí.

De nuevo, sé que debería haberme pirado cuando tuve la oportunidad. Se me pasa por la cabeza lo que hubiera pasado si lo hubiera hecho: habría llegado a casa, me habría tirado a la cama y me hubiera quedado sopa, todo en menos de cinco minutos. Sin problemas y sin complicaciones.

Todo eso se me pasa por la cabeza en los tres segundos que mi cerebro tarda en registrar el olor fuerte de lo que quiera que me acaben de tirar encima. Mi cuerpo responde con arcadas que me hacen vomitar absolutamente *todo* lo que he comido durante el día sobre las zapatillas de Micah.

Vaya, el olor me entra por la nariz y me sale por la boca.

Escucho las disculpas de la persona que me ha empapado entera, pero estoy demasiado concentrada en las zapatillas de Micah —o lo que se ve de ellas— como para prestarle atención a sus palabras. Veo trocitos de las zanahorias que ayudé a mi padre a cocinar al mediodía y algo que no estoy muy segura de siquiera haber comido hoy.

No puedo ignorar cómo las personas a nuestro alrededor se apartan como si tuviéramos una enfermedad altamente contagiosa y es como si, de repente, todo el alcohol que he consumido se esfumase de mi sistema. Ahora me importan cosas. Me importa, en concreto, que docenas de desconocidos me hayan visto hacer tremendo ridículo. Que Carolina y Finn lo hayan visto. Que las zapatillas de Micah estén cubiertas de *mi pota*.

—Creo que voy a volver a vomitar —murmuro para mí misma, aunque por el silencio sepulcral de la habitación, incluso la música se ha detenido, y el salto que dan hacia atrás las personas más cercanas a mí, supongo que deben de haberme escuchado—. *Jesús*.

—Igual mejor nos vamos —escucho decir a Micah, que me agarra de los bíceps y me pone en pie con facilidad. Luego tira de mí y me arrastra entre la muchedumbre, que se aparta como si

fuéramos Moisés y ellos, el Mar Rojo.

No me atrevo a levantar la cabeza porque no quiero ver lo que seguramente sean caras de horror en todos y cada uno de los asistentes a la fiesta. También porque si no me ven la cara ahora, puede que no sean capaces de reconocermme más adelante, o eso espero.

Una vez llegamos al jardín delantero, me dejo caer sobre el césped como un peso muerto y me tapo la cara con las manos. Finn y Carolina nos han seguido; el primero me da un pañuelo sin palabra alguna, mientras que la segunda se sienta a mi lado y me da palmaditas en la espalda.

—Nos ha pasado a todos alguna vez —dice, supongo para intentar consolarme, aunque tiene el efecto contrario.

—Lo único que me consolaría ahora sería un billete de ida a Australia.

—No te preocupes por mis zapatillas —dice Micah—. Son viejas. Y ya no me gustaban mucho, así que me has hecho un favor.

Suelto un gemido y me restriego los ojos con las manos. Me huele el pelo a destilería y me da miedo mirarme en un espejo; seguro que tengo el maquillaje incluso peor que después de haberme dado un chapuzón en la piscina.

Justo cuando pienso que nada podría empeorar la noche, suena un trueno en la distancia. Inmediatamente después, empieza a llover.

—Debería haberme quedado en casa.

Entonces, como si hubiera contado el chiste más gracioso del mundo, Micah se echa a reír. Bajito al principio, exhalaciones de aire que van aumentando el volumen hasta convertirse en carcajadas de puro júbilo. El sonido es tan nuevo que no puedo evitar destaparme la cara para comprobar que no me lo estoy imaginando, y ahí está: Micah, empapado por la lluvia de pies a cabeza e iluminado por las luces del porche, las manos de pianista contra el estómago y los ojos cerrados, sus hoyuelos hundiéndole las mejillas, y los labios estirados en una sonrisa enorme.

Casi se me olvida que le acabo de vomitar encima.

Han pasado minutos, horas, años enteros para cuando Micah se limpia las lágrimas de los ojos y deja de reír. Me tiende una mano que cojo sin pensar, sus dedos largos haciendo mella en mi piel, y dejo que tire de mí para levantarme como si fuera una pluma.

—Me la llevo —le dice a Finn y Carolina, la risa todavía en su voz.

Los hermanos se despiden, igual de sorprendidos que yo ante el espectáculo que nos acaba de dar Micah, aunque apenas escucho sus voces porque ya me está sacando de allí.



Micah aparca el coche a un lado de la carretera cuando la lluvia le impide ver el camino. Han pasado más de quince minutos desde que nos fuimos de casa de Carolina y apenas llevamos medio trayecto; a este paso vamos a tardar horas en llegar a mi casa.

Me quito el cinturón y me acurruco en el asiento lo más cómodamente posible mientras Micah apaga el motor y sube el volumen de la radio, en la que no paran de sonar canciones lentas. Un rayo ilumina la carretera y el interior del coche, aunque desaparece rápido.

—Puedes dormir si quieres —murmura Micah—. Prometo no secuestrarte.

Estoy demasiado cansada para pensar en una respuesta elocuente, así que apoyo la cabeza contra la ventana y cierro los ojos. El sonido de la lluvia golpeando rítmicamente contra el coche entremezclado con la dulce voz de la radio hubieran sido la combinación perfecta para dejarme k.o., pero a pesar de haber sustituido el top de Carolina por un jersey viejo que encontré en la parte trasera del coche, no puedo parar de tiritar. O de pensar en Micah, justo a mi lado, despierto, y probablemente mirándome.

Sin embargo, cuando abro los ojos, me lo encuentro con la mirada perdida en el horizonte y las manos entrelazadas sobre el volante, totalmente perdido en su mundo.

—¿En qué piensas?

—Nada en particular —contesta sin mirarme. Me quedo embobada observando cómo algunas gotitas de agua del pelo le resbalan por las mejillas y el cuello hasta perderse por dentro de su camisa, también empapada—. Me lo he pasado muy bien esta noche.

Se me escapa una risita involuntaria antes de recordar que Micah estuvo en paradero desconocido mientras yo estaba con Carolina y Finn. Cuando volvió tenía los labios prácticamente pintados de rojo.

—¿Algo digno de mencionar? —pregunto sugerentemente—. ¿Con quién estuviste cuando nos separamos?

—Con nadie. —Se encoge de hombros—. Estuve buscándote.

—A mí no me engañas —insisto, esta vez señalándole con un dedo acusatorio—. ¿A quién estabas besando? Tenías el pintalabios de alguien en los labios.

Una sonrisa amplia le cubre el rostro. Esta vez se gira hacia mí antes de guiñarme un ojo. Entrecierro los ojos cuando se me desenfoca la vista, probablemente porque llevo demasiado tiempo con las lentillas puestas.

—Ah, eso. Me bebí un vaso de zumo de fresas que encontré en la cocina. No era pintalabios. *Ojalá* hubiera sido pintalabios.

Esa es... una explicación bastante más aburrida que la película que me había inventado en mi cabeza, aunque tiene más sentido. Micah parece bastante empeñado en conquistar a mi mejor amigo, que se liara con el primer chico —o chica— que pillase no tendría mucho sentido. Asiento con la cabeza y me vuelvo a apoyar contra el cristal.

Los rayos y truenos no cesan, sino todo lo contrario, se intensifican. La lluvia golpea los cristales del coche con tanta fuerza que parece que van a estallar en cualquier momento, y otros vehículos pasan a toda velocidad cerca del nuestro, apenas a centímetros de distancia, así que Micah enciende las luces para no ser invisibles. Nunca había estado en la calle en medio de una tormenta, pero no es la experiencia aterradora que imaginaba; más bien, diría que es hasta relajante.

Igual es porque voy borracha, pero no me importaría pasar la noche entera encerrada en un coche con Micah.

He pasado más tiempo con él que con cualquier otra persona en lo que llevamos de verano. No diría que me conoce mejor que Bruno, pero sí que sabe cosas de mí que ni se me han pasado por la cabeza contarle a mi mejor amigo. No sé qué pensar al respecto, porque, aunque no se haya reído de mí ni una sola vez, me está haciendo chantaje.

Demasiadas señales contradictorias.

—¿Has hablado con Bruno? —Se me escapa la pregunta sin permiso—. Cuando no estabas con nosotros.

—No. Ni siquiera lo he visto.

Trago saliva.

—Querías que viniera para ayudarte a hablar con él y ni siquiera he podido hacer eso.

—No pasa nada, Gen.

—Fue mi culpa que la cita fuera tan mal —añado, porque de repente no puedo parar de hablar—. Si no me hubiera ido, seguro que os lo habríais pasado superbién.

—De verdad que no me importa, Eugenia. Ya habrá otro momento.

Micah se encoge de hombros, como si de verdad no le importase. Me muerdo el interior de la mejilla, subo los pies al asiento y cojo aire por la nariz para luego soltarlo de golpe.

—Nos hemos peleado. Bruno y yo. *Otra vez*. Quería arreglar las cosas con él, de verdad que quería, y... no sé, me dijiste que era más fácil de lo que pensaba, pero lo he empeorado. —Me abrazo las rodillas y me concentro en mis pies descalzos para no tener que mirar a Micah—. Me echó en cara que me llevase bien contigo y me dijo que no le sorprendía que no tuviera más amigos, igual que Amelia.

Micah no dice nada durante un buen rato, así que me arriesgo a mirarlo. Tiene el ceño fruncido y los ojos puestos en mí, casi sin pestañear, la boca entreabierta. Le observo tragar saliva y parpadear, tragar y parpadear, como si se tratase de una radio rota que no para de repetir los mismos versos de una canción.

Si no fuera porque la segunda parte del diluvio universal está ocurriendo fuera del coche, saldría sin pensármelo. Es la segunda vez en menos de una semana que le cuento mis problemas sin previo aviso. El pobre chaval debe de estar arrepintiéndose de haberme invitado esta noche.

—Perdón —murmuro, apartando la mirada otra vez—. No me hagas caso.

Como si mis palabras lo hubieran despertado, Micah hace un aspaviento con la mano para llamar mi atención. La luz de un rayo se le refleja en los ojos.

—Apostaría lo que fuera a que todavía puedes solucionar las cosas con Bruno —dice, totalmente serio—. Lleváis siendo amigos un montón de años, no...

—Amelia y tú también fuisteis amigos durante años y mira cómo habéis acabado.

Micah hace una mueca.

—Eso fue diferente. Además, tú tienes mucha más convicción que yo, sé que...

—Tienes una cantidad sorprendente de fe puesta en mí —señalo.

—Pues claro que tengo fe en ti —se apresura a contestar Micah. La seguridad con la que dice las palabras me sorprende más de lo que me gustaría admitir—. Después de la firma de libros, pensaba... No sabes... —Las palabras se le atragantan, tanto que sacude al cabeza para despejarse—. Eres una persona totalmente diferente a la que pensaba que eras.

Nunca un cumplido me ha hecho ruborizarme tanto. No porque me sienta halagada, sino porque hace unos días estaba pensando lo mismo sobre él.

—No te preocupes —añade Micah, igual de incómodo que yo—. Lo solucionarás, de una manera u otra.

Suficiente. Hemos cubierto el cupo de momentos sensibleros por un día. No solo lo hemos cubierto, sino que lo hemos *rebasado*; como no cambiemos de tema inmediatamente, las posibilidades de que me eche a llorar son muy, muy altas.

—No sabía que fueras tan cursi —murmuro con voz temblorosa.

Micah tiene la decencia de no mencionarlo y me da un golpecito con el puño en el brazo.

—Si tú supieras... He escrito un libro que los críticos han clasificado como «el más emotivo del año», así que...

Pongo los ojos en blanco y le devuelvo el golpe. Luego, porque soy masoquista y me encanta meterme en líos de los que no sé cómo salir, decido jugar una de las cartas de Micah.

—Cuéntame algo que no le hayas dicho nunca a nadie.

—Lo estabas deseando, ¿eh? —pregunta Micah, sonriente. Aunque no se piensa demasiado la respuesta; sí que se le colorean las mejillas—. Me inspiré en tus relatos del periódico para escribir mi libro.

Un trueno ruge antes incluso de que Micah cierre la boca. Dudo si le he escuchado bien o si me he inventado las palabras, y llego a la conclusión de que debe de ser la segunda opción, porque no me creo que Micah acabe de decir lo que acaba de decir.

El rosa que inunda su rostro cambia a granate cuando, inconscientemente, acerco mi cara a la suya y lo observo como un arqueólogo a una pieza antiquísima que alguien acaba de descubrir: con los ojos abiertos de par en par y la mandíbula rozando el suelo. Estamos tan cerca que mi nariz roza la suya.

—Um... ¿Gen?

—Repítelo —le pido ansiosa—. Dilo otra vez.

—Me inspiré en tus relatos para escribir *Estrellas bajo el mar*.

Estoy tan desconcertada que no me sale ni la risa.

—Me estás vacilando. —Niego con la cabeza una, dos, trescientas veces—. No tiene gracia, ¿sabes?

—¿Por qué iba a mentirte? —La cara de Micah es la viva imagen de la incredulidad—. Llevo

leyéndote desde que empezaste a escribir en el periódico. Siempre me han gustado tus relatos.

Estoy demasiado en *shock* como para sentirme halagada.

—Escúchame, porque solo lo voy a decir una vez. Escribes... —Abro la boca, pero un rayo seguido de un trueno me interrumpe y tengo que volver a empezar—. Escribes *muy* bien. Llevo buscando algo que criticar de tu libro desde la primera página y no encuentro nada. ¿Cómo te has inspirado en *mi*? Lo que escribo yo son relatos. *Minirrelatos*. No tienen ni punto de comparación con tu libro.

Cada palabra es una puñalada a mi ego, pero es la verdad —mañana puedo negarlo todo y echarle la culpa al alcohol si es necesario—. Después de haberme leído parte del libro, puedo llegar a entender a todas esas personas que vinieron a Salva Guardia simplemente porque Micah iba a estar firmando ejemplares. Por mucho que le duela decirlo a la Eugenia de hace dos semanas, Micah es un escritor de primera.

No me cuadra que se haya inspirado en los relatos de alguien como yo para escribir semejante obra.

—No hagas eso —dice Micah, su mirada seria sobre mí.

Pestaño confusa porque... esa no era la respuesta que me esperaba.

—¿Qué no haga *qué*?

—Infravalorarte. —Imaginaba que mis palabras contentarían a Micah, pero más que contento, parece furioso—. Eugenia, si te digo que me he inspirado en tus relatos es porque lo he hecho. La escena en los primeros capítulos en la que Tala está en la granja y se siente sola, ¿te acuerdas? Está inspirada en *Perdida*. Y como esa, un montón más. Escribes muy bien y no hace falta que te lo diga yo, de entre toda la gente, porque ya lo sabes.

Estoy a punto de protestar, pero... no sé cómo.

Sé que escribo decentemente porque, si no lo hiciera, no habrían apostado por mí en el periódico. Sé que no se me da especialmente mal porque llevo años haciéndolo y es difícil no ser buena en algo después de tanta práctica.

Sin embargo, no sabía que Micah tuviera esa opinión al respecto. Sinceramente, me es muy difícil entender cómo se ha inspirado en algo que he hecho yo para escribir un libro que miles y miles de personas tienen en sus manos y adoran.

Me acuerdo perfectamente de escribir el relato que ha mencionado, *Perdida*. Me había peleado con Bruno y con Amelia, como ahora, solo que los motivos eran más banales, tanto que ni los recuerdo. No obstante, me sentía incluso peor de lo que me siento esta vez: sola, *solísima*. No sabía cómo pedirle perdón a Bruno, que al día siguiente actuó como si nada hubiera pasado; no sabía cómo enmendar la relación con mi hermana, que a día de hoy solo ha empeorado.

Micah ha cogido todo eso y lo ha transformado en otra cosa. Les ha dado forma a mis palabras hasta hacerlas suyas.

Todavía a centímetros de mi cara y más rojo que un tomate, Micah se niega a perder en este concurso de miradas improvisado. Suelto aire por la boca y observo, ensimismada, cómo los mechones oscuros de su pelo se mueven hacia arriba.

Ninguno de los dos dice nada; el silencio se hace presa del coche. Todos los cristales se han empañado, ocultándonos del mundo exterior. Una canción lenta suena por la radio y su cantante nos pide que nos acerquemos, que nos demos la mano y bailemos muy pegados. Que cerremos los ojos y nos besemos, que cerremos los ojos y nos perdamos el uno en el otro.

—Ha dejado de llover —murmura Micah casi contra mis labios, aliento con sabor a fresas—. Es tarde, vámonos.

Son las cuatro y media de la mañana cuando Micah aparca el coche enfrente de mi casa. Las luces de la calle están todas apagadas, probablemente fundidas después de la tormenta. Cuando apaga el motor, la oscuridad nos abraza. Ninguno de los dos nos movemos.

Debería salir del coche e ir directa a la cama. Dejar que Micah se vaya a su propia casa y haga lo que quiera que hace cuando no le estoy dando la tabarra con mis inseguridades y miedos. Debería tomarme un paracetamol y beber mucha agua porque la resaca de mañana ya me está matando y ni siquiera ha empezado.

—Te sueles despertar a esta hora, ¿no? —pregunto. Micah asiente con la cabeza, ojos pegados al volante—. Está todo muy...

—Muerto.

—Iba a decir calmado, pero sí. Muerto también lo describe.

—Se supone que los antidepresivos ayudan a conciliar el sueño —murmura, tan bajito que tengo que acercarme para escucharle mejor—. Antes de tomarlos era mucho peor, claro, pero sigo sin poder dormir del todo.

—Y ahora, cuando llegues a casa, ¿vas a poder dormir?

Micah se encoge de hombros. No necesito conocerle afondo para darme cuenta de que no quiere hablar del tema, así que esbozo una sonrisita consoladora que estoy segura luce más como una mueca y salgo del coche. El frío de la noche hace que un escalofrío me baje por la espalda.

Cuando doy media vuelta al coche para subir a la acera, Micah baja la ventana. No dice nada, pero me detengo igualmente; un momento después asoma la cabeza.

—Eugenia, yo... Gracias por venir conmigo.

—No hay de qué —respondo. Hago una pequeña reverencia con la que se me caen al suelo las gafas tintadas de rosa, que había olvidado por completo—. Oye, Micah. ¿Quieres pasar a por ropa seca? Vas a pillar un catarro si no te cambias.

No sé qué me ha poseído a sugerirle que pase adentro, pero ya es demasiado tarde para retirarlo.

¿Están mis padres en casa? Sí. ¿Está Amelia? También. ¿Es probable que alguno de los tres se levante y me pille metiendo a un chico en casa casi a las cinco de la mañana? Bastante.

Micah duda durante un momento, aunque un ataque de estornudos repentino parece decidir por él.

—Venga, que serán dos minutos.

De puntillas y sin zapatos, Micah me sigue escaleras arriba y hasta mi cuarto. Tengo la suerte de que mi habitación no está pegada ni a la de mis padres ni a la de mi hermana, sino a la oficina de mi madre, así que una vez cierro la puerta tras nosotros, no tengo que preocuparme tanto por no hacer ruido. Me apoyo contra la madera de la puerta y suelto un suspiro de alivio. No quiero ni imaginarme lo que hubiera pasado si Amelia me hubiera visto con su ex mejor amigo en casa.

—Voy a buscar ropa de mi padre —susurro. Le señalo la cama, en la que Micah no duda en sentarse—. No te muevas.

—No pensaba ir a ninguna parte. Bonito cuarto, por cierto.

Contengo un chillido mientras salgo de la habitación de nuevo. No había caído en lo desordenado que tengo el cuarto, en las sábanas de corazones que llevan sin ver la lavadora más tiempo del socialmente correcto y en la colada sobre el escritorio esperando a ser recogida, ropa interior incluida. Hay una foto de mi yo de once años sonriendo de oreja a oreja y con *brackets* colgada sobre la cama y, a su lado, una en la que salgo con nueve años desnuda en la playa.

¿A quién se le ocurrió colgarlas a la vista de todos? A mí desde luego que no.

Rezando porque Micah esté demasiado cansado como para fijarse en ellas, me dirijo al sótano, donde mi padre guarda la ropa de invierno. Se ha quedado una noche —madrugada— fría, así que cojo los primeros pantalones de chándal —grises— y sudadera —con el logo de la Asociación Argentina de Tenis— que encuentro. Luego subo los escalones de dos en dos.

—Espero que te sirva, porque...

Micah no está donde lo dejé, sentado al borde de la cama y observando mi cuarto con un brillo peligroso en los ojos, sino tumbado y muy pegado al borde, una mano colgando sobre la nada, *roncando*.

No me puedo creer que se haya quedado dormido.

Me acerco a él de puntillas para comprobar si está dormido de verdad. Tiene los ojos cerrados, las pestañas como patas de araña sobre sus mejillas y el flequillo desordenado; cuando le paso una mano por delante de la cara ni se inmuta, y cuando le soplo tampoco.

Cierro los ojos y suelto un resoplido.

¿Qué opciones tengo, realmente? Despertarlo y decirle que se pire a su propia casa, en la que probablemente no va a pegar ojo porque tiene insomnio, o dejarle dormir en mi cama, donde por alguna razón que desconozco ha conseguido conciliar el sueño.

La decisión está hecha antes siquiera de planteármela.

Me quito la ropa mojada rápido y me pongo el pijama. Tardo apenas unos segundos en decidirme entre el sofá de abajo o mi lado de la cama. Puede que Micah esté ocupando un hueco importante, pero hay espacio suficiente para los dos. Además, el sofá de abajo es duro como un bloque de cemento.

Despacio y con suavidad para no despertarlo, trepo por la cama hasta llegar a la almohada. Me pego todo lo posible a la pared y me tapo con las sábanas de corazones hasta la barbilla, por si las moscas. Micah ya ha visto suficiente.

Aprovecho unos minutos antes de apagar la luz para observarlo, sin más. Los ojos se le mueven en sueños y tiene el arco de Cupido muy marcado, algo en lo que nunca antes me había fijado; labios gruesos de color rosa, mejillas impolutas salvo por un lunar muy cerca de la oreja izquierda, en la que tiene un agujero de pendiente. Con dedos no de pianista, pero casi igual de hábiles, le aparto el pelo de la frente y me encuentro cara a cara con sus tres lunares, que por algún motivo me llaman la atención.

Conozco a Micah desde que tenía once años, pero no a *este* Micah. Con hoyuelos que salen cuando sonrío, palabras dulces y confesiones que me dejan sin aliento. Un Micah que no puede cerrar los ojos en su cama, pero sí en la mía, a pesar de que no haya estado aquí nunca. ¿Cuántas personas sabrán que tiene insomnio, que toma antidepresivos, que hay algo que le hacía dudar de sí mismo antes de publicar su libro?

—Tú —susurro— también eres una persona muy diferente a la que pensaba que eras.

Apago las luces.

Después de robar cuatro galletas de chocolate de una panadería, correr durante quince minutos para escapar de una repostera muy enfadada y esconderse más de media hora detrás de un cubo de basura maloliente, Tala consigue colarse en un autobús directo a su destino.

La única ventilación proviene de la ventana del conductor, bajada del todo y por la que entra una brisa que no es lo suficientemente fuerte para disipar los diferentes aromas alrededor de Tala: el perfume con olor a vainilla de una señora unas cuantas filas más adelante, el sudor del adolescente que tiene al lado, el bocadillo de atún que alguien se está comiendo... Si tuviera una pinza, Tala se taponaría la nariz con ella sin dudarlo. A pesar de vivir en una granja, no está acostumbrada a que tantos olores se entremezclen y formen una nube tóxica como la que la rodea ahora mismo.

—Es muy viejo, ¿no?

Tala se gira hacia el adolescente sudoroso. Tiene el pelo castaño empapado y pegado a la frente, las paletas torcidas y unos ojos azules que cegarían a cualquiera. Ante la mirada extrañada de Tala, el chico señala con la barbilla el MP3 que sujeta con ambas manos.

—Solo he visto uno así en mi vida, hace un par de años.

—Es de mi hermana.

Los ojos del chico se abren como platos ante la respuesta de Tala. Parece emocionado, como si le acabasen de decir que su número de la lotería es el ganador.

—¿Eres la hermana de Nina?

El nombre de su hermana parece ser la palabra mágica, porque la voz empieza a cantar cuando el chico la menciona. Tala se muerde la lengua para resistir el impulso de taparse las orejas con las manos y se gira del todo hacia el chico, que se quita una gorra de béisbol de la cabeza.

—¿Conoces a Nina? —La desesperación de su voz es palpable, pero Tala no puede evitarlo.

El chico asiente fervientemente.

—Hace unos años coincidimos en el autobús, como tú y yo ahora. —Se saca el móvil del bolsillo de los pantalones y, tras buscar durante unos minutos, le indica a Tala que mire—. No he vuelto a hablar con ella desde entonces, pero...

Las siguientes palabras caen olvidadas en el limbo, pues Tala solo escucha el rugir de su corazón contra el pecho. El pelo ondulado teñido de rosa palo, los ojos negros brillantes tras unas gafas de montura verde, el lunar encima del labio y la marca de nacimiento justo debajo de la oreja. La chica que aparece en la foto es inconfundiblemente Nina.

—¿Era este autobús en el que coincidisteis? —interrumpe Tala, incapaz de esperar un segundo más—. ¿Sabes qué iba a hacer mi hermana una vez llegara a su destino?

El chico, lejos de molestarse por haber cortado su diatriba, vuelve a asentir animado.

—Sí, me lo contó durante el viaje. Incluso compartió un rato los auriculares conmigo. Tu

hermana tiene un gusto musical bastante peculiar, ¿sabes?

Claro que lo sabe. ¿Cómo no iba a saberlo?

—Cuéntamelo. Qué iba a hacer.

El chico se guarda el móvil y sonríe de oreja a oreja.

—Nina me dijo que buscaba su destino.

Estrellas bajo el mar, Micah Nguyen



Solo hay una cosa más molesta que una canción de *k-pop* en bucle y a todo volumen, y esa cosa es la voz de mi hermana pegando gritos como si no hubiera un mañana justo el día que estoy de resaca.

Creo que no son ni las ocho.

—¡MAMÁ! —berrea, aumentando los decibelios con cada sílaba—. ¿Quién se ha acabado la mermelada? Sabes que es lo único que me gusta con las tostadas.

Se me olvidó cerrar las persianas antes de acostarme, así que la claridad propia del verano entra a raudales y me molesta incluso con los ojos cerrados. Ni siquiera me molesto en abrirlos cuando suelto un gruñido y entierro la cabeza en la almohada. Giro sobre mí misma para reacomodarme y me tapo con las sábanas hasta la frente, como si eso fuera a acallar la voz de Amelia.

Al menos, eso es lo que hubiera hecho de estar sola en la cama.

La primera señal de que algo no va bien es que en lugar de estar apoyada en la almohada como de costumbre, tengo la cabeza colocada sobre algo delgado y no precisamente mullido que se mueve por su cuenta cuando me intento recolocar. La segunda señal es que no puedo girarme —ni siquiera moverme— porque algo pesado me cubre la espalda. La tercera es que no estoy tapada con mis sábanas de corazones, y la cuarta y más alarmante es que siento el aliento de alguien contra la nariz y los labios.

—No —susurro bajito contra lo que estoy empezando a sospechar que es un brazo—. No, no, no. Tengo que estar soñando.

—¿Qué voy a desayunar *ahora*? —Amelia, siempre considerada, habla alto para que los vecinos también se enteren de su problema.

Todavía sin abrir los ojos —ojos que no ven, corazón que no siente, ¿no?—, intento zafarme del brazo que me tiene atrapada. Fallo estrepitosamente, principalmente porque estoy cada vez más convencida de que es una serpiente y no un brazo: cuanto más me muevo, más me aprieta contra él.

Un suspiro que definitivamente no es el mío inunda la habitación y ahoga la voz de Amelia durante un momento.

No es que no me acuerde de anoche, pero el suspiro es tan reconocible que todo vuelve a mí como si de un *flashback* se tratase: las luces de colores, Carolina y Finn bailando conmigo,

Micah y yo bajo el agua, Micah y yo en el coche, Micah y yo en mi cama.

—Seguro que ha sido Eugenia —escucho decir a mi hermana, aunque su voz se ha convertido en ruido de fondo—. Le tengo dicho que no la coja y aun así...

El brazo que tengo sobre mí se mueve despacio, sin liberarme. La camisa del pijama se me ha levantado a lo largo de la noche y no puedo evitar que se me ponga piel de gallina cuando dedos largos y finos me acarician la espalda con suavidad, inconscientemente, casi sin querer. Me muerdo el interior de la mejilla con fuerza, la suficiente para hacerme sangre.

Micah Nguyen es lo primero que veo cuando abro los ojos. Se mueve en sueños, ajeno a la completa *crisis* en la que nos encontramos ahora mismo, porque es domingo. Nadie trabaja los domingos, lo que significa que mis padres y Amelia van a estar en casa todo el día. ¿Cómo cojones voy a sacarlo sin que nadie se entere?

Suelto otro gruñido, este con más fuerza. Micah me ha robado la manta mientras dormíamos y se ha envuelto en ella de pies a cabeza, como un burrito, aunque con un hueco para abrazarme.

—No me lo puedo creer —murmuro entre dientes.

Micah vuelve a suspirar, su aliento de fresas caliente contra mi piel. Tiene la boca entreabierta y media cara enterrada en la almohada, que también me ha robado. Estamos tan cerca que podría enumerar todos y cada uno de los poros de su piel, inspeccionarle los lunares y besarle la nariz.

No sé si es la resaca o el embotamiento por acabar de despertarme, pero la situación no me causa tanta ansiedad como probablemente debería. O sea, el prospecto de que mis padres y Amelia se enteren de que hay un chico en mi habitación me *aterra*. Pero haber dormido tan cerca de Micah o sentir sus dedos en la espalda no me *molesta*, en el sentido estricto de la palabra.

Vuelvo a cerrar los ojos. Al menos estamos en mi habitación, donde nadie suele molestarme.

—Amelia, hija —escucho decir a mi madre—, no...

—No, no. Se lo merece. Estoy segura de que ha sido ella —gruñe mi hermana—. Se merece que la despierte, por muy tarde que llegase anoche.

Las palabras de Amelia van acompañadas del ruido de alguien subiendo las escaleras a trompicones. Eso es todo lo que necesita mi cerebro para activarse o, más bien, entrar en pánico. Alarmas de todo tipo comienzan a sonar en mi cabeza, cada cual más ruidosa que la anterior.

Amelia va a entrar a mi cuarto.

Amelia va a entrar a mi cuarto.

Que mis padres me vean con Micah es la menor de mis preocupaciones, porque si Amelia me encuentra con él va a arder Troya con todos nosotros dentro. Va a coger el libro más pesado que haya en las estanterías de mi habitación y me va a hacer picadillo con él sin piedad alguna.

Joder. Sabía que el que mi cuarto no tuviese pestillo iba a acabar mal algún día.

Los pasos se acercan cada vez más y más. El pánico me apresa por completo, tanto que empiezo a notar un sudor frío bajándome por la espalda. Cuando algo se le mete entre ceja y ceja a Amelia, no hay nada, absolutamente *nada* que la haga cambiar de opinión; si ha decidido que va a entrar en mi cuarto y despertarme, es porque va a hacerlo. Tengo que pensar algo y *rápido*.

Aparto de un manotazo el brazo de Micah, que se revuelve incómodo en su lado de la cama. ¿Cómo puede seguir dormido, el muy cabrón? Los murmullos enfadados de Amelia están cada vez más cerca, casi encima de nosotros.

Ni siquiera me gusta la mermelada.

—Joderjoderjoderjoder —murmuro, enredándome las manos en el pelo.

Ahora o nunca.

Cojo aire por la nariz y, sin pensármelo, me pongo yo también a gritar.

—¡ESTOY DESNUDA! —Micah se incorpora como un resorte, aturdido, y me mira con los ojos abiertos como platos, luego a mi cuerpo, para nada desnudo—. ¡Amelia, que ESTOY DESNUDA! ¡No puedes pasar! ¡Y no me he terminado tu mermelada! ¡Y ESTOY DESNUDA!

Los pasos se detienen justo enfrente de la puerta.

—¿Por qué estás desnuda?

Micah me mira de arriba abajo, de abajo arriba, sin comprender nada. Abre la boca para decir algo, así que me abalanzo sobre él para tapársela. En el proceso le doy con la rodilla donde más le duele, lo que le hace soltar un gemido *sonoro*.

No me puede estar pasando esto.

Escucho a Amelia soltar una única carcajada, y la risa se nota en su voz cuando vuelve a hablar.

—*Aaah*, vale. Ay, mi hermanita pequeña... Qué rápido has crecido.

Voy a comprarme un billete a Tombuctú para esta misma tarde. Debí de ser alguien *muy* ruin en mi vida anterior para que me estén pasando estas cosas ahora. Bajo la mirada a Micah, que tiene los ojos cerrados y el rostro contraído en una expresión de dolor.

Me siento representada.

—*Amelia* —suplico, pero mi hermana no me hace caso.

—¿Habéis usado protección? Espero que sí. —Otra carcajada, esta vez más alta—. Ay, Nia. No sé cómo vas a sacarlo sin que mamá y papá se enteren, pero suerte.

Después de lo que parece una eternidad, pero probablemente no sean más de dos minutos, los pasos de Amelia se alejan y bajan por las escaleras, rápidamente, como si estuviera dando saltitos. Con un suspiro largo de alivio, le destapo la boca a Micah, que ha abierto los ojos y me mira fijamente, las mejillas muy rojas.

No es hasta varios segundos más tarde cuando *realmente* me doy cuenta de cómo estamos: Micah, sentado en la cama con las piernas estiradas y yo sentada sobre él a horcajadas, la mano sobre su boca y nuestros pechos juntos.

—Creo que ayer me quedé dormido —murmura, más para sí mismo que para mí.

—¿Tú *crees*?

Cuando entro a la cocina una hora más tarde, me encuentro a Amelia sentada en una de las sillas de plástico rojas de la isla, esperándome. Enfrente, un plato con una tostada y el bote de mermelada vacío y una taza de café humeante en las manos.

—¿Qué tal? —pregunta, una sonrisa enorme bailándole en los labios—. ¿Todo bien arriba?

Me asomo disimuladamente por la ventana, que da directamente a la carretera. El coche de Micah ha desaparecido, gracias a Dios, lo que significa que mi plan ha funcionado. Salir por la ventana y bajar por la pared no es tan difícil, a pesar de las quejas de Micah; yo lo hacía todo el tiempo cuando estaba en el instituto y quedaba con Bruno después de mi toque de queda.

—*Súper* —contesto—. No ha podido ir mejor.

—¿Ah, no? —Amelia se inclina hacia delante y me ofrece la tostada moviendo el plato hacia

mí—. ¿Y se puede saber quién era el secreto? ¿Lo conozco?

Enarco una ceja.

—¿*La* conozco?

—No. No, por Dios, no. —Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, convencida de que esto es una pesadilla—. ¿Podemos no hablar de esto, por favor?

—Es algo completamente natural, Nia —comenta mi hermana, su sonrisa es la más brillante que le he visto en los últimos años. No sabía que mi vida sexual la fuera a animar tanto—. No tienes nada de lo que avergonzarte. Es más, puedo darte algunos consejos si...

—*Amelia*.

—Siempre y cuando sea sobre chicas —continúa, ajena a mis protestas—. Puedes preguntarle a Bruno si es sobre chicos.

Iba a comerme la tostada, pero eso significaría alargar más la conversación, que en mi opinión debería haber acabado hace cinco minutos.

—Me voy a dormir —murmuro, roja como un cangrejo.

—¡Puedes preguntarme lo que quieras! —grita Amelia a mis espaldas.

Antes de cerrar los ojos y despedirme del mundo por lo que queda de día, decido mirar el móvil. Tengo varios mensajes sin leer de Finn y de un número desconocido que, por la chica despampanante que aparece en la foto de perfil, deduzco se trata de Carolina. Esos los dejo para luego, cuando esté más lúcida.

Abro la conversación con Micah. No puedo hacer nada para evitar la sonrisa tonta que se me queda en los labios tras leer sus mensajes.

Tenías razón, no es tan difícil salir por la ventana 09:47

Diría que siento que hayas tenido que fingir haberte acostado CONMIGO (escritor best seller, famosísimo, todo un privilegio) para que tu hermana no entrase, pero es tu culpa por no haberme despertado cuando debías. 09:48

Así que no lo siento para nada. 09:48

Pero... 09:48

Si el jueves vienes a mi casa, te lo recompenso de todas formas. 09:49

¿Qué me dices? 09:49

tu recompensándome por algo

no me lo perdería por nada del mundo



Los días después de la fiesta son una mezcla de mensajes de texto, trabajo en la librería, llamadas nocturnas y nuevos amigos.

Estoy hasta arriba de trabajo en La esquina 43 —pedirme tantos días libres en las últimas semanas no ha sido una buena idea—, así que no tengo tiempo para otras cosas. Normalmente esto no supondría un problema, porque mis veranos suelen basarse en escribir y salir por ahí con Bruno, y ahora que mi mejor amigo y yo no nos hablamos, lo único que me queda es escribir. O al menos, eso pensaba.

Nunca en la vida me han propuesto tantos planes como esta semana. A pesar de que Bruno no me contesta los mensajes —no me puedo quejar; hace unos días era yo la que lo ignoraba—, me llegan notificaciones sin parar. De Carolina, que si no me ha pedido ir a tomar un café ochenta veces no lo ha hecho ninguna; de Finn, que quiere quedar para ponernos al día porque no hablamos desde que terminó el instituto, y de Micah, que no para de hablarme sobre su nuevo proyecto sin decirme absolutamente nada al respecto.

Por primera vez en años, siento que he hecho a Salva Guardia mía. Sé que apenas conozco a estas tres personas, que con Carolina solo he hablado borracha y que Finn ha cambiado horrores desde el instituto, y que Micah me está haciendo chantaje, aunque a veces se me olvida, pero por fin siento que he conseguido algo por mi cuenta.

No sé. Me siento *bien*.

El martes de madrugada, cuando estoy a punto de terminar un relato, suena el móvil con una notificación nueva. Solo conozco a una persona que me escribiría tan tarde, y una sonrisa de oreja a oreja se refleja en la pantalla del teléfono mientras se carga la aplicación de Instagram, donde Micah me ha etiquetado en su última foto. Me lo imagino tumbado en la cama y con el móvil entre las manos, ojos entrecerrados y pelo sobre la frente mientras piensa en una frase inteligente y en *hashtags* ridículos, todo mientras comprueba que ha escrito la puntuación adecuada.

Sacudo la cabeza y me concentro en la foto, que por fin se ha cargado. Es una instantánea de la fiesta en la que salimos Carolina, Finn, Micah y yo. La primera está colgada del cuello de su hermano, ambos sonrientes y con los ojos cerrados, la ropa brillante bajo el *flash* de la cámara. Micah, al lado de los hermanos, se ríe con fuerza y sujeta dos vasos de plástico en una mano.

Yo estoy delante de los tres, agachada y con el pelo enredado sobre la cara. No hace falta ser

un genio para deducir que no tenía ni idea de que estaban sacándonos una foto: tengo la boca abierta en mitad de un grito y los brazos estirados hacia arriba, las gafas rosas tapándome los ojos. Micah me está poniendo cuernos con la mano libre.

Hago captura a la pantalla para guardarme la foto, que luego pienso agregar a las favoritas de mi galería.

micahhnguyen La mejor noche del verano. 🦄

PD: Gen, sigo esperando a que me devuelvas el jersey. 🙄🙄🙄 #misamigos #verano #fiesta

Agradezco que mi hermana tenga bloqueado a Micah en todas las redes sociales habidas y por haber, porque si viera esto, le daría una embolia. Yo no dejo de sonreír en lo que queda de noche.

A pesar de la insistencia de Micah de venir a por mí en coche el jueves, acabo convenciéndole de que puedo ir sola en autobús. Soy yo la invitada, qué menos.

No he conseguido sonsacarle información sobre lo que quiera que me haya preparado, pero sí que me dice que no tengo que esmerarme en cuanto a la vestimenta se refiere. Fácil decirlo para él, que sabe lo que vamos a hacer; yo paso más tiempo del que me gustaría admitir frente al armario.

Al final me decido por unos pantalones cortos de correr y una camiseta vieja de mi madre del club de voleibol en el que estaba cuando era joven. Durante el trayecto en autobús, entro en un bucle del que me cuesta salir porque pienso que me he esforzado muy poco en la ropa, pero ya es demasiado tarde para dar la vuelta.

Estoy más nerviosa de lo que pensaba que iba a estar. Hasta ahora, todas las veces en las que Micah y yo hemos acordado vernos han sido con el propósito de liarlo con Bruno, más o menos. Nunca me ha invitado a algún sitio simplemente por el placer de hacer algo los dos juntos.

Las cosas eran más sencillas cuando no nos soportábamos. Hace unas semanas le hacía el corte de manga sin remordimiento alguno y ahora estoy comiéndome la cabeza por la ropa que llevo puesta.

Quién me ha visto y quién me ve, nunca mejor dicho.

Solo va a ser raro si yo hago que sea raro. Me lo repito como un mantra, una y otra vez, antes de tocar al timbre. No obstante, toda frase motivadora se esfuma de mi cabeza cuando escucho, dentro de la casa, un golpe sordo y luego varios gritos, el llanto de un bebé y risas agudas.

Trago saliva. Esto ha sido una mala idea.

—Lo siento —dice Micah nada más abrir la puerta—. Gen, lo siento muchísimo. Se suponía que iban a irse a comer por ahí, pero les han cancelado la reserva y...

Otro grito, más llantos.

Micah lleva una camiseta azul enorme y o se ha olvidado de ponerse pantalones, o el plan de hoy es muy diferente a lo que me había imaginado. Está más despeinado que nunca, como si un remolino hubiera cruzado la casa entera. No me sorprendería.

—¡Micah! —grita una mujer—. ¿Me vas a traer el sacaleches o no? No sabes lo que duele...

—Moira, ¡que tenemos visita! —interrumpe una voz masculina y grave—. Vas a hacer que el

pequeñín quede *fatal*.

—Menos mal que soy el mayor y nunca tuve que aguantaros —añade otro hombre, este con la voz aguda y divertida. Se parece mucho a las risas que escuché antes de que abrieran la puerta.

—¡El *sacaleches*! —grita Moira con más urgencia.

—Que eres madre, no inválida —se queja la segunda voz—. Vete tú a por él, vaga. Micah tiene una *amiga* de la que encargarse.

Micah cierra los ojos y echa la cabeza hacia delante, derrotado. Se le escapa el suspiro más largo de la historia de los suspiros por entre los labios, y yo no puedo evitar reírme ante el panorama. No me cabe duda de que son sus hermanos los que se están riendo de él. Había escuchado que las familias grandes son divertidas, pero no pensaba que *tanto*.

—Tenía pensado que nos quedásemos en casa —murmura Micah sin mirarme—, pero si quieres podemos irnos a otro sitio. *Cualquier* sitio. No le desearía mi familia ni a mi peor enemigo.

—Mmm. —Barajo mis opciones: ir a cualquier sitio o quedarnos en casa de Micah y conocer a sus hermanos, que por lo poco que he oído tienen pinta de adorar dejar al pequeño de la familia en ridículo—. Creo que quiero quedarme.

—Temía que dijeras eso —masculla Micah, descolgando la cabeza y pasándose una mano por el pelo, tan enredado que los dedos se le quedan enganchados en algunos mechones—. No digas que no te avisé. Quítate los zapatos si no quieres que Milo te eche.

Con una floritura de la mano y otro largo suspiro, Micah me invita a pasar. No podría borrar la sonrisa de los labios ni aunque lo intentara. Si eso, se hace más grande cuando Micah se da cuenta de que no lleva pantalones.



Siento cómo una carcajada me sube por la garganta cuando Micah sale corriendo segundos después, hacia su cuarto en busca de pantalones. No obstante, toda la gracia del momento se esfuma cuando me doy cuenta de que ahora estoy sola con los hermanos de Micah. Una cabeza rubia se asoma por la puerta que tengo a la izquierda, con los ojos rasgados muy abiertos.

—Mi hermano tiene unos modales pésimos —masculla para sí misma. Cierra la puerta de entrada mientras sacude la cabeza—. Soy Moira. Tú eres la famosa Gen, ¿verdad?

—Eugenia —la corrijo, no sin que antes se me suban los colores ante el mote—. Pero sí, soy yo. Encantada.

Esbozo mi mejor sonrisa, la que reservo solo para los clientes de La esquina 43 y mis abuelos, y estiro el brazo hacia delante para estrecharle la mano a Moira, que me mira los dedos extendidos con desdén, chasquea la lengua y tan rápido que no me da tiempo siquiera a prepararme, me envuelve en un abrazo.

Es un abrazo de oso, de los que te quitan la respiración y te hacen sentir como en casa.

—Por fin te conozco —murmura en mi oído—. Cómo me alegro, ni te imaginas lo mucho que Micah habla de ti.

Trago saliva y ordeno a mi corazón dejar de latir tan rápido. ¿Qué le habrá dicho Micah a su familia sobre mí? Que insulté su libro después de no habernos visto en dos años, que soy el Anónimo, que le vomité en las zapatillas porque no sé gestionar mis emociones... Antes de que pueda seguir enumerando las cosas embarazosas que he hecho a la vista de Micah —¿correr al parque y rasparme las rodillas cuenta?—, el resto del clan Nguyen aparece por la misma puerta por la que salió Moira.

El más alto de los tres tiene el aire refinado de un empresario, aunque hasta donde yo sé ninguno de los hermanos de Micah trabaja tras un escritorio. Lleva el pelo oscuro igual de desmelenado que su hermano pequeño, aunque él tiene los ojos de un tono marrón más claro. Va vestido de traje y con una corbata de patitos de goma, como si acabase de salir de una reunión de trabajo. A su lado, siento que no me he vestido lo suficientemente bien.

El otro hermano, que lleva en brazos a una bebé —Vera, supongo—, no para de sonreír, una sonrisa de oreja a oreja con la que parece que va a desencajársele la mandíbula. Tiene unas gafas de montura plateada en lo alto de la cabeza, sujetando los rizos oscuros, aunque los lados de la cabeza los lleva rapados. Le brillan los ojos con la picardía de un adolescente a punto de hacer

algo que no debería.

Está claro que son hermanos: los tres tienen la misma mandíbula afilada, sonrisas kilométricas y narices de botón. Sin embargo, no podrían ser más diferentes, Moira con su aire clásico, el primero con su seriedad y el segundo con su gracia.

—¡Gen! —me saluda con entusiasmo el más bajo de todos, que hace malabares para no soltar a Vera y ofrecerme la mano derecha al mismo tiempo—. No sabes las ganas que teníamos de conocerte. Hemos escuchado *muchísimo* sobre ti, ¿eh? Soy Mac.

—Como Micah te oiga, eres hombre muerto —comenta el alto, Milo. Se afloja la corbata con una mano; estoy a punto de extenderle la mano que Mac ya ha soltado cuando me aplasta en un abrazo que me hace crujir la espalda—. No me puedo creer que le dijeras a nuestro hermano que su libro es una mierda y aun así te haya invitado a casa —me dice al separarse—. ¿Cómo lo has hecho?

Abro la boca, pero ni me salen palabras ni consigo cerrarla después. Hubiera preferido que Micah les contara lo de las zapatillas.

—Dinos cuál es tu secreto —pide Moira, eso sí, con una sonrisa divertida—. Por favor. Una vez le dije que a una de sus historias le faltaba más humor y dejó de hablarme durante un *mes*.

—Tengo un buen don de gentes. —Me hubiera gustado que lo primero que les dijese a los hermanos de Micah no fuera una completa mentira, pero...

Asienten en unísono, mirándose los unos a los otros, y justo al mismo tiempo se echan a reír como si hubiera contado el chiste más gracioso del universo. Me muerdo el interior de la mejilla, sintiendo cómo me enrojecen hasta las orejas, aunque después de un momento no puedo aguantarme más y me uno al coro de carcajadas.

—Siéntete como en casa, ¿vale? —Milo me da una palmada en el hombro—. Si quieres algo, solo tienes que pedirlo.

—Yo sigo esperando mi sacaleches —apunta Moira.

—Tú no eres una invitada —resopla Mac, dejando caer la cabeza hacia atrás. Vera, que hasta ahora había observado todo en silencio, suelta un gritito y le sujeta a su tío la cara con ambas manos para despertarlo. Mac inhala aire ruidosamente y se endereza, haciéndola reír—. Tu madre es una pesada —le dice a Vera con voz de pito—. Sí que lo es, sí que lo es.

—A veces no sé quién es el bebé y quién el adulto.

Entonces, como si le hubieran enseñado un truco de magia imposible, Vera se pone a gritar alegre y señala hacia el pasillo. Los cuatro nos giramos hacia el motivo por el que acaba de darle un ataque de alegría y nos encontramos a Micah, que se ha puesto unos pantalones cortos rojos y está de brazos cruzados, mirándonos con cara de pocos amigos.

—Os escucho desde mi habitación —anuncia.

A pesar de la cara de tipo duro, a Micah le tiemblan los labios con una sonrisa a punto de florecer. Le brillan los ojos con picardía, exactamente igual que hace unos minutos a Mac, y un tic en el exterior del ojo izquierdo me dice que se está aguantando la risa.

¿Cuándo empecé a fijarme en todas estas cosas? No soy capaz de ponerle fecha, como si siempre hubiera sabido todo lo que sé de él.

Sus hermanos son variaciones de la misma respuesta: ojos en blanco, suspiros dramáticos y sacudidas de cabeza. Micah se acerca a mí y, sin una sola palabra, me coge por la muñeca y tira de mí, alejándome de su familia.

—No hagas nada que yo no haría —grita Milo tras nosotros.

—Eso deja muy pocas cosas para hacer —contesta Mac.

—¡No hagas nada que yo no haría! —corrige Moira.

Las voces de sus hermanos cesan una vez Micah cierra la puerta de la cocina, donde me ha traído. Se apoya contra la pared y se deja escurrir por ella, ojos cerrados y manos enterradas en el pelo, como si en vez de haber hablado con su familia, hubiéramos esquivado bombas cayendo del cielo.

No tengo ni idea de lo que Micah tiene en mente, pero la sorpresa podría haber sido conocer a su familia y me habría gustado. Sus hermanos son el tipo de hermanos que todo el mundo desea tener, como sacados de una película. Espero volver a verlos antes de irme a mi casa.

—No son para tanto —le aseguro a Micah, acercándome a él y apartándole un mechón de pelo de la cara—. Me han caído muy bien.

—Ya. Ese es el problema.

Le clavo un dedo en las costillas, haciéndole soltar un gritito agudo de sorpresa. No sabía que tenía cosquillas; me guardo la información para otro momento.

—¿Qué vamos a hacer? Todavía no me lo has dicho.

Hay muchas cosas de Micah que estoy aprendiendo a apreciar, pero la sonrisa maliciosa que me dedica *no* es una de ellas.

Micah se ha equivocado de hermana.

—Te recuerdo que yo soy Eugenia —le digo veinte minutos después, mientras paso la yema de un huevo de un trozo de cáscara a otro—. Sé hacer macarrones con queso, pero esto ya es pasarse. No soy mi hermana.

Me inclino hacia delante para leer la receta que Micah tiene abierta en el móvil, aunque lo he hecho tantas veces que ya me la sé de memoria: se necesitan cinco yemas de huevo y todavía no he conseguido separar ni una sin que se me rompa. Los Nguyen van a tener material para hacer tortillas francesas durante una semana entera.

—No es *tan* difícil —murmura Micah. La mezcla de quesos, ajo y cebolla va a marearse como no deje de darle vueltas pronto—. Y sé exactamente qué hermana eres, no hace falta que me lo recuerdes.

Suelto un bufido y me niego a contestar sus comentarios. Una vez termino —más o menos— de separar la yema de la clara y de quitar los trocitos de cáscara que se me han caído en los cuencos, me lavo las manos en el fregadero y busco una botella de plástico. Ya tengo varios lamperones en la camisa y en los pantalones; como siga así voy a acabar siendo parte del menú.

Antes, tras comprobar que sus hermanos no estuvieran detrás de la puerta escuchándonos —lo estaban; huyeron riendo como posesos—, Micah me dijo que había pensado prepararme una comida *gourmet* como agradecimiento, unos raviolis de queso acompañados de *casse de jitomate*.

—No es una comida romántica, no te hagas ilusiones —me aseguré nada más terminar de contármelo.

Sin embargo, lo que definitivamente *no* era una comida romántica ha acabado convirtiéndose en una comida familiar. Mac, Moira y Milo, sin reserva y sin nada que llevarse la boca,

decidieron nada más enterarse del plan de Micah que ellos también estaban invitados. Se suponía que yo no iba a hacer nada salvo mirar a Micah cocinar, pero como la cantidad de raviolis necesaria se ha triplicado, no me ha quedado otra que ayudarlo.

—No sabía que te gustaba cocinar —digo. Encuentro una botella de medio litro vacía tirada en la mesa—. No me extraña que Amelia y tú os llevarais tan bien.

Micah se encoge de hombros y sigue dándole vueltas a su mezcla. No sé qué pretende, porque los ingredientes ya están más que homogeneizados.

—Nunca me gustó tanto como a ella, pero me entretiene. Los raviolis son mi plato estrella, ¿sabes?

—O sea, que es lo único que sabes hacer.

Micah refunfuña palabras ininteligibles. Mientras sigue dándole vueltas al queso, lleno de agua la botella para limpiarla, la vuelvo a vaciar y parto un huevo sobre un bol nuevo, esta vez decidida a separar la clara de la yema sin mancharme. Siento los ojos de Micah sobre mis hombros, la mezcla completamente olvidada.

Me muerdo la lengua para esconder una sonrisa y aprieto la botella con una mano, lo suficiente para quitarle aire, pero no tanto como para aplastarla. Pongo la boquilla justo encima de la yema y, cuando dejo de apretar, el aire que absorbe succiona la yema y solo la yema.

He tardado un total de cinco segundos. Debería haber empezado haciendo esto.

—Hala —murmura Micah, los ojos abiertos con sorpresa—. No sabía que podías hacer eso. ¿Seguro que no eres Amelia? Ese es un truco de chefs.

—Este es un truco de Google para madres —contesto—. Amelia seguro que tiene algo mucho más efectivo.

Escucho a Micah dejar algo sobre la encimera, pero ya he cogido otro huevo y estoy demasiado concentrada como para prestarle atención. Una mala decisión allí donde las haya, porque, al no girarme, no lo veo meter una mano en el paquete enorme de harina. Tampoco lo veo levantar el brazo y apuntar directamente a mi cara. Para cuando quiero enterarme de lo que está pasando, ya estoy escupiendo harina y parpadeando rápido para quitármela de los ojos.

—¿Pero quién te crees que eres? —chillo, abriendo la boca de par en par y arrepintiéndome al instante—. ¿A qué ha venido eso?

—¿Te das cuenta de que siempre te estás menospreciando?

Primero: eso no justifica que me haya lanzado harina.

Segundo: que siempre me estoy *qué*.

—¿De qué estás hablando?

Micah se coloca las manos en las caderas y me mira con los ojos entrecerrados, como si no se decidiera con algo. Me recuerda vagamente a mi madre segundos antes de empezar a gritarme por no haber ordenado mi cuarto o por olvidarme de hacer algo que me lleva pidiendo días. Sin embargo, al contrario que ella, Micah no abre la boca, sino que se limita a observarme.

Después de aproximadamente un minuto de silencio, Micah pone los ojos en blanco.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Se me escapa una risita incómoda.

—No te das cuenta, ¿verdad? Siempre estás haciéndolo. Te comparas con otras personas que hacen lo mismo que tú y dices que eres peor y que nunca lo harás igual de bien que el resto. —La voz le sube varias octavas y está gesticulando como un maníaco—. *Acabas* de hacerlo. Ahora mismo. Has hecho eso con la botella, y cuando te he hecho un cumplido, me has dicho que

Amelia lo haría mejor. ¡Y el otro día no te creías que me hubiera inspirado en tus relatos!

Trago saliva y abro la boca para contestar, pero no me sale sonido alguno. Me gustaría poder decirle a Micah que no tiene ni idea de lo que está hablando, o que no es asunto suyo, o que me deje en paz.

Me gustaría poder decirle que es todo mentira, pero...

—Me has dicho que no has conseguido hacer amigos en todo el tiempo que llevas en Salva Guardia, que se te da fatal —continúa Micah, la voz todavía aguda pero un poco más calmada—. ¿Quieres que te cuente algo? En la fiesta congeniaste con Carolina sin ayuda de nadie. Con Finn, también.

Las palabras de Micah se me pegan a la piel, una sobre otra sobre otra hasta que estoy cubierta de pies a cabeza por ellas. No quiero hablar sobre esto porque me reconozco en la chica que está describiendo, soy yo de la que habla, y no me gusta nada.

No quiero ser esa persona.

Es demasiado personal, íntimo. Es como si me hubiera abierto en canal con un cuchillo y estuviera sacando todos y cada uno de los rasgos que menos me gustan de mí misma y que había conseguido ignorar hasta ahora. ¿Cómo es posible que Micah sepa cosas de mí que ni yo misma conocía? ¿Cómo me conoce *tanto* y tan *bien*?

—Es a ti a la que están publicando en el periódico, aunque sea bajo seudónimo. Eres *tú* la que está haciendo la mierda esa con la botella, no tu hermana. —Micah me da un golpe suave en la frente para que lo mire a los ojos y no al suelo—. Deja de compararte con los demás. Créeme, no es la mejor idea. Antes yo lo hacía todo el tiempo y... Gen, ¿no estás cansada? Porque a mí me *agotaba*.

Sí. Sí, supongo que sí.

Aprieto los labios en una fina línea y levanto la barbilla, clavo los ojos en los de Micah, tan oscuros que parece que el iris ha desaparecido. Observo cómo sube y baja su pecho, agitadamente, como si en lugar de haberme enseñado algo sobre mí misma hubiera corrido un maratón. Nunca nadie me ha visto como lo hace él.

Es *aterrador*.

—No hacía falta que me embadurnases de harina para decirme eso —murmuro después de una eternidad.

Un segundo, dos, tres. Me están empezando a sudar las manos y a temblar las rodillas. Si Micah no dice nada en los próximos diez segundos, no me va a quedar otra que salir corriendo con el rabo entre las piernas, demasiado avergonzada como para pasar una tarde entera con él y sus hermanos.

Pero no tengo que salir corriendo. Como en trance, observo la expresión de Micah metamorfosear lentamente en una sonrisa, las comisuras de sus labios curvándose poco a poco, los hoyuelos que últimamente no se van nunca, los mechones demasiado largos sobre la frente. Se los echa hacia atrás con una mano, dejando a la vista los lunares que no voy a poder olvidar en la vida.

—Es que tampoco quería sonar demasiado borde —susurra Micah dando un paso hacia mí, sus pies rozando los míos—. Así le quitaba hierro al asunto.

Me sopla en la cara y los restos de harina que me quedaban vuelan a nuestro alrededor, envolviéndonos en una nube blanca. Siento un tirón agradable en el estómago que no debería

hacerme nada de gracia pero que ahora no podría darme más igual.

Estoy tan distraída que no me doy cuenta de cómo Micah mete la mano en el paquete de harina y, por segunda vez, me la tira por encima. Suelto un grito de sorpresa, indignación y enfado que es ahogado por las carcajadas de Micah, que se tiene que apoyar en la encimera para no resbalar con la harina en el suelo.

—Quien ríe último, ríe mejor —digo entre dientes, cogiendo un puñado de harina del paquete y acercándome a Micah, que no deja de reír—. Serás capullo.

—No, no, Gen, *espera* —me suplica, levantando las manos en señal de rendición, pero no me da ninguna pena. Es más, espero a que vuelva a abrir la boca para lanzarle la harina.

Como si fuéramos niños otra vez, nos perseguimos por toda la cocina con las manos llenas de harina, gritándonos y riéndonos como si estuviéramos en un manicomio y manchándonos no solo el uno al otro, sino todo a nuestro alrededor. No hay superficie que no esté cubierta de blanco cuando Micah, con un brazo en alto y a punto de atacar, da un paso y se resbala. Cae de culo al suelo, lo que no hace otra cosa sino hacerme reír con más ganas.

Sin embargo, he cantado victoria demasiado pronto. Me acerco a él para ayudarlo a ponerse en pie, pero los calcetines se me resbalan a mí también. Intento agarrarme a la encimera para no caerme, pero en lugar de agarrar el mármol mi mano cae justo encima del bol con los huevos, que me caen encima.

—Qué guapa —consigue decir Micah entre carcajada y carcajada.

Me restriego las manos por la camisa y le salpico lo que se me ha quedado pegado en los dedos, haciéndole soltar un gritito de asco.

—Te lo mereces.

Me intento levantar, pero entre la harina y los huevos, el suelo se ha vuelto más resbaladizo, así que no tardo en volver a caer.

—Eres tú la que se ha tirado todo encima —me recuerda Micah, como si lo hubiera olvidado en los últimos dos minutos—. No me echas a mí la culpa.

—¡Tú empezaste con la harina!

—Pero tú has seguido, que es peor.

Justo en ese instante, alguien toca a la puerta dos veces. Micah y yo nos miramos el uno al otro, luego al resto de la cocina, hecha un asco, y finalmente a la puerta, que se abre lentamente cuando ninguno de los dos contesta. Milo asoma la cabeza, abriendo los ojos sobremanera cuando ve lo sucia que está la cocina.

Micah esboza una sonrisa tímida y se encoge de hombros, como si todo esto hubiera sido inevitable. Yo me quedo muy quieta y espero a la reprimenda que estoy segura nos va a caer. Milo solo suspira y sacude la cabeza.

—Nanay te va a matar.

Antes de que pueda darse la vuelta, Micah le tira un puñado de harina a la cara.



Sigo teniendo harina metida entre las uñas dos horas después, cuando por fin nos sentamos a comer. Mientras Micah y yo nos tirábamos comida el uno al otro, sus hermanos se encargaron de abrir y preparar la mesa grande del salón, que solo utilizan en ocasiones especiales, palabras de Mac, no más, aunque me gustaría saber qué es lo *especial* de esta ocasión. Después de todo, solo soy la persona a la que Micah está haciendo chantaje.

Sin embargo, todos me observan como si fuera mucho más que eso. Milo, a mi izquierda, y Moira, justo delante, no paran de lanzarme miraditas e inmediatamente mirarse el uno al otro, como si supieran algo que el resto no. Mac, al lado de su hermana, no para de sonreírme mostrando los dientes, tanto que da un poco de miedo. Micah, a mi derecha, me mira con las cejas alzadas de vez en cuando, como si quisiera decir algo parecido a «son insoportables, ¿a que sí?».

Me gustaría saber cuál es el secreto. ¿Cómo se llevan tan bien entre ellos, qué es lo que tienen que en mi familia escasea? No recuerdo la última vez que nos sentamos todos a almorzar en la mesa «especial» juntos, como una familia normal y corriente. Últimamente mi madre está muy ocupada; Amelia tiene demasiado trabajo; mi padre no tiene tiempo ni para sentarse durante veinte minutos y preguntarnos qué tal nos ha ido el día.

Si no me diera tanta vergüenza, les preguntaría. «¿Qué es lo que os hace tan especiales?». No con esas palabras exactas, pero algo parecido. «¿Cómo lo hacéis?».

Suspiro para mis adentros y me concentro en el presente en lugar de pensar en lo que podría ser y no es. No pienso perderme este momento por estar cavilando sobre un «y si...».

—Eugenia. —Moira me llama justo cuando estoy metiéndome un ravioli demasiado grande en la boca, que apenas puedo cerrar—. Eres la primera invitada que se trae Micah a casa desde hace *años*. Cuéntanos algo sobre ti.

Me atraganto con el ravioli, que sigue siendo demasiado grande incluso después de haberlo masticado. A Micah se le cae el tenedor sobre el plato con un clang que resuena por toda la casa, aunque el sonido no es capaz de ahogar las risitas de Milo y Mac.

—Moira.

—¿Qué? —exclama, ofendida. Se lleva una mano al pecho y sacude la cabeza—. ¿Te da vergüenza que Eugenia sepa que llevas siendo un ermitaño desde que entraste a la universidad? —Se inclina hacia mí en modo conspiratorio, señalando a Micah con el pulgar—. Solo sale de su

piso en Corea para ir a las firmas de libros. Me sorprende que esté aquí este verano.

—Moira, déjalo en paz —dice Milo, aunque no suena convencido del todo—. Que como se siga poniendo así de rojo, va a acabar explotando.

—La verdad duele. —Moira se encoje de hombros—. Ya empezábamos a pensar que nadie iba a ser capaz de sacarlo de su burbuja. Ay, Eugenia, no sabes la de veces que he tenido que decirle que solo le hace falta un buen...

—No soy un ermitaño —la interrumpe Micah, rojo como un cangrejo y con la voz un par de octavas más aguda de lo normal—. He estado estudiando, cosa que tú no hiciste cuando te tocaba, deja que te recuerde.

—La universidad es para pijos. Con eso no me vas a hacer daño, prueba otra cosa.

Aprieto los labios para no reírme. No sé si he empezado involuntariamente —¡ni siquiera he hablado!— una disputa familiar o si simplemente les gusta meterse con Micah, que estoy empezando a sospechar va a explotar de verdad como no cambiemos de tema.

—En defensa de Moira —añade Mac—, ni siquiera Milo estudiaba tanto cuando estaba haciendo medicina. La universidad es para divertirse, no para estudiar. Todo el mundo lo sabe.

—Mi situación es especial —se defiende Micah—. Tengo que esforzarme más. Además, sí que sé divertirme. Soy un tipo *muy* divertido.

No puedo evitarlo, se me escapa la risa. Intento disimularla metiéndome otro ravioli en la boca, pero para entonces todos los hermanos me están mirando, cada uno con una expresión diferente. La más graciosa es la de Micah, que tiene los ojos muy abiertos, como si esta fuera la traición más grande. Me tengo que tapar la boca con las manos, las mejillas hinchadas, para no escupirle el ravioli a nadie.

—A Eugenia le haces gracia, eso desde luego —comenta Moira.

—A Eugenia le gusta escribir —rebate Micah, dándome un golpe en la rodilla por debajo de la mesa.

Es mi turno de mirarlo como si hubiese cometido alta traición, principalmente porque lo *ha* hecho.

Siento cómo se me para el corazón durante unos segundos. Siento tres pares de ojos sobre mí, hambrientos, y no puedo hacer otra cosa que encogerme en la silla. Sé que Micah no les ha dicho que soy el Anónimo, pero llegados a este punto, debería saber que hablar sobre que escribo no se encuentra entre mis pasatiempos favoritos.

Me trago el ravioli.

—¿Escribes libros como Micah? —pregunta Mac, la curiosidad brillándole en los ojos—. ¿O prefieres escribir otras cosas? A mí me encanta la poesía.

—Relatos —contesto. Luego, cayendo en la cuenta de que debería explayarme más, añado —: cortos. No tengo la paciencia necesaria para escribir libros.

—¿Desde cuándo escribes?

La pregunta es de Moira, pero es Micah a quien estoy mirando. Ha pasado casi un mes desde que me confesó que sabía que soy el Anónimo, y aun así nunca hemos hablado sobre nosotros como escritores, nuestras motivaciones o por qué seguimos haciéndolo, qué es lo que nos gusta tanto de las palabras como para no abandonarlas.

—Empecé en Argentina. Mi madre me llevaba mucho a una librería y... el dueño me animó a probar. Una vez empecé a escribir, no pude parar. —No puedo mirar a ninguno a la cara, me da

bochorno que piensen que soy demasiado cursi o que es una historia cutrísima.

Nadie me está juzgando con la mirada cuando levanto la vista. Los tres hermanos me observan con curiosidad, como si fuera un puzle todavía por resolver. Micah está sujetando el tenedor con los dedos, pero hace rato que no come, los ojos fijos en mi perfil. Cuando su rodilla vuelve a encontrarse con la mía, se siente más como una caricia, su piel cálida contra la mía. Trago saliva.

—Micah empezó a escribir poco después de que comenzasen a publicar al Anónimo en el periódico —dice Mac—. Los leyó e inmediatamente después decidió que quería ser escritor. Como una epifanía.

La rodilla de Micah se separa de la mía cuando se estira para darle una patada a su hermano por debajo de la mesa. Mac se queja en lo que deduzco es vietnamés, y Micah le responde con un gruñido en el mismo idioma. Milo se tapa la sonrisa con los dedos.

—Chicos, no seáis mal educados —dice, aunque sin mucho resultado. Luego, a mí me pregunta—: ¿Te has leído los relatos, Eugenia? Son muy bonitos, creo que te gustarían. Compró el periódico solo para leerlos, honestamente.

«Los he escrito yo», quiero decirles. Quiero gritarlo a los cuatro vientos, descubrirme a mí misma ante estos tres desconocidos a quienes siento que conozco desde hace tiempo.

Intento no sonreír demasiado, aunque creo que no lo consigo.

—Alguno que otro, sí.

—A mí me recuerdan a casa —murmura Milo, como para sí mismo, como si se le hubiera escapado. Su sonrisa es cálida cuando continúa—: Vivíamos en Da Nang antes de mudarnos a Salva Guardia, no sé si Micah te lo ha dicho —explica—. Íbamos constantemente a la playa, nos encantaba. Quienquiera que sea el autor, debe de sentir la misma adoración por el mar.

—Yo creo que lo echa de menos —dice Micah, que ya me está mirando cuando me giro hacia él—. Por eso siempre escribe sobre él. Como si fueran cartas a un viejo amigo.

Tras rebañar la salsa de los platos con los dedos ante la mirada de horror de Micah, sus hermanos se retiran, no sin antes darme tres abrazos que por poco no me rompen las costillas. Micah observa todo con el ceño fruncido y un aire de resignación que me dice que ya está acostumbrado a que lo dejen en ridículo enfrente del resto del mundo.

Limpiamos con el sonido de un grupo *k-pop* de fondo y apenas hablamos, como si esto fuera algo que solemos hacer. Micah tararea la letra de la canción y restriega los platos con un estropajo mientras que yo lo escucho y seco la vajilla, una y otra vez, hasta que nos quedamos sin nada más que hacer.

Acabamos los dos tirados en el jardín trasero, sobre la hierba. No me he traído un bikini, pero aprovecho el sujetador deportivo que decidí ponerme esta mañana y me quito la camiseta, dejando que el sol me caliente la tripa y los brazos. Micah ha hecho lo mismo, lo que me hace fijarme en el tatuaje pequeñito que tiene en las costillas, una sola línea que dibuja una ola y un sol.

—A ti también te gusta el mar —murmuro, rompiendo el silencio.

—Me encanta —contesta Micah con los ojos cerrados—. Nos mudamos cuando era un bebé, así que ya no me acuerdo de las playas de Da Nang, pero nuestros padres no dejaron de llevarnos

solo porque nos quedara un poco más lejos.

Su Instagram estaba lleno de fotos en la playa.

—¿Y tú? ¿Es un viejo amigo?

—Cuando vivíamos en La Plata mis padres nos llevaban a Amelia y a mí a la playa. Mis tíos viven en Pinamar, en la costa, así que íbamos mucho a visitarlos. Eran mis días favoritos, horas y horas bajo el sol y con el mar a una zancada de distancia. Es de las cosas que más echo de menos.

Recuerdo todo a la perfección... Las risas de mi hermana cuando saltábamos las olas cogidas de la mano, mi padre con gafas de buceo y tubo acompañándonos a hacer *snorkel*, mi madre poniéndonos crema de aloe vera cuando nos quemábamos porque no nos poníamos protección solar.

Por mi noveno cumpleaños, mis tíos me regalaron un libro con todas las especies marinas del océano Atlántico. Amelia y yo solíamos quedarnos hasta tarde leyendo las descripciones y, cuando volvíamos a Pinamar, buceábamos en busca de los pulpos, las ballenas y los erizos de mar que habíamos visto dibujados.

Siento que estoy en un sueño cada vez que pienso en aquellos días. Me entristece darme cuenta de que nada era real al despertarme.

Me enfada.

—La playa está a dos horas de la ciudad —dice Micah, interrumpiendo mis pensamientos—. Puedes ir cuando quieras.

—Han pasado ocho años desde que nos mudamos. ¿Te puedes creer que nunca he ido? Tengo el carnet de conducir y el coche de mi madre y, a pesar de todo, no he ido.

—¿Por qué?

El mar es mi viejo amigo. Le escribo, pero nunca recibo respuesta; lo añoro, pero no me permito reencontrarnos. ¿Por qué no he ido en su busca, si tanto lo echo de menos?

—¿Sabes cuando hace mucho que no ves a alguien? Lo recuerdas de una manera, pero cuando te lo encuentras es de otra totalmente distinta. Es un miedo tonto, lo sé, pero temo que me pase eso con el mar.

Estoy preparada para escuchar la risa de Micah.

No debería sorprenderme no encontrármela.

No dice nada, el único sonido entre nosotros la brisa del viento y la música que nos hemos dejado puesta en la cocina, débil y casi inaudible, un eco lejano. Me entretengo mirando las nubes pasar e imaginándome formas en ellas, pero el silencio se alarga tanto que acabo preguntándome si me he pasado de sentimental, si quizá Micah ha terminado hartándose de tantas crisis emocionales.

—¿Cuándo vuelves a la universidad? —pregunto en un intento por cambiar de tema.

Micah tampoco contesta. Estoy empezando a sospechar que se ha quedado dormido cuando abre la boca.

—Gen, no te lo tomes a mal, pero creo que deberías arriesgarte más. —Si lo dijese cualquier otra persona, el comentario me ofendería, pero como se trata de Micah, espero al resto antes de opinar—. Todo lo que me has contado sobre no salir de la ciudad o el no querer ir a la fiesta de Sam... La fiesta no fue para tanto, ¿no? Quiero decir, te lo pasaste bien. —Asiento lentamente—. Esa noche te arriesgaste. No querías ir y luego accediste porque querías probar que Ames se

equivocaba al decirte que no sabes hacer amigos. No querías ir a un sitio que te daba miedo, pero al final lo hiciste, te *arriesgaste*.

—¿Has pensado alguna vez en dejar la carrera y meterte a terapeuta? Serías un *crack*.

Micah suelta una risa suave y gira la cabeza hacia mí.

—Lo que quiero decir es que igual estás perdiéndote cosas solo porque crees que van a ser de una manera y no te permites a ti misma pensar que pueden ser diferentes. Te da miedo irte de Salva Guardia porque la mudanza no fue bien, pero por aquel entonces cuántos años tenías, ¿diez?

—Once.

—Once. Ahora tienes diecinueve. Las cosas no van a ser *exactamente* iguales. —Parpadeo rápido para espantar las lágrimas que amenazan con derramarse—. El mar no es el mismo en Argentina que aquí. Hay playas de mierda en todo el mundo, al igual que hay playas hermosas en todos lados. No te voy a negar que existe la posibilidad de que la playa de aquí sea un asco en comparación con la tuya en Pina... ¿montes?

Se me escapa una risa llorosa porque sé que Micah se acuerda del nombre de la ciudad, solo está intentando quitarle algo de hierro al asunto.

—Pinamar, imbécil.

—Pues eso, lo que yo decía. Puede que la playa de aquí no le llegue a la suela de los zapatos, pero a lo mejor una playa en las Galápagos le da mil vueltas. Nunca vas a saberlo si no te arriesgas a descubrirlo.

Sé que tiene razón. Micah tiene *toda* la razón del mundo; no puedo discutirle lo que me ha dicho porque es algo que yo misma me he repetido infinidad de veces, algo que yo he sabido durante años.

Mi problema es, simple y llanamente, que me da miedo enfrentarme a ello. Porque quizá no se me da tan mal todo como me he hecho creer a mí misma; quizá puedo hacer amigos, irme de la ciudad, empezar de cero, ser escritora, descubrirse a mí misma, enfrentarme a lo que los demás tengan que decir al respecto.

No lo sé porque nunca me he permitido probar. Quizá tengo que dejar de ponerme barreras a mí misma. Arriesgarme.

—Gracias —susurro, apenas un suspiro que no sé si Micah escucha. Luego añado—: ¿Desde cuándo eres tan listo?

—Desde que empecé a ir al psicólogo —responde Micah con una sonrisa de oreja a oreja—. Hace *maravillas*, Gen.

Micah se cubre los ojos con el antebrazo y suelta un suspiro largo.

—¿Qué pasó? —pregunto, también bajito, porque no me atrevo a hacerlo más alto—. ¿Por qué te has dedicado el libro a ti mismo?

—Ahora no —dice Micah igual de bajito y con el ceño fruncido—. Te lo explicaré, te lo prometo. Pero ahora no.

Asiento con la cabeza y sin decir nada, sintiéndome más valiente de lo que me he sentido en mucho tiempo, me acerco un poco a Micah y presiono la punta de los dedos sobre su tatuaje. Observo cómo se estremece ante el contacto, cómo se le pone la piel de gallina, cómo se le mueven los párpados cuando cierra los ojos. Me fijo en él, todo él.

Micah Nguyen. Escritor *best seller*. La única persona que conoce mi secreto. Mi *amigo*.

—¿Siempre quisiste irte de Salva Guardia?

Deja escapar un gruñido y se da la vuelta hasta estar tumbado sobre el estómago, apoyando la mejilla en los brazos para mirarme. Enarca las cejas hasta que se le pierden bajo el flequillo, como si acabase de hacer la pregunta más insulsa del mundo.

—¿Qué?

—Claro que siempre quise irme de Salva Guardia, Gen. —Pongo los ojos en blanco, pero él sigue—: Es una ciudad demasiado pequeña y el mundo es un lugar *tan* inmenso. Hay demasiadas cosas que hacer y ver y demasiado poco tiempo.

Con esa actitud, me sorprende que haya decidido pasar el verano entero en la ciudad.

—¿Qué haces aquí entonces?

—Tengo que ver a mi familia de vez en cuando —contesta—. Cada uno vivimos en una punta diferente del mundo, tenía ganas de estar con ellos.

Pensaba que vivían más cerca. Parecen el tipo de familia que queda a comer todos los fines de semana, de las que se ven tres o cuatro veces al mes como mínimo. No me esperaba que estuvieran tan lejos los unos de los otros.

—Además, a mí me gustan las ciudades grandes —prosigue—. En las que hay más gente, más cosas que hacer, más cosas que encontrar. Las que ocultan más secretos.

—Estás sonando superelitista, que lo sepas.

—Es lo que tiene ser escritor *best seller*. Me he acostumbrado a la buena vida.

Apoyo la cabeza en el césped y me río.

Es fácil hablar con Micah. Puedo confesarle cosas que no había dicho nunca en voz alta, pero también puedo bromear con él, hablar sobre todo y nada en particular, decirle cualquier cosa que se me pase por la cabeza.

—Me parece muy bien que prefieras la *gran* ciudad, pero no tienes ni idea de lo que dices. —Micah me mira con curiosidad, ansioso por que continúe, así que eso es lo que hago—: He tenido tiempo de sobra para descubrir todos los recovecos que esconde esta ciudad, que son más de los que te imaginas. Tus ciudades no tienen nada que envidiarle a Salva Guardia.

—¿Ah, sí?

—Esconde muchos secretos.

—Ilumíname.

Chasqueo la lengua.

—Entonces ya no serían secretos, Micah. —Observo una nube con forma de caracol deshacerse con el viento; ahí un momento, inexistente al siguiente—. ¿Sabes que hay un *pub* dedicado exclusivamente a personas LGBT cerca del parque?

Se le iluminan los ojos como a un niño en una feria. No tarda en incorporarse, sentándose con las piernas cruzadas y los codos sobre las rodillas y la barbilla apoyada en las manos, atento.

—Allí me enrollé con una chica por primera vez —añado, solo por ver cómo reacciona.

—No sabía que te gustaban las chicas —murmura, intentando sonar casual pero sin conseguirlo, mirando a todas partes menos a mí.

—Y los chicos —digo. Me incorporo también para estar a su altura—. Soy bi.

—Como yo. Cuéntame más sobre estos lugares.

Tenemos más cosas en común de las que pensaba.

—Hay una casa cerca de la calle Arenas en la que vivió una pintora famosa, Elvira Fuentes.

Casi nadie la conoce, pero hicieron de su casa un museo cuando se murió. Hay algunos cuadros que pintó colgados en las paredes. —Descubrí la casa hace tres años con Bruno. Estábamos buscando una heladería que acababan de abrir, pero lo que encontramos fue mucho mejor—. En el casco antiguo hay una plaza poco visitada; para encontrarla hay que cruzar un laberinto de calles, así que es complicado dar con ella. Pero —levanto un dedo, haciendo énfasis— vale totalmente la pena. En el centro de la plaza hay un pozo que dicen que se construyó hace cientos y cientos de años.

—Y concede deseos, ¿a que sí?

—Sí. —Ignoro la sorna en la voz de Micah—. ¿Lo has visto?

—No, pero Sam y Finn intentaron buscarlo un día. No lo encontraron.

Yo sí, aunque fue pura potra. Estaba dando una vuelta por el casco antiguo y me perdí; ni siquiera Google Maps sabía cómo devolverme a la civilización, así que caminé y caminé hasta dar con el pozo. No me avergüenza decir que tiré una moneda y pedí un deseo: que me contrataran en La esquina 43. Dos semanas después, lo hicieron.

—¿Qué más? —me apremia Micah.

—En el parque hay una hondonada...

—¡Esa me la sé! —me interrumpe—. Hay una hondonada con una fuente, ¿no? Y la fuente tiene una estatua de Apolo y Artemisa cazando en el centro. Milo la descubrió cuando yo tenía ocho años y me llevó a verla, pero no se lo contó ni a Moira ni a Mac. Era nuestro secreto.

Por la forma en la que los labios se le curvan hacia arriba, debe de ser un buen recuerdo. Yo nunca le he enseñado ninguno de mis lugares secretos a Amelia. Ni siquiera le he hablado sobre ellos.

—Cuéntame más.

—¡Micah! No voy a revelarte todos los secretos en un solo día.

—Pues llévame a uno de ellos —me pide, inclinándose hacia mí y agarrándose los dedos con las manos—. Al que tú quieras. Sorpréndeme.

No tengo que pararme a pensar en cuál. Sé exactamente adónde voy a llevarlo.

—¿Y qué me vas a dar tú a cambio?

Micah se acerca todavía más, su aliento caliente sobre mis labios.

—El mejor verano de tu vida.

¿Voy a arrepentirme de esto? Seguramente, pero no puedo evitar decir que sí.

Las olas me golpean incansables, una tras otra tras otra. Observo la espuma blanca formarse después del impacto y escucho el rugir del mar, que hoy no nos da la bienvenida como otros días.

A pesar de todo, como ladrones, vamos a colarnos por entre sus aguas.

Mis compañeros gritan, pero no puedo escucharlos porque el mar lo ahoga todo. Con cada bofetada de sal me distraigo y con cada aullido pierdo el norte, aunque sea solo un segundo. No obstante, protegida por las gafas negras, la vista no me falla: veo perfectamente cómo otra de las submarinistas da el okay con una mano, así que deshincho el chaleco y me dejo engullir.

La tormenta deja de bramar una vez estamos sumergidos. Observo en mi ordenador la profundidad a la que me encuentro aumentar, los números transformarse, pero lo que de verdad me interesa no son los números, sino lo que tengo a mi alrededor.

El agua cristalina deja entrever sus habitantes, todos coloridos y multiformes. Se me olvida señalar el okay al reconocer el mundo que me acoge, las luces que lo iluminan. He perdido la cuenta de las inmersiones en las que he participado y aun así no dejo de sorprenderme, de admirar lo bonito que es el fondo del mar.

Budimir Buda Šobat tiene el récord de mantener la respiración bajo el agua. Veinticuatro minutos y treinta y tres segundos.

No es suficiente.

Nunca será suficiente.

Fragmento de *Bajo el agua*,
por Anónimo, en el periódico de Salva Guardia



Julio da paso a agosto, que viene acompañado del mismo calor infernal de todos los años.

Me entero de que hemos cambiado de mes no mirando un calendario como el resto del mundo, sino porque una noche cotilleando el Instagram del primo de Bruno, Elio, me doy cuenta de que su última publicación es del tres de agosto.

No sé cómo ha pasado el tiempo *tan* rápido. Tampoco sé cómo he acabado en el Instagram de Elio d'Aquino a las tres de la mañana un jueves.

Me intento convencer a mí misma de que husmear el perfil de un completo desconocido a altas horas de la noche es más sano de lo que parece, aunque fútilmente. Coincidí con Bruno esta tarde durante uno de mis descansos, mientras él volvía del supermercado cargado de bolsas. Lo saludé con una de mis mejores sonrisas, pero ni siquiera se dignó a mirarme.

Así que, después de cenar, me metí en la cama y decidí entrar en todas y cada una de sus redes sociales, olvidándome de que Bruno *no* usa redes sociales. Su perfil de Twitter es solo su perfil, ningún *tweet*; la última foto de su Instagram es de hace seis años, y su Facebook poco más y tiene telarañas, aunque este último tampoco me sorprende porque, para ser honestos, ¿*quién* usa Facebook hoy en día?

El perfil de Elio d'Aquino me salió en la pestaña de recomendados de Instagram justo cuando iba a cerrar la aplicación. En ese momento me pareció una idea tremenda hacer clic sobre él.

Vamos, que sí que sé qué hago cotilleando fotos de un completo desconocido a las tres de la mañana un jueves.

Nunca lo he conocido en persona, pero Bruno me ha contado todo lo que hay que saber sobre Elio d'Aquino: a sus veintinueve años, es uno de los biólogos marinos más influyentes de la época; se especializa en mamíferos marinos, concretamente cetáceos, y llevó a cabo un estudio sobre ballenas azules que le ganó incontables premios y el respeto de toda la comunidad.

O algo así.

También he oído que vive en Florencia con su novio, aunque hasta hace poco recorría el mundo en busca de nuevos descubrimientos, algo con lo que seguir haciendo historia. Y que tuvo un accidente hace años en un barco que le causó un miedo terrible al mar, aunque por la cantidad de fotos buceando supongo que ya lo habrá superado.

La mayoría de sus publicaciones incluyen el mar, de alguna forma u otra: fotos de ballenas,

información de charlas sobre cetáceos en universidades, esbozos de sus estudios, playas, barcos, su novio en bañador, con gafas y tubo de *snorkel*. Nunca he conocido a nadie tan obsesionado con algo como Elio lo está con el mar.

En su última publicación, él y su novio se están besando mientras flotan en las aguas turquesas de las Maldivas. No puedo evitar sonreír cuando leo la descripción.

elioylasballenas 🐳🐳🐳 he dicho que sí 🐳🐳 Gracias por devolverme el mar y por todo lo demás 🐳🐳

Bruno siempre ha querido ser como su primo. ¿Quién no querría? Libre, apasionado y dedicado a lo que más le gusta en el mundo. Sin ningún remordimiento. A Bruno no le gusta la biología marina ni la mitad de lo que a Elio las ballenas, pero siempre le ha fascinado el mar. La primera vez que me invitó a su casa fue para ver un documental de tiburones del *National Geographic*.

Él siempre ha sabido lo que quiere ser. Biólogo marino, universitario, explorador, da igual cómo lo llames; una persona sin ataduras, alguien libre y capaz de hacer cualquier cosa.

No sé cómo pude pensar que podía encerrarlo en esta ciudad.

Es como Micah. Nada puede hacer que se quede, ni siquiera su familia. Y eso no es nada malo.

Bruno se va a ir en un mes, por mucho que no quiera verlo marchar. Si no consigo arreglar lo que he roto antes del dos de septiembre, voy a tener que decirle adiós a mi mejor amigo para siempre. Puedo perder muchas cosas, pero me niego a perder a Bruno.

Pero no pasa nada. Tengo un plan.

No tengo ningún plan.

A las tres de la mañana, la idea de irrumpir en el Estrellato mientras Bruno trabaja y negarme a irme hasta que mi mejor amigo se digne a mirarme la cara y cruzar palabra conmigo para solucionar todo me parecía la mejor idea del mundo. En mi imaginación, Bruno se resignaba a la conversación, que tendríamos en la trastienda; gritaríamos, lloraríamos y nos enfadaríamos, pero, al final, nos abrazaríamos.

Solucionaríamos todo.

¿En qué estaba pensando? Es la peor idea que he tenido en mi *vida*. Como interrumpa el turno de Bruno para intentar solucionar algo que claramente no quiere solucionar, lo más probable es que acabemos los dos en la calle. Y como despidan a Bruno por mi culpa, nada de lo que haga va a devolvérmelo.

Me desplomo en uno de los bancos de madera esparcidos por la ciudad, cerca del restaurante. Son las siete de la tarde y ya hay gente haciendo cola a la entrada para conseguir mesas; mujeres embutidas en vestidos caros y hombres con trajes más caros todavía, todos repeinados y con kilos y kilos de maquillaje encima.

No sé cómo no hay charcos a sus pies. Hace apenas diez minutos desde que bajé del autobús y ya estoy sudando como una cerda, siento gotitas bajándome por la espalda y sobre la frente. Me he anudado la camiseta a la espalda y recogido el pelo en un moño, aunque ni con esas he

conseguido refrescarme.

Le envío un mensaje a Bruno dejándole saber que estoy fuera. A lo mejor usa uno de sus descansos para venir a hablar conmigo.

estoy trabajando 19:03

puedo esp

no salgo hasta las once 19:04

No tengo literalmente nada mejor que hacer, así que me pongo todo lo cómoda que me puedo poner en un banco de madera al sol y... espero.

Leo medio artículo sobre *hockey* sobre hielo escrito por una tal Celia Foncueva que me aparece en recomendados en el móvil, antes de guardarlo en el bolso y sustituirlo por *Estrellas bajo el mar*. Mi subconsciente debió de reconocer que mi plan era una mierda mucho antes de que mi mente consciente lo hiciera, porque decidí traer el libro de Micah conmigo.

Al principio, cuando me leía el libro, más por obligación que por placer, leía enfadada. Me saltaba páginas y leía muy por encima los párrafos largos, pasaba por completo de las descripciones y los diálogos me aburrían.

Ahora, no obstante, tardo más de lo que normalmente tardaría en pasar las páginas porque me entretengo leyendo algunos pasajes más de la cuenta, maravillada ante la prosa de Micah. Es un libro mayoritariamente descriptivo: hay muy pocas conversaciones entre los personajes, y cuando las hay es porque son *muy* importantes. Lo crucial de la historia son las emociones de Tala durante su viaje. Agonía ante su futuro, las ansias por escapar y el miedo de hacerlo, las ganas que tiene de reencontrarse con su hermana, el sino que la acompaña durante toda la historia.

Amelia y yo no estamos tan unidas como lo estaban Tala y Nina, pero sí que lo estuvimos algún día, hace años. No sé qué ha pasado. Amelia no ha desaparecido, pero la Amelia con la que jugaba a las casitas de pequeña, a la que le contaba todos mis secretos y con la que construía fuertes de mantas y sábanas, sí.

No sé dónde se esconde Nina, pero ha dejado a Tala sola en la granja. Amelia se va a ir a Córdoba y me va a dejar a mí sola en Salva Guardia. No es difícil encontrar las similitudes. A veces me pregunto si Micah se ha inspirado no en mis relatos, sino en la relación que tenemos Amelia y yo.

Apoyo el libro abierto sobre mi pecho y suelto un suspiro.

No quiero pensar en Micah, porque sé que, si empiezo, no voy a poder parar. ¿Y qué dice eso de mí? Tampoco quiero responder a esa pregunta.

Una hora más tarde, me llegan más mensajes de Bruno.

voy a salir tarde 20:11

no me esperes 20:11

Me deshincho un poco —bastante— al leerlos. Sabía que arreglar las cosas con Bruno después de la fiesta no iba a ser tarea fácil, pero tampoco esperaba que pusiera *tan* poco de su parte. Por muchas ganas que tenga yo de solucionar nuestras mierdas, si Bruno no quiere lo

mismo, no hay mucho que pueda hacer.

Me dejo escurrir por el banco hasta que tengo la nuca contra la madera del respaldo y observo la cola del restaurante, cada vez más larga. Daría lo que fuera por ser una de las chicas enjoyadas a punto de entrar. Sé que esa gente tiene problemas como el resto del mundo, pero también tienen dinero. Es mucho más fácil afrontar una crisis cuando estas forrado.

Intento retomar la lectura, pero me es imposible concentrarme en las palabras, así que cierro los ojos y pienso en nada en particular. En Micah tumbado sobre el césped de su casa. En su tatuaje. En Bruno gritándome. En los mensajes por contestar de Carolina y Finn. En Micah leyendo el periódico solo por mis relatos. En los lunares de Micah. En Micah, Micah, *Micah*.

No sé cuánto tiempo pasa desde que me quedo dormida hasta que Bruno Mars me despierta. Doy un bote cuando el móvil empieza a sonar, espantando a las palomas que se habían reunido a mi alrededor.

—¿Hola? —murmuro, limpiándome saliva de la barbilla.

—¿Dónde estás?

Es Micah. Me restriego los ojos y me coloco y recoloco el pelo, como si pudiera verme a través del teléfono.

—Enfrente del Estrellato, haciendo el ridículo. ¿Por qué preguntas?

—Estoy limpiando el desván con mi madre —dice, bajando la voz—. Como me vuelva a preguntar si tengo novia, te prometo que me tiro por la ventana. ¿Quieres venir?

No estoy lo suficientemente despierta como para terminar de procesar esa frase.

—¿Quieres que vaya a tu casa *justo* cuando tu madre te está preguntando si tienes novia? —pregunto, solo para asegurarme.

—Puede que no lo haya planeado muy bien. ¿Quieres que te vaya a hacer compañía?

Sí. La respuesta casi se me escapa por entre los labios.

Hasta las once todavía quedan horas, y por mucho que me guste perderme en mis pensamientos, escribir historias en el aire o leer *Estrellas bajo el mar*, el prospecto de tener a Micah al lado es mucho más embriagador. Sin embargo, no creo que sea una buena idea.

Una de las cosas que Bruno me echó en cara en la fiesta fue que tuviese tiempo para pasarlo con Micah, pero no para contestarle el teléfono. Si me ve con él bromeando y riendo como viejos amigos justo enfrente del restaurante en el que trabaja, no me va a volver a hablar en la vida.

—Me gustaría poder decirte que sí, pero igual es mejor que no.

—Sí, igual sí. ¿A qué hora sale Bruno de trabajar?

—Con suerte, a las once.

—Gen. —La pausa dramática que sigue a continuación es de lo más innecesaria—. Son las nueve y media. Quedan casi dos horas.

No voy a pensar en que llevo poco más de una hora dormida en un banco cerca del restaurante más famoso de la ciudad porque, si lo hago, es bastante probable que me muera de la vergüenza.

—Llevo aquí desde las siete —digo, como si no fuera para tanto—. Puedo aguantar un poco más.

Micah resopla.

—¿Has comido algo?

—Micah, te estás pareciendo peligrosamente a mi *padre*.

—Ya, ya, lo siento —contesta con una risa. La voz de una mujer suena de fondo, aunque no entiendo lo que dice—. Nanay me llama. No sabes de lo que es capaz Mai Nguyen cuando la haces esperar.

—¿Todos los nombres de vuestra familia empiezan por eme?

—Mi padre se llama Minh. Es una tradición, ¿sabes? A Milo casi lo desheredan cuando se casó con su mujer, Lorena. Y no sé cómo a mi madre no le dio un ataque al corazón cuando Moira llamó Vera a su hija.

—Espero no infartar a tus padres cuando se enteren de que somos amigos.

Los dos estallamos en carcajadas. Nos reímos tanto que, para cuando hemos dejado de hacerlo, ninguno dice nada. El silencio se hace pesado, aunque no incómodo; tengo que comprobar que Micah no me ha colgado porque eso es justo lo que haría en cualquier otro momento.

—¿Estás libre pasado mañana? —acabo preguntando.

—¿Adónde me llevas?

—Es una sorpresa. —Antes de que Micah pueda protestar, añado—: Trabajo por la tarde, así que tiene que ser por la mañana. Espero que no te moleste madrugar.

—Ja, ja. Qué chiste más gracioso.

No era un chiste. A veces se me olvida, durante un momento, que tiene insomnio y que pocos días se levanta después de las cinco de la madrugada. A veces se me olvida que tuvo —¿tiene?— algo más que insomnio, algo que no le dejaba verse a sí mismo como el resto del mundo lo ve.

La voz de la madre de Micah vuelve a colarse en nuestra llamada.

—Tengo que irme —murmura, chasqueando la lengua—. Escríbeme cuando hables con Bruno, ¿vale? Buena suerte. Aunque no la necesitas.

Y, para no perder las buenas costumbres, cuelga sin decir adiós.



Estoy empezando a arrepentirme de no haber traído unos cascos justo cuando alguien me toca el hombro. Es la tontería más grande del mundo, porque he hablado con él por teléfono hace diez minutos y sé que está en su casa ayudando a su madre, pero una parte de mí se ilusiona pensando que es Micah.

Cuando me giro, me encuentro con Carolina O'Donell, que me sonríe de oreja a oreja. Tiene el pelo rubio recogido en una trenza sobre el hombro y lleva un vestido de verano blanco que a mí no me quedaría ni la mitad de bien. Además, apostarí a que fuera a que sus sandalias son de marca. Con ella al lado sí que parezco una indigente.

Abro la boca, sorprendida al verla, pero antes de que pueda siquiera saludarla, Carolina se agacha y me envuelve en un abrazo demasiado cálido para el verano, aunque no me quejo.

—¡Eugenia! Te echaba de menos.

Huele a la colonia de vainilla del supermercado que Amelia usa desde que llegamos a Salva Guardia, aunque no puedo asegurarme de que sea la misma porque Carolina se separa tan rápido como se ha abalanzado sobre mí. Probablemente porque estoy pegajosa y huelo mal.

He planeado todo esto *fatal*.

—¿Qué haces por aquí? —pregunto cuando se sienta a mi lado—. Pensaba que seguías en el pueblo con tu abuela.

De eso hemos estado hablando los últimos días: de la poca cobertura que había en el pueblo y de las ganas que tenía de volverse a Salva Guardia, aunque fuera a echar mucho de menos a su abuela. En realidad, más que una conversación, era una especie de monólogo en el que Carolina me hablaba sobre sus aventuras en el campo y yo contestaba con síes y noes cuando era necesario y evitaba hablar mucho sobre mi vida.

—Volvimos ayer por la noche, pensaba que te lo había dicho —contesta, gesticulando con las manos como si estuviera contando una historia—. Había mucho tráfico y el conductor del autobús estaba supercabreado. Después de hora y media conduciendo, intentó adelantar a un coche y casi nos salimos de la carretera.

—Suena divertido.

—Muchísimo. —Me sonríe de medio lado y se quita las gafas de sol—. No nos hemos visto desde mi fiesta. ¿Cómo te va con Micah?

Pongo los ojos en blanco ante el tono sugerente, pero luego pienso que tiene sentido que

Carolina sospeche. Porque Micah y yo hemos dormido juntos —aunque fuera accidentalmente—, y Micah se ha inspirado en mis relatos para escribir su libro —*best seller*, muy famoso, todavía no me lo creo del todo—, y Micah me ha invitado a comer con sus hermanos —su primera invitada en años, supuestamente— y Micah me conoce mejor que nadie —verídico—.

No estamos enamorados ni nada por el estilo, pero sería fácil pensar lo contrario.

Me encojo de hombros ante la mirada expectante de Carolina, la que supongo que es respuesta suficiente, porque da un saltito en el banco y estira los brazos para agarrarme las manos con fuerza.

—Te estás poniendo muy roja, pero como soy una amiga maravillosa, voy a dejarlo pasar. —Guiña un ojo antes de añadir—: Y como soy una amiga maravillosa, te voy a decir por qué estoy haciéndote compañía ahora mismo.

El brillo verde de sus ojos no augura nada bueno.

—¿No vas a preguntarme *a mí* qué hago aquí?

—Ah, ah, ah. —Carolina levanta un dedo y lo mueve de un lado a otro—. Es que eso ya lo sé.

Parpadeo, confusa. No le he contado a nadie cuáles eran mis planes después de salir del trabajo. Micah es el único que sabe que estoy esperando a Bruno y de casualidad, solo porque me llamó para que fuera a hacerle compañía porque estaba harto de su madre. No sé cómo Carolina...

Ah...

—Micah te lo ha dicho, ¿verdad?

—*Voilà!* —canturrea, metiendo las manos en su bolso y sacando lo que parece un bocadillo envuelto en papel de plata—. Me dijo que estabas sola y que no habías comido en todo el día.

A la una del mediodía, Maddie y yo hicimos uso de nuestros descansos para bebernos un café helado y comernos un par de magdalenas que su marido le había hecho el día anterior, así que, en teoría y técnicamente, lo que acaba de decir Carolina es mentira.

—Ya estaba por aquí, así que no me importaba traerte algo —continúa ante mi mirada confusa—. Además, ¡quería volver a verte! Me caíste muy bien el otro día.

—Sí, seguro que vomitarle a Micah en las zapatillas te convenció de lo genial que soy.

Carolina suelta una carcajada y después de aproximadamente un minuto intentando mantener el semblante serio, me acabo por unir a las risas. La verdad es que me muero de hambre.

Me cuesta un poco creerme que Micah haya llamado a Carolina porque estuviese preocupado por mi *alimentación*, de entre todas las cosas posibles, y que ella acudiese sin pensárselo.

—Si me dices cuánto ha sido, te lo pago—murmuro, sacando la cartera, pero sacude la cabeza.

—No te preocupes, que no ha sido nada. —Abro la boca para protestar, pero Carolina se me adelanta—: Estaba dando una vuelta con Finn cuando vi la cafetería. Mi hermano no quería entrar y yo sí, así que comprarte el bocadillo fue la excusa perfecta. Debería agradecértelo yo a ti.

Pongo morritos. Sé reconocer una causa perdida cuando la veo, así que dejo el tema.

—¿Qué hacíais en el centro?

—Comprando ropa para Finn. Se va a ir en septiembre a Barcelona, supongo que te lo habrá dicho. Me siento supervieja.

Bruno me dijo que Finn se iba de Salva Guardia para estudiar, pero nunca llegué a preguntarle nada al respecto. Estaba tan centrada en no dejar que el tema de la universidad se colase en nuestras conversaciones que ni siquiera me interesé por Finn.

—Alguna cosa sé. ¿Cómo es que no se fue a estudiar nada más terminar el instituto?

—Hasta hace poco, trabajaba en el taller de coches de su padre —explica—. Es un negocio familiar, ¿sabes? Lo abrió su bisabuelo, que se lo dejó a su abuelo, que se lo dejó a su padre, que planeaba dejárselo a Finn, que algún día se lo dejaría a sus hijos, blablablá. —Pone una mueca como si fuera a vomitar—. A Finn no le gustan los coches, nunca le han gustado. Va a estudiar geología. Mi hermano, enamorado de las piedras.

—En el instituto siempre tenía algún detalle curioso bajo la manga cuando hablábamos de volcanes —murmuro. Hacía tiempo que no pensaba en ello, pero lo recuerdo—. Nos sentábamos juntos en biología, y más de una vez la profesora nos llamaba la atención por hablar, pero Finn siempre encontraba la forma de contarme mierdas sobre piedras y sustrato y cosas así.

Carolina echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Varias personas de la cola del restaurante nos miran con el ceño fruncido, pero no creo que mi amiga se haya fijado en ellos, mucho menos que le importen sus miradas condescendientes.

—Eso suena a algo que Finn haría, sí. Me alegro de que por fin haya decidido perseguir lo que de verdad le gusta. —Recostándose sobre el banco, Carolina entrelaza los dedos y mira hacia delante, los restos de una sonrisa todavía en sus labios—. ¿A ti qué te gusta, Eugenia?

La pregunta me pilla por sorpresa, pero tengo la respuesta preparada en los labios, como si en realidad hubiera estado esperando a salir.

—Escribir —contesto, dejando el bocadillo a medio abrir a un lado—. Siempre me ha gustado.

—¿Ah, sí? ¿Y sobre qué escribes?

Nunca hablo con nadie sobre las cosas que escribo, en parte porque no es muy difícil asociarme con el Anónimo y en parte porque me da vergüenza. Porque a lo mejor que me guste escribir es algo demasiado cursi, porque a lo mejor lo que escribo no es lo suficientemente bueno, porque a lo mejor es más fácil meterse conmigo si revelo aquello que más cerca del corazón guardo. Sin embargo, ahora mismo no me importa nada de eso. Ahora mismo, quizá podría decirle a Carolina que soy yo la que aparece en el periódico, aunque sea con otro nombre.

—Sobre el mar.

Carolina me echa un vistazo, y por un momento estoy segura de que lo sabe, de que va a decir algo, de que...

—¿Y no has pensado en dedicarte a ello?

—¿A escribir? —Suelto un resoplido—. No todo el mundo tiene la misma suerte que Micah. Publicar un libro no es fácil.

—No, tienes razón. Pero algo que se le parezca. Micah estudia periodismo, por ejemplo. Una amiga mía de la uni estudia traducción e interpretación. ¿No te gustaría algo así?

—No lo sé —confieso—. Nunca he pensado en ello.

Estaba tan asustada imaginándome las cosas malas que me estarían esperando fuera de la ciudad, que nunca me he parado a pensar en los estudios ni a qué me gustaría dedicarme. Cuando me imagino el futuro, siempre me veo a mí misma escondida tras el Anónimo, mis relatos cortos en el periódico llegando a ninguna parte. Dedicarme a algo que tenga que ver con la escritura

más allá de mis escritos sobre el mar ni siquiera se me había pasado por la cabeza, no hasta ahora.

Periodismo, traducción... A pesar de que me publiquen en el periódico, no creo que la primera opción sea para mí. La segunda, sin embargo... Tendría que informarme, pero no me disgusta la idea. Podría trabajar en una editorial. Podría ayudar a mostrar las historias de otros al resto del mundo.

«Deberías arriesgarte más». A lo mejor lo hago.

Me hubiera gustado pensar sobre ello largo y tendido, pero el codazo que me da Carolina me aleja de mis pensamientos. La miro ofendida, pero ella se limita a señalar con un dedo la puerta del Estrellato, por la que sale un chico con el pelo ondulado y gafas de pasta roja, un chico que mira de izquierda a derecha antes de cruzar la calle y fijar los ojos en mí.

—No sé por qué os habéis peleado —susurra Carolina, aunque Bruno todavía está demasiado lejos como para escucharnos—, pero no me cabe duda de que lo vais a solucionar.

Me levanto, las piernas como un flan, y saludo a Bruno con la mano.

Espero que Carolina tenga razón.



Caminamos hasta la Plaza de la Soledad, que marca exactamente el centro de la ciudad. A pesar de su peculiar nombre, no es una plaza fuera de lo común: es grande y el suelo está cubierto por baldosas grises que algún día fueron blancas y que resbalan cuando llueve. Hay una estatua de un hombre montado a caballo en el centro, rodeada por una fuente y varios puestos de comida a su alrededor.

Lejos de ser solitaria, creo que nunca la he visto vacía.

El número de personas que frecuenta la plaza depende de la hora del día, pero nunca hay un momento en el que esté vacía, no del todo. Siempre hay alguien pululando por ella, ya sean adolescentes bebiendo batidos o parejas disfrutando de la tranquilidad, niños jugando con una pelota o personas mayores paseando.

Para ir al parque, primero hay que pasar por la plaza, que no está en mi lista de maravillas ocultas simplemente porque está a plena vista. Sin embargo, se merece una mención especial solo por todos los momentos especiales que han ocurrido en ella.

Bruno camina un poco por delante, a zancadas y sin volverse para comprobar que sigo detrás. Lo sigo con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, más nerviosa de lo que pensaba que iba a estar. No me ha dirigido la palabra desde que salió del restaurante.

Espero hasta que llegamos a la plaza para abrir la boca. Nunca se me han dado bien las conversaciones importantes. En lugar de pedirle perdón como debería, me pongo a hablar sobre uno de esos momentos especiales.

—Aquí fue donde me dijiste que te gustaban los chicos —digo, dando un par de zancadas para ponerme a su lado—. ¿Te acuerdas? Pensaba que me ibas a decir que te estabas muriendo, estabas superserio, y...

—Estaba tan asustado que creía que me iba a desmayar —murmura Bruno, no con mucho entusiasmo, aunque supongo que, cuando hay hambre, no hay pan duro—. Y tú no parabas de decirme que lo soltara, que no podías aguantar más, que...

—Que me iba a dar algo si no me lo contabas de inmediato —finalizo por él—. Casi nos caemos a la fuente cuando nos dimos un abrazo.

—Y luego tú me contaste que eras bi. De tal palo, tal astilla.

Sonríó ante el recuerdo porque no puedo *no* hacerlo. No sé qué más decir, así que no digo nada, y caminamos hasta el puesto de perritos calientes de Alfredo, que cuando estábamos en el

instituto solía alimentarnos de madrugada. Después de una fiesta, no íbamos directos a casa, como nos pedían nuestros padres, sino a por un perrito caliente para curar un poco la borrachera.

—No he comido en todo el día —explica Bruno, las mejillas un pelín rojas—. ¿Quieres algo?

Sacudo la cabeza. Cuando tenía quince años me daba igual comer carne, pero hace un año desde que dejé de hacerlo, y Alfredo, tristemente, todavía no ha añadido opción vegetariana al menú.

—Gracias, pero no te preocupes. Me he comido un bocadillo hace nada.

—Tú te lo pierdes.

Me echo hacia un lado mientras Bruno entabla conversación con Alfredo, que se enrolla como las persianas cuando le das cuerda. Mi amigo no parece tener prisa por escaquearse de la charla, así que aprovecho para contestar un par de mensaje de Amelia preguntando si voy a llegar a casa pronto, actualizo a Micah y le doy las gracias por la comida a Carolina, que me responde con un montón de corazones instantáneamente.

Un rato después, Bruno paga su perrito caliente y nos sentamos en el bordillo de la fuente. El agua borbotea rítmicamente y rellena un silencio que yo soy incapaz de ocupar. No sé cómo sacar el tema. Me tiemblan las manos y apenas siento los dedos de los pies. Bruno no parece perturbado en absoluto; mastica con parsimonia, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—En esta plaza nos bebimos nuestra primera cerveza —suelto de repente, me he convertido en un anecdotario en persona—. Y la segunda y la tercera. Nunca he visto a tu madre tan enfadada.

Esa noche entramos por la puerta de la casa de Bruno intentando no hacer ruido, pero íbamos tan borrachos que no parábamos de caernos el uno contra el otro, riéndonos y mandándonos callar más alto de lo que nos reíamos. Teníamos quince años y el mundo entero por delante.

Bruno traga y se limpia los labios con una servilleta.

—Me castigó dos semanas enteras sin salir —dice, mirándose fijamente la mano llena de mostaza—. Nunca habíamos estado separados tanto tiempo el uno del otro.

Nunca habíamos estado separados tanto tiempo el uno del otro, hasta ahora. Todo se quedaba atrás cuando se trataba de nosotros: las peleas, los novios tóxicos, los malentendidos, los castigos... Hacía muchísimo tiempo desde la última vez que me sentí tan lejos de mi mejor amigo como me he sentido este verano. Nunca lo he echado tanto de menos como ahora.

—Lo siento —murmuro con la voz ahogada—. Bruno, lo siento. No debería haberme enfadado contigo cuando me contaste que te ibas a Italia. Joder, no debería haberte hecho prometer que te quedarías conmigo en Salva Guardia. —Me restriego los ojos con las manos en un intento débil de frenar las lágrimas. No me atrevo a mirar a Bruno, lo siento tan lejos y a la vez tan cerca—. No sabía qué iba a ser de mí cuando te fueras de la ciudad —confieso por fin, después de tantos meses manteniéndolo en secreto—. Me daba miedo quedarme sola. Me daba miedo irme. Me daban miedo *muchas* cosas. —Se me escapa una risa mezclada con el llanto, un sonido de lo más extraño—. No quería irme, pero si tú te marchabas, me iba a quedar sola y tampoco quería eso.

—¿Y te sigue dando miedo? —pregunta Bruno.

Sacudo la cabeza y me cubro la boca con las manos, pero igualmente se me escapa un sollozo.

«Creo que deberías arriesgarte más».

—No, ya no tanto. —Sorprendo tanto a Bruno como a mí misma con lo verdaderas que son las palabras—. Creo que me equivocaba en estar tan asustada.

Bruno se inclina hacia mí y me agarra las muñecas para apartarme con suavidad las manos de la cara. Tiene un manchurrón de mostaza en la comisura del labio y los ojos anegados en lágrimas, las gafas empañadas.

—Perdóname por haberte ocultado tanto tiempo que me habían aceptado en la universidad —musita, carraspeando para que no se le rompa la voz—. Tenías razón, no debería haberte prometido que me iba a quedar si no era lo que quería. Fue estúpido por mi parte. Y tampoco... Lo que dije en la fiesta es mentira, sabes que lo es. Quería hacerte daño. Sé de sobra que sabes hacer amigos cuando te esmeras.

Le enjuago con los pulgares las lágrimas, que le caen como ríos por las mejillas. Él hace lo mismo conmigo.

—¿Podemos volver a ser amigos? Echo de menos ir a comer las sobras al Estrellato. —Bruno pone los ojos en blanco, pero sus manos no se apartan de mi cara—. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos, Nia.

—¿Te puedo abrazar?

Esta vez, además de poner los ojos en blanco de una forma tan exagerada que parece que han desaparecido, Bruno suelta el suspiro más largo en la historia de los suspiros. Tira de mí, atrayéndome hacia su cuerpo hasta que estamos pegados el uno al otro como lapas, sus brazos alrededor de mi cintura y los míos alrededor de su cuello.

Huele a aceite usado y colonia de hombre, a especias y a *casa*. Pego la nariz a su cuello y siento sus lágrimas resbalando sobre mi piel cuando él hace lo mismo. No sé cómo he sobrevivido sin él durante casi un mes; espero no tener que averiguarlo nunca.

—Tienes que contarme todo sobre Florencia —murmuro contra su piel—. ¿Has hecho las maletas? Quiero ayudarte. Se te va a olvidar algo si no te ayudo.

—No, no te toca a ti hacer preguntas —dice, socarrón, el tono de su voz aligerándose con cada palabra—. ¿Cómo es que ahora vas a fiestas?

—Se puede decir que estoy probando cosas nuevas.

—¿Una de esas cosas nuevas es Micah Nguyen? Hasta hace poco no lo aguantabas.

En lugar de contestar, pego los labios a la piel de Bruno y soplo, haciéndole una pedorreta que le hace reír. La respuesta a su pregunta es demasiado larga y está llena de secretos todavía por contar. No quiero pensar en ello ahora, aunque probablemente debería hacerlo.

Después de cruzar media ciudad en busca de perritos calientes vegetarianos —Bruno me ha dado envidia y, después de todo, solo he comido un bocadillo en todo el día—, volvemos a la Plaza de la Soledad, más solitaria que nunca.

—¿Quieres? —Le ofrezco a Bruno un trozo de mi perrito caliente, que tiene mucha mejor pinta que el que se ha comido él, pero niega con la cabeza—. Tú te lo pierdes.

Nos sentamos en unas sillas de color lila que un puesto de mojitos se ha olvidado de guardar, desparramados y cansados. Me chupo el ketchup de un dedo y observo a Bruno, que se aparta el pelo de la cara y bosteza. Quiero que me hable sobre Italia y sobre su primo Elio, sobre el grado en el que se ha metido y las asignaturas que va a cursar, la casa en la que va a vivir, la ciudad que le va a acoger, los planes que tiene para el futuro, pero no sé por dónde empezar.

Al final, es él quien pregunta primero.

—¿A qué te referías con lo de antes?

—Vas a tener que ser un pelín más específico.

—Has dicho que ya no te da tanto miedo irte de Salva Guardia —aclara—. ¿Qué significa eso? ¿Vas a ir a la universidad? ¿Vas a...?

—No lo sé. ¿A lo mejor?

Apoyo los codos sobre la mesa, también de color lila, y observo el perrito caliente como si fuera una pieza de museo. No quiero gafarme a mí misma o adelantarme a los acontecimientos, pero es algo en lo que llevo pensando durante un tiempo y que la conversación con Carolina ha consolidado un poco.

Irme, cambiar, arriesgar, arriesgar, arriesgar.

—Creo que no es mala idea, ¿sabes? —digo, mirando a Bruno a los ojos—. Estudiar fuera. O viajar. Probar cosas nuevas. No lo sé, de momento es solo una idea. Hace unos meses me paralizaba tan solo al pensar en alejarme de lo conocido, y ahora... ahora casi me *apetece*. Quiero encontrar ese *algo* que me haga querer descubrir otras cosas.

Bruno me mira de hito en hito, los ojos verdes enormes tras las gafas, la boca entreabierta como si estuviera en mitad de una frase. Quizá ha sido demasiado. Quizá me he pasado. Lo último que sabía mi mejor amigo de mí es que me enfadaba que se fuera de la ciudad, y ahora soy yo la que está hablando de marcharse.

—Es solo una idea —repito, sintiendo cómo me suben los colores—. No es tan importante.

Esas son las palabras mágicas; Bruno parece salir de su trance. Sacude la cabeza y, poco a poco, una sonrisa aparece en su rostro.

—Pues me parece una idea genial, Nia —dice, asintiendo sin parar—. Creo que es la mejor idea que has tenido en años.

—Oye, tampoco te pases. —Le doy un golpe en el hombro que le hace reír—. Pero suficiente sobre mí. Háblame sobre Italia.

Las mejillas se le tornan rosas ante la mención del país. Es adorable. Estoy a punto de meterme con él por ese mismo motivo, pero Bruno se inclina hacia delante antes de que pueda siquiera abrir la boca y me tira con fuerza de la coleta. Me estoy quejando justo cuando me quita lo poco que me queda de mi perrito caliente vegetariano y se lo mete en la boca.

—¡Ey! ¡Dijiste que no querías!

—Te ibas a reír de mí. —Traga y apoya ambas manos en la mesa, se recoloca las gafas y se muerde el labio inferior—. Me voy en un mes, eso ya lo sabes. Voy a vivir con mi primo Elio y su novio en Florencia, que es donde me han cogido para estudiar Ciencias del Mar. Y ya está.

Echo los brazos hacia arriba y resoplo.

—¿Cómo que *ya está*? ¿No estás emocionado?

En lugar de la sonrisa que me esperaba, Bruno pone una mueca. Frunzo el ceño ante la reacción.

—¿Qué?

—Estoy nervioso —contesta, rápido y sin mirarme—. Nunca me he ido tan lejos durante tanto tiempo. ¿Y si no me gusta? ¿Y si no se me da bien? ¿Y si Elio y su novio no me soportan? ¿Qué voy a hacer entonces? Voy a acabar viviendo bajo un puente, Nia, lo estoy viendo venir.

Miro a Bruno durante varios segundos, boquiabierta, hasta que empiezan a escocerme los ojos. De los dos, él es el aventurero, el espíritu libre, el alma soñadora. Es el que señala un mapa

con los ojos cerrados y habla sobre viajar a ese lugar sin preparación previa. Es al que no le importa dejar toda una vida atrás con tal de descubrir algo nuevo y nunca antes visto. Es el que no mira atrás.

He estado tan, tan centrada en esa parte de Bruno que no me había dado cuenta de que no es todo lo que hay de él. De que una parte es un poco como yo, más reacia y cautelosa, más paranoica.

—Vamos por partes —digo, ordenando las ideas rápido en mi cabeza para transformarlas en palabras—. Primero, es literalmente imposible que Elio y su novio no te soporten. Tu primo y tú sois iguales, no me cabe duda de que os vais a llevar genial. Además, no es como si fuerais a conoceros por primera vez en septiembre. No te habría dejado quedarte en su casa si no le cayeras bien.

—Pero...

—Segundo, ya has estado antes en Florencia. Todavía no te he perdonado por el verano que me dejaste aquí sola para ir a visitar a tu familia, no dejabas de mandarme fotos de sitios guais. Te *encanta* la ciudad. —Como la mueca todavía no ha desaparecido de su rostro, acerco mi silla a la de Bruno y le cojo de las manos—. Nunca he conocido a un Bruno al que no le guste el mar. —Le doy un golpecito en el hombro, sacándole una sonrisita—. Por muy difíciles o aburridas que sean algunas asignaturas, o muy capullos que sean los profesores, se te va a dar genial. Apostaría un pie a que vas a ser el mejor de la clase.

La sonrisa de Bruno se ensancha cada vez más y más y más, hasta que se tensa tanto que se rompe. Sacude la cabeza, borrando todo lo que acabo de decirle, y me mira como si hubiera visto un fantasma.

—¿Y si no quiero irme?

Ahora la que tiene pinta de haber visto un fantasma soy yo.

—¿Qué?

—Es que... Eugenia, no quiero dejarte aquí sola. Te prometí que iba a quedarme contigo dos años, todavía puedo cumplirlo. —Abro la boca para decirle que pensaba que ya habíamos superado eso, pero Bruno me hace cerrarla colocando un dedo sobre mis labios—. A lo mejor me guardan la plaza para el año que viene. Y... llevo hablando con Finn todo el verano, ¿sabes? Hay... Vamos a estar *superlejos*. Si me quedo en Salva Guardia, va a ser más fácil vernos. También nosotros. Puedo seguir trabajando, ahorrar un poco más, y... y...

Bruno parece quedarse sin aire, por lo que doy gracias. Tengo que rebobinar en mi cabeza para procesar todo lo que acaba de decir, y ni con esas soy capaz de ordenarlo.

—Bruno. —Para asegurarme de que me está escuchando al cien por cien, le sujeto la cara y lo obligo a mirarme. Tiene los ojos llenos de lágrimas—. No me vas a dejar sola, ¿vale? No me uses como excusa. Tengo a mis padres, y tengo a Maddie, y tengo a... —«Micah», estoy a punto de decir. Siento cómo se me calienta el cuerpo entero, pero sacudo la cabeza antes de que la idea se forme. Este no es momento de pensar en tonterías—. Que no voy a estar sola, vaya. Además, no te vas a otro plantea. Existe Skype, y eres más tonto de lo que pensaba si crees que no voy a llamarte todas las noches. Te hice prometer que ibas a quedarte dos años en Salva Guardia porque no me quería quedar sola, y creo que hemos dejado más que claro que fui egoísta y que tú no deberías haber aceptado. Es una promesa estúpida, así que tienes todo el derecho a no cumplirla.

Hace un mes le habría dado toda la razón con tal de que se quedase. Hace dos semanas me enfadé porque había roto nuestra promesa. Ahora, haría lo que fuera para convencerle de que irse es la mejor idea que ha tenido en la vida.

Esta no es la Eugenia de principios de verano. No sé quién es, pero me gusta. Me gusta *mucho*.

—Y, por si se te había olvidado, existen los aviones. Si te vas en septiembre, hasta Navidad solo hay tres meses. Tres meses pasan *volando*. Y luego está Semana Santa, y entremedias habrá como cien puentes. Puedes venir en alguno de ellos. Puedo... A lo mejor puedo ir a verte yo a ti.

«Pasito a pasito», me recuerda mi subconsciente. ¿Estoy lista para irme a Italia? Probablemente no. Pero hace tres meses no estaba lista para renunciar a la cercanía de mi mejor amigo y ahora prácticamente lo estoy echando.

Micah estaría súper orgulloso si me estuviera escuchando.

Bruno no parece muy convencido.

—Pero Finn...

No puedo evitarlo: pongo los ojos en blanco. Que Bruno se cuestione hacer algo que lleva toda la vida deseando por un *chico*, de entre todas las cosas posibles, es algo que no me esperaba ni en mis peores pesadillas.

—Bruno, no creo que a Finn le haga especial ilusión escuchar que has cancelado tu viaje, tu año de universidad y tu sueño por él. —Me hago con una lágrima forastera antes de que caiga—. Y él se va a Barcelona. Si te quedas, vais a estar lejos el uno del otro de todos modos. Además, estamos en el siglo XXI, seguro que Finn sabe cómo funcionan las videollamadas de WhatsApp. Es más fácil de lo que parece, te lo prometo.

—¿Quién eres tú? —pregunta, sorbiendo por la nariz—. ¿Estás segura de que eres mi Eugenia?

Le doy un manotazo cuando intenta pellizcarme las mejillas.

—Soy una versión mejorada —digo, orgullosa de mí misma. Le doy un beso en la mejilla—. Te va a ir genial en Italia, Bruno. Hay muchas cosas que no sé, pero de eso no me cabe duda.

—Gracias, Nia. —Bruno se acerca de nuevo, esta vez para abrazarme, pero lo empujo hacia su silla para que no me toque—. Oye, ¿qué...?

—¡No me habías dicho que te gustaba Finn! —grito, abriendo mucho los ojos y haciéndole reír—. ¿Desde cuándo habláis? ¿Estáis juntos? Quiero que me lo cuentes todo con detalles. Bueno, no muchos detalles. Los suficientes.

—No tienes ningún derecho a preguntar esas cosas.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Porque tú no me has contado nada sobre Micah Nguyen.

—No hay nada que contar sobre Micah Nguyen.

Creo que nunca he soltado una trola tan grande.

—Esa es una mentira tan grande como una catedral —dice Bruno, haciendo eco de mis pensamientos—. Cada vez que hablas de él, tienes la misma cara que ponías cuando te juntaban con Laura Olivar en los trabajos de literatura. Estás pilladísima, Nia, no lo niegues.

Laura Olivar fue una chica de intercambio que estuvo en nuestra clase en tercero de la ESO. En literatura nos sentábamos juntas, me enamoré perdidamente de ella y no tiene nada que ver con esta conversación.

—A Micah le gustas tú —murmuro, avergonzada por algún motivo—. ¿Por qué te crees que quedé con vosotros dos en el centro comercial? Estaba haciendo de celestina.

Supongo que no estoy rompiendo ninguna norma al contarle eso a Bruno. Todo irá bien, siempre y cuando no admita que Micah me está haciendo chantaje. Eso sí, que Bruno esté colado de Finn va a complicar un poco las cosas.

La reacción de Bruno, no obstante, no es la que me esperaba: se escurre por la silla, sus rodillas chocando con las mías por debajo de la mesa.

—A Micah le gustas tú —repite, como si fuese algo obvio. Como si me estuviera diciendo que el agua moja o que la nieve está fría—. Eres la única que no se ha dado cuenta.

No he oído una barbaridad de semejantes proporciones en toda mi vida. Aun sabiendo que es mentira, el rojo de mis mejillas se traslada a mis orejas. Me pica el cuello.

—No digas tonterías, Bruno. Es Micah Nguyen. Es literalmente imposible que a alguien como él le guste alguien como yo.

Todo el humor se disipa del rostro de mi mejor amigo, que frunce tanto el ceño que las cejas se convierten en una sola.

—¿Qué significa eso?

—Pues que Micah es... Micah. Es un escritor famoso, le gusta viajar y estudia en la otra punta del planeta. —Me encojo en la silla y evito la mirada de Bruno—. Y luego estoy yo, que no he hecho nada con mi vida. Mi mayor logro es que me contrataran en La esquina 43, y eso fue de chiripa. No...

Bruno me da una patada en la espinilla que me hace soltar un quejido.

—No voy a dejar que hables así de mi mejor amiga —declara, serio y un poco enfadado—. Silvia tiene suerte de tenerte entre su personal. Y Nia, que tenemos solo diecinueve años, ya tendrás tiempo de sobra para hacer algo con tu vida. ¿Sabes que el novio de mi primo no empezó la universidad hasta los veinticinco? Tenemos todo el tiempo del mundo.

—No estaba...

—No, no he terminado. Estoy seguro al noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento de que Micah Nguyen está coladito por ti, pero en el caso de que me equivoque, que le den. No se merece a alguien como tú.

Consigo aguantarle la mirada durante aproximadamente dos segundos antes de que una sonrisa me ilumine el rostro entero. Me abalanzo sobre él con fuerza y no tiro la silla de puro milagro. Una risa borbotea de nuestras gargantas.

—Eso es lo más bonito que me han dicho nunca —murmuro contra el cuello de Bruno, que me abraza más fuerte—. Me alegro de volver a ser tu amiga.

—Ay, Nia. Nunca dejaste de serlo.

Los granos de arena entre los dedos de los pies. La espuma blanca de las olas tras romper contra la orilla. El cielo encapotado y de color gris sobre el agua. El viento removiéndole el pelo, oscureciéndole la cara.

Escucha el torbellino del mar pero no lo ve, no todavía.

No escucha la voz, pero la siente sobre su hombro, escondida tras mechones oscuros, protegiéndose a sí misma de aquello que ha ayudado a Tala a encontrar: la verdad.

Estrellas bajo el mar, Micah Nguyen



No hay mucho camino desde la parada de autobús hasta la casa de Micah, pero cuando llego al porche, estoy sudando tanto que parece que acabo de correr un maratón. Miro a ambos lados de la calle para comprobar que no hay nadie antes de levantarme la camisa y secarme el sudor de la frente con ella.

Cuando me la recoloco, hay una mancha húmeda justo en el centro de las tetas.

—Mierda —musito, para nadie en particular.

Toco el timbre.

—¡Ya voy! —grita Micah desde alguna parte de la casa—. ¡Dame dos minutos!

Dos minutos, en idioma Nguyen, significan diez como *mínimo*. Estoy a punto de sentarme en las escaleras del porche y sacar el móvil cuando la puerta se abre bruscamente, con tanta fuerza que las bisagras chirrían. Abro la boca y me trago la palabrota de la punta de mi lengua cuando veo de quien se trata.

No es Micah, sino su hermana. La última vez que vi a Moira, pensé en ella como la refinada de la familia, una persona estilosa. Ahora todo lo contrario: lleva el pelo rubio recogido en un moño del que se salen la mayoría de los mechones y tiene los párpados caídos, el ceño fruncido, una camisa con más manchas que la que llevo yo y —quizá es una tradición en la familia— no lleva pantalones.

Vera llora desconsolada en sus brazos, desnuda a excepción del babero color verde fosforito y las zapatillas a juego.

—¡Gracias a Dios! Toma. —Solo me da tiempo a soltar un gritito ahogado antes de que Moira deje en mis brazos a Vera, que llora más fuerte—. Necesito ducharme. Cinco minutos, te lo prometo. Te debo la vida, Eugenia.

Un poco en *shock*, y todavía en el porche, observo a Moira correr en dirección opuesta y desaparecer por un pasillo. Vera, que me mira durante un momento como si no comprendiese la situación en absoluto —ya somos dos—, me agarra un mechón de la coleta y tira con más fuerza de la que un bebé debería tener. Tuerzo el cuello para que no me arranque el pelo.

En mi familia soy la más pequeña, y mis tíos tomaron la sabia decisión de no tener hijos, así que nunca he tenido que hacer de niñera. Ni siquiera sé cómo tengo que cogerla, así que la rodeo con ambos brazos y me la pego al pecho, apretando pero no mucho, no vaya a ser que la asfixie.

Un hombre de mediana edad y una niña a los que creo haber visto en La esquina 43 me miran

desde el otro lado de la calle con caras de horror. Siempre me he reído de los padres y madres cuyos hijos les hacen pasar vergüenza al echarse a llorar en lugares públicos. No lo voy a volver a hacer.

—Shhh —murmuro, dando saltitos, porque en las películas eso siempre funciona—. No llores, Vera. Tu madre va a volver pronto.

O al menos eso espero. La verdad es que me conformaría con cualquier miembro de los Nguyen.

Vera no es demasiado asertiva. Poco conforme con tirarme del pelo usando una sola mano, se revuelve sobre mí hasta agarrarse de dos mechones como si estuviera pilotando una moto. A este paso, es muy probable que me quede calva, pero me da demasiado miedo intentar zafarme y que se me escurra, así que supongo que tendré que aceptar mi nuevo futuro.

Con la cabeza girada en un ángulo poco natural y los comienzos de una tortícolis severa, me adentro en la casa y cierro la puerta con un pie. El silencio de la vivienda agudiza los sollozos de Vera, que me está babeando un hombro. Me están entrando ganas de llorar hasta a mí.

—Soy yo, Eugenia —le digo a Vera, acariciándole la frente con la punta de la nariz—. Aunque tú seguramente me conozcas como Gen. Nos vimos el otro día, ¿no te acuerdas? Soy la pringada que se tiró cuatro claras de huevo por encima.

Vera deja de llorar momentáneamente. Tiene los ojos, marrones y rasgados, inundados en lágrimas, la cara roja y mechones cortos de pelo oscuro pegados a las mejillas. Le tiemblan los labios, así que sonrío con ganas para contrarrestarlo.

—¿Qué es lo que te ha puesto tan triste? No tienes motivos para llorar, ¿ves? Aquí estamos muy bien nosotras dos, en... medio de la entrada. ¿Sabes cuánto le queda a tu tío? —Ante la falta de respuesta, chasqueo la lengua—. Es un tardón. ¿Quieres un consejo? Cuando quedes con él, dile que esté listo media hora antes de la hora real. Así a lo mejor llega *solo* quince minutos tarde.

Me siento tontísima hablándole a un bebé que no entiende una palabra de lo que le digo, pero Vera ha dejado de llorar, así que está funcionando. De todos modos, no hay nadie cerca que me escuche.

—¿A ti te gusta el *k-pop*? —le pregunto a Vera, que abre la boca y dice cosas sin sentido—. ¿Eso es que sí? —Suspiro—. Me has defraudado, Vera. Pensaba que eras una de las mías, aunque, bueno, creo que solo por ser tú, lo puedo dejar pasar.

Acerco mi nariz a la de Vera y le doy un beso de esquimal. Soltándome el pelo, Vera agita los bracitos, riéndose con ganas. Si pienso en ello, todo esto es muy surrealista. Estoy en casa del ex mejor amigo de Amelia, quien me está haciendo chantaje, porque he prometido llevarle a uno de los lugares secretos de Salva Guardia. No solo eso, sino que además estoy a cargo de su sobrina mientras su hermana se da una ducha.

—¿En qué se ha convertido mi vida? —La contestación de Vera consiste en una pedorreta con la que me babea media cara. Le saco la lengua—. Esa no es la respuesta que estaba esperando.

Sigo contándole cosas sin mucho sentido a Vera para evitar que lllore y, una vez creo haber conseguido que la rabieta finalice del todo, me adentro en la casa de los Nguyen.

La última vez no tuve oportunidad de cotillear, primero porque Micah no se separaba de mi lado y segundo porque, adonde quiera que mirase, había alguien. Esta, sin embargo, es la ocasión

perfecta —Vera no se va a chivar, desde luego—, así que me dirijo al salón.

El otro día, de pasada, me pareció ver que las paredes estaban adornadas de marcos de fotos e instantáneas, y no me equivocaba: las cuatro paredes y los muebles están llenos de recuerdos, en blanco y negro y a color, un montón de personas diferentes en cada imagen. En mi casa no tenemos colgadas ni la mitad de las fotografías que hay en esta habitación.

Vera murmura cosas ininteligibles mientras me acerco al marco que tengo a la izquierda y lo repaso con los dedos sin llegar a tocarlo. Es una foto de un hombre y una mujer, supongo que los padres de Micah: ella, bajita y con un vestido vaporoso de colores, y él, dos cabezas más alto y con una sonrisa traviesa igualita a la de Mac. Están posando en la playa, ambos descalzos; se puede ver la silueta borrosa de un niño a punto de meterse en el marco.

Sonríó y observo el resto: una en la que salen Moira, embarazada a más no poder, y su marido besándose mientras Mac pone una mueca detrás; Milo levantando a su madre en brazos, ambos riendo; los tres hermanos en traje y Moira, con un vestido de novia precioso, justo en medio; Micah con trece o catorce años, saltando en una colchoneta hinchable. Micah con la cara pintada de *Spider-Man*; Micah con gafas y tubo de *snorkel* bajo el agua; Micah abrazando a sus padres; Micah con cuatro años tumbado sobre la nieve.

Es obvio lo mucho que se quieren los unos a los otros. Son una de esas familias de televisión, de esas que en teoría no existen, felices hasta decir basta y tan cercanas que, si entrecierras los ojos, casi puedes ver el hilo que los mantiene unidos. El tipo de familia que siempre he querido para mí misma, con la que fantaseaba cuando llegué a Salva Guardia y me sentía más sola que nunca.

Me gustaría ser parte de esta familia, aunque mi nombre no empiece por eme. Me gustaría pertenecer.

Sigo paseándome por el museo de la familia Nguyen. No puedo dejar de mirar una foto en particular, una en la que Micah está en la playa sujetando un cubo con agua. Lleva unas gafas de sol bastante más grandes de lo que era su cara, y en la sonrisa le faltan dientes, pero creo que nunca he visto a nadie tan contento como él lo estaba en el momento de la foto. El pelo, oscuro y mojado, se le pega a la frente y le tapa los lunares.

Si pudiese, viajaría en el pasado hasta el instante en el que le sacaron la foto. Le preguntaría tantas cosas... ¿Cuál es tu secreto? ¿Has encontrado ya ese *algo* del que tanto habla tu futuro yo? ¿Puedes dormir?, ¿cuánto falta hasta que dejes de hacerlo? ¿Qué piensas de mí? ¿Quién soy yo para ti?

Ni siquiera me conocía cuando se hizo la foto.

—La pubertad hace milagros.

Doy un respingo cuando escucho la voz de Micah. Tengo que hacer malabares para no tirar a Vera al suelo.

—Sabía que de vez en cuando mirabas mi Instagram —comenta Micah con una sonrisa que no augura nada bueno—, pero no sabía que tu obsesión conmigo llegaba a tanto.

—No te miro el Instagram —murmuro, toda la sangre de mi cuerpo subiéndome a las mejillas.

En lugar de contestar, Micah sacude la cabeza y estira los brazos hacia mí, no para darme un abrazo, sino para que le pase a su sobrina, cosa que hago con más rapidez de la estrictamente necesaria. Una vez libre, observo cómo Micah le da a Vera un beso en la nariz, otro en la frente y

acto seguido le hace una pedorreta en la mejilla izquierda, todo mientras la sujeta solamente con un brazo.

Eso *sí* que es talento.

—El otro día le diste *like* a una foto de cuando todavía estaba en el instituto —contesta arqueando una ceja—. Eres un poco cotilla. Te iría muy bien en mi carrera. —Se ríe ante su propio chiste antes de añadir—: Me alegro de que lo hayas solucionado con Bruno. Enhorabuena.

«A Micah le gustas *tú*», escucho a Bruno decir dentro de mi cabeza, cosa que no debe de ser muy sana. «Eres la única que no se ha dado cuenta».

Trago saliva y me pellizco el antebrazo con fuerza mientras Micah le susurra cosas a Vera, que sonrío sin dientes. Solo está siendo majo. Lleva siendo majo conmigo desde el principio, si no cuento el pequeño detalle del chantaje. Se alegra por mí porque es mi amigo, nada más y nada menos.

No está enamorado de mí. Qué cojones.

—¡Mi bebé! —interrumpe Moira, gracias a Dios. Entra por la puerta del salón con una toalla en el pelo y otra alrededor de su cuerpo y arranca a Vera de los brazos de Micah—. Mami necesitaba un rato sola, pero ya vuelvo a estar para ti.

Ella también sabe coger a Vera con un solo brazo. Estoy intentando descifrar la técnica cuando, de repente y con el brazo libre, Moira me ahoga en un abrazo bastante parecido al del primer día.

—Para la próxima —rezonga Micah—, intenta no encasquetarle tu hija a mis amigos.

—¿Qué amigos? —pregunta Moira, burlona. Se ríe contra mi cuello y luego me susurra, de forma que solo yo puedo escucharla—: Bienvenida a la familia.

No voy a llorar. No, definitivamente *no* voy a llorar.

—Cuchichear es de mala educación —musita Micah.

—Ya, ya te la devuelvo. Está mal acaparar, ¿sabes? Los celos dejaron de llevarse hace tiempo.

—No estoy celoso —se queja Micah, pero le sale la voz una octava más aguda de lo normal. Luego, se gira hacia mí y aclara—: *No* soy una persona celosa.

—Si tú lo dices...

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta, aunque no puedo evitar la sonrisa de oreja a oreja que se hace presa de mis labios cuando escucho a Micah balbucear a mis espaldas, entre avergonzado y ofendido.

—Gen, no soy nada celoso. No le hagas caso a Moira. Gen. Gen, no me ignores. *Gen*.



Micah vive cerca del centro de la ciudad, así que, en lugar de coger el autobús, decido llevarle caminando hasta mi lugar secreto. No es un paseo largo, aunque sí lo suficientemente largo como para que varias personas se nos queden mirando como lelos al pasar, como si fuéramos famosos disfrazados o algo por el estilo.

Tardo más de lo que me gustaría admitir en darme cuenta de que uno de nosotros *sí* lo es.

—¿No es raro? —pregunto cuando caigo en ello.

Micah, que está mirando al suelo para no pisar las líneas que dividen las baldosas de la acera, levanta la cabeza. Los pantalones negros muy por encima de las rodillas que lleva puestos contrarrestan el encanto de la camiseta, azul y apretada. Las chanclas de color rosa arruinan el conjunto al completo; parece que se ha vestido a oscuras.

—¿Caminar al sol cuando hay treinta y cuatro grados? Sí que es raro, sí.

Da un saltito para evitar pisar una línea. Lo hace mucho, me he dado cuenta. No saltar las líneas del suelo, sino cambiar de tema cuando pregunto sobre algo personal. Puede que no haya mencionado explícitamente a las personas que nos observan, pero es difícil obviarlas.

—Tú querías que te llevase a uno de los secretos de Salva Guardia —le recuerdo—. Aunque no estaba hablando de eso. ¿No te molesta que la gente te mire tan... abiertamente?

Hace un rato tuve que esquivar a un chaval que estaba tan embelesado mirando a Micah que no se dio cuenta de que estaba caminando directo hacia mí.

Se encoge de hombros.

—Es un poco incómodo, pero supongo que me he acostumbrado. —El fantasma de una sonrisa cruza sus labios—. Ya hace un año que publiqué *Estrellas bajo el mar*, así que no es la primera vez que pasa. Al menos nadie se ha acercado a pedirme una foto.

Ha pasado poco más de un mes desde que Micah apareció en La esquina 43 con el único propósito de arruinarme la vida, pero mentiría si dijese que no me acuerdo de ese día. Que no me acuerdo de Micah, específicamente, firmándoles su libro a unas niñas y sacándose fotos con ellas. De su sonrisa forzada y labios pálidos, del leve temblar de sus manos mientras sujetaba el móvil y de cómo se alejó tan pronto como tuvo oportunidad.

—No me mientas. No te gusta interactuar con tus lectores, ¿verdad?

Micah eleva las manos en señal de rendición y, por fin, me mira a los ojos.

—Culpable.

Podría reescribir la lista de cosas que sé sobre Micah algún día de estos; podría doblar o incluso triplicar el número si me esfuerzo lo suficiente. Me he convertido en una experta en cuanto a Micah Nguyen se refiere.

—No es que no me guste conocer a mis lectores. En la firma de libros que me organizasteis me lo pasé muy bien. Pero... —Se muerde el labio inferior, lo suelta, se lo vuelve a morder—. No sé. Me gusta saber que hay gente a la que le gusta mi libro y que me apoyan, pero a veces es *demasiado*. Tener que sonreír continuamente, aceptar cuando me piden firmas, fotos..., asentir e ignorar los comentarios feos... Prefiero las firmas a gente desconocida acercándoseme de repente en la calle, porque para las primeras al menos puedo prepararme.

—No sé cómo lo haces.

Es la verdad. Una de las cosas que más me gusta de publicar en el periódico es que el Anónimo me protege, en cierta medida, de las críticas duras o las crueldades que cualquiera pueda decir sobre lo que escribo. Es cierto que alguna vez he escuchado a alguien hablar mal sobre mis relatos, pero no es la norma.

—No me malinterpretes —se apresura a aclarar Micah—, casi todos los admiradores son majos. Muchas veces me traen comida o dibujos o regalos a las firmas, pero... es solo que algunos se creen que tienen el derecho de exigirme mierdas solo porque están al otro lado de la mesa.

Micah arruga la nariz, como si estuviera recordando algún momento desagradable en específico. Mientras no mira, le hago una peineta a una señora que se está acercando a nosotros a toda prisa y que consigue el efecto deseado: que se aleje.

—¿Lo bueno supera a lo malo?

—A veces. —Micah se encoge de hombros—. A veces no.

Nunca había pensado en todo lo que conlleva ser escritor; no creo que la mayoría de las personas lo hagan. Es más fácil imaginar el lado bueno de las cosas que pensar en lo malo. ¿A quién no le gusta fantasear con admiradores que te dicen cosas bonitas por las redes sociales? ¿En la gente que se compra tu libro y lo comparte? ¿En las alabanzas y elogios? Los insultos o las personas molestas quedan relevados a un segundo plano en las fantasías.

Me alegro mucho de no haber publicado con mi nombre.

—Algunos días me gustaría ser como tú. Un anónimo —dice Micah, bajito, como si le avergonzara—. Antes de publicar *Estrellas bajo el mar*, me preguntaron si quería hacerlo bajo seudónimo y dije que no. Algunos días me arrepiento. —Suelta un resoplido largo—. Hay días en los que incluso me arrepiento de haber publicado el libro, o...

Le doy un golpe en el hombro antes de que pueda seguir por esa línea de pensamiento. Micah suelta un gritito agudo que hace que varias personas se giren hacia nosotros, esta vez por motivos menos egoístas, pero no les hago ni caso. No por tener público voy a callarme.

—Ni se te ocurra ir por ahí —rechisto, dejando de caminar y agarrándole la camisa para que haga lo mismo y así poder encararle—. La otra noche no me permitiste infravalorar mis relatos, así que no pienso dejar que hagas tú lo mismo. Hay capullos en todas partes. Eso no va a cambiar el hecho de que hayas escrito un libro cojonudo. *Nadie* te va a quitar eso.

Yo fui una de esas personas: insulté su libro sin ni siquiera habérmelo leído porque era la forma más fácil de hacerle daño. Si pudiera, lo cambiaría.

Dejo escapar la camisa de Micah por entre mis dedos, aunque él me ha agarrado los codos y

no me los suelta. Como si necesitase anclarse en el momento para no salir flotando por el aire. O a lo mejor lo que pasa es que no es capaz de reconciliarse con el hecho de que haya pasado de insultar su libro a alabarlo.

—Estás orgulloso de tu libro. —No es una pregunta—. Nunca te arrepientas de aquello que te enorgullece.

Cuando Micah publique otro libro —porque lo va a hacer—, voy a ser la primera en la fila para comprárselo. El pensamiento me marea hasta tal punto que yo también tengo que agarrarme a los brazos de Micah para no acabar en el suelo.

Me asusta un poco haber cambiado tanto en tan poco tiempo, pero al mismo tiempo no desearía que fuera de otra manera.

—Gen...

No le dejo terminar la frase. No quiero saber lo que quiere decirme. Desenredo nuestros brazos y señalo un callejón desangelado y bastante sucio a nuestra derecha.

—Hemos llegado.

La cara de puro *horror* que pone Micah me hace soltar una carcajada. Toda la tensión del momento se rompe cuando Micah da un paso hacia atrás al ver el callejón, como si el simple pensamiento de tener que cruzarlo le repugnase, cosa que puedo llegar a entender. Yo reaccioné de la misma forma cuando, años atrás, Laura Olivar me trajo por primera vez. No me extraña que me enamorase de esa chica. Nunca me voy a perdonar el haber ignorado sus mensajes después de que se fuera de Salva Guardia.

—Gen —murmura Micah, cruzándose de brazos y poniendo una mueca—, espero que no me hayas hecho venir hasta aquí para enseñarme un callejón con ratas.

Chasqueo la lengua y aguanto otro ataque de risa cuando a Micah le da un escalofrío que le hace temblar de pies a cabeza.

—Primero, no hay ratas.

—Acabo de ver dos. ¿Estaré vacunado de la rabia?

—*Segundo* —continúo, poniendo ojos en blanco—, ¿no se supone que eres escritor? No debes juzgar nunca un libro por su portada.

Era consciente, antes de haber traído a Micah, de que había más probabilidades de que reaccionase mal a que reaccionase bien al ver el callejón. Sin embargo, ni en mis mejores sueños me lo había imaginado así: visiblemente asqueado, nervioso hasta el punto de morderse las uñas y dando pasitos hacia atrás para alejarse.

—Eso es mentira. Todo el mundo se guía por las portadas. Por eso mi libro tiene una tan bonita —dice rápido, dando otro paso hacia atrás—. Es imposible no juzgar esta portada. *Espero* estar vacunado.

—¡Eres un melodramático! He venido aquí cientos de veces y nunca he pillado nada.

Creo.

Así no vamos a llegar a ninguna parte, así que le cojo la mano y tiro de él hacia el callejón. Se me escapa la risa cuando le da una arcada.

—¿Por qué crees que es un secreto? Las personas no se suelen meter en callejones con ratas.

—¡Has dicho que no había ratas!

Entrelazo mis dedos con los de Micah para asegurarme de que no se va a zafar cuando menos me lo espere y sigo caminando. El callejón es bastante estrecho y sí que huele un poco a muerto,

pero todo merece la pena solo por el secreto que voy a descubrirle.

—¿Sabes que dicen que Venecia huele fatal? —comento para distraerlo; por mucho que me guste verlo sufrir, me da algo de pena—. Es una ciudad muy bonita y, a pesar de ello, huele siempre a basura.

—Eso no tiene *nada* que ver con esto, Gen.

No es para *tanto*. Podría mencionar al menos diez sitios peores que este callejón. Por ejemplo, el baño de chicos del instituto, en el que me quedé encerrada una vez. Casi no lo cuento.

—Ya casi estamos —digo, bajito, la anticipación haciendo que el corazón me vaya a mil.

Para cualquier otra persona, este no es más que un callejón sucio e insalubre que evitar a toda costa. Para los que, como yo, conocen el secreto que nos espera al final, esto es el equivalente a una de las entradas ocultas de Narnia.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve aquí. Entre los turnos en la librería, mi nueva amistad con Micah y los problemas con Bruno, apenas he tenido tiempo de pasarme. Es casi como volver a casa.

Freno en seco al llegar a la puerta del establecimiento. Micah, que se está tapando la nariz y la boca con la mano libre, me mira con los ojos muy abiertos y cara de sufrimiento cuando nos paramos en medio del callejón; está tan ocupado quejándose que no se ha dado cuenta del escaparate lleno de luces y el cartel pintado a mano que cuelga sobre él a nuestro lado.

—Hemos llegado.

Las luces que iluminan los libros tras los cristales se reflejan en los ojos de Micah cuando, segundos después, lee el nombre del establecimiento.

La librería de Millie.

Me acaricia el reverso de la mano con el pulgar. El contacto es tan repentino que se me erizan el vello de todo el cuerpo, pero, al girarme hacia Micah, me doy cuenta de que lo está haciendo inconscientemente. Toda su atención está puesta en la tienda, la observa como un niño miraría su tienda de golosinas favorita. Sabía que iba a gustarle.

—¿Entramos?

No se lo tengo que preguntar dos veces.



Escribí mi primer relato sentada en medio de Los Iluminados, un lápiz en una mano y una limonada fría en la otra, mientras Víctor leía un poemario de Pablo Neruda y tarareaba una canción de la que hace tiempo olvidé la letra.

No recuerdo muchos de los momentos significativos de mi infancia, pero el día en el que mi lápiz tocó la hoja de un cuaderno con un propósito diferente al de hacer deberes está grabado en mi mente para siempre. No escribí nada digno de ser publicado o leído por el resto del mundo, pero fue lo primero que escribí y lo escribí hace once años en casa. En Los Iluminados.

Hace unos años, si me hubieran preguntado cuál era mi lugar favorito en el mundo, hubiera respondido que era la librería de Víctor. Ahora, dudaría mucho entre Los Iluminados y La librería de Millie; el primero es donde la Eugenia escritora nació, pero el segundo es donde ha crecido.

Yo no fui quien encontró la librería, sino Laura Olivar. Me trajo en una de nuestras muchas citas, después de que en medio de un proyecto sobre Shakespeare le comentase que me encantaba leer. Puede que la chavala no me diera mi primer beso, pero me dio algo mejor.

Tiro de la mano de Micah para llamar su atención, pero no me hace caso. Está observando todo a su alrededor con los ojos y la boca abiertos de par en par, congelado en un estado de sorpresa permanente bastante parecido al mío cuando me trajeron aquí por primera vez.

La mayoría de la gente piensa que La esquina 43 es la única librería decente en Salva Guardia. La mayoría de la gente se equivoca.

—Te dije que te iba a gustar —murmuro, con una sonrisa tan ancha que duele.

—¡Eugenia! —llama Millie desde el mostrador. Micah sale de su estupor y se gira hacia la mujer, que lo mira perpleja—. ¿Has traído a un *chico*?

Se me colorean las mejillas ante el tono acusatorio, aunque nada tiene que ver el rosa de ahora con el rojo chillón que adopta mi cara entera —orejas incluidas— cuando Millie baja la vista y enarca las cejas ante nuestras manos unidas. Una sonrisa socarrona recubre el rostro de la mujer cuando me deshago del agarre de Micah, que *también* levanta las cejas y *también* sonríe.

Siento que saben algo que yo no.

—Somos amigos —explico, lo que hace que la sonrisa de ambos aumente notablemente—. Él es Micah.

—Micah —repite Millie, levantándose y rodeando el mostrador para acercarse a nosotros.

Nos saca varios centímetros—. ¿Nguyen? Tengo unos cuantos ejemplares de tu libro por alguna parte.

Micah se sonroja ante el reconocimiento, pero no tarda en ofrecerle su mano a Millie.

—Encantado —se apresura a decir, moviendo la mano de arriba abajo con fuerza cuando la librera se la coge—. No sabía que esta librería existía. Nunca... Bueno, no creo que ninguno de mis amigos sepa que existe, la verdad.

Millie me mira de reojo antes de volver a centrarse en Micah.

—La abrí mucho antes de que nacierais vosotros —explica, hinchando el pecho, orgullosa— y seguirá abierta mucho después de que os vayáis de la ciudad. No mucha gente la conoce, pero aquellos que lo hacen son buenos clientes. A Eugenia le gusta decir que es un *secreto*.

—Si todo el mundo supiera dónde está —digo—, ya no sería tan especial.

Micah sacude la cabeza, como si no fuera capaz de creerse, aun estando dentro, que es real. Tengo una sonrisa permanente en los labios; la cara de emoción de Micah, la energía que emana su cuerpo, las chiribitas que le hacen los ojos... me recuerda a mí hace tiempo, la primera vez que crucé las puertas de la librería. Mi yo de hace años y el Micah de ahora son reflejos uno del otro.

Los Iluminados era una librería vieja y bastante pequeña, llena hasta rebosar de libros en todos los idiomas imaginables y tan antiguos que se deshacían con tan solo mirarlos. La esquina 43 es una librería moderna, práctica pero impersonal: si no tenemos el libro que alguien necesita, Silvia hace un par de llamadas y en una semana nos llega. La librería de Millie parece sacada directamente de un sueño.

El local tiene dos pisos y forma de hexágono, no mucho más grande que el de Víctor, aunque Millie ha sabido cómo aprovechar el espacio. Hay estanterías que van del suelo hasta el techo, tan altas que para coger los libros de las baldas de arriba hace falta una escalera. Cada balda tiene una etiqueta con el género al que pertenecen los libros en ella; cada etiqueta está rodeada de lucecitas de colores que hacen que todo brille.

Las paredes están pintadas cada una de un color diferente: violeta, azul, verde, amarillo, naranja y rojo, aunque con tanta estantería apenas se distinguen. Del techo de la planta de abajo cuelgan animales de origami que las hijas de Millie ayudaron a crear cuando eran pequeñas, y en la planta de arriba, a la que se sube mediante una escalera de caracol justo en el centro del local, hay varios sofás y sillas *vintage* para que los lectores se pongan cómodos.

Las luces doradas colgadas por las estanterías, el colorido de las paredes o la sobreabundancia de libros califican a la librería de extravagante.

Es un sitio *ideal*. He pasado más horas aquí dentro que en mi propia casa.

Al llegar a Salva Guardia, Millie compró un local viejo y abandonado que no parecía tener futuro. Poco más de treinta años más tarde, es el secreto mejor guardado de toda la ciudad.

—¿Te gusta lo que ves?

Millie me da un codazo cariñoso cuando Micah abre la boca y, al no encontrar palabras, asiente con la cabeza. Se sobresalta cuando se choca contra una gruya de papel rosa que cuelga del techo, aunque cuando da un paso hacia atrás, una rana amarilla se le enreda en el pelo.

—Me gusta mucho —responde varios minutos después. Da una vuelta sobre sí mismo, pega los labios contra mi oreja y susurra—: Te habría hecho chantaje hace *años* si hubiera sabido que me traerías aquí.

Abro la boca de par en par, ofendida, y ahora me toca a mí no tener palabras. Le doy un puñetazo en el hombro a Micah, que, lejos de actuar dolido, se agarra el estómago con ambas manos y se echa a reír. Me gusta tanto escucharle reír sin control, alto y con ganas, que se me olvida por qué estaba enfadada apenas dos segundos antes.

—Eres un imbécil —digo. Me estoy empezando a contagiar de la risa de Micah—. No sé por qué te aguanto.

—Porque soy el único autor *best seller* de la ciudad. Espero que sepas que no se te va a pegar nada de mi talento.

Eso sí que me ofende. Estoy a punto de volver a darle otro puñetazo cuando Micah me agarra ambas muñecas, frenándose antes siquiera de que pueda intentarlo. Forcejeando como niños de primaria en medio de una librería, tenemos que ser todo un espectáculo; a Millie solo le hacen falta unas palomitas y un refresco para disfrutar del todo.

—Voy a hacer té —nos informa después de un rato, una vez hemos llegado a un acuerdo y Micah me ha soltado las manos—. ¿Queréis?

Después de haber caminado hasta aquí y de nuestra minipelea, estoy sedienta, pero no voy a aprovecharme de la hospitalidad de Millie. Empiezo a negar con la cabeza justo al mismo tiempo que Micah empieza a asentir con fervor.

—Por favor —murmura con la lengua fuera—. Gen me ha hecho caminar bajo el sol, me muero de sed.

—Eras tú el que quería venir —le recuerdo.

—Vuelvo enseguida. —Millie ya está de espaldas a nosotros y de camino a la trastienda—. Poneos cómodos.

Con unas tazas de té helado en una mano y más libros de los que en realidad está permitido coger en la otra, Micah y yo nos dirigimos a la zona de lectura. Elegimos un sofá beige para sentarnos, cada uno en una esquina al principio, aunque conforme pasa el tiempo nos acercamos como imanes. Después de quince minutos, uno de los brazos de Micah me rodea los hombros, mientras que mis piernas descansan sobre las suyas.

Hace demasiado calor para estar así de cerca.

Ninguno se separa.

—¿Sabes que es más leída que Shakespeare? —pregunta Micah, señalando con los dedos sobre mi hombro el ejemplar de *Muerte en el Nilo* en mi regazo—. También escribió historias de amor, aunque es más conocida por las de misterio. Estuvo desaparecida once días.

A diferencia de Micah, que parece conocerse la bibliografía entera de Agatha Christie, nunca me he leído ninguno de sus libros. Tampoco es que sepa mucho de ella, aparte de que es una escritora muy famosa inglesa y que varias de sus novelas han sido llevadas a la gran pantalla, así que no puedo evitar mirar a Micah con recelo ante el último comentario.

—Estás de coña.

—No, voy muy en serio —dice, serio, dándome golpecitos en el hombro con la punta de los dedos—. Encontraron su coche en una cuneta y días después, tras buscar y buscar, encontraron a Agatha en un balneario. Es una historia de lo más interesante.

—No sabía que *Agatha* te gustara tanto.

—Te ríes, pero *Agatha* —pronuncia su nombre con un acento inglés exagerado— me salvó la vida hace un par de años. —Ante mi mirada de sorpresa, Micah suspira y añade—: Es hora de que te lo cuente, ¿no? Creo que debería contártelo.

La dedicatoria de su libro. Los antidepresivos y el insomnio. El entendimiento. Me hago una idea de lo que le pasaba —pasa— a Micah, pero no quiero que me lo cuente si no se siente cómodo.

—No tienes por qué —me apresuro a decir, echándome hacia atrás para mirarlo a la cara, aunque su brazo me impide alejarme mucho—, si no quieres. Podemos ser amigos sin que me lo cuentes. No va a cambiar nada.

—Ya sé que no va a cambiar nada. Se me da bastante bien juzgar a las personas, ¿sabes? Me habría equivocado *mucho* contigo si algo entre nosotros cambiase por lo que te voy a contar. — Se me entrecorta la respiración ante sus palabras, pero no tengo tiempo para cavilar sobre ello porque Micah vuelve a hablar, más bajito y pausado, dubitativo, casi avergonzado—. Moira tenía una colección entera de libros de Agatha Christie, desde *Un cadáver en la biblioteca* hasta *Noche eterna*. Cuando era pequeño siempre estaba intentando convencerme para que me los leyera, pero nunca le hacía caso. Aborrecía leer, ¿sabes? Cuando era un crío, los libros me aburrían.

Asiento suavemente, aunque no abro la boca. Estoy tan acostumbrada a ser yo la que se abre en canal cuando estamos solos, que se me hace raro escucharle a él hablando sobre algo *tan* personal, un secreto a voces que todavía no he escuchado. Porque Micah no tiene reparos en hablar sobre sus noches en vela o las pastillas que toma, pero ni una sola vez me ha dicho qué es lo que se oculta tras ello.

No quiero perderme ni una sola palabra.

—Hace dos años, yo... Ya te he dicho que no me fue muy bien cuando llegué por primera vez a Corea. Joder, no es que no me fuera bien. Me fue *fatal*, Gen, no te imaginas cuánto. No tenía ni idea de cómo hacer amigos, apenas entendía el idioma y no sabía *nada*, no sabía cómo vivir fuera de casa. Me pasaba las noches llorando en mi habitación, solo. —Se le escapa una risita sin gracia ante el recuerdo—. Cuando me llamaban mis padres, fingía que todo estaba bien y que había conocido a gente y que me lo estaba pasando pipa, aunque la realidad era que el hoyo en el que estaba era tan profundo que estaba seguro de que no saldría nunca.

Soy incapaz de imaginarme a un Micah que no esté sonriendo, a un Micah acurrucado en una esquina de la cama con lágrimas rodándole por las mejillas sin ninguna piedad y nadie a su alrededor para acunarlo, para decirle que todo va a salir bien. Trago saliva ante el cuadro que está pintando, tan diferente a lo que es ahora.

—Sabía que quería recorrer el mundo, no me malinterpretes —continúa—. Lo que no entendía, esas noches en las que no podía dormir por mucho que lo intentase, era por qué estaba tan triste. Tenía justo lo que quería, estaba viviendo un sueño, y... estaba triste. Destrozado. No sabía por qué. —Se encoge de hombros justo antes de mirarme a los ojos. Cuando me encuentro con los suyos, anegados en lágrimas, podría jurar que escucho a mi corazón rompiéndose un poquito—. Un día, Milo vino a visitarme sin avisar, era una sorpresa. Ya sabes cómo de observador es mi hermano, me echó un vistazo y lo adivinó todo al instante. Me obligó a volver a Salva Guardia con mis padres, a ir a un psicólogo y a tomarme un descanso de la universidad. *Depresión crónica*. Mi mayor enemigo.

—Micah...

—Ahora estoy mejor —se apresura a decir, enredando su dedo índice en mi pelo y sonriendo, esta vez de verdad—. Estuve tres meses encerrado en casa, y en esos tres meses me leí prácticamente todos los libros que mi hermana tenía de Agatha Christie. Era lo único que me interesaba por aquel entonces. Me levantaba con ganas de leer y me iba a dormir pensando en lo que leería el día siguiente. El psicólogo me recetó pastillas que hasta el día de hoy me han mantenido a flote.

—¿Qué pasó con la universidad? —pregunto, bajito, porque no quiero romper la burbuja en la que estamos.

—Suspendí todas y cada una de las asignaturas del primer cuatrimestre, algunas del segundo. Varias las recuperé en la extraordinaria, aunque otras las he llevado a cuestras. Eso ha sido un rollo, aunque nada con lo que no haya podido. —Hace un aspaviento y me da un codazo amistoso—. No pongas esa cara. Empecé *Estrellas bajo el mar* poco después de que mi arresto domiciliario voluntario terminase. Además, ahora me encanta vivir en Corea. Tengo muchos amigos. Estoy mejor —repite, como si quisiera cerciorarse de que me he enterado.

Obligo a mi cara a dejar de hacer lo que quiera que esté haciendo y sonrío, de verdad, porque si no soy capaz de imaginarme a un Micah destrozado es porque la depresión que hace años lo apesaba ya no lo sujeta tan fuerte. Porque, aunque todavía siga siendo parte de él, no es lo que lo define. Sonrío porque me alegro de que esté mejor ahora.

—Gracias por contármelo —murmuro, más cerca de lo que estábamos hace unos minutos, como si la historia nos hubiese acercado.

—No se lo había contado a nadie —admite Micah, su nuez moviéndose con pesadez al tragar—. Solo lo sabe mi familia. Eres la primera, Eugenia.

Creo que ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que alguien se me acercó tanto, porque se me ponen los pelos de punta ante la intensidad con la que me mira Micah. Estamos respirando el mismo aire, nuestros pulmones en sincronía, nuestros cuerpos enteros convirtiéndose en uno.

—¿Ya no me llamas Gen?

—Pensaba que no te gustaba que te llamasen Gen.

Yo también lo pensaba, pero la colonia a frutos rojos que se ha puesto Micah me envuelve en una nube y no puedo pensar con claridad. Escucho cómo me late el corazón contra el pecho y me pregunto si Micah podrá escucharlo, si el suyo está latiendo a la misma velocidad; me dejo ahogar por sus ojos, oscuros y fijos en los míos, y por sus labios, rosas y cerca, muy cerca, más cerca de lo que deberían.

Es como yo. Alguien a quien le han tocado unas cartas malas, alguien a quien la vida le ha jugado una mala pasada. Me estoy ahogando en él, lo sé, y aun así no braceo hasta la superficie.

Me humedezco los labios con la lengua y observo a Micah hacer lo mismo, es intoxicante, embriagador. Agarra un mechón de mi coleta y tira de él levemente, haciéndome echar la cabeza hacia atrás, su aliento contra mi piel. Con la mano libre, traza una línea invisible sobre mi cuello, despacio, y no puedo evitar entreabrir la boca y suspirar ante el contacto. Escucho cómo se le escapa aire por entre los labios. Cierro los ojos.

A la mierda el chantaje. Que se lo cuente a todo el mundo.

—¿Necesitáis algo, chicos? —grita Millie desde el piso de abajo.

La interrupción nos hace despertar más rápido que un cubo de agua helada sobre la cabeza.

Bajo las piernas del regazo de Micah y cierro la boca —¿*quién* me creo, una actriz porno?— justo a tiempo, porque Micah da un salto sorprendido y se tira el té helado, que descansaba en el reposabrazos, encima. El libro que estaba sujetando cae al suelo con un estruendo.

Me arden las mejillas. Me arde el cuerpo entero.

¿Qué hemos estado a punto de hacer?

Micah, que está más o menos igual que yo, se mira la camiseta húmeda como en trance. Me pongo de pie, tambaleando ante mi propio peso, y me sujeto la coleta con las manos. Una voz me grita que salga corriendo y no mire atrás, pero soy incapaz de moverme del sitio.

Suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿Desde cuándo sabes que soy el Anónimo?

La pregunta le pillta tan por sorpresa como a mí. Micah aparta la vista de la mancha de té de su camiseta y centra toda su atención en mí, cosa que no sé si agradecer.

—Desde hace seis años.

Seis años.

Abro la boca, aunque es posible que me encuentre en estado de *shock*, porque no me salen las palabras. Micah se muerde el labio inferior, se encoge de hombros y se separa la camiseta del pecho varias veces para airearla.

Creo que me voy a desmayar.

—Deberías irte —dice tras una eternidad, su voz grave—. Vas a llegar tarde a trabajar. Yo me encargo de limpiar esto y luego hablamos, ¿vale?

Como si fuera otra la que ocupase mi cuerpo, me veo a mí misma caminar hacia las escaleras y bajarlas. Le digo adiós a Millie con una voz que no es la mía, la cual no encuentro hasta que he salido a la calle, donde el calor me golpea con fuerza.

—Qué cojones.



No me puedo creer que tenga que ir a trabajar después de *eso*.

El tiempo pasa tan lentamente que estoy segura de que se ha roto y estoy metida en un bucle temporal, como en las películas que Amelia detesta. Las agujas del reloj apenas se mueven, por mucho que las mire, y las personas que hacen sonar la campanita de la tienda son mínimas. Normalmente, no hay cosa que me haga más feliz que un día sin clientes —menos trabajo—, pero hoy es un castigo.

Porque tengo tiempo de sobra para *pensar*.

Porque casi beso a Micah Nguyen, y no puedo parar de imaginarme cómo hubiera sido. Pienso en el sonido ahogado que hubiera hecho contra mi boca cuando nuestros labios se juntasen. Pienso en sus dedos de pianista, ya enredados en mi pelo, bajando por mi nuca, por mi clavícula, hasta mis caderas y por debajo de mi camisa. Me imagino sentada a horcajadas encima de él, mis piernas alrededor de su cintura y sus manos en mi espalda, sus labios entre mis dientes, su pelo haciéndome cosquillas en la frente. Me imagino su pecho contra el mío, tan, tan, tan cerca que no sabemos dónde empieza uno y dónde termina el otro.

Tengo que salir de la librería a que me dé el aire.

Se supone que estoy intentando liarlo con Bruno, no conmigo.

Cuando vuelvo a entrar, me dejo caer en la silla tras el mostrador y resoplo con tanta fuerza que los únicos clientes, un grupo de niñas en la sección de adultos, dejan de cuchichear para mirarme con sorpresa. No tardan mucho en volver a centrar la atención en los libros. Apoyo la frente contra la madera fría del mostrador. Con un poco de suerte, me da una aneurisma y me muero.

Un golpecito a mi izquierda me hace girar la cabeza. Alguien ha dejado un batido a mi lado.

—Hoy estás más rara que de costumbre —musita Maddie. Suelto un gruñido y vuelvo a apoyarme sobre el mostrador—. ¿Quieres contarme lo que te pasa? Soy muy buena escuchando.

Preferiría tirarme por un puente antes que contarle a Maddie que casi me lío con la persona más famosa de la ciudad, muchas gracias.

—Tengo calor.

Puedo *escuchar* la mirada de incredulidad de Maddie.

—Ya me enteraré —sentencia segundos después, muy seria—. Sabes que siempre me entero de las cosas.

—Desgraciadamente —murmuro, bajito para que no me escuche.

Maddie se estira para cambiar de canción desde el ordenador, haciendo sonar una balada *k-pop* que no hace otra cosa salvo hundirme más en mi miseria.

Todo me recuerda a Micah.

Soy consciente de ello un rato después, cuando decido abandonar el mostrador para colocar algunos de los libros de la trastienda en sus estanterías correspondientes. *Todo* él tiene que ver con libros, desde el motivo por el que me empezó a hacer chantaje, la razón por la que me estoy leyendo su libro, hasta el lugar en el que casi nos besamos y mi Anónimo. No puedo *no* acordarme de él cuando estoy rodeada de páginas y tinta.

Meto un ejemplar de *Drácula* entre dos libros con más fuerza de la necesaria. Luego me siento en el suelo y me tapo la cara con las manos.

Seis años.

Micah lleva sabiendo que soy el Anónimo seis años. Por aquel entonces, él tenía quince años, yo trece; apenas habían empezado a publicar mis relatos en el periódico. ¿Cómo es posible que lo supiera tan pronto? No paro de darle vueltas y de buscar una respuesta, pero cada vez que pienso en Micah, me imagino sus labios muy cerca de los míos y mi cerebro colapsa.

¿Por qué se ha guardado el secreto durante tantos años? Si hubiera sido al revés, si el Anónimo hubiera sido Micah, dudo mucho poder haberme aguantado las ganas de compartirlo con alguien. A Bruno, al menos, se lo habría contado.

Aunque... ¿quién me asegura que Micah *no* se lo ha contado a nadie? Han pasado muchos años. No hay forma de que no se le haya escapado.

Tengo demasiadas preguntas y muy pocas respuestas.

—¿Un mal día?

No digno esa pregunta con una respuesta. No me destapo la cara para ver quién se está dirigiendo a mí y tampoco me aparto del pasillo, todo con la esperanza de que quienquiera que me esté molestando pille la indirecta y se vaya.

Sin embargo, debería haberme quedado claro que la suerte hoy no está de mi lado, porque siento la pierna del chico chocar contra la mía cuando se sienta a mi lado.

—Oye, no... —Las palabras se desvanecen cuando veo quién es. No sé cómo no le he reconocido—. Finn. No sabía que eras tú.

—Tu silencio me lo ha dejado claro —contesta con una sonrisa. Coge un libro que yo debería haber colocado en alguna estantería hace rato y lo hojea antes de volver a cerrarlo sin haber leído ni una sola palabra, estoy segura—. ¿Estás bien?

No lo había visto desde la fiesta, y su apariencia habitual choca tanto con aquella que tengo que hacer malabares mentales para relacionar una con la otra. Los pendientes y la pintura en la cara se han ido, y las gafas y peinado impoluto están de vuelta.

—Supongo que he tenido días mejores.

Me alegra volver a verlo, pero ni muerta le contaría mis problemas con chicos. Principalmente porque son inexistentes.

—Yo iba a ir con una amiga de compras, pero me ha dejado tirado. Mi plan B era ir con Carolina al cine, pero creo que el libro que se está leyendo le interesa más que yo. —Sacude la cabeza—. Lo tuyo tiene pinta de ser más serio.

Me encojo de hombros. Decirle que el ex mejor amigo de mi hermana, a quien casi beso hace

menos de dos horas, lleva sabiendo que soy escritora durante seis años es un pelín demasiado complicado.

Finn señala hacia el techo.

—Esta música es una mierda.

—La peor —asiento.

Es una canción *k-pop* animada muy diferente a la de antes. Solía aborrecer tener que escucharlas durante horas y horas mientras trabajaba, pero ahora, a pesar de lo que acabo de decir, no me importa. De hecho, estoy empezando a cogerles el gustillo.

No me puedo creer que me haya convertido en una *k-poper*.

Escuchamos las canciones en silencio, ambos tirados en el suelo en medio de un pasillo de la librería, sin que nadie nos interrumpa. Por primera vez en la tarde, se me olvidan las cosquillas en la tripa que me provoca pensar en Micah. Por primera vez, consigo mantener la cabeza en blanco durante más de cinco segundos seguidos.

Agradezco la compañía de Finn, que no intenta sonsacarme información ni entablar conversación. Se me había olvidado que es una persona con la que puedes, simplemente, estar.

—Eugenia, ¿puedo preguntarte una cosa? —murmura durante el silencio que se hace cuando acaba una canción y otra está a punto de empezar.

Me aguanto el chiste de «ya has preguntado» y asiento.

—¿Crees que le gusto a Bruno?

La pregunta me deja tan fuera de mis casillas que no reacciono inmediatamente. No me la esperaba. Sabía que a Finn le gustaba mi mejor amigo, pero no me esperaba que fuera tan directo al respecto, mucho menos después de que balbucease como un niño en un examen oral cuando lo acusé de estar enamorado en la fiesta de Carolina. Abro la boca para decir algo parecido a «claro, idiota», pero Finn levanta la mano para acallarme.

—Es que... Supongo que te... Bueno, me dijo el otro día que ya volvéis a ser amigos. Por eso, supongo que te habrá dicho que llevamos hablando... durante un tiempo. —Las mejillas se le colorean con un tono cada vez más oscuro de granate—. Y sabrás también que me voy a estudiar en septiembre. Como él. Solo quiero... saber si va en serio, supongo. No quiero hacerme ilusiones. A lo mejor ni le gusto, no es como si hablásemos sobre sentimientos a menudo, ¿sabes?

Una buena amiga le habría dicho que Bruno estaba considerando muy en serio no irse a Italia por él. Una buena amiga le habría dicho que va más que en serio. Una buena amiga le habría asegurado que no hay nada que Bruno quiera más que estar con él, porque está *coladísimo*. Una buena amiga se habría reído de lo colorado que está, lo hubiera abrazado y le hubiera susurrado que no tiene nada de lo que preocuparse, en ese orden.

Quiero ser esa buena amiga, pero una voz en mi cabeza me frena antes de decir cualquiera de esas cosas.

Micah sigue haciéndome chantaje.

Me empiezan a temblar tanto las manos que tengo que esconderlas bajo las piernas para que Finn no se dé cuenta. No quiero ser la causa de que mi mejor amigo no acabe con el chico que le gusta, pero tampoco estoy preparada para que mi secreto se descubra. No estoy preparada para arriesgarme, para ser esa otra chica que sabe exactamente cuál es su propósito en la vida y está lista para ir a por él.

No sé qué hacer.

—¿Eugenia?

Trago saliva y pestañeo rápidamente para espantar las lágrimas que me pican en los ojos. Puedo arreglarlo. Puedo decirle que no a Finn ahora y arreglarlo más tarde, cuando Micah se haya ido de nuevo a Corea del Sur o después de contarle la situación y suplicarle que finja que no sabe quién soy ni lo que escribo. Algo se me ocurrirá. Todo saldrá bien.

—Bruno... —Se me enreda la lengua y el nudo en la garganta hace que me atragante. Lo vuelvo a intentar—. Bruno se va a ir muy lejos, no sé si...

Finn no necesita escuchar cómo termina la frase. Musita un «oh» entre dientes y agarra con fuerza la tela de la camiseta violeta que lleva puesta.

—Lo siento —murmuro.

Le puedo decir que estaba equivocada, más adelante. Puedo corregirlo. Puedo hacer que todo salga bien.

—No, no pasa nada. No es tu culpa. —Suelta la camiseta, se restriega los ojos y se levanta—. Voy a... Sí. Nos vemos por ahí.

Vuelvo a quedarme sola en mitad del pasillo, rodeada tan solo por libros. Cojo aire por la nariz y cuento hasta diez, me muerdo un nudillo hasta hacerme tanto daño que tengo que soltarlo.

Lo voy a arreglar, me digo una y otra vez. *Lo puedo arreglar*.

Pero primero tengo que hablar con Micah.

Esa misma noche, nada más llegar a casa, me escondo bajo las sábanas y pongo una película para llorar. Al menos así, si alguien entra a mi habitación, tengo una excusa.

No tengo apetito, no después de lo que he hecho. Ignoro los mensajes de Bruno, porque cada vez que los leo, se me retuercen los intestinos por la culpa, que me reconcome desde dentro hacia afuera. Me siento la peor amiga del mundo.

Probablemente lo soy.

No me entero de la mitad de la película porque estoy muy ocupada pensando cómo conseguir que Micah se olvide del chantaje y me deje libre. Después del mes y medio que llevamos pegados el uno al otro, no me cabe duda de que va a entenderme mejor que al principio de verano. Que, esta vez, mis argumentos van a calar. A Bruno no le gusta Micah, sino Finn. No hay nada que yo pueda hacer ahí.

Si no lo entiende... Me pego la almohada a la cara y chillo. No sé qué voy a hacer si Micah no lo entiende. Mudarme a otro planeta, por ejemplo.

Es tarde cuando aparecen en la pantalla los créditos de la película. No hay nada que me apetezca más que cerrar los ojos y olvidarme de todos y cada uno de mis problemas, como si no existieran, aunque sea solo durante unas horas. Estoy a punto de recostarme sobre el colchón cuando algo me llama la atención por el rabillo del ojo.

El libro de Micah. Lo tengo en la mesita de noche desde que me lo empecé, esperando a ser leído. Debato conmigo misma durante un momento los pros y contras de ponerme a leer a estas horas. Apenas me quedan cien páginas, así que no creo tardar demasiado en terminármelo. Luego ya puedo irme a dormir tranquila.

Además, estoy segura de que Tala va a encontrar a Nina. No me vendría mal algo de alegría,

aunque provenga de un libro y sus personajes ficticios.

Abro *Estrellas bajo el mar* y me sumerjo entre sus páginas.

Una vez sale de su estupor, Tala echa a correr hacia el sonido del mar. Se deshace, poco a poco, de todo aquello que le pesa y la ralentiza: las discusiones a puerta cerrada de sus padres, la soledad de la granja, la culpa por haberse convertido en hija única, las ansias de *algo más*. Lo deja todo tras de sí como quien se deshace de capas de ropa hasta que solo queda piel desnuda, en carne viva.

Casi no puede respirar, mezcla del pánico y entusiasmo a partes iguales que se enredan dentro de ella.

Fuerza a sus piernas a dar más de sí y a su corazón a bombear más sangre; el coletero se le escapa de la trenza y libera su pelo, que corre libre al viento.

No es un día frío y sombrío como lo fue tantos años atrás. El sol brilla alto y con fuerza en el cielo, azul y sin una sola nube a la vista. A Tala se le escapa una risa de puro júbilo cuando vislumbra, solo un poco más adelante, el turquesa del mar.

—He llegado —grita para sí misma, pero, sobre todo, para que la voz la escuche—. ¡He llegado!

Hay niños jugando con cubos llenos de agua a su alrededor, familias cociéndose bajo el sol o resguardándose tras sombrillas y parejas paseando de la mano. Todos miran a la chica cubierta de mugre con curiosidad e incluso disgusto, pero para Tala son motas de polvo. Hay algo más importante que la espera.

Que la lleva esperando mucho tiempo.

Tala se deja caer de rodillas cuando llega donde la arena termina y el mar comienza. El agua le cala los vaqueros y le moja las piernas, la arena se le pega a las manos y a la mejilla cuando se aparta el pelo de la cara. Hay gaviotas volando sobre ella y tirándose en picado al agua, en busca de peces.

—Ya estoy aquí —murmura Tala, ojos fijos en el horizonte—. ¿Dónde está mi hermana? Dime dónde puedo encontrarla.

Todos los sonidos cesan de repente, y lo único que puede escuchar Tala es la voz. O, más bien, su ausencia. Traga saliva y coge un puñado de arena, lo deja caer.

El mar se lo lleva.

—¿Dónde está Nina?

Un segundo. Dos. Tres.

Tala abre la boca, preparada para exigir una explicación, pero la voz se pronuncia justo entonces.

Ya sabes dónde está Nina, le susurra al oído. Siempre lo has sabido.

«No», quiere decir Tala. No lo sabe; esa es la razón por la que ha venido hasta aquí, tan lejos de la granja, de su hogar. Es el motivo por el que ha recorrido kilómetros y kilómetros, sola, persiguiendo algo que ni siquiera puede ver.

—No mientas. Por favor, dime... solo quiero volver a ver a mi hermana.

Sabes que no puedes.

El tiempo pasa y Tala no se mueve, pero es inútil. Está esperando una respuesta que sabe que no va a llegar porque la respuesta ya le ha sido dada.

La voz no es su imaginación o un ente mágico, la voz no es otra cosa que

Estrellas bajo el mar, Micah Nguyen



Cierro el libro de golpe, capítulo a medias. No necesito terminarlo para saber cómo acaba.

Hace años —muchos, *muchos* años, tantos que el recuerdo había desaparecido de mi cabeza hasta ahora— leí un libro que me disgustó tanto que me encerré en mi cuarto durante tres días seguidos. Ni siquiera sé qué libro era, pero era parte de una saga de esas que tienen tropecientos mil volúmenes de tropecientos mil páginas que te enganchan hasta que toda tu vida gira alrededor del libro.

No me acuerdo de cuál era, pero sí del día en el que mi madre me lo compró. La librería a la que fuimos, normalmente casi vacía, estaba llena de gente. Era una saga importante y el último libro acababa de salir, así que tampoco era raro que hubiera semejante marabunta. Esperamos nuestro turno; tuvimos que llamar a mi padre para que fuera él a recoger a Amelia a las clases de natación porque todavía estábamos en la fila. Alguna que otra persona se aburría de estar de pie sin hacer nada y se iba.

Nosotras esperamos un poco más.

Me escondí en mi habitación nada más llegar a casa, el libro enorme bajo mis brazos. Me lo leí en apenas dos días. Nada más terminarlo, lo tiré por la ventana, le grité a mi madre que no iba a leer nunca más y cerré la puerta con llave para que nadie me viera llorar.

En retrospectiva, fue una reacción demasiado desproporcionada. Era un libro. Los personajes que se habían muerto no eran reales y los villanos que habían ganado no existían en la vida real. Eran solo palabras, pero me habían hecho tanto daño que el prospecto de tener que pasar por todo ello de nuevo era impensable.

Al final, Amelia consiguió sacarme de mi habitación porque había una lluvia de estrellas. Me dijo que nunca más vería algo igual, a pesar de que hay lluvias de estrellas todos los años, y la creí. Al final, cogí con ganas el libro que mi madre me regaló dos semanas después. Al final, se me olvidó todo.

Hasta ahora.

Algunas personas no lo entienden. No entienden que un libro te haga sentir tantas cosas. Nada de lo que ocurre sobre las páginas es real. Son personajes ficticios en un mundo inventado. Nada de lo que sienten es real, nada de lo que ven pasaría fuera de esas páginas. Es imposible que una voz invisible te susurre al oído. Es muy difícil encontrar a tu hermana desaparecida. Pero a veces no lo es.

Parpadeo rápido para espantar las lágrimas que amenazan con desparramarse. Me siento la persona más imbécil del mundo. Observo la portada del libro con ojo crítico, la casa en lo más profundo de las aguas y bajo un mar de estrellas, los animales marinos que la rodean y la luz brillante tras una de las ventanas. Las burbujas que suben, las algas que flotan. El dibujo está hecho por Marie Esteban. Tengo la sensación de que se está riendo de mí.

Yo ni siquiera quería leérmelo.

Me muerdo el interior de la mejilla y ahogo un grito frustrado. Sujeto el libro con ambas manos y, después de pensármelo un momento, lo tiro contra el armario con todas mis fuerzas.

Vuelvo a tener nueve años; vuelvo a estar atrapada en mi habitación tras un libro terrible. Esta vez no hay lluvia de estrellas. Esta vez no hay hermana que me rescate. Y esta vez, más que triste y decepcionada, estoy enfadada. *Furiosa*.

Tengo varios mensajes de Micah sin leer, pero los ignoro y empiezo a escribir lo que es menos una reseña y más una queja formal. En ella, retiro absolutamente todo lo que he dicho sobre *Estrellas bajo el mar* y reafirmo mi primera impresión: es un libro de mierda. No hay nada que lo salve. La prosa se queda corta, los personajes no tienen sentido y las descripciones son demasiado largas. De cinco estrellas, este tiene cero.

Me tiemblan los dedos cuando termino de escribir. Mi pulgar flota sobre la tecla de «Enviar», pero no la presiona. No puedo hacerlo.

Me restriego las mejillas con fuerza y borro todo lo que he escrito. *A la mierda*. No puedo echar por tierra el libro de Micah mediante un mensaje de texto, no después de todo lo que ha pasado entre nosotros.

Tengo que hacerlo en persona.

No me molesto en prepararme; son pasadas las dos de la madrugada, así que tampoco es que mucha gente me vaya a ver. Me pongo una sudadera sobre el pijama y cojo las primeras zapatillas que encuentro por el suelo. En una bolsa de tela que no he visto en la vida pero que hay tirada a los pies de la cama, guardo la cartera, el teléfono, y, después de pensármelo durante aproximadamente dos segundos, el libro. Se le han doblado varias páginas.

Bajo las escaleras intentando hacer el menor ruido posible, aunque no sé cómo mis padres y Amelia no escuchan el torbellino que ruge dentro de mi estómago. Cruzo el salón de puntillas y le escribo una nota rápida a Amelia antes de cogerle las llaves del coche.

No creo que la lea, de todos modos. No voy a tardar en volver.

Me saqué el carnet de conducir a los dieciocho años porque mis padres se empeñaron en que era de vital importancia que lo tuviese. La última vez que me subí a un coche fue el día de mi examen práctico, así que tan importante no era, pero ahora me arrepiento de no haberlo cogido en tanto tiempo. Se supone que estas cosas no se olvidan, pero tengo que buscar en internet cuál es el embrague y cuál el freno antes de arrancar. Lo que me cuesta más de lo que me gustaría admitir y, una vez lo consigo, avanzo a trompicones hasta que le pillo el tranquilo a los pedales y la caja de cambios. Se me saltan las lágrimas de pura rabia la segunda vez que el coche se me cala cuando intento cambiar de marcha, y no tengo ni idea de cómo apagar la radio, que brama a todo volumen los grandes éxitos de los 2000, cosa que el locutor no deja de recordarme. Nunca pensé que fuera a echar de menos el *k-pop* tanto como ahora.

El semáforo en el que estoy parada se pone en verde. Intento soltar el embrague suavemente y acelerar, pero el coche escupe humo y vuelve a calarse.

—Joder —grito al mismo tiempo que una cantante chilla ininteligiblemente. El coche que tengo detrás toca la bocina. Saco la mano por la ventanilla y le hago el corte de manga, con lo que solo consigo que me pite más—. ¡Lo estoy intentando!

Parezco sacada de una película mala para adolescentes. O de un videoclip de música emo. No sé qué prefiero.

Llego a casa de Micah justo cuando está empezando a sonar «Que la detengan». No me esfuerzo en aparcar bien, sino que dejo el coche más o menos puesto entre otros dos y apago el contacto. La radio muere. Llevo quejándome durante todo el trayecto del ruido estridente de la música, pero ahora la echo de menos.

Sumida en el silencio, no puedo hacer otra cosa que preguntarme si esta es una buena idea. La respuesta es un claro y sonoro *no*, pero a pesar de ello salgo del coche y me dirijo a la puerta.

No quiero despertar a toda la familia, así que le mando un mensaje a Micah. Sé que está despierto, porque hay luz tras una de las ventanas del piso de arriba, probablemente la suya; es demasiado tarde, lo suficiente como para que él sea la única persona despierta en toda la casa. La respuesta no se hace de rogar.

?????????? 02:56

cómo que estás abajo 02:56

Ignoro el resto de mensajes que siguen, a cada cual más sin sentido y escrito con peor ortografía. Me doy cuenta, entonces, de que no he planeado nada de esto muy bien. El mensaje de texto que casi le mando a Micah era, posiblemente, el mensaje más largo que he escrito en toda mi vida. Sin embargo, ahora tengo la garganta como papel de lija. No tengo ni idea de qué le voy a decir cuando lo vea.

Escucho los pasos apurados de Micah bajando las escaleras, dirigiéndose hacia la puerta, hacia mí. Hace menos de veinticuatro horas estaba en la misma posición; hace poco más de doce casi lo beso. ¿Cómo es que ha pasado tan poco tiempo, pero *tantísimo* tiempo a la vez?

Escucho el «clic» del cerrojo abriéndose desde dentro, un suspiro y una inhalación profunda. *Estrellas bajo el mar* me pesa en el bolso, mucho más de lo que en realidad pesa. Doy un paso involuntario hacia delante cuando la puerta se abre, cara a cara con Micah.

Lleva puestos unos pantalones cortos, una camisa de *Pokémon* que le va grande y está descalzo. El pelo, más revuelto y enredado que de costumbre, le cae sobre la frente y le oscurece la mirada entre confusa y sorprendida. La última vez que lo vi no tenía ojeras; ahora ocupan la mayor parte de su rostro.

Nunca lo había visto tan cansado. Casi se me olvida lo enfadada que estoy con él.

—¿Eugenia? ¿Qué haces aquí? —Da un paso hacia mí—. ¿Estás bien?

Sí. No.

¿Me invento una excusa o le digo la verdad, la razón por la que he cogido un coche por primera vez en años solo para verlo? ¿Le digo que su libro me ha roto el corazón, que me he sentido reflejada como en un espejo? Micah escribe, Micah me lee. Tiene que entenderlo, ¿verdad? Tiene que entender todo lo que un libro te puede hacer sentir.

«Aquí la tienes, la reacción que tanto ansiabas», quiero decirle.

Entonces, como en un *flashback* de los de las películas, pienso en Tala. Tala, que ha hecho lo imposible para encontrar a su hermana perdida y que, después de semanas de búsqueda, se da cuenta de que todo ha sido en vano. Que Nina nunca estuvo a su alcance, que su hermana mayor *siempre* va a estar fuera de su alcance. Que no la va a volver a ver por mucho que busque.

Son personajes ficticios, pero no lo son. Son hermanas separadas que nunca van a encontrarse a medio camino.

Rompo a llorar.

No era exactamente lo que tenía pensado hacer cuando decidí conducir hasta aquí, pero ahora tampoco puedo hacer nada para detenerlo. El mundo a mi alrededor se vuelve borroso con lágrimas a punto de derramarse y abro la boca para insultar a Micah, quizá su libro, pero lo que sale es un sollozo. El nudo en mi estómago se aprieta un poquito más y me duele respirar, me duele todo el cuerpo, pero no puedo parar. *No puedo*.

—Eugenia —dice Micah, bajito y abriendo mucho los ojos. Hace el amago de ponerme las manos sobre los hombros, pero, al final, no lo hace—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Me tapo la boca con las manos en un intento bastante pobre de acallar los sollozos. Micah se pasa la mano por el pelo, tan cerca de mí que su codo roza mi mejilla con el movimiento.

—No sé qué hacer —murmura, más para sí mismo que para mí. Yo tampoco sabría qué hacer si se me presentara alguien a las dos de la mañana en casa, llorando a moco tendido sin razón aparente—. ¿Quieres que llame a Bruno? ¿A Amelia? Puedo llevarte adonde quieras.

Sacudo la cabeza. Porque estoy enfadada con él, pero él es la única persona a la que quiero ahora mismo.

—Tu libro es una mierda —digo entre hipidos. Aprieto los puños contra los ojos y cojo aire por la boca antes de soltarlo por la nariz, pero no sé qué otra cosa decir.

—¿Otra vez? —La preocupación desaparece momentáneamente del rostro de Micah, que parece alegrarse de que haya vuelto al punto de partida—. ¿Cuál es el motivo ahora? Creía que te estaba gustando.

Saco *Estrellas bajo el mar* del bolso y lo estrello contra el pecho de Micah, que pierde el equilibrio y da un paso hacia atrás.

—Que te den —murmullo con toda la dignidad que me queda, que es bien poca.

—¿Qué le has hecho a mi libro? —Micah abraza el ejemplar como si fuera su bebé y me mira con un puchero—. Pensaba que eras de las que los cuidan.

En realidad, sí que lo soy. Solo he machacado dos libros en toda mi vida, el que tiré por la ventana a los nueve años y *Estrellas bajo el mar*. Micah no tiene por qué saberlo.

—No es tu libro —digo—. Es *mío*. Me hiciste vendértelo y luego me lo regalaste.

—Veintidós euros. Es caro, ¿no?

—El precio es proporcional a lo bueno que es —digo con voz grave, imitándole lo mejor que puedo—. Te equivocabas.

Micah se ríe suavemente. Se inclina hacia mí y me coge la mano, entrelazando sus dedos con los míos y tirando de mí hacia dentro de la casa. No tengo fuerzas para negarme. Cierro la puerta al cruzar.



Mientras Micah busca un paquete —o dos— de pañuelos y un vaso de agua, me entretengo observando su cuarto.

Me siento en la cama y me abrazo las piernas. Las paredes de la habitación están pintadas de color naranja, con decenas de *posters* de jugadores de voleibol colgados; reconozco a Ari Pelier, jugador de Francia, y a Lila Ferrara, de Italia. No sabía que a Micah le gustase tanto el deporte, pero tampoco me sorprende.

El escritorio debajo de la ventana no es muy grande, pero está cubierto de cachivaches. Hay gomas de pelo, lápices y bolígrafos, tres blocs de notas de diferentes tamaños y unas tijeras a punto de caerse al suelo. Varios libros forman una réplica de la Torre inclinada de Pisa, y un portátil con las teclas de colores ocupa el centro de la mesa.

La pantalla refleja un vídeo pausado. Se me escapa una risita cuando veo lo que es: *vídeos de risa de gatos chistosos*. Hay una taza de café con hielo al lado del ordenador. Nunca me había puesto a pensar en qué es lo que hace Micah cuando no puede dormir, pero, aunque lo hubiera hecho, no me habría imaginado *esto*.

En cualquier otra ocasión, aprovecharía para cotillear los libros en las estanterías o el interior del armario, cuyas puertas entreabiertas dejan ver un caos total. Sin embargo, ahora mismo no soy capaz de ver más allá de las sábanas con estampado de patos con corbata de su cama de matrimonio.

Ari Pelier y Lila Ferrara me miran acusatoriamente. «¿Qué haces en nuestra habitación?», parecen estar preguntándome con los ojos. A mí también me gustaría saberlo.

Micah hace acto de presencia justo entonces, un vaso de agua en una mano y dos paquetes de pañuelos en la otra. Cierra la puerta con un pie.

Le doy sorbitos al agua mientras Micah intenta ponerle algo de orden a la habitación, aunque no consigue hacer demasiado. Esconder las cosas en cajones y armarios no es lo mismo que recogerlas.

—¿Estás mejor? —me pregunta una vez ha terminado, dejándose caer en la silla del escritorio con un resoplido. Asiento—. ¿Puedo preguntarte a qué ha venido todo... eso? No me malinterpretes, me encanta que me visites a las tres de...

—Son las dos.

Micah se gira para mirar el reloj de pared al lado de un jugador de voleibol.

—No, son las tres.

¿Se lo digo? ¿No se lo digo?

Me concentro en los paquetes de pañuelos para no tener que mirarlo.

—Has matado a Nina.

No es lo que Micah estaba preguntando, no exactamente, pero de momento tiene que servir, mientras pienso en cómo decirle el resto.

—¿Te has terminado el libro? —Los ojos de Micah se iluminan.

—No. Pero Nina está muerta, ¿verdad? Por eso Tala no la encuentra cuando llega a la playa. Porque siempre ha estado muerta. Es la voz.

Micah se encoge de hombros. El brillo de sus ojos se desvanece y enarca las cejas, supongo que sorprendido ante la conversación. Me muerdo la mejilla cuando los ojos me empiezan a picar, aunque sé que esta noche intentar no llorar es tarea imposible.

—¿Por qué?

—Tienes que terminártelo, Gen. No voy a destriparte el final.

—¿Pero *por qué*? —insisto—. Tala lleva todo el libro intentando encontrar a Nina, de eso trata. Y no lo consigue porque no hay nada que encontrar. Nina no está. Es un final insatisfactorio.

—Pero es el final que he escrito.

—No lo entiendo. No... no es *justo*. —Sé que sueño como una niña, pero no puedo no decirlo—. No puedes hacer eso. Son *hermanas*. No puedes separarlas.

Si le resulta patético que esté hablando de un libro que ya está escrito como si se tratase de una historia real, no lo demuestra. Aprieta los labios en una fina línea y acerca la silla hasta que nuestras rodillas chocan. Me mira como si supiera algo que yo no; me pone nerviosa ser observada tan intensamente por alguien que no tiene derecho a conocerme tan bien como él lo hace.

—Las hermanas se separan todo el tiempo —dice, su voz tranquila mientras que yo apenas puedo controlar el temblor de mis manos—. Se pelean. Se van alejando. Se...

—¡Ellas no querían separarse! —Levanto los brazos, hastiada, porque no sé cómo trasladar mis pensamientos a palabras coherentes—. Es obvio que Tala quiere a Nina más que a nadie en el mundo. Y Nina la quiere a ella. Nunca la hubiera dejado sola, mucho menos en la granja donde Tala no era feliz.

—Eugenia —murmura Micah, suavemente, tan suavemente que no puedo seguir enfadada—, ¿estás segura de que sigues hablando de mi libro?

Dejo caer los brazos. Las lágrimas resbalan por mis mejillas.

—No.

Hace rato que dejé de hablar del libro de Micah. En realidad, no creo haber estado hablando sobre *Estrellas bajo el mar* en ningún momento.

—No va a volver —musito.

Me he centrado tanto en el hecho de que Bruno se va a ir de Salva Guardia en septiembre, que apenas he recordado que mi hermana va a hacer lo mismo. A diferencia de mi mejor amigo, Amelia no tiene billete de vuelta. Amelia no ha prometido venir a verme en vacaciones y tampoco me ha hecho prometer llamarla todos los días por Skype.

Hace muchos años desde que mi hermana y yo no tenemos una relación estrecha. No somos

como Finn y Celia, o como Micah y sus hermanos, pero eso no significa que la quiera menos. ¿Cuándo fue la última vez que se lo dije? ¿Cuándo fue la última vez que hablamos sin pelearnos?

Desde hace semanas, para Amelia solo soy la niñata egoísta que no se alegra de que la hayan contratado en un restaurante de prestigio.

—Ni siquiera le he pedido perdón —le digo a Micah, que asiente a pesar de no saber de qué estoy hablando. Me tapo la cara con las manos y cierro los ojos.

Si Amelia se va a Córdoba a trabajar y no salvamos la distancia que se ha creado entre nosotras en todos estos años, *no va a volver*. Y si vuelve, ya no va a ser mi hermana; va a ser una desconocida.

No quiero ser Tala y llegar demasiado tarde, llegar y que Amelia no esté.

—No sé leer la mente —dice Micah, sus manos sobre las mías, apartándomelas de la cara—. Abre los ojos. Dime qué pasa, Eugenia.

Eugenia, no Gen.

Trago saliva. Abro los ojos.

—Una vez me leí un libro que me disgustó tanto que me encerré en mi cuarto durante tres días —digo de golpe, atragantándome con mi propia saliva—. Amelia consiguió sacarme con la excusa de que había una lluvia de estrellas y *tenía* que verla porque, si no lo hacía, nunca más iba a tener la oportunidad. —Micah se reclina en la silla, atento. Me quema la piel donde sus rodillas tocan las mías; no sé cómo todavía no ha prendido fuego—. Tu libro es una mierda —repito por no sé qué vez. Micah esboza una sonrisita—. Me gustaría haber podido decírselo a Amelia. Me hubiera gustado que me hubiera llevado a ver una lluvia de estrellas para que se me pasase el enfado.

Los dedos de los pies de Micah me rozan el tobillo. Quiero cogerle de la mano y acercarlo a mí, que la cama se hunda con su peso a mi lado y que me abrace hasta dejarme sin respiración, pero sería demasiado. No tengo espacio para más sentimientos ahora mismo.

—La playa no es lo que más echo de menos de La Plata —admito—. Echo de menos a mi hermana.

—Todavía no se ha ido a ningún lado —dice Micah, encogiéndose de hombros—. No se te ha acabado el tiempo. Amelia es tu hermana, siempre va a serlo.

—No es tan fácil, Micah, no...

—A veces *sí* que lo es —me interrumpe, inclinándose hacia mí de nuevo, los codos en las rodillas—. Conozco a Amelia. No es tan complicada como piensas, Gen. No creo que os cueste mucho reconciliaros.

Es tan sencillo, dicho así, que no puedo hacer otra cosa que creerle. Suelto un suspiro y vuelvo a subir los pies a la cama para abrazarme las piernas. Me duele la cabeza y me pican los ojos de tanto llorar, tengo hambre porque no he cenado y no quiero hacer otra cosa que tumbarme y dormir, dar por finalizado el día de hoy.

Sin embargo, cuando Micah me pregunta:

—¿Quieres que te enseñe una cosa?

No dudo en contestar.

—Sí.



Iluminados tan solo con la linterna rota del móvil de Micah, nos aventuramos en una casa a oscuras. Micah me coge de la mano justo antes de apagar las luces de su habitación, sus dedos firmes entre los míos. Ambos descalzos y en pijama, las únicas personas despiertas en todo el vecindario. No tengo muy claro si estoy soñando o no.

Parece un sueño, desde luego.

Caminamos de puntillas, despacio, hasta que llegamos a la puerta corredera de cristal que da al patio trasero de la casa. Micah me pasa el móvil para que enfoque con la linterna y, con mucho cuidado, presiona un botón cuyo «clic» hace eco por toda la habitación, antes de deslizar la puerta para abrirla.

Yo nunca soy tan cuidadosa cuando salgo de casa a las tantas de la madrugada.

Micah suelta el suspiro más largo del mundo una vez ha cerrado la puerta. Esboza una sonrisa digna de un anuncio de pasta de dientes y estira los brazos. Mis ojos van directos a su cintura, donde la camisa se le ha subido. Lo he visto sin camisa antes, pero el trocito de cintura que se le entrevé ahora hace que se me coloreen las mejillas.

—¿Qué me quieres enseñar?

—No sabía que eras tan impaciente, Gen —susurra Micah, cogiéndome de nuevo la mano y arrastrándome hasta el césped—. Espera un poco.

El patio trasero de noche no tiene nada que ver con el patio trasero de día. Las hierbas del césped están cubiertas de rocío, frío bajo nuestros pies descalzos, y apenas puedo vislumbrar mi propia mano entre las sombras. Sin embargo, a pesar de la oscuridad, no es una noche fría. No hay viento, y el calor de agosto se nota incluso a estas horas.

—Cierra los ojos y tumbate —pide Micah cuando llegamos al centro del jardín. Es imposible que vea mi cara de incertidumbre, pero me da un golpecito con el codo como si lo hubiera hecho—. Venga, confía en mí.

Le he contado todos los secretos que tengo guardados. He confiado en él más que en cualquier otra persona, así que no va a pasarme nada por seguir haciéndolo. Cierro los ojos y me tumbo. Me entra un escalofrío cuando el frío del rocío se cuela por la tela de mis pantalones.

Todavía de la mano, siento a Micah tumbarse a mi lado. Lo siento acercarse a mí. Siento un mechón de su pelo rozarme la mejilla.

—Ábrelos —suspira contra mi oído.

Al principio, no veo otra cosa que la oscuridad en la que llevamos atrapados varios minutos, pero después de un momento aparecen: puntitos brillantes esparcidos por todo el cielo que forman figuras invisibles. No soy muy fan de las estrellas, pero nunca había visto un cielo tan despejado en Salva Guardia.

Quizá es porque nunca me he parado a mirar.

—Desde aquí se ven tan bien porque no hay luces —explica Micah, que ya no está tan cerca, pero que tampoco se ha alejado mucho—. A veces salgo a mirar el cielo. De pequeño me encantaba ver las estrellas, ¿sabes?

La última parte la dice en un susurro, como si fuera un secreto. Asiento, aunque no aparto los ojos del cielo.

—A Amelia también —digo. Intentó compartir el *hobby* conmigo varias veces, pero yo no le encuentro sentido a las constelaciones, a los dibujos que alguien decidió que había en el cosmos hace miles y miles de años.

No obstante, tengo que admitir que el cielo sobre nosotros es algo digno de contemplar. Normalmente, me aburre observarlo, pero esta noche no me importaría quedarme así, quieta, durante horas. Puede que sean todos los sentimientos encontrados. Puede que sea la persona que me acompaña.

—Me entristecía no saber nada del lugar en el que mis padres y hermanos habían crecido —continúa, su voz suave, siempre suave—. No había nada que me ligara a él, mientras que gran parte de sus vidas había tenido lugar en Da Nang. Hay veces en las que hablan de algo que pasó mientras vivían allí, y nunca me he sentido tan fuera de lugar como en esos momentos.

La confesión me pilló por sorpresa, más que nada porque es algo que me pasa a mí también. Mis padres hablan sobre el *antes*, cuando vivíamos en La Plata, y no recuerdo casi nada. Es como si la yo de esas conversaciones no fuera la misma yo de ahora. Como si no fuera parte de la familia de la que mis padres hablan.

No es lo mismo, porque mientras que yo no recuerdo parte de mi vida en Argentina, Micah no tiene vida en Da Nang. Pero entiendo a lo que se refiere.

—Así que salía al patio trasero, por la noche, y miraba las estrellas. No sabes la de veces que mi madre me ha echado la bronca por salir en invierno. —No lo veo, pero intuyo cómo sacude la cabeza y, después, estira una mano abierta hacia el cielo—. Son las mismas. En Da Nang se ven las mismas estrellas que en Salva Guardia. No cambian.

—Era como si estuvieras allí —murmuro.

—Sí. Era como si estuviera allí —repite—. Al menos, me lo imaginaba.

No sé nada sobre estrellas, pero sé que las que se ven en el hemisferio norte no son las mismas que se ven en el hemisferio sur; las estrellas que hay ahora en el cielo no son las que veía Amelia desde el tejado de nuestra casa en La Plata, las que me enseñaba de vez en cuando.

—También contaba estrellas —murmura Micah, entrelazando sus dedos con los míos— cuando estaba triste. Cuando creía que estaba roto.

Me imagino a Micah, con dieciocho años, tumbado en el césped, solo. Giro la cabeza y lo veo, con veintiún años, tumbado en el césped, pero a mi lado. Lo recuerdo diciendo que nunca se lo ha contado a nadie. Diciendo que soy la primera.

—Cuando pensaba que no había forma humana de salir del hoyo —continúa, su pulgar dibujando círculos sobre mi piel—. Cuando me peleaba con mis hermanos. Cuando no veía fin,

cuando me tuvieron que cambiar las pastillas porque las antiguas no me funcionaban, cuando estaba seguro de que me iba a ahogar...

Siento el nudo en la garganta ahora más que nunca, prieto e imposible de deshacer. Me paso la mano libre por los ojos, pero aun así siento las lágrimas caer una tras otra, una lluvia interminable. Micah se acurruca a mi lado, tan cerca que siento el latir de su corazón.

—Contaba estrellas —repite—, lo sigo haciendo. Cuéntalas conmigo, Gen. Cuenta las estrellas conmigo.

—No sé *cómo* —admito, desolada.

—Yo tampoco sabía al principio. No te preocupes —susurra, levantando el brazo que me tiene sujeta la mano, mi brazo junto al suyo, y señalando algo en el cielo—. Déjame ayudarte.

Asiento con la cabeza una y otra vez, como si fuera la única manera de mantener el barco a flote. Siento que me estoy hundiendo poco a poco, centímetro a centímetro, hasta que lo único de mí visible son los ojos. Nada más que los ojos.

—Una —dice y mueve el brazo un poquito hacia un lado—, dos, tres, cuatro...

—Cinco —uno mi voz a la suya entre hipidos—, seis, siete...

Y contamos y contamos, juntos, hasta llegar a veinte, treinta, cuarenta. Hasta que no nos quedan más números. Hasta que he dejado de llorar, hasta que ya no hay lágrimas.

Y entonces, cuando abro la boca para seguir contando, una estrella fugaz cruza el cielo. Pasa tan rápido que desaparece en un parpadeo, pero la he visto clara como el día, brillante como el resto, pero destacando en el cielo oscuro. Me giro hacia Micah, incorporándome de golpe, nuestras manos unidas.

—¿La has visto? —pregunto, olvidándome de las demás estrellas y centrándome solo en una. Micah tira de mí para que me vuelva a tumbar—. Era... era una estrella fugaz, ¿verdad? ¿La has visto?

—La he visto —afirma con una risa débil—. Hace poco fueron las Perseidas. Últimamente no se ven tantas, pero esperaba que pillásemos alguna. No soy tu hermana, pero espero que esta lluvia de estrellas te sirva.

Si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, volvería a La librería de Millie, segundos antes de que nuestros labios se juntasen. Si pudiera volver atrás en el tiempo, hubiera ignorado a Millie y lo hubiera besado, hubiera hecho todo lo que llevo imaginándome durante el día.

Si fuera un poquito más valiente, lo besaría ahora.

No hay cohetes ni fuegos artificiales, quizá porque llevo sabiéndolo desde hace tiempo. No se me para el corazón ni me entra el pánico cuando caigo en la cuenta de que Micah Nguyen me gusta, y me gusta *mucho*.

Corriente: f. Movimiento de traslación continuado, ya sea permanente, ya accidental, de una masa de materia fluida, como el agua o el aire, en una dirección determinada.

Quiero que las corrientes me arrastren hacia ti, hasta ti; que me atrapen entre las aguas profundas; que me hagan aguantar la respiración hasta prácticamente marchitarme; que me empujen contra rocas y arrecifes; que me abran heridas supurantes y tiñan el mar de rojo y violeta. Todo esto, siempre y cuando me dejen en la orilla de tu piel, pues eres tú, siempre has sido, mi dirección determinada.

Fragmento de *Corrientes*,
por Anónimo, en el periódico de Salva Guardia



No voy a profundizar sobre cómo el padre de Micah, a las siete menos cuarto de la mañana, nos encontró a los dos roncando en el patio trasero y soltó tal grito que despertó a la familia entera. Tampoco voy a meterme en las múltiples fotos que los hermanos de Micah nos sacaron mientras nos desperezábamos.

Una hora más tarde y después del desayuno más incómodo de toda mi vida —nadie se había metido tanto conmigo como los hermanos de Micah en los diez minutos que he tardado en devorar un *croissant*—, Micah me acompaña al coche de mi hermana, que sigue aparcado en la acera enfrente de su casa.

Es un paseo que dura un total de cinco segundos, pero Micah se empeña en acompañarme de todos modos. Supongo que quiere escapar de su familia, a la que puedo ver asomada por la ventana del salón, observándonos.

—Adoro a tu familia —digo mientras busco las llaves en el bolso.

—Te la cambio —masculla Micah, aunque sé que no lo haría por nada del mundo—. Llévame contigo. Cuando vuelva a entrar, van a interrogarme.

—Diles que estoy metida en una secta. —Sacudo las llaves con los dedos cuando las encuentro—. Diles que ayer estaba intentando escapar de ellos.

Micah sacude la cabeza. Sigue vestido con la camisa de Pokémon, al igual que yo sigo con el pijama y una sudadera; varias personas que han salido a correr pronto nos miran de reojo, curiosos.

—No eres graciosa —dice después de un momento, pero la sonrisa le delata.

—Soy la persona más graciosa que conoces.

Cualquiera hubiera pensado que, después de darme cuenta de algo tan importante como que me guste Micah, me costaría interactuar con él. Sin embargo, ahora que sé que mis sentimientos hacia él son algo más que amistad, es incluso *más* fácil hablar con él. Puede que tenga algo que ver con que me lleve gustando desde hace tiempo.

Puede que tenga algo que ver con que mi cerebro todavía no lo ha procesado.

De todos modos, he decidido que no voy a pensar mucho en ello. Ya veremos si lo cumplo o no.

Micah me saca de mis pensamientos al dar un paso hacia mí. Me agarra la coleta y tira con gentileza de ella.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo, ¿verdad? —pregunta, bajito, echándole un vistazo rápido a su familia. Todos se esconden salvo Moira, que levanta ambos pulgares—. Para lo que sea, cuando sea.

—Lo sé. —Trago saliva—. Gracias.

La conversación debería terminar aquí. Micah no me suelta el pelo; no quiero que lo haga.

—Esta noche Sam organiza otra fiesta —dice—. Podríamos ir. Si te apetece.

Quiero besarlo. El pensamiento se cuele por los recovecos de mi mente, tan rápido y con tanta fuerza que a punto estoy de poner una mueca. Poco he tardado en incumplir mi propia regla.

—Primero tengo que devolverle el coche a Amelia —contesto—. Si sigo viva después de eso, ya hablamos.

Micah echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada, haciendo cortocircuitar a mi cerebro. Retiro lo dicho; darme cuenta de que me gusta sí que ha afectado a mi forma de actuar. Pulso el botón de las llaves para abrir el coche y, entrando en pánico, me inclino hacia delante y le doy un beso en la mejilla.

Luego me escondo rápidamente en el coche y, gracias a Dios, esta vez arranco a la primera. La radio sigue bramando éxitos de los 2000. Me alejo de la casa de Micah mientras «Oops!... I did it again» suena por los altavoces.

Mi hermana está trabajando, así que no espero encontrarme cara a cara con una discusión nada más llegar a casa. Lo que me encuentro, no obstante, es a mi madre. Está sentada en la mesa de la cocina, leyendo el periódico y tomándose un café.

Intento entrar lo más silenciosamente posible para que no se dé cuenta de mi presencia, pero no he dado ni dos pasos cuando me resbalo con la nada y casi hago el *spagat* en medio del pasillo de la entrada.

—¿Eugenia? ¿Eres tú?

—Sí —digo, miserablemente, porque sé lo que viene a continuación.

—Ven un momento, ¿quieres?

Dejo la bolsa con mi cartera y llaves, además de mi ejemplar de *Estrellas bajo el mar* —Micah lo guardó cuando no estaba mirando— en las escaleras y me dirijo a la cocina. Estaba preparada para recibir la bronca del siglo por parte de Amelia, pero en ninguno de los escenarios de mi cabeza aparecía mi madre.

—¿Qué pasa?

Me deshago de la sudadera mientras espero su respuesta. Siempre le han gustado las pausas dramáticas, sobre todo cuando tiene algo importante que decir, ya sea bueno o malo. Ahora mismo, me inclino más hacia lo malo.

—Ya eres mayorcita, así que no voy a tratarte como si no fuera el caso —dice, dejando el periódico en la mesa y cruzándose de brazos—. Le has cogido el coche a Amelia sin avisar.

Pongo los ojos en blanco y suelto un resoplido.

—Le dejé una nota.

—A mí no es a quien tienes que dar excusas. —Sacude la cabeza—. Tu hermana ha tenido que llamar a una amiga para que la recoja.

—¿Amiga? ¿Qué amiga?

—Reagan, creo que se llamaba. No sé en qué estabas...

La conversación se convierte en ruido de fondo cuando escucho el nombre. *Reagan*. Es la chica a la que mi hermana estaba haciéndole una tarta hace un par de semanas, la chica con la que estaba discutiendo irse de Salva Guardia cuando fui a llevarle los papeles para terminar el contrato en el Géminis.

Reagan no es solo una amiga. Estoy más que segura de ello.

Pero no voy a decirle nada de esto a mi madre, que sigue hablando como si de un monólogo se tratara.

—... solo quiero que sepas lo que te espera cuando Ames llegue de trabajar.

—¿Puedo irme ya? Quiero ducharme.

Mi madre resopla, aunque un segundo después arruga la nariz y parece caer en la cuenta de la ropa que llevo y en que he llegado a casa a las ocho de la mañana un martes.

—¿Dónde estabas?

—En casa de Bruno.

—No necesitas el coche para ir a casa de Bruno —apunta mi madre.

Vuelvo a poner los ojos en blanco.

—*Mamá*.

—Vale, vale. —Levanta las manos en señal de rendición—. Tú sabrás lo que haces.

Ese sí que es un buen chiste.

Amelia tiene dos turnos diferentes en el restaurante. A veces trabaja por la mañana, de seis a tres; a veces trabaja por la tarde, de cuatro a once. Hay días en los que hace ambos turnos, aunque no son comunes. Trabajar diecisiete horas por un sueldo de mierda no es algo por lo que mucha gente se pelee, pero después de uno de los turnos largos, Amelia tiene tres días libres, así que compensa. Un poco.

No lo suficiente, pero bueno, qué sé yo.

El caso es: Amelia raramente pillla los turnos largos. No sé si por suerte o por desgracia, hoy es uno de esos días, lo que significa que tengo que esperar *todo* el día para hablar con ella. No es que no me apetezca hablar con mi hermana —que tampoco—, sino que tener que esperar tanto también significa que no puedo ir a la fiesta de Carolina.

Además, esta discusión no va a ser suave. Lo presiento.

Y no me equivoco. A las once y media en punto, Amelia entra en el salón y me tira un delantal sudoroso a la cara.

—Devuélveme las llaves del coche —espetta, sin preámbulos.

Aparto el delantal y apago la televisión. Nuestros padres han salido a cenar y no van a volver hasta pasada la medianoche, así que no hay nadie que haga de mediador. Somos solo ella y yo.

—Amelia, escucha...

—No quiero oírlo. ¿Sabes qué? No quiero oírlo. —Extiende una mano hacia mí, expectante, pero sacude la cabeza y se pasa la mano por el pelo enredado antes siquiera de que pueda darle las llaves—. Eres una niñata, Eugenia. Algunas personas tenemos trabajos serios.

Sabía que mi hermana iba a estar enfadada. Me repito esto varias veces para mis adentros,

como si fuera un mantra, antes de responderle. Por primera vez en mi vida, voy a intentar ser una adulta responsable.

—No pretendía volver tan tarde —digo, pero incluso a mis propios oídos les sueno repelente—. Lo siento, no quería...

—Ya, ese es el problema. Nunca *quieres*. Siempre pasa todo por accidente, ¿verdad? Nunca nada es tu culpa. —Abro la boca para contestar, pero Amelia no me deja—. Supongo que enfadarte porque voy a salir de esta ciudad y tú no tampoco fue tu culpa.

Me muerdo el interior de la mejilla para no contestar; iba a pedirle disculpas por eso también, pero es que no me está dejando ni hablar. Cuento hasta tres.

Luego hasta diez.

—¿De verdad te molesta *tanto* que te haya cogido el coche *una* vez? —pregunto, derrumbando la fachada de adulto responsable y dejando entrever la de niña antipática—. Ni que lo hiciera todos los días. Ya te he pedido perdón, no sé qué más quieres.

Amelia levanta los brazos, frustrada, y los deja caer dándose golpes en los muslos.

—Ah, entonces tengo que perdonarte sí o sí. —Suelta una risa amarga y sin humor—. Se me había olvidado que siempre tienes la razón y yo siempre me equivoco.

Frunzo el ceño.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Cada vez tengo más y más claro que ya no estamos hablando sobre el coche, pero no entiendo cuál es el tema de conversación. Tampoco parece que Amelia se esté refiriendo a mi berrinche en el restaurante después de que me dijera que iba a irse a Córdoba.

Me levanto del sofá para encararla, aunque no es de mis mejores ideas. Amelia es más bajita que yo, así que parece que lo he hecho solo para poder mirarla desde arriba. Mi hermana entrecierra los ojos y eleva la barbilla.

—¿Qué hacías en casa de Micah?

Abro la boca para contestar, pero cualquier respuesta posible muere en mi garganta. No sé qué me esperaba, pero esto desde luego no entraba en las posibilidades que había enumerado en mi cabeza. Micah no es un tema de conversación que mi hermana saque con facilidad, precisamente. No después de que se peleasen.

—¿Qué?

—No voy a volver a preguntar.

—¿Cómo sabes que estaba con él?

—Un chico del trabajo vio mi coche aparcado en su calle y me preguntó qué hacía allí. —No esperaba que me contestase, así que agradezco la honestidad. No agradezco tanto la mirada de odio que la acompaña—. ¿Y bien?

Es entonces cuando me doy cuenta de cuál es el problema. No está enfadada porque le cogiese el coche y no lo devolviera. Está enfadada porque lo he hecho para ir a ver a *Micah*.

—Tenía que... um. Decirle algo.

Sé que suena a mentira. Amelia también lo sabe.

—¿Decirle algo de *madrugada*? —rebate, cruzándose de brazos.

Estaba dispuesta a hacer muchas cosas esta noche: dejar que Amelia se desahogase conmigo sin rebatir nada para no empeorar la situación; pedirle perdón por no haberme comportado como la hermana que se merece durante estos últimos años; ignorar que ella tampoco ha sido una

hermana de diez... Sin embargo, estoy empezando a pensar que mi plan tiene varios fallos, siendo el primero que no soy capaz de mantener la boca cerrada.

—Micah no tiene nada que ver. Te habría quitado el coche para ir a ver a cualquier otra persona.

Esa quizá no es la verdad, pero mi hermana no necesita saberlo.

—Eugenia, *conozco* a Micah. Si te dije que no te juntaras con él a principios de verano, es por algo.

—¿Y se puede saber qué es ese algo?

Por la cara que pone mi hermana, la respuesta es clara: no. No quiso decirle a nadie cuál fue el motivo por el que ella y Micah dejaron de hablarse hace dos años y tampoco quiere decírmelo a mí ahora.

El segundo gran fallo de mi plan es que estoy empezando a ponerme de mala leche yo también.

—Deja de hablarle —dice Amelia; su expresión seria, un *pelín* más suave—. Lo conozco mejor que tú, Nia. Deja de hablarle y deja de verle, no sabes en lo que te estás...

—¿Me estás vacilando? —No puedo evitar interrumpirla; siento cómo se me colorea la cara de pura furia—. No voy a dejar de juntarme con Micah solo porque te haya dado un arrebato.

Puede que a principio de verano le hubiera hecho caso a mi hermana, pero ahora no hago otra cosa que reírme ante su petición. Dejando de lado el hecho de que esté un *poquitín* enamorada de él, Micah se ha convertido en uno de mis mejores amigos; no cambiaría su amistad por nada del mundo, mucho menos por que a mi hermana le dé envidia o algo por el estilo.

Si al menos me dijera cuál es su problema con Micah, quizá me lo pensaría. ¿Pero así, sin argumentos? Ni de coña.

—Aunque no te lo creas, sí que me importas —añade mi hermana—. Si te lo estoy diciendo es porque...

—Dame una razón —digo, también cruzándome de brazos—. Dame una sola razón por la que debería dejar de verle.

—Es un egoísta —contesta Amelia sin pensárselo—. Solo piensa en él, no tiene empatía y... Se me escapa una risa nerviosa. No creo que estemos hablando de la misma persona.

—Te has confundido de Micah, Amelia. No sabes...

—¿Por qué no confías en mí? —grita—. No, ¿sabes qué? Estoy harta de hablar y que no me escuches. Si quieres seguir viéndote con él, adelante. Pero luego no me vengas llorando cuando las cosas acaben mal.

—¿Por qué os peleasteis? —pregunto, aunque no le doy tiempo a mi hermana para responder—. ¿Es que Micah se hartó de tener que aguantarte y te dejó tirada? No me extraña, la verdad. —Me arrepiento de las palabras tan pronto como salen de mi boca, pero ya no hay vuelta atrás. No hace falta ser ningún genio para saber que este es un tema delicado para Amelia y, por la forma en la que aprieta los puños y frunce el ceño, he metido la pata hasta el fondo.

—No tienes ni idea de lo que dices —sisea, roja como un tomate, avergonzada y furiosa a partes iguales—. Eres una mocosa impertinente, no sabes...

—¿Entonces por qué no me lo explicas?

Para, para, para, me grita una voz dentro de la cabeza, pero no puedo dejar de cavar mi propia tumba. No obstante, hacen falta dos personas para estropear una relación. No solo yo

tengo la culpa del abismo que se ha abierto entre las dos.

—¿Por qué te molesta tanto que haya ido a su casa? —insisto.

—Que te den, Eugenia.

—Muy madura.

Saco las llaves del coche de Amelia del bolsillo y se las tiendo. Mi hermana las coge sin decir otra palabra más, aunque no es que esperase una respuesta. Me doy la vuelta y salgo del salón con la barbilla alta, a pesar de lo mucho que me pican los ojos y me escuece la garganta.



Llego a casa de Carolina cuando la fiesta está en pleno apogeo. Hay mucha más gente que la última vez, tanta que apenas me dejan cruzar la puerta de entrada. Es tarde, lo que significa que la mayoría de las personas están borrachas, mientras que aquellas que han decidido no beber están deliriosas con el calor y la presión de otros cuerpos contra los suyos. La música está tan alta que no escucho ninguno de mis pensamientos.

Esa es justo la razón por la que he venido.

Porque no quiero pensar.

Es una idea malísima, porque ahora mismo tengo la estabilidad emocional de una babosa. Me apetece esconderme en un cuarto y romper a llorar, romper a llorar y no parar nunca. Sin embargo, estar rodeada de desconocidos es preferible a estar encerrada en algún sitio, sola en un lugar lleno de gente.

Aquí, en mitad de un salón que solo he conocido abarrotado de personas, puedo cerrar los ojos y perderme en la música. No pensar. Acepto un vaso de plástico que me ofrece una chica con el pelo de colores y le doy un trago largo que me quema la garganta a su paso. Está asqueroso.

Le doy otro trago.

Y otro, y otro, y otro.

Me siento la protagonista de una comedia romántica mala, de esas que ponen en la televisión a la hora de la siesta porque nadie las quiere ver. Me balanceo al ritmo de mi propia canción y dejo que me golpeen por todos lados y no me molesto en quejarme cuando me tiran alcohol encima.

Me duele el pecho. Me duele todo, tanto que apenas respiro, o quizá es que estoy respirando muy rápido.

Me restriego los ojos con fuerza cuando noto las primeras lágrimas resbalarse por mis mejillas, olvidándome por completo de que los llevo pintados. Una chica a mi derecha me ofrece un pañuelo, pero lo ignoro y me dirijo a la cocina en busca de otro vaso, de algo que me haga olvidarme de mí misma.

Todo da vueltas cuando un chico me pide que incline la cabeza hacia atrás para darme de beber directamente de la botella. Cierro los ojos y siento las manos de alguien en la espalda, sujetándome para que no me caiga. Se me escapa un hipido cuando abro la boca, pero el líquido

no llega.

—No te tomaba por el tipo de chica que se fía de las bebidas de otros —dice el chico que me está sujetando.

Sabía que iba a estar, pero no me había permitido pensar en él, no hasta ahora.

—A lo mejor te equivocabas sobre mí —suspiro, mirándole desde abajo, su sonrisa torcida. O quizá soy yo, que voy peor de lo que pensaba.

—No —dice Micah, sacudiendo la cabeza mientras me ayuda a enderezarme—, no creo que me haya equivocado.

Un grupo de chicas me empuja hacia Micah, que me agarra de la cintura con una mano para estabilizarme —sí que voy peor de lo que pensaba—, mientras que yo me agarro a su camiseta como si la vida me pendiera de un hilo y ese hilo fuera él. Me muerdo el interior de la mejilla para no llorar, aunque no tiene el efecto deseado.

—¿Estás bien, Gen? —pregunta, gritando para que pueda escucharle sobre la música. Me dibuja círculos en las mejillas con el pulgar, cazando las lágrimas que se me escapan.

—No, creo que no.

Pero no quiero pensar en lo mal que estoy o en lo mucho que me duele, así que me encojo de hombros para quitarle hierro al asunto y doy un paso hacia Micah, que me mira con el ceño fruncido pero algo suave en sus ojos, algo que no sabría describir pero que hace que me sienta como gelatina. Me inclino un poco; él se inclina todo lo que puede y más, hasta que su nariz roza la mía.

Quiero besarlo como no lo besé en la librería secreta, o en el porche de su casa, o en su jardín cubierto de estrellas. Sin filtros ni chantajes de por medio. Quiero besar a Micah Nguyen y seguir besándolo hasta quedarme sin aire.

—Aquí no —susurra Micah contra mis labios, apenas a milímetros de distancia.

Busco su mano y, cuando la encuentro, entrelazo nuestros dedos, que encajan como si estuviésemos hechos el uno para el otro. Dejo que me arrastre entre la marabunta. Subimos unas escaleras y doblamos esquinas y evitamos a gente, caminamos por un pasillo infinito.

Micah debe de conocerse la casa tan bien como la palma de su mano. Dudo mucho poder encontrar la salida por mi cuenta.

Soy consciente de todo lo que hago, de mis zapatillas contra el suelo, las personas que me saludan al pasar y las luces de colores que hacen que todo brille, pero al mismo tiempo es como tener una experiencia extracorpórea, como cuando llevas mucho tiempo queriendo hacer algo y, una vez lo consigues, te es imposible creértelo.

Así que soy y no soy yo la que sigue a Micah hasta el interior de una habitación, soy y no soy yo la que cierra la puerta con llave una vez dentro, soy y no soy yo la que se apoya contra la puerta para no caerse al suelo.

Enarco una ceja cuando veo a Micah quieto en medio de la habitación, brazos cruzados y camisa verde neón resplandeciente bajo las luces amarillas. Los pitillos negros son la única prenda de ropa medio normal que lleva, porque las chanclas rosas no cuentan ni como *accesorio* propiamente dicho. No puedo evitar sonreír ante el panorama.

—¿Estás bien? —pregunta de nuevo, aunque le sale la voz muy ronca y tiene que carraspear antes de continuar—: Pensaba que no ibas a venir. ¿Quieres hablar?

—Quedarme en casa y terminarme tu libro sonaba a un plan muy aburrido —contesto,

copiando su gesto y cruzándome de brazos—. Y no, no me apetece *hablar* exactamente.

Micah sacude la cabeza y ríe bajito. El pelo le tapa la frente y le oscurece los ojos.

—¿Cuánto has bebido, Eugenia?

—¿Ya estás otra vez llamándome Eugenia? —pregunto en lugar de contestar, porque la respuesta es más que obvia. No creo poder dar dos pasos seguidos en línea recta ni aunque lo intentase—. Suenas muy serio cuando no me llamas Gen.

—Pensaba que no te gustaba mi mote.

Da un paso hacia mí. Intento decirle por telepatía que no pare, que camine hasta que no quede aire entre nosotros.

—Y yo pensaba que esta conversación ya la habíamos tenido antes.

Otro paso, otro más. Me muerdo el labio y cierro los ojos y suspiro, embelesada por el olor a su colonia de frutos rojos, que inunda la habitación. No sé si es porque estoy nerviosa o porque he bebido, pero no puedo dejar que el silencio se alargue. Tengo que hablar, rellenarlo hasta que se desborde.

—Dime algo que nunca le hayas dicho a alguien.

Sonríe, con hoyuelos y todo. Alargo el brazo y Micah rodea mi muñeca con sus dedos, largos y suaves. Alargo el otro brazo y agarro una de las trabillas de los pitillos, atrayéndolo hacia mí. Con la mano libre, me aparta un mechón de pelo de la cara y luego le da un tirón.

—¿Qué quieres que te diga? —murmura—. Ya lo sabes todo.

«Ya lo sabes todo». Siento un cosquilleo agradable en el estómago. Hay muchas cosas sobre él que no sé. ¿Por qué decidió estudiar periodismo? ¿Qué le gusta desayunar, cuál es su plato favorito? ¿Cuántas editoriales le rechazaron antes de publicarle? ¿Qué hace cuando está triste y el cielo está nublado? Abro la boca para preguntar, pero las palabras se me atragantan. Hay demasiadas cosas que quiero saber y muy poco tiempo para aprenderlas.

Me concentro en los tres lunares que adornan su rostro, en sus dedos sobre mi piel y en sus labios, cada vez más cerca.

—¿Cómo lo sabes? —digo al final, después de minutos o quizá horas—. ¿Cómo sabes que soy el Anónimo?

Me arrepiento de no haber preguntado otra cosa, porque esta pregunta conlleva una respuesta larga y *no* quiero hablar. Quiero hacer de todo menos hablar.

—Amelia me invitó a tu casa un día después del instituto —dice, encogiendo un hombro—. Te dejaste esa libreta en la que escribes en la cocina, y cuando Amelia no estaba mirando, le eché un vistazo. Una semana después, uno de los relatos que leí estaba en el periódico.

—¿Y por qué no se lo has dicho a nadie? —pregunto en lugar de besarlo.

Micah le da un golpe a mi zapatilla con su chancla.

—Era tu secreto —dice, su aliento caliente sobre mis labios—. No era asunto mío.

Pongo los ojos en blanco.

—Me has estado haciendo chantaje. ¡Durante dos meses! —resoplo, aunque no dejo de mirarlo—. No tienes ningún derecho a decirme eso *ahora*.

En vez de pedirme perdón o excusarse o cualquier otra cosa para explicarse, Micah echa la cabeza hacia atrás y se empieza a reír. Es *la risa*, descontrolada y salvaje, tan honesta que no puedo enfadarme con él por mucho que quiera. Le sujeto las mejillas para obligarlo a mirarme y entorno los ojos.

—Lo siento —dice después de unos segundos, aunque sé que no lo siente para nada—. Lo siento, Gen. Si te sirve de consuelo, no se lo hubiera contado a nadie, por mucho chantaje que te estuviera haciendo.

—Escribiste un *tweet*.

—¿De verdad quieres seguir discutiendo?

No hace falta que conteste. Micah interpreta mi silencio como un no, me sujeta por la cintura y se inclina hacia mí hasta que nuestros labios están separados por *milímetros*.

Esta es la peor tortura imaginable.

—*Micah* —me quejo.

—Ya voy, ya voy. Estaba disfrutando de las vistas.

Y antes de que pueda contestarle, me besa.



¿Qué son los besos, en realidad? Juntar labios y compartir saliva, meterle la lengua en la boca a otra persona, a veces conocida y a veces desconocida. Por escrito, suena a la cosa más asquerosa a la que alguien puede aspirar. Sin embargo, haría lo que fuera para pasarme el resto de mis días besando a Micah Nguyen.

Profundizo el beso, aunque Micah se separa justo en ese instante. Estamos tan cerca el uno del otro que tengo que ponerme bizca para mirarlo, y sin querer dejo caer mis ojos a sus labios, enrojecidos. El corazón me late tan fuerte contra las costillas que estoy segura de que lo pueden escuchar todas las personas de la fiesta.

—Gen —murmura Micah, que también me está mirando los labios.

Me los humedezco antes de volver a presionarlos con los suyos.

Me pierdo en la forma en que Micah suspira contra mi boca y luego sonrío, en el tacto de sus manos, que se deslizan por mi cuello y se cuelan dentro de mi camisa, en el sonidito involuntario que se le escapa por la garganta cuando le tiro del pelo y cuelo una de mis piernas entre las suyas.

Su flequillo me hace cosquillas en la frente, sus dedos sobre mi piel son como brasas. No es la primera vez que beso a alguien, pero es la primera vez que alguien me besa *así* a mí.

Alguien toca a la puerta y, ante la falta de respuesta, intenta abrirla. Agradezco haberla cerrado con llave cuando la siento temblar, quienquiera que esté al otro lado le da varios tirones hasta desistir e irse con una palabrota entre los labios. Micah se echa hacia atrás, pero impido que rompa el beso inclinándome hacia él.

—Eres un corta rollos —murmuro contra sus labios, haciéndole sonreír.

—Necesito respirar de vez en cuando —contesta, atrapando mi labio inferior con los dientes y tirando de él.

Venir a esta fiesta ha sido la mejor idea que he tenido en toda mi vida. Debería haber besado a Micah Nguyen hace meses, en la firma de su libro. Podríamos haber pasado el verano entero así, como ahora.

Meto las manos por debajo de la camisa de Micah y le toco el estómago, le acaricio la espalda e intento no desintegrarme como gelatina en polvo cuando gime contra mis labios, luego contra mi cuello.

—Esta es la habitación de los padres de Sam —dice, su lengua contra mi piel—. No vamos

a...

—Shhh —interrumpo. Me da igual estar en la habitación de los padres de alguien; no creo que me importase estar en una cuneta—. Deja de pensar durante un segundo, ¿quieres?

—Lo puedo... intentar. —Micah coge aire por la nariz y lo suelta de golpe cuando le muerdo el lóbulo de la oreja—. *Gen*.

Le agarro el dobladillo de la camisa con ambas manos y, justo cuando estoy a punto de quitársela, Bruno Mars nos interrumpe. Micah da un paso hacia atrás, confuso; tengo que pestañear varias veces para darme cuenta de que es mi móvil lo que está sonando.

—Un momento —digo, mientras saco el móvil de los pantalones.

Micah se cruza de brazos y me evita la mirada, colorado como un tomate. Es adorable. Me cuesta apartar los ojos de él y fijarlos en la pantalla del móvil.

No obstante, cuando lo hago, me arrepiento de haber mirado. Me encuentro con una foto de Bruno dándole un lengüetazo a un helado sugerentemente, su nombre en letras mayúsculas ocupando media pantalla. Hay un dibujo de un teléfono verde a la derecha, un teléfono rojo a la izquierda. Pongo una mueca y estoy a punto de presionar el botón verde cuando, como si se tratara de una epifanía, me acuerdo de Finn.

Finn, sentado conmigo en uno de los pasillos de la librería.

Finn, a punto de llorar porque le dije que sus sentimientos por Bruno no eran recíprocos.

—¿Eugenia? —llama Micah, pero apenas lo escucho.

Se me había olvidado por completo. Debería haber hablado de esto con Micah ayer, cuando aparecí en su casa a las tres de la madrugada. Debería haberlo hablado con él hoy, mientras esperaba a que Amelia volviese a casa de trabajar. Joder, debería haberlo hablado con él antes de besarlo, debería haberlo hablado con él y luego aclararle las cosas a Finn.

Pero no he hecho nada de eso. No tengo un espejo para verme, pero he empalidecido como un fantasma. No lo sé con certeza, pero apostararía lo que fuera a que Bruno está en esta casa. Y si está Carolina, Finn no debe andar muy lejos.

Le rezo a cualquier dios que me escuche para que no se hayan encontrado y hayan hablado del tema. *Por favor*, que no hayan hablado de ello.

Tardo tanto en contestar o en colgar que, al final, la llamada pasa al contestador automático. Bruno no me deja ningún mensaje.

—Gen, ¿qué pasa? —insiste Micah.

—Pensaba que ibas a decírselo a todo el mundo —murmuro, más para mí misma que para Micah—. Por eso mentí, pero iba a...

El móvil empieza a sonar de nuevo antes de que pueda terminar la frase. Sin embargo, esta vez no es Bruno. La cara que me mira fijamente es la de mi hermana. Frunzo el ceño ante la imagen. ¿Qué quiere Amelia *ahora*, después de la discusión de hace unas horas?

Me quedo en blanco. Esta vez, la llamada de mi hermana no desaparece porque se me haya terminado el tiempo, sino porque otra la sustituye: Carolina. ¿Por qué me está llamando tanta gente a la vez?

—¿Quiénes son? —pregunta Micah. Es la tercera pregunta que se queda sin respuesta, así que se acerca a mirar y, al igual que yo, arruga la nariz al ver a su amiga—. ¿Sam?

La foto de la pantalla vuelve a cambiar. La sonrisa de Carolina desaparece y ahora es Maddie. Creo que nunca he recibido una llamada de mi compañera de trabajo, mucho menos tan

tarde. Pulso el botón verde.

—¿Maddie?

—¡Eugenia! —chilla, tan alto que incluso Micah la escucha—. Pensaba que no me lo ibas a coger. Oye, no me lo puedo *creer*. ¿Llevas siendo tú todo este tiempo?

No sé si es que sigo muy pedo o que todavía puedo sentir los labios de Micah sobre mi piel y eso me está haciendo desvariar, pero no tengo ni repajolera idea de qué está hablando. Abro la boca para decir algo, pero pasan varios segundos hasta que encuentro las palabras adecuadas.

—¿Qué dices?

—¿Tú qué crees? —grita, emocionada—. Sabía que te gustaba leer, ¿pero *escribir*? Deberías habérmelo contado, hubiera sido nuestro secreto.

Trago saliva. Micah hace lo mismo, boqueando como un pez fuera del agua, no sé si porque sabe de qué está hablando Maddie o porque está igual de confuso que yo.

—¿Qué? —murmuro.

—El periódico, boba —dice, como si fuera obvio—. Me encanta tu nuevo relato, por cierto. Es un poco diferente al resto, pero me gusta. ¿Sabías que...?

Dejo de escucharla. Miro a Micah, que parece haberse convertido en piedra de lo quieto que está. Esta vez no tardo tanto en unir los hilos y, pese a ello, sigo sintiendo que Maddie está hablando de una cosa y yo de otra.

—¿Cómo que...?

—¿Por qué has tardado tanto en quitarte el Anónimo? Escribes muy bien como para no poner tu nombre.

Cuelgo abruptamente, sin despedirme. Micah extiende un brazo hacia mí, pero le doy un manotazo para apartarlo mientras abro la aplicación de Google en el teléfono.

—Eugenia. Eugenia, espera un momento, ¿qué...?

Hago oídos sordos a su voz y me meto en la página web del periódico de Salva Guardia. Espero los segundos agonizantes que tarda en cargarse y, cuando lo hace, el corazón deja de latirme. Frena en seco, de golpe, y creo que también dejo de respirar. No sé cómo no me caigo al suelo, cómo consigo que mis rodillas me mantengan en pie.

El periódico de Salva Guardia siempre se publica en formato tradicional, pero también en digital. A diferencia de las copias a papel, que empiezan a entregarse por la mañana, la página web sube el periódico a medianoche, de modo que la gente puede leerlo antes de que salga en físico. El periódico de mañana hace rato que ya está disponible.

El periódico de mañana, en el que no debería haber salido ninguno de mis relatos, porque mis relatos los publican los jueves y mañana es domingo. El periódico de mañana, en el que, a pesar de ser el día incorrecto, hay uno de mis relatos.

En lugar del Anónimo al que estoy acostumbrada, veo mi nombre en mayúsculas.

Micah se inclina hacia mí, aunque esta vez no es para besarme, sino para ver lo que estoy leyendo. Cierra los ojos con fuerza durante un segundo, dos. Cuando los abre, se encuentra con los míos.

—Eugenia —dice, apresuradamente, su voz una octava más aguda de lo normal.

Solo hay una persona que sabe que soy yo. Solo una persona, la misma que hace menos de diez minutos me ha dicho que nunca lo hubiera contado, chantaje o no.

—Me has mentido —murmuro, incapaz de dejar de mirar la pantalla del móvil. El relato

publicado ni siquiera lo he mandado yo—. Lo has... lo has contado. Has contado mi secreto.

Las lágrimas aparecen tan de repente en mis ojos que no me da tiempo a secármelas. Micah da un paso hacia delante, pero el que doy yo hacia atrás le hace parar en seco.

No debería sorprenderme, ¿no? Lleva dos meses amenazándome con decírselo a todo el mundo si no conseguía liarlo con mi mejor amigo. No es una sorpresa. No *debería* ser una sorpresa.

Aun así, no puedo hacer otra cosa que mirarlo boquiabierto. He confiado en él. He confiado en Micah como nunca había hecho con nadie y *lo ha contado*.

—Eugenia, escúchame, por favor. No sé...

—No —digo, mi voz más firme de lo que me siento yo ahora mismo—. No quiero oírlo. No quiero... no quiero escucharte.

Me giro y abro la puerta con dedos temblorosos, dejando entrar la música y los gritos y las risas de otras personas. Una chica justo enfrente de la habitación se fija en mí, y a pesar de que no la escucho, leo en sus labios mi nombre.

—*Eugenia*. —Micah me agarra el antebrazo, pero me zafo de él con facilidad.

—No me toques —siseo—. No quiero volver a saber nada de ti, ¿me oyes? Que te den, Micah.

—Eugenia, por favor.

—No quiero volver a verte.

Cierro la puerta después de salir. Micah no me sigue.

Debajo del mar hay una ciudad. En esa ciudad hay una chica con el pelo rojo como el fuego que nunca ha visto, ojos verdes como las algas, pero también como los prados sobre las montañas. Dentro de esa chica existe una llama imposible de apagar.

Fragmento de *Ciudad imposible*,
por EUGENIA SILVA, en el periódico de Salva Guardia



Creía que deshacerme de Micah iba a ser tan fácil como soltarle cuatro palabras feas y cerrar una puerta, pero teniendo en cuenta que no he sido capaz de librarme de él en todo el verano, el pensamiento ha sido bastante ingenuo por mi parte.

Apenas he cruzado el pasillo que separa la habitación de las escaleras cuando escucho su voz por encima de la música, que hace que todos se giren hacia él con curiosidad y después, siguiendo su mirada, hacia mí.

Durante unos segundos, lo único que veo son los nudos en su pelo oscuro, las arrugas en su camisa verde chillón, las puñeteras chanclas rosas y la expresión de dolor en su rostro. Nunca nadie me ha mirado así, con tanta emoción; con tanta desesperación. Entreabre la boca, los labios rojos y brillantes.

—Eugenia. —Leo pero no escucho mi nombre en sus labios, que en esta ocasión no es solo mi nombre sino una plegaria.

Trago saliva y cierro los ojos.

Durante unos segundos, lo único en lo que puedo pensar es en el chico que me ha animado a arriesgarme un poco más, el chico en el que he confiado más que nadie, el chico que me ha enseñado a contar estrellas. El chico al que hace apenas dos meses no soportaba y en el que ahora no dejo de pensar.

El chico que me ha abierto en canal y ha desvelado mi secreto.

Me tropiezo con mis propios pies al darme la vuelta, pero pronto recupero el equilibrio y echo a correr. Se me escapa de la garganta un sollozo tras otro, la única ventaja es que ya no tengo que escuchar a Micah gritar mi nombre. Sin embargo, es demasiado tarde. No puedo ahogar las otras voces, las que no conozco.

Salva Guardia no es una ciudad grande, y no hay mejor sitio para que una noticia viaje rápido que una fiesta llena de personas que no se conocen entre sí.

Escucho los susurros nada más mis pies dejan atrás las escaleras. No solo mi nombre, primero dicho con recelo y luego sorpresa, sino mi apellido y el título de todos los relatos que he publicado en el periódico a lo largo de los años. *Perdida*, *Donde no brilla el sol*, *Isla sin archipiélago* y otros que ni siquiera recuerdo haber escrito, algunos que no me gustaban pero que mandé de todas formas.

Me cuelo entre personas e intento pasar desapercibida, pero por muy alta que esté la música o

por muy espesas que sean mis lágrimas, escucho todos y cada uno de los comentarios que suelta la gente. Sobre mi persona; sobre mis palabras. Mi nombre es lo único que oigo —Eugenia, Nia, Eugenia, Eugenia, Gen, Nia, Nia, Eugenia, *Gen*— y no tengo ni idea de cómo huir.

La marabunta de gente que hacía un rato me protegía de emociones a las que no quería hacer caso ahora se me hace tan pesada que apenas puedo respirar. Me abro paso entre chicas y chicos que me miran mal al apartarlos, pero cuyas expresiones metamorfosean a unas de curiosidad cuando se dan cuenta de quién soy. Agarro la tela de la camisa que llevo puesta y tiro de ella para refrescarme, pero ya no queda aire dentro de la casa.

Balbuceo *perdones* y *lo siento*s que no sé si alguien escucha o entiende y me escabullo de miradas y preguntas que dejo sin respuesta, pero se me ha olvidado dónde está la puerta de salida; la puerta del jardín trasero; las ventanas. No sé cómo salir de aquí sola, no sé cómo volver a casa sin ayuda.

Me ha *engañado*. Me abrazo a mí misma, sola entre un montón de gente, y me muerdo el labio para que deje de temblar, aunque no lo consigo. Las confesiones y las llamadas mucho después de medianoche, los secretos y los besos y las palabras que no nos hemos dicho pero que hemos escuchado de todas maneras.

Nada era verdad.

Y, a pesar de todo, una parte de mí quiere ignorar todo y correr hacia él. Todavía puedo sentir su aliento contra mis labios y sus dedos en mi piel, su voz en mi oído y sus manos en mi pelo. Quiero que me abrace y me diga que todo va a ir bien como ha hecho durante todo el verano. Quiero que me sujete con fuerza y me diga que no ha sido él, aunque sea mentira. Quiero volver atrás en el tiempo y decirle que, a lo mejor, me estoy empezando a enamorar.

—Joder —murmuro, secándome las mejillas con el reverso de las manos con fuerza. Intento sacar el móvil del bolsillo, pero no lo consigo a la primera ni a la segunda ni a la tercera, así que desisto y me apoyo contra una pared—. *Joder*.

Lo peor de todo, es que no tengo a nadie a quien culpar. Micah me amenazó con contarle al resto del mundo mi secreto si no conseguía que Bruno se enamorase de él. Me ha amenazado con ello durante todo el verano. Ha cumplido con su promesa. He tenido dos meses para asimilarlo, pero no he querido abrir los ojos ante lo obvio. La culpa es *toda* mía. ¿Cómo es eso que dicen? No hay más tonto que el que no quiere ver.

Y ahora ni siquiera tengo cómo volver a casa.

Alguien me da un golpecito en el hombro. Pestañeo rápido para apartar las lágrimas y frunzo el ceño cuando me encuentro con una chica rubia que reconozco, una antigua compañera de instituto de Amelia a la que una vez pegué un chicle en el pelo. Hace un puchero y me ofrece un trago de su bebida.

—¿Estás bien? —me pregunta, y estoy a punto de decir *no*; a punto de confesarle todo a esta chica que probablemente ni se acuerde de mí. Pero sé cuál es el momento exacto en el que me reconoce, porque aparta el vaso de plástico y sus ojos, ya grandes de por sí, crecen un poco más —. ¿Eugenia? Joder, ¿eres tú la del periódico, no? No puedo creerme que...

—No. —Mi voz es una exhalación, un fantasma de lo que es normalmente. La chica pone los ojos en blanco y da un paso hacia mí, como si quisiera asegurarse de que tiene razón; acorralada entre ella y la pared, no puedo hacer otra cosa que coger aire e intentar no derramar más lágrimas —. Soy Amelia —añado un momento después, aunque sé que es inútil porque mi hermana y yo

no nos parecemos tanto.

Niego con la cabeza, pero las palabras que deberían acompañar al gesto se me atragantan. No quiero que esta chica sepa quién soy más allá de la niñata que hizo que le tuvieran que cortar varios mechones de pelo hace años. No quiero que le pongan cara a mis palabras. No quiero ser *nadie*.

El rostro confuso de la chica se acentúa cuando, al abrir la boca para decirle algo, lo que sea, se me escapa un sollozo por los labios. Me restriego los ojos con las manos, empeorando un maquillaje que hace rato dejó de ser bonito, e ignoro la voz de la chica, la voz de Micah en mi cabeza, la voz de mi hermana.

«Es un egoísta. Solo piensa en él», me dijo antes de salir de casa. No quería hacerle caso porque la película que me había montado en mi cabeza era más atractiva. Me he hecho daño a mí misma, pero, peor que eso, le he hecho daño a mi *hermana*. He estropeado la poca relación que teníamos por un *chico*.

¿Cómo he podido ser tan *tonta*?

No sé qué decirle a la chica, así que no le digo nada. Me doy la vuelta y me escabullo entre un grupo de amigos que intenta bailar, pese a estar pegados los unos a otros de pies a cabeza. Alguien me da un manotazo; una chica se pone a cantar justo en mi oreja; un chaval mayor que el resto alza los brazos y suelta un aullido que termina de dejarme sorda.

La música está más alta que la última vez y las luces de colores me ciegan momentáneamente cuando me enfocan la cara y siento el móvil vibrar incesantemente en el bolsillo de mis pantalones. Todo lo que he bebido a lo largo de la noche se multiplica por diez y me duele la cabeza. Me duele tanto que estoy segura de que va a explotar.

Solo quiero irme a *casa*.

Pero no sé cómo salir de este laberinto, o cómo acallar a un Bruno Mars que debería haber eliminado de mi vida hace tiempo, o cómo dejar de pensar en hoyuelos y una sonrisa dulce, en estrellas fugaces y *croissants* y fotos en la playa, fotos de bebés. Estoy en un bucle del que temo no poder salir nunca.

No tengo ni repajolera idea de qué voy a hacer una vez consiga salir de aquí; no tengo coche y no tengo amigos, no tengo absolutamente a nadie a quien llamar porque ahora todo el mundo sabe quién soy, vía libre para ser juzgada ante todos. No tengo ni idea, pero *necesito* salir. Necesito irme de aquí.

Me pongo de puntillas y doy vueltas sobre mí misma para intentar encontrar una puerta —*cualquiera*—, pero me tropiezo con alguien y acabo golpeándome la nariz contra una pared que no había visto. Apenas me he acercado una mano a la cara para comprobar que no me he hecho sangre cuando alguien me agarra el codo y tira con tanta fuerza de él que me sorprende no acabar en el suelo.

Abro la boca para quejarme, pero al girarme y ver a la persona que me ha encontrado, se me vuelven a saltar las lágrimas.

—Bruno.

Nunca me había alegrado tanto de ver a mi mejor amigo. Embutido en una camisa de cuello vuelto marrón sin mangas y pantalones pitillo igual de oscuros, rulos color chocolate más despeinados que nunca y sin gafas. Estoy tan aliviada de verlo que paso por alto el ceño fruncido y la mueca de sus labios.

—Bruno —boqueo como un pez fuera del agua—, por favor, tienes que...

—No *tengo* que hacer nada —escupe, y hay tanto veneno en sus palabras que doy un paso atrás instintivamente—. No tenías suficiente, ¿no? No tenías suficiente con joderme el viaje que encima me has mentido.

La música es ensordecedora, pero la voz de Bruno lo es más todavía. Trago saliva y lo miro con los ojos abiertos como platos, confusa a la vez que sorprendida; sabía que no le iba a hacer gracia que no le hubiera dicho lo del periódico, pero nunca pensé que se lo tomaría tan mal. Intento zafarme de su agarre, pero los dedos de Bruno, en lugar de dejarme ir, aprietan más mi brazo.

—No lo sabía nadie, Bruno. No... ha sido... yo no...

Y es entonces cuando lo veo. Finn, el pelo sujeto en una diadema verde y cruzado de brazos a espaldas de Bruno, su expresión igual de enfadada. Como *flashes*, toda la noche se me viene encima: mi secreto, pero también aquello que nunca debí guardarme. Bruno no está hablando de mis relatos en el periódico, sino de una mentira mucho peor. Una que nunca debí decir.

—Te lo iba a contar —le digo a Finn, aunque me giro inmediatamente después hacia Bruno—. Se lo iba a contar, Bruno. Micah me estaba haciendo chantaje, por eso... por eso todo el mundo sabe lo de... del...

Es inútil. Puedo ver en la mirada de Bruno que está haciendo caso omiso a todas y cada una de mis palabras, que le entran por un oído y con la misma rapidez le salen por el otro. Sacude la cabeza, y en sus ojos veo tanta decepción que siento cómo el corazón se me parte en dos por segunda vez en apenas unas horas. Me suelta el brazo; esta vez soy yo la que se agarra a él.

—Tienes que escucharme —le suplico entre lágrimas, pero es inútil—. Por favor, tienes que hacerlo. *Tienes* que creerme. No puedes...

—Puedo hacer lo que me dé la gana —me interrumpe Bruno—. ¿Te daba tanta rabia que te dejara en Salva Guardia, triste y sola, que pensaste que hacerme sentir miserable era buena idea? ¿Es eso?

Se ha formado un corro a nuestro alrededor, curiosos escuchando la discusión y observándonos como si fuéramos un espectáculo de circo. Juzgándome, también, estoy segura. «La chica de los relatos», me los imagino diciendo, «la mentirosa y la embustera».

—¡Eres una amiga de mierda! ¿Qué cojones te pasa en la cabeza? —Un chico a mi lado resopla ante las palabras—. ¿Es esto a lo que te referías cuando me dijiste que me echabas de menos? Porque no lo entiendo, Eugenia. ¿Qué es lo que echabas de menos, hacerme sentir como una mierda?

—Bruno —sollozo—, escúchame, por favor. Era Micah. Sabía lo del periódico y me estaba haciendo chantaje, iba a decirlo si no...

—¡Micah me importa una mierda! —vocifera, espantando a varios espectadores—. ¡Se supone que yo soy tu mejor amigo, no él! Deberías habérmelo contado. Deberías haber hecho *cualquier* otra cosa menos lo que has hecho.

—Es que no sabía qué hacer. No sabía cómo arreglarlo. Bruno, no era mi intención.

—*Nunca* es tu intención. —Las palabras, tan familiares, me dejan sin aliento; no sé qué contestar y Bruno estalla de nuevo ante mi silencio—: Siempre piensas en ti misma, siempre eres tú, tú y tú. Sabía que nada iba a cambiar y, aun así, quise convencerme.

—No digas eso —murmuro, dando un paso hacia él, que da un paso hacia atrás—. Bruno, no

digas eso.

—*Bruno* —escucho a Finn decir, pero Bruno tampoco le hace caso a él.

—No has hecho otra cosa más que hacerme perder el tiempo durante todos estos años — declara Bruno, pasándose las manos por el pelo y dejándolas caer de golpe—. Debería haber hecho esto hace ya tiempo.

Abro la boca para rebatirle que eso no es verdad, que nuestra amistad no ha sido en vano y que sé que está enfadado, que sé que he hecho las cosas mal y que si pudiera volver atrás en el tiempo lo cambiaría todo, que todavía puedo arreglarlo. Pero no me salen las palabras, y aunque lo hiciesen ya es demasiado tarde. Es demasiado tarde.

—Ojalá te pudras en esta ciudad, Eugenia.

Con esas últimas palabras, Bruno se da la vuelta y se va. Finn me dedica una última mirada, ya no enfadada, sino de lástima, y desaparece por el mismo camino, dejándome completamente sola. Completamente sola y al mismo tiempo rodeada de decenas de personas, todas ellas repitiendo las mismas palabras una y otra vez: *qué amiga de mierda, qué amiga de mierda, qué amiga de mierda...*

Y no les falta razón.



En lugar de seguir buscando la puerta, me dejo caer contra la pared y me deslizo hasta caer de culo; no es probablemente una buena idea sentarme en el suelo, pringoso, lleno de bebidas y sabe Dios qué más, pero estoy cansada.

Estoy tan cansada que ni siquiera me salen más lágrimas; me abrazo las piernas y escondo la cara en las rodillas, deseando más que nunca poder ser invisible. Hace años, cuando todavía vivíamos en Argentina, una de mis compañeras convenció al resto de la clase para que fingieran que no existía. Era solo una broma, pero durante un par de horas estaba segura de que había desaparecido y que, como un fantasma, iba a vagar por los pasillos sin que nadie me viese.

Es uno de los peores recuerdos que tengo del colegio, pero ahora mismo daría lo que fuera por convertirme en un espectro. Solo quiero desaparecer y volver al anonimato que tan cómoda me hacía sentir.

Aunque, a fin de cuentas, me lo merezco. Me merezco las miradas de las chicas que llevan diez minutos susurrando entre ellas; las risas de los dos chicos que no paran de lanzarme miradas, los cuchicheos del grupo de gente que me señala de vez en cuando como si no estuviera aquí, viéndolos. Todos los comentarios malos sobre mis relatos, las burlas y las críticas y las malas caras... Me lo merezco.

Micah me ha traicionado, pero yo he hecho algo mucho peor: he engañado a mi mejor amigo. No solo he perdido a alguien a quien creía querer, sino que he perdido a alguien a quien de verdad quería.

—Eugenia.

No me molestó en mirar. He escuchado mi nombre en tantas voces diferentes a lo largo de la noche que ha acabado por perder el sentido. La Eugenia de la que hablan podría ser cualquiera, pero definitivamente no soy yo.

—Eugenia, vamos.

Cierro los ojos con fuerza e intento concentrarme en el sonido de la música, en las risotadas de los borrachos o en el rugir de mi propio corazón en mis oídos. No quiero saber nada de nadie.

—*Nia*, mírame. —Cuando no reacciono, la persona que me está llamando me coge la cara con ambas manos y me hace mirarla a la fuerza. Tengo una palabrota en la punta de la lengua, pero se me olvida tan pronto como veo los ojos color almendra, iguales a los míos—. Vámonos a casa, anda.

—¿Amelia? —Pensaba que ya no iba a llorar más, pero las lágrimas vuelven a mis ojos ante la imagen de mi hermana, acucillada delante de mí con una sonrisa cálida que juraría hace años que no veo—. ¿Qué haces aquí?

Mi hermana sacude la cabeza y hace una mueca cuando alguien desparrama parte de su bebida a nuestros pies. Me aparta el pelo de la cara y se levanta, tendiéndome una mano para que haga lo mismo.

—¿Tú qué crees? Vengo a por ti.

Solo nos llevamos dos años de diferencia. Cuando éramos pequeñas, esos dos años significaban una vida entera: la Amelia de seis años era la persona más lista del planeta, mientras que la Eugenia de cuatro no sabía ni cómo atarse los cordones de los zapatos. La Amelia de doce años iba al instituto, era una de las personas guais y no había nada que la Eugenia de diez años quisiera más en el mundo que parecerse a ella.

Pero ahora, con diecinueve y veintiuno, somos la misma persona: ambas nos hemos quedado estancadas en Salva Guardia, ambas con una educación que no va más allá del instituto, ambas en casa de nuestros padres. Hace tiempo que dejé de sentirme como la hermana pequeña.

No obstante, cuando entrelazo mis dedos con los de Amelia y dejo que me levante como si fuera un peso muerto, cuando me dejo guiar por ella hasta la salida que llevo buscando toda la noche, cuando dejo que me abra la puerta del copiloto de su coche y que me ponga el cinturón, me vuelvo a sentir como la Eugenia de cuatro años. Como la mocosa que no sabía cómo funcionaba la vida y quería ser como su hermana mayor.

Echo de menos a esa mocosa. Echo de menos a Amelia.

—Tenías razón —murmuro, subiendo las piernas al asiento y apoyando el cuerpo en la puerta para ver mejor a mi hermana.

Amelia no aparta la vista de la carretera, oscura salvo por las pocas luces amarillas que todavía no se han fundido. Hace no mucho recorrí este camino, aunque en otro coche y con otra persona.

—Dímelo otra vez cuando no estés borracha.

Se me escapa un sonido que es medio risa, medio sollozo y me restriego los ojos, manchándome las manos con los restos de rímel y sombra.

—Tenías razón sobre Micah —repito—. Debería haberte escuchado. Joder, lleva todo el verano haciéndome chantaje. Debería haberte hecho caso desde el principio, cuando me dijiste que no me iba a traer nada bueno.

—¿Chantaje?

—Me dijo que no se lo iba a contar a nadie —murmuro. Amelia sigue sin mirarme, pero apaga la radio para escucharme—. Ahora todo el mundo sabe que soy el Anónimo.

—Eugenia...

—Lo siento —interrumpo, de nuevo rompiendo a llorar—. Por todo. Siento haber sido una hermana de mierda. Siento no haberte escuchado. Siento haberte cogido el coche sin preguntar y siento haberme distanciado y... y... debería haberte hecho caso, Ames. No debería haberme juntado con él. Pensaba que le gustaba de verdad, que había cambiado, que...

—Eugenia, ¿qué ha pasado?

Como si fuera uno de mis relatos, le narro a mi hermana todo, desde el principio: la noche en la que insulté el libro de Micah y el día después, cuando me dijo que sabía mi secreto y amenazó

con contárselo a todo el mundo. Las conversaciones profundas, Bruno y Finn, la librería escondida y las fiestas, el no final de su libro.

Le hablo sobre lo segura que estaba de que Micah era una persona completamente diferente a la que recordaba de hace años y del chico que he conocido a lo largo del verano, uno dulce y considerado y más parecido a mí de lo que nunca pude llegar a imaginar.

—Era todo mentira —baluceo al terminar, derrotada. Hemos llegado a casa, pero mi hermana no apaga el motor ni sale del coche—. Le ha contado a todo el mundo que soy el Anónimo. ¿Por qué lo ha hecho?

Es una pregunta para la que, por supuesto, Amelia no tiene respuesta. Así que no responde. En su lugar, se inclina hacia mí y me envuelve en un abrazo. La palanca de cambios se interpone en su camino y yo todavía no me he quitado el cinturón, así que decir que no es lo más cómodo del mundo se queda corto. A pesar de todo, no recuerdo la última vez que Amelia me abrazó así de fuerte y con tanto cariño. Huelo su champú de plátano y su colonia, tan familiar que me duele el pecho. No quiero perderla nunca.

—No quiero que te vayas —suelto entonces—. No quiero que me dejes sola en Salva Guardia.

—Nia... —murmura Amelia, separándose unos centímetros. Me seca las lágrimas con los pulgares y esboza una sonrisa suave, como si le estuviera hablando a un bebé—. Sabes que tengo que irme. Pero no vas a estar sola solo porque me marche. Podemos llamarnos. Y hacer Skype. Puedes venir a visitarme, si quieres.

Asiento con la cabeza, incapaz de decir palabra, pero Amelia no me suelta la cara.

—Y no eres una hermana de mierda, ¿me oyes? —dice, muy seria—. Y si lo eres, yo también. Las dos hemos sido unas capullas con la otra. La culpa no es solo tuya.

—Ni siquiera sabía que tenías novia —musito—. Solo me enteré porque Carolina me lo dijo.

—¿Sam O'Donnell? —Si no fuera porque sigo llorando, me haría gracia que mi hermana y Micah llamen a Carolina de la misma manera—. Siempre se entera de todo, no sé cómo lo hace. Pero tú no tienes la culpa de no saberlo porque no te lo he dicho. Yo no sabía que tú tenías un lío con Micah. O tu pelea con Bruno.

Llamar a lo mío con Micah un *lío* es pasarse bastante; llamar *pelea* a mi discusión con Bruno es quedarse corto. Me encojo de hombros. Ahora no quiero hablar sobre ellos.

—Háblame sobre tu novia. Reagan, ¿no?

Una sonrisa brillante cubre el rostro entero de Amelia ante la mención de su novia, y una vez empieza a hablar de ella, no hay quien la pare. Se conocieron hace seis meses. Reagan tiene un blog de cocina en el que mi hermana dejó un comentario sugiriendo —o más bien *exigiendo*— hacer un cambio a una receta de huevos rellenos para mejorarla. Reagan le mandó un *e-mail* para, básicamente, mandarla a la mierda. Fue amor a primera vista.

Lo que empezó como una discusión acabó convirtiéndose en una conversación más o menos civilizada, y después de unos días descubrieron que Reagan vive a tan solo media hora de Salva Guardia. Decidieron verse, no para dar una vuelta o tomar algo, sino para *competir* sobre qué huevos rellenos eran mejores. Ganó Reagan; como premio, le pidió una cita a mi hermana.

—No te imaginas la sorpresa que nos llevamos —parlotea Amelia, dándole al volante un manotazo del que apenas se da cuenta— cuando nos enteramos de que a ambas nos habían contratado en el *Dîner dans le noir*.

—Te vas con ella a Córdoba. —No es una pregunta, pero la cara de Amelia es respuesta suficiente.

—Ya sé que es un poco precipitado —murmura Amelia, la primera nota de duda en su voz— porque nos conocemos desde hace menos de un año y eso. Sé que puede salir mal, pero... también puede salir muy bien. Quien no arriesga no gana, ¿no?

Quien no arriesga no gana. A mí no me ha salido demasiado bien.

—¿Puedo preguntarte algo?

Mi hermana saca, por fin, las llaves del contacto. Las luces desaparecen con el ruido del motor, sumiéndonos en casi una oscuridad completa. A pesar del negro de la noche, veo su sombra asentir.

—¿Por qué dejaste de hablar con Micah?

El silencio se alarga tanto que empiezo a pensar que Amelia no me ha escuchado, a pesar de estar a menos de un metro de distancia. Se me ocurre que quizá es una pregunta a la que no quiere dar respuesta, o que el tema le pone de tan mala leche que quiere dejarlo pasar. Sin embargo, esta no es como las otras veces que he intentado sacárselo. Otras veces, Amelia me interrumpe antes siquiera de haber terminado de hablar o me dice que la deje en paz.

Ahora, solo recibo silencio. No es que no quiera contestar; está pensando cómo hacerlo.

Después de lo que parecen horas, mi hermana extiende un brazo y enciende una de las luces que hay encima del espejo retrovisor. Arruga la nariz antes de mirarme.

—Mamá y papá piensan que Micah estaba enamorado de mí, ¿sabes? —dice, una sonrisita nostálgica en los labios—. Algunos de nuestros antiguos compañeros de clase también.

—Maddie piensa igual.

Amelia pone los ojos en blanco.

—No le gustaba a Micah, él prefiere chicas más... espontáneas. Éramos amigos, no había nada entre nosotros. Lo quería mucho, pero como se quiere a un hermano. Hacíamos todo juntos, ¿te acuerdas? Siempre estabas intentando unirte a nosotros.

—Nunca me dejabais, ni siquiera cuando estabais viendo una peli.

—Ya, es que eras una mocosa insoportable —se ríe Amelia, dándome una palmadita en la rodilla. Luego suspira—. Micah quería que siguiéramos juntos después del instituto. Vivir toda la experiencia universitaria a la vez. Y yo... no.

Amelia nunca ha querido ir a la universidad. Lo empezó a decir en casa a los dieciséis años, cuando nuestros padres empezaron a preguntarle qué le gustaría estudiar cuando fuese mayor. Todavía recuerdo estar escondida en las escaleras y escuchar las broncas de mi madre, a mi padre diciendo que estaba echando por tierra toda su vida. Cuando yo les dije que quería trabajar durante unos años antes de irme a estudiar fueron más permisivos, supongo que porque no querían pasar por lo mismo una segunda vez.

—No se lo dije a Micah hasta que terminamos el instituto —continúa Amelia—. Fue un error por mi parte. Le decía que sí, que estaba rellenando todos los papeles necesarios para solicitar plaza en universidades que ni siquiera sabía dónde estaban y que me encantaban todos los pisos que me mandaba a las tantas de la madrugada. Nunca le dije que quería irme con él a la universidad, pero tampoco le dije que no.

—Le mentiste —no puedo evitar decir.

—Sí. Le mentí durante meses. Y cuando le dije la verdad, Micah... En todos los años que lo

había conocido, nunca lo había visto tan furioso. Se cabreó por no haberle contado la verdad, pero también se enfadó porque había decidido quedarme. Micah lleva toda su vida soñando con escapar de Salva Guardia. Supongo que te lo habrá dicho.

Esta vez soy yo la que se encoje de hombros.

—Se pareció bastante a mamá y papá, de hecho. Me dijo que estaba malgastando mi tiempo quedándome en la ciudad y que, si no me iba entonces, no me iba a ir nunca. —Una pausa para recuperar el aliento—. También me llamó cobarde. Me dijo que estaba demasiado asustada como para irme de Salva Guardia y que, si no me iba con él, nuestra amistad iba a terminar. Por eso lo llamé egoísta, porque ni siquiera pensó en por qué no me quería ir. No se paró a pensar en que no todo el mundo es como él.

Abro la boca involuntariamente ante las palabras de mi hermana. Quiero decir algo, pero no estoy muy segura de qué. Me pregunto qué hubiera sido de Micah si Amelia lo hubiera acompañado a la universidad, si hubiera cambiado algo.

—No hablamos en todo el verano, y a finales de agosto Micah se piró a Corea del Sur. Luego ya era demasiado tarde.

—A mí no me ha dicho nada de eso —musito, casi como en un trance—. A mí...

Dejo la frase colgando en el aire y miro a Amelia como si ella supiera cómo acaba.

—No quería que te juntaras con él porque, si lo hacías, la posibilidad de que te dijera lo mismo que a mí era bastante grande. No quería que te hiciera sentir igual de inútil que me hizo sentir a mí.

—Pero a mí no me ha dicho eso —repito, esta vez con más convicción—. No sabes...

Sí que es verdad que, las veces que hemos hablado sobre el tema, Micah me ha animado a irme de Salva Guardia y ver qué es lo que tiene para ofrecermelo el resto del mundo. Me ha dicho que debería arriesgarme más y pensar más allá de la burbuja que es Salva Guardia, pero nunca, en ningún momento, me ha llamado cobarde. No se ha reído de mis decisiones ni las ha criticado; si bien, todo lo contrario.

Cierro los ojos y me los tapo con los puños, incapaz de procesar la historia de mi hermana. Micah y ella dejaron de hablarse porque Amelia no quería irse de la ciudad y Micah solo quería escapar. Se pelearon porque consideraba a mi hermana una pringada por querer quedarse en casa.

—También me estaba mintiendo en eso —digo entonces, llegando a la conclusión súbitamente—. Le conté que me daba miedo empezar en otro sitio. Le conté *todo*, Ames.

«No te lo tomes a mal, pero creo que deberías arriesgarte más». Micah me había dicho incontables palabras bonitas cuando en realidad estaba pensando en lo tonta que soy por haber decidido quedarme. Sabía que había hecho el ridículo, pero no sabía hasta qué punto. No tenía...

—No —sentencia Amelia, su tono brusco me saca de mis pensamientos. La miro con el ceño fruncido, sin entender a qué se refiere—. No creo que Micah te estuviera mintiendo.

—Pero has dicho...

—Sí que ha cambiado —me interrumpe. Se muerde el labio y me evita la mirada—: Nia... creo que tenías razón. No es el mismo de hace dos años. No creo que Micah te haya mentado en ningún momento.

—Le ha contado a todo el mundo que soy el Anónimo —argumento, confusa con el giro que ha dado la conversación. ¿Por qué está Amelia *defendiéndolo*?—. No le importo, si ha...

—Él es quien me pidió que fuera a buscarte a la fiesta —vuelve a interrumpirme. Esta vez

cierro la boca—. Sabía que estabas mal y que no aceptarías que él te trajese a casa, así que me llamó para que fuera a por ti.

La cabeza me da vueltas. Es imposible que el alcohol siga afectándome porque ya hace horas desde que me bebí la última copa, pero me siento más borracha que nunca. No sé si es que he perdido el hilo de la conversación o si simplemente ha perdido el sentido, pero se me encoje el estómago ante las palabras de mi hermana. No tiene la voz de alguien que está contando algo de buen gusto.

—Sí que le importas a Micah —murmura Amelia, mirándome de nuevo. Los ojos le brillan con lágrimas a punto de derramarse—. Él no ha sido. Micah no ha contado que eres el Anónimo.

No. No, *nonono*. No quiero escuchar el final de lo que quiera que Amelia esté intentando decirme. Cojo aire por la boca, pero de repente el oxígeno dentro del coche es prácticamente inexistente, tan fino que no me llena los pulmones por mucho que inhale. Escucho a mi hermana hablar, pero su voz se ha convertido en ruido de fondo, sus palabras son sonidos que mi cerebro no sabe interpretar.

Es como si estuviera otra vez en la fiesta, tambaleándome escaleras abajo y perdida. Agarro con ambas manos el tirador de la puerta para abrirla, pero no cede. Tiro y tiro y tiro, pero no hay manera de abrirla. Amelia me coloca las manos en las muñecas, sus dedos abrasándome la piel.

—Lo siento —dice, llorando, sus voz rota demasiado parecida a la mía—. Eugenia, escúchame. Estaba enfadada. No debería haberlo hecho, Eugenia, tienes que perdonarme, por favor...

No sé cómo lo ha sabido. No *quiero* saberlo. Solo quiero salir del coche, escapar de este espacio tan pequeño que no me deja respirar.

—Nia. Nia, por favor, no quiero volver a perderte —solloza Amelia. Le aparto las manos con un golpe, pero vuelven apenas segundos después—. No sabes cómo me arrepiento, Eugenia. Lo siento mucho, no pretendía...

—No me toques —jadeo, mi voz tan solo una exhalación.

Caigo, entonces, en la existencia del seguro. Me tiemblan tanto los dedos que no consigo darle al botón a la primera ni a la segunda, pero a la tercera por fin lo consigo. El «clic» de las puertas desbloqueándose hace eco por todo el interior del coche, acallando momentáneamente los perdones de mi hermana.

De nuevo, agarro el tirador con fuerza y abro la puerta. El aire tibio de la noche me da de lleno en la cara. Las uñas de Amelia se me clavan en el muslo cuando me sujeta para que no me vaya.

¿Es así como se sintió Bruno cuando se enteró de que le había mentado? Sabía que la discusión con Amelia iba a tener consecuencias, pero nunca me imaginé que serían tan catastróficas.

—Eugenia —suplica mi hermana. Me quito el cinturón y salgo del coche, aunque me tambaleo y acabo de rodillas en el suelo—. Eugenia, tienes que perdonarme. Por favor, habla conmigo. Podemos arreglarlo.

—No quiero arreglarlo —murmuro desde el suelo. Dudo que me escuche, así que lo digo más alto—: No quiero arreglar nada.

Esas palabras son las que finalmente le cierran la boca a Amelia, que, todavía inclinada sobre el asiento del copiloto, me mira con ojos grandes y anegados en lágrimas. No he podido ser más

tonta; la relación con mi hermana lleva rota mucho tiempo. No hay pegamento que vuelva a juntarnos.



Las agujas del reloj marcan las ocho y media cuando abro los ojos. Cualquiera hubiera pensado que después de todo lo ocurrido me costaría volver a despertarme, pero por más que lo intente, no puedo volver a conciliar el sueño.

Me encuentro fatal. La cabeza me da vueltas a cada paso que doy y tengo entumecidas todas las extremidades. No reconozco mi reflejo en el espejo del baño. Tengo los ojos hinchados y rímel por todas partes, y mi pelo parece un nido de pájaros de lo enredado que está.

Soy una caricatura de mí misma.

Me restriego los ojos con los puños y cuento hasta diez, luego hasta veinte. No voy a volver a llorar; eso no ha solucionado ninguno de mis problemas, y dudo mucho que ayude ahora mismo. Debería darme una ducha, beber un litro de agua de una sentada y volver a la cama. Quizá ponerme una película y encerrarme en mi habitación.

En cambio, me visto con unos pantalones cortos y una camiseta de mi padre y salgo a correr.

Hace bastante desde la última vez que hice ejercicio, y las pulsaciones en mi cabeza por la resaca no ayudan precisamente a que me encuentre mejor. Me cuesta hacerme con el ritmo de la carrera, tanto que siento que me voy a caer en cualquier momento, pero no dejo de moverme. Siento presión en los gemelos y me arden los muslos, me arde todo el cuerpo. No consigo coordinarme lo suficiente para coger aire por la nariz y por la boca e hiperventilo. Necesito parar y recuperar el aliento.

No lo hago.

Corro y corro sin parar. A través del vecindario, cruzando calles y pasando coches, casas, desconocidos. El sol se despereza en el horizonte. Así, puedo fingir que soy la Eugenia de ayer, enamorada y sin problemas. *Contenta*. Si me detengo, la fantasía va a resquebrajarse y todo va a venirse abajo.

Así que no lo hago.

Apago el móvil y lo lanzo al extremo opuesto de la cama cuando Bruno Mars empieza a cantar, la quinta llamada de un número desconocido en lo que llevamos de mañana. Cogí la primera, como una tonta, solo para encontrarme con la voz de alguien a quien no he conocido en mi vida preguntándome cuándo iba a publicar el próximo relato. No sé cómo se han hecho con mi número de teléfono, pero nunca ha sido tan tentador romperlo en mil pedazos.

La única persona que quiero que me mande un mensaje no lo ha hecho; los cuatro o cinco que le he mandado a Bruno suplicándole que me deje explicarle la situación no han obtenido respuesta. En una semana va a irse y voy a perderlo para siempre.

Está pasando justo lo que no quería que pasase.

Me abrazo a la almohada y cierro los ojos con fuerza. No sé qué hacer. No tengo ni idea de cómo solucionar las cosas. La última vez que nos peleamos, una conversación puso fin a la discusión, aunque esta vez no creo que un par de palabras bonitas y unos cuantos *lo siento* sean suficientes. Pero si no es eso, ¿entonces qué? ¿Cómo puedo hacerle ver a Bruno que no pretendía hacerle daño, ni a él ni a Finn?

Ni siquiera sé si hay respuesta a esa pregunta.

El móvil empieza a sonar y vibrar con uno, dos y tres mensajes nuevos. Me estiro para cogerlo, a pesar del presentimiento que me avisa de que no me va a gustar lo que voy a ver. Además de las llamadas, también he recibido una cantidad preocupante de mensajes de números desconocidos.

Desbloqueo la pantalla y entrecierro los ojos ante el brillo. No puedo evitar soltar un suspiro cuando leo los mensajes. Casi hubiera preferido que fueran de un extraño.

Eugenia, tienes que escucharme. 12:31

Yo no he sido el que ha revelado que eres el Anónimo. Todo lo que te dije ayer era verdad, nunca hubiera descubierto tu secreto. Después de un tiempo ni siquiera me importaba el chantaje, te prometo que no iba en serio. 12:31

¿Quieres que te cuente algo que no le he dicho a nadie? 12:31

Me dedos escriben «sí» antes siquiera de que mi cerebro registre lo que Micah me está preguntando, pero borro el mensaje igual de rápido. Si cierro los ojos, todavía puedo escucharlo hace apenas un día, su voz ronca y suave contra mis labios.

«¿Qué quieres que te diga? Ya lo sabes todo».

No sabía *nada*. Hay tantas cosas sobre las que no tenía ni idea que ni siquiera sabría por dónde empezar. No sabía que lo del chantaje había dejado de ir en serio y tampoco sabía que una de las razones por las que tanto me gustaba —me *veía*, a mí y a mis defectos— era la misma por la que había hecho a mi hermana sentirse como una mierda. No sabía que acercarme a él me iba a causar tantos problemas. No sabía que iba a acabar tan *mal*.

¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Me cubro los ojos con el antebrazo para tapar la luz que entra por la ventana. Puede que Micah no haya sido el que ha desvelado mi secreto, pero eso no quita el hecho de que me haya estado haciendo chantaje, por muy falso que fuera al final.

No le hubiera mentido a Finn sobre Bruno si no hubiera sido por Micah... aunque, al fin y al cabo, la culpa la tengo solo yo. Pude haberle contado a Finn la verdad cuando tuve oportunidad. Pude haber decidido ser una buena amiga, pero me preocupó más mi anonimato que mi mejor amigo. Mi hermana me llamó egoísta; no estaba muy desencaminada.

Me llega otro mensaje. Se me encoje el corazón cuando lo leo.

me ugstas un monton Gen muchisimo. No quiero
que se acabe lo que teníamos por fvor
contéstame. 12:43

Vuelvo a tirar el móvil lejos, aunque esta vez rebota contra el colchón y cae al suelo con un golpe seco. *Por supuesto* que le gusto a Micah Nguyen, escritor *best seller* y ex mejor amigo de mi hermana, el chaval que se va a por *croissants* del pueblo de al lado porque tiene un antojo, el chico que me conoce de dentro hacia afuera y que ha guardado mi secreto.

No hay broma más cruel.

¿Pero qué más da? No me lo merezco, y aunque lo hiciera, ya no queda tiempo. En una semana, Micah se vuelve a Corea del Sur a estudiar. No lo voy a ver hasta el verano que viene, y eso siendo optimistas.

Han sido solo dos meses, me recuerdo a mí misma. Aunque yo haya sentido este tiempo infinito, lo nuestro —si es que es algo— solo ha durado *dos meses*. Estoy segura de que más allá de Salva Guardia hay alguien a quien Micah no necesitará chantajear para seguir manteniendo el contacto.

De todos modos, la nuestra es una relación destinada al fracaso. Todo el mundo sabe que nada es duradero si se construye sobre mentiras.



Los siguientes tres o cuatro días se convierten en algo monótono, el mismo día repitiéndose una y otra vez y haciéndose tan pesados que he dejado de contarlos.

Me levanto pronto, no porque quiera, sino porque mi cuerpo se niega a dormir más de lo necesario. Salgo a correr, añadiendo kilómetros a mi ruta usual como si eso ayudase de alguna forma. Me encierro en mi cuarto, corto llamadas de números ocultos y leo mensajes de desconocidos y comentarios de mis relatos. Solo salgo para comer y cenar; ignoro a Amelia, a pesar de sus miradas suplicantes. Escucho canciones de *k-pop* melancólicas a todo volumen. Ignoro los mensajes de Micah, las ganas que tengo de verlo, lo mucho que echo de menos a Bruno, lo triste que estoy.

El día después de que mi secreto se filtrara, Silvia me llamó para comunicarme que me daba una semana libre en La esquina 43. Nunca me dijo cuál era el motivo detrás de su decisión, pero Maddie ha respondido por ella: no ha parado de ir gente a la librería en mi busca, como si fuera una celebridad, para que firme periódicos viejos y sacarme fotos.

«No sé por qué no lo dijiste antes», me escribió Maddie el otro día. Pero las firmas y las fotos no son todo lo que hay. He leído suficientes críticas destructivas para toda una vida. Me gustaba publicar en anónimo porque eso significaba que la gente juzgaba mis relatos, no a mí. Ya no solo importan mis palabras, sino quién soy y quién me conoce y de *qué* me conocen.

Quiero escapar de mi propia piel. Volver a ser invisible.

Acabo de volver a casa después de una hora corriendo, pegajosa y cansada. Lo único que me apetece es una ducha fría, tumbarme en la cama y esperar a que pasen las horas como llevo haciendo los últimos días.

No obstante, hoy cambia algo en mi rutina. Después de pasar por la cocina a por un vaso de agua, me dirijo a mi habitación, en la que normalmente no me espera nadie. Hoy, al abrir la puerta, me encuentro a Amelia sentada en la cama deshecha. Está leyendo la contracubierta de mi ejemplar de *Estrellas bajo el mar*.

—Es un muy buen libro —comenta, como si no hubiera pasado nada entre nosotras.

—Me dijiste que no te lo habías leído —murmuro, recordando nuestra conversación en el sofá.

—Me lo compré nada más salió —admite—. No me extraña que Micah se haya hecho tan famoso.

Tengo un «fuera de mi cuarto, quiero estar sola» en la punta de la lengua, pero esas no son las palabras que salen de mis labios.

—Todavía no me lo he terminado.

No sé si lo haré; varias veces he estado a punto de buscar en internet cuál es el final del libro, de hacerme *spoiler* solo para no tener que leer una historia que grita *Micah*. Pero nunca he llegado a hacerlo, no he sido capaz de pulsar el botón de buscar y destriparme la historia.

—Deberías —dice Amelia—. Te conozco, sé que no te va a defraudar.

Tiene el pelo recogido en un moño deshecho y ojeras oscuras bajo los ojos. Ya no trabaja en el Géminis, así que no se viste con otra cosa que no sea un pijama a no ser que vaya a salir de casa, cosa que no ha hecho en todos estos días. Estará ocupada haciendo las maletas, supongo.

—Eugenia —dice cuando no contesto, dejando el libro a un lado en la cama—. No sabes cuánto lo siento.

Me muerdo el interior de la mejilla cuando siento el escozor de las lágrimas tras los párpados. Cierro la puerta, principalmente porque no quiero que nuestros padres escuchen la conversación, pero también porque necesito algo que hacer, algo con lo que distraerme. Después me acerco al cajón de los calcetines y empiezo a rebuscar.

—Es una excusa de mierda —continúa Amelia—, pero te dije que no te acercaras a Micah y no me hiciste caso. Ya sé que ha cambiado —se apresura a añadir cuando la miro con el ceño fruncido—, y que no es el mismo de hace dos años, y que no te estaba haciendo daño. Ya lo sé, pero lo sé *ahora*. —Sacude la cabeza, como si las palabras que quisiera decir y las que está diciendo no fueran las mismas. Trago saliva y me obligo a mirarla—. Cuando... La última vez que nos peleamos, cuando me cogiste el coche, pensaba que Micah te estaba haciendo lo mismo que me hizo a mí, que iba de buenas, pero te iba a clavar un puñal en la espalda en cualquier momento. No fueron las mejores maneras, pero al decirte que te alejaras de él, estaba intentando protegerte.

—Él no es quien contó mi secreto —no puedo evitar decir.

—Ya lo sé, lo sé. —Amelia entierra las manos en el pelo, deshaciéndose el moño casi al completo, aunque no parece importarle demasiado—. Debería haberte contado por qué nos peleamos cuando me lo preguntaste, joder, podríamos haberlo hablado. Pero... empezaste a defenderlo a él, y me había hecho tanto daño, y...

—Te enfadaste —sugiero.

—No. —Vuelve a sacudir la cabeza, los ojos inundados en lágrimas—. Me puse celosa.

Abro los ojos de par en par, incapaz de esconder mi reacción. No sé cuál era la explicación que me estaba esperando, pero desde luego esta no. Amelia se pasa el reverso de las manos por la cara para apartarse las lágrimas y levanta la cabeza hacia mí, inmóvil en medio de la habitación.

—Cuando éramos pequeñas, éramos más... amigas. ¿Te acuerdas? Siempre me hacías caso, como si yo tuviera la verdad absoluta. Pero el otro día, lo que te decía te entraba por un oído y te salía por otro. Confiabas en Micah mucho más de lo que confiabas en *mí*. Así que me enfadé y, después, me puse celosa.

No sé qué contestar. Hace tanto tiempo que mi hermana y yo no hablamos de una forma tan... sincera que no sé qué decir. Me dejo caer en la silla del escritorio, incapaz de seguir de pie.

—Suenas ridículo, ¿no? Soy tu hermana y me puse celosa de un tío. —Sacude otra vez la cabeza, como si ni ella misma se lo creyera—. Quería hacerte daño... quería hacerte el mismo

daño que Micah me hizo a mí. No sé en qué estaba pensando, Nia, te prometo que, si pudiera cambiar lo que hice, lo haría, sin pestañear.

—¿Cómo lo sabías? —decido preguntar.

El resto es demasiado, *demasiado*.

Amelia suspira.

—Te dejaste el bolso con una libreta en el Géminis cuando me trajiste los papeles que me dejé en casa —murmura arrepentida—. Siempre llevas esa libreta encima; tenía curiosidad. Así que leí lo que había dentro.

Me acuerdo del día. Ni siquiera se me ocurrió pensar en que Amelia habría leído mis cosas, culpé directamente a Micah. ¿Pero cómo no hacerlo? Lleva todo el verano insistiendo en que iba a desvelar mi secreto si no hacía lo que él me pedía.

Los dos han descubierto mi secreto de la misma forma. Con mi libreta. No sé si reír o llorar ante la ironía de la situación.

—Escribes muy bien, por cierto —añade Amelia con una sonrisita—. Llevo leyéndote desde hace años, Nia. Compró el periódico solo por tus relatos.

—Eso no es lo que dicen los comentarios —musito, incapaz de guardármelo—. Escribía bajo anónimo justo por eso.

—Esos comentarios ya existían antes de que le pusieran cara a tus palabras —apunta mi hermana. Ante mi mirada indignada, añade—: No te lo tomes a mal, a mí me gusta mucho lo que escribes. A otras personas también. Pero no todos tienen el mismo gusto.

—No, ya sé que... ya sé que antes decían cosas malas de mí. Pero ahora son peores. Ahora que saben que solo tengo diecinueve años, o que iba al instituto con ellos, o que he sido borde, o que...

Amelia se levanta de la cama y se acerca a la silla en la que estoy sentada, dejándose caer al suelo de rodillas justo enfrente de mí. Me mira con los ojos entornados durante un momento, pero luego me sujeta una mano y me aparta el pelo de la cara con la otra, como si fuera mucho más pequeña, como si ambas hubiéramos viajado atrás en el tiempo.

Quiero abrazarla, pero también quiero salir corriendo.

—Nia —me llama con voz suave, como hacía hace muchos años—. ¿A ti te gusta lo que escribes?

Pienso en mis relatos, en las olas del mar y el agua alrededor de mi cuerpo y el sol calentándome todos y cada uno de los recovecos de la piel, las historias sobre las que escribo, inventadas pero con una pizca de verdad en ellas. No hay nada que me guste más.

—Sí —digo en voz baja, tan bajito que apenas me escucho a mí misma.

—¿Entonces qué más da lo que piensen los demás? —Amelia me aprieta con fuerza los dedos.

¿Qué más da? Me hago la pregunta a mí misma en la privacidad de mi cabeza, pero no encuentro respuesta alguna. ¿Acaso importa lo que otros piensen de mí? No voy a dejar de ser Eugenia Silva y tampoco voy a dejar de escribir sobre aquello que me gusta por mucho que otros crean que no vale o que no es lo suficientemente bueno.

¿Por qué no publicaba con mi nombre real? Me daba miedo saber lo que el resto del mundo tenía que decir respecto a mis relatos cuando supieran de quién era la mano que sujetaba la pluma. Pero ahora que lo saben... ¿qué es lo peor que ha pasado? Un puñado de comentarios

malos. Amelia no se equivoca: eso ya sucedía antes de que me conocieran. Y no es solo eso... los mensajes que finjo no leer pero que leo igualmente, en los que me echan por tierra, pero, más que eso, me felicitan por lo bonito que es lo que escribo. Las personas en las fotos que me manda Maddie, esperando a que cruce la puerta de la librería para verme y que les firme algo.

—No debería haberlo hecho. —Amelia me saca de mis pensamientos. Está llorando. Yo también—. Me arrepiento muchísimo, Eugenia, de veras. Lo siento de verdad, pero no quiero irme de Salva Guardia sin que volvamos a ser *hermanas*. ¿Crees que puedes perdonarme?

—Te ríes de mí —murmuro entre lágrimas, como si volviera a tener once años—, pero eres una cursi que flipas.

Un sonido que es medio risa, medio llanto se le escapa por entre los labios a Amelia. Nuestra relación no es perfecta; nunca lo ha sido. No hay pegamento que vuelva a juntarnos porque es imposible recuperar algo una vez lo has perdido, pero sí que es posible empezar de cero algo nuevo.

Amelia es mi *hermana*. Dudo mucho poder escapar de ella aunque lo intentase.

—¿Hacemos las paces? —pregunta, un tanto insegura.

No le contesto, pero creo que el abrazo en el que la envuelvo es suficiente.



Estamos en agosto a más de cuarenta grados y con un aire acondicionado que deja bastante que desear, pero Amelia insiste en hacer chocolate caliente con menta y apretujarnos en mi cama a ver películas como si fuéramos niñas otra vez.

Solíamos hacer esto en Argentina, a pesar de que allí las Navidades fueran más adecuadas para ir a la playa y tomar batidos helados. Un año, a Amelia se le metió entre ceja y ceja que quería que nuestras fiestas fueran como las de Estados Unidos, en las que se comen galletas de jengibre y se ven películas románticas bajo pilas y pilas de mantas. A mis padres no les entusiasmaba la idea —hacía *demasiado* calor para chocolates calientes, no sé cómo no nos dio nunca un golpe de calor—, pero como a mi hermana y a mí nos encantaba, nos dejaban bastante libertad.

Si cierro los ojos, puedo imaginarnos a las dos en el sofá de nuestra casa en La Plata, acurrucadas la una con la otra como si de verdad hiciese frío.

Salí de una ducha fría no hace ni media hora, pero ya estoy sudando como si hubiera estado trabajando al sol durante horas. Tengo entumecido el brazo que roza el de Amelia, y las piernas me arden donde tengo apoyado el portátil, pero no me muevo ni me quejo.

Se me hace raro esto de estar con mi hermana sin discutir, estar juntas para hacer algo que a las dos nos apetece y no por obligación. Me había acostumbrado tanto a las peleas y gritos e insultos que se me había olvidado lo bien que me siento cuando estamos juntas, sin más. Me giro hacia ella cuando la escucho bostezar, pero Amelia no aparta los ojos de la pantalla en ningún momento, a pesar de haberse visto esta película tres o cuatro veces.

Todavía sigo enfadada con ella por haber descubierto mi secreto. No sé cuándo voy a perdonarla —perdonarla de verdad—, porque lo que ha hecho, aunque no tan devastador como pensaba que iba a ser, es difícil de obviar. Era *mi* secreto; *años* de mi vida.

De haber sido cualquier otra persona, nunca hubiera sido capaz de volver al *antes*, como estaba preparada para hacer con Micah. Pero Amelia no es cualquier persona.

Y quizá es mejor no volver a nuestra antigua normalidad, sino empezar una nueva.

—Esta es mi parte favorita —murmura Amelia con ojos brillantes.

El protagonista de la película, un chico de nuestra edad, sacude la cabeza y coge aire por la boca. Luego, sin pensárselo dos veces, se adentra en un prado de hierbas altas, tan altas que no le dejan ver lo que tiene justo delante de las narices. No he estado prestando atención a lo que

estamos viendo, pero no tiene buena pinta.

Apoyo la cabeza en el hombro de mi hermana, que se revuelve hasta encontrar una posición cómoda. Hace contorsionismo para enterrar una de sus manos en mi pelo y hacerme cosquillas. Cierro los ojos ante la sensación, placentera y tan familiar que la reconocen hasta mis huesos, y cuando los vuelvo a abrir ya no veo la película, sino *Estrellas bajo el mar*.

Está a los pies de la cama, completamente olvidado.

Me imagino, durante un segundo, a mí misma como Tala. Perdida y sola, tan sola que no sabe si merece la pena dar otro paso más; tan sola que decide ir a buscar aquello que le falta, incluso si tiene que dar la vuelta al mundo entero. Tala, días y semanas después, igual de perdida e igual de sola, pero esta vez con la certeza de que no va a encontrar lo que lleva persiguiendo durante años.

Antes pensaba que era como ella. Pensaba que había perdido a Amelia para siempre y que, por mucho que me esmerase en conseguir traerla de vuelta —en encontrar yo el camino a casa—, su voz nunca iba a ser nada más que una voz. Me equivocaba.

Ha sido *tan* difícil darme cuenta de ello. Ha sido *tan* fácil solucionarlo.

No puedo no leerme el libro. ¿Habrá sido igual de confuso para Tala llegar al final de su historia? Nunca lo voy a saber si no me acabo *Estrellas bajo el mar* y, aunque el final que me hubiera gustado a mí y el final que Micah haya decidido escribir no sean el mismo, sé que no va a ser el final. Porque después de las páginas escritas hay muchas más, las que uno se imagina y en las que uno piensa cuando no puede dormir. Una historia va mucho más allá del papel en el que sucede.

No es el final. *Nunca* es el final.

—Te estás perdiendo la mitad de la peli —dice Amelia minutos u horas después, cuando se da cuenta de que estoy mirando al libro y no la pantalla—. ¿En qué piensas?

Quizá con Micah se me haya acabado el tiempo —quizá no—, pero todavía puedo hacer algo por Bruno. Se me dibuja una sonrisa tan ancha en la cara que debe de parecer que he perdido el último de mis tornillos, pero no me importa porque, por fin, he encontrado la solución a mi problema.

A pesar de los años y años que hemos pasado distanciándonos la una de la otra, Amelia y yo hemos podido volver a encontrar aquello que nos une. ¿Quién dice que no puedo hacer lo mismo con mi mejor amigo? No hay nada escrito; el final sobre el papel fue nuestra discusión en casa de Carolina y Finn, pero el final de verdad todavía no ha ocurrido. ¿Y qué si ya la he cagado y me ha dado una segunda oportunidad, quién dice que no hay una tercera y cuarta y quinta?

Ya sé cómo se siente un no, ¿pero qué hay del sí? Todavía me quedan ideas que usar y un montón de tiempo que aprovechar. Incluso si ahora no sale bien, ¿quién me dice que dentro de unos años la cosa no va a cambiar?

Cierro de un golpe la pantalla del portátil y me giro hacia mi hermana, que me mira con una sonrisa igual de amplia que la mía.

—¿Qué pasa? —pregunta, la risa en su voz.

—Que no he terminado todavía —contesto, páginas y páginas nuevas escribiéndose en mi cabeza al mismo tiempo que las palabras salen por mis labios—. Y necesito que me ayudes.

Amelia se pasa la lengua por los labios y asiente fervientemente.

—Cuéntame el plan.



Mi gran epifanía sucede un jueves. Y el sábado estoy sudando como una cerda en medio del patio trasero de la casa de los O'Donnell, como si hubiera entrado a robar pero se me hubiera olvidado qué iba a hacer a mitad de camino. Voy embutida en un vestido blanco corto que Amelia me ha prestado y llevo el pelo planchado recogido en una coleta alta, así que al menos soy una ladrona bastante elegante.

Una llamada ignorada y varios mensajes desesperados después, me confirmaron que Bruno coge el primer vuelo a Italia el domingo, lo que significa que solo he tenido dos días para poner en marcha mi plan. En un mundo ideal, hubiera tenido una semana, pero creo que he hecho un trabajo bastante decente con el tiempo que se me ha dado.

Al menos, eso era lo que pensaba hace un rato. Ahora que el momento de la verdad está cada vez más cerca, toda la confianza que tenía en el plan y en mi teoría acerca del final de los libros y las historias se ha esfumado hasta desaparecer por completo. De repente, solo puedo imaginarme desenlaces terribles, con gritos y desacuerdos e incluso alguien cayéndose a la piscina.

Otra vez.

Intento no pensar en lo que pasó la última vez que me caí yo a la piscina, pero por lo calientes que siento las mejillas, no estoy haciendo un buen trabajo. Por si eso no fuera suficiente, últimamente tampoco he podido dejar de pensar en los cuatro mensajes de Micah, en mis notificaciones, todavía sin contestar. Ha pasado casi una semana desde que los recibí y, a pesar de todo, cada vez que me vibra el móvil lo cojo con la esperanza de que sea él de nuevo. ¿Por qué iba a volver a hablarme? Yo soy la que se negó a responderle en primer lugar, lo que ya es bastante respuesta en sí misma. Sin embargo, no puedo parar de pensar en mi teoría sobre los finales.

¿Y si le respondo? ¿Y si no dejo que lo nuestro se acabe?

—Creo que nunca te he visto tan tensa —murmura Carolina a mi lado.

Cierto. Mi plan. Tengo que concentrarme en el presente, no en Micah o sus mensajes o los múltiples «y si...» que me rondan como hienas a un cadáver, así que sacudo la cabeza para espantarlas y me giro hacia Carolina, que me está mirando con las cejas enarcadas y una expresión curiosa. Esbozo una sonrisa que se queda a medias.

Lleva un vestido parecido al mío, blanco pero algo más largo y con mangas. Tiene el pelo húmedo, no sé si de una ducha o del agua de la piscina, aunque por el bikini que se le intuye bajo

la ropa, probablemente es la segunda opción.

—Estoy bien —contesto a destiempo. Carraspeo, aunque no lo necesito, y me cruzo de brazos—. ¿Y tú?

Se encoje de hombros. Todavía no sé cómo ha accedido a ayudarme; si alguien le hubiera hecho a Amelia lo que yo le he hecho Finn, no hubiera dudado en mandarle a la mierda. Aunque, pensándolo bien, Carolina no me cogió el teléfono cuando la llamé hace dos días y tampoco me contestó a los primeros diez mensajes que le envié.

Echo un vistazo rápido a la puerta que conecta el patio con la casa antes de volver a mirarla.

—Siento lo que les he hecho a Finn y a Bruno —digo, olvidando por primera vez en el día todo lo demás—. No era mi intención hacerles daño.

—Mmm.

Vale, tengo que ponerle más ganas.

—Micah me estaba haciendo chantaje. —Me obligo a mirar a Carolina a los ojos, aunque el gesto no sea correspondido—. Quería que lo liara con Bruno y me amenazó con contarle a todo el mundo lo del Anónimo si no lo hacía. Por eso mentí. No debería haberlo hecho. Y lo siento.

No me pierdo cómo se le agrandan los ojos imperceptiblemente cuando confieso el chantaje, pero no dice nada, así que yo tampoco ahondo en el tema. Supongo que Micah nunca se lo llegó a contar.

—Espero que puedas perdonarme —añado—. Me gustaría seguir siendo tu amiga.

Pasan los segundos. Estoy empezando a pensar que Carolina no va a comentar nada al respecto cuando se deshinchacha como un globo, soltando todo el aire por la boca. Una sonrisa pequeñita le tira de las comisuras de los labios.

—Me preguntaste cuándo se va Bruno, pero nada de Micah.

Es una afirmación, pero el tono de voz de Carolina y el silencio pesado que viene después me recuerdan a cuando te dejas una pregunta que te sabes en un examen sin contestar. Esta vez soy yo la que se encoge de hombros. Carolina pone los ojos en blanco.

—Esta noche. —Se gira hacia la puerta—. Coge el avión a las once y media.

Ni siquiera tengo tiempo a reaccionar, porque justo en ese momento Bruno y Finn aparecen en el jardín.

Sé que no ha pasado mucho desde la última vez que lo vi, pero el corazón me da un vuelco cuando mi mejor amigo cruza por la puerta. No puedo evitar fijarme en que lleva a Finn cogido de la mano, y justo entonces —todavía no me ha visto— sonrío, una sonrisa tan grande que le ocupa toda la cara y podría jurar que no lo he visto tan feliz nunca.

Hice mal en involucrarlo en mis asuntos. No solo no debería haber mentido a Finn cuando me preguntó por Bruno, sino que además debería haber mandado a Micah a la mierda cuando me propuso el chantaje. Nunca debería haberle metido de por medio en mis cosas, ni por el Anónimo, ni por cualquier otra cosa.

Es una putada darse cuenta de las cosas cuando ya es demasiado tarde.

Aunque, con algo de suerte, todavía tengo tiempo. Todavía puedo cambiar este final.

—Bruno —lo llamo, dando un paso hacia delante y frenando en seco cuando veo la cara de mi amigo.

La sonrisa se le borra al completo al escuchar mi voz. Los músculos de su cara se estiran y se contraen como si no supiera muy bien qué gesto poner, pero al final se decide por una mueca que

no me anima demasiado. Finn le susurra algo en el oído y Bruno sacude la cabeza. Trago saliva; Carolina coge aire un paso por detrás de mí.

—Deberías decir algo más que su nombre —susurra.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Bruno, y si no supiera que está cabreado por su cara, lo sabría por su tono de voz. Se gira hacia Finn—: ¿Sabías que iba a venir? Pensaba que íbamos a estar solos.

—No tenía ni idea —contesta Finn, aunque es mentira. Carolina me dijo, nada más llegar esta tarde, que su hermano estaba al tanto; si no le hubiera parecido un buen plan, ella nunca me habría dejado hacer nada de esto—. Pero escúchala.

Algo me dice que Bruno también sabe que Finn estaba enterado de todo, pero supongo que lo deja estar porque se vuelve hacia mí. Tiene el ceño tan fruncido que se le ha formado una arruga en la frente.

—Ya te he dicho que no quiero saber nada de ti —dice, ignorando a Finn—. No sé qué es lo que tienes que decir, pero no quiero escucharlo.

—No voy a decir nada —«todavía», pero no lo digo en voz alta—. No tienes que escucharme. Solo... —Gesticulo hacia debajo de la pérgola; un mantel turquesa con dibujos de tortugas cubre la mesa y la vela más grande que encontré en el supermercado está encendida justo en el centro—. Os podéis sentar.

Finn intenta tirar de Bruno, que no cede. Me sorprende que esté a favor de todo esto —recuerdo cómo dijo el nombre de mi amigo en la fiesta, como si quisiera que parase—, pero es una sorpresa grata. Una sorpresa que me hace tener un poco más de fe en mi teoría de los finales; en que puedan perdonarme lo que les he hecho.

—No voy a... —empieza Bruno, pero alguien lo interrumpe.

—Por amor de Dios, es una cena *gratis*. —Carolina levanta los brazos y los deja caer, sacudiendo la cabeza. Señala a Bruno con el dedo índice y sonríe—. ¿Quién le dice que no a comida gratis?

—Yo no —apunta Finn.

—Yo tampoco —añade Carolina, que me echa una mirada punzante.

—Ni yo —murmuro.

Pasa un segundo, dos, tres, cuatro... Cuento hasta diez en mi cabeza. Un escalofrío me recorre la espalda cuando una gota de sudor me baja por el cuello; cruzo los dedos y los descruzo. Va a decir que no, ¿verdad?

—Vale —refunfuña Bruno al final.

Si no fuera porque le he prometido no hablar, me pondría a chillar de la emoción.



Yo quería hacer algo *grande*. Quería hacer algo que le demostrase a Bruno que lo siento de verdad, un gran gesto como los que solo se ven en libros y películas, pero Amelia no estaba de acuerdo con mi idea.

«Lo importante no es cómo de grande sea un gesto —me dijo—, sino cómo de *sentido*». Sus palabras me recordaron, inevitablemente, a la noche en la que Micah me enseñó a contar estrellas. Lo hizo porque le conté que era algo que solía hacer con mi hermana y que echaba de menos. En cualquier otra situación, que Micah me sacase a su jardín y me hablase sobre estrellas no hubiese tenido tanto significado como tuvo entonces.

A Bruno no pueden importarle menos los astros, así que tuve que buscar algo que le tocara el corazón y le hiciera verme de nuevo. Después de pasarnos la tarde entera rebuscando en los foros más turbios de internet, en páginas cursis e incluso en *Yahoo! Respuestas*, Amelia y yo encontramos el gesto perfecto: una cena romántica.

Si no hubiera sido porque mentí a Finn, quizá él y Bruno podrían haber pasado más días juntos antes de irse a sus respectivas ciudades a estudiar. No puedo devolverles el tiempo robado, pero sí que puedo darles esto.

—El menú de hoy —dice Carolina, tomándose su papel de camarera muy en serio. Les tiende un folio plastificado a cada uno con una pequeña reverencia—. Y nuestra chef estrella.

Intento sonreír todo lo posible cuando Carolina me señala con ambas manos, pero me quedo a medio camino. Estoy segura de que tengo la cara de alguien que no quiere otra cosa más que la tierra la trague. Me tiemblan hasta los dedos de los pies.

—¿Eugenia ha cocinado *todo* esto? —pregunta Bruno a nadie en particular tras hojear la carta y sin molestarse en ocultar su sorpresa.

Intenté convencer a Amelia de que ella fuera la chef y yo su pinche, pero me recriminó que para que todo esto tuviera sentido era yo la que tenía que hacer las cosas. Al menos no me dejó decidir qué hacer, porque entonces sí que no hubiera sabido dónde meterme. Sé cocinar, pero a mi hermana no le llego ni a la suela de los zapatos.

—He tenido algo de ayuda —murmuro, roja como un tomate.

—Ah —masculla Bruno—, o sea, que lo ha preparado Amelia y tú te has dedicado a mirar.

Me muerdo el interior de la mejilla para no soltarle una bordería, pero Carolina no tiene tantos tapujos.

—No, lo ha hecho todo Eugenia. Te aseguro que mi cocina tendría mucho mejor aspecto si Amelia hubiera sido la cocinera.

Parpadeo, algo confusa. No sé si agradecerle a Carolina haberme defendido o si enfadarme por la pullita que me ha soltado. Tampoco he hecho un estropicio *tan* grande. Creo.

Finn carraspea.

—Tiene muy buena pinta. —Le da un codazo a Bruno en las costillas—. ¿Verdad?

Bruno murmura algo entre dientes que no logro entender. Aprovecho el momento para darme la vuelta y huir al interior de la casa, donde hace incluso más calor que en el patio. Estoy sudando tanto que no me cabe duda de que tengo que haber manchado el vestido, el pelo no deja de pegárseme al cuello y creo que se me ha olvidado cómo hablar.

La voz razonable de mi cabeza me recuerda que es normal que Bruno esté contestándome de la manera más antipática posible. He sido el peor tipo de amiga durante dos meses enteros. Yo estaría igual si hubiera sucedido al revés. Sin embargo, ahora mismo me es imposible razonar; estoy entrando en pánico.

Le echo un vistazo a los platos que llevo cocinando durante horas. Vino rosado para empezar, el favorito de Bruno, que reserva para ocasiones especiales; caviar de berenjena como entrante; ceviche vegano como primero, y tiramisú de postre, porque es el favorito de Finn y sé que a mi mejor amigo le encanta.

Hemos tenido que ir a varios supermercados para conseguir todos los ingredientes. Cuando mi hermana sugirió los platos, me parecieron elegantes y propios de una cena *gourmet*, algo que a Bruno le haría ilusión, pero ahora me parecen de todo menos refinados. Son pomposos, comida que gente famosa pide en restaurantes caros en los *realities* de la tele, platos tan caros y con tan poca chicha que nadie en su sano juicio pediría.

Me acucillo en medio de la cocina, las manos sobre el suelo de baldosas frías. La he cagado *otra vez*, no...

—Lo estás haciendo bien. —La voz de Carolina me saca del bucle en el que me había perdido—. Bruno se está haciendo el difícil, pero lo estás haciendo bien. Venga, Gen. Levántate. Gen.

Me muerdo el labio hasta saborear sangre. Luego asiento y me levanto.

No he hecho todo esto para nada. Sea cual sea el final, le debo esto a Bruno.

Lo peor no es ni siquiera esperar a que Finn y Bruno prueben y juzguen mis platos, sino estar pero no estar.

Veo a Finn y a Bruno desde la ventana de la cocina mientras comen, riendo y tocándose las manos y los brazos y la cara, como si no pudieran estar separados durante más de cinco segundos. Los escucho hacer chistes y contarse anécdotas y no puedo participar en ellas, no puedo añadir palabras o iniciar una conversación, por mucho que me apetezca.

Hacía tiempo que no veía a Bruno tan contento con alguien.

—No me puedo creer que le haya mentado —suspiro, bajito, apoyando los codos en la encimera y la barbilla en las manos.

—Ya —dice Carolina a mi lado, también mirándolos—. Nadie es perfecto, supongo.

Me da un codazo amistoso y me dedica una sonrisa brillante que le devuelvo sin pensar. Me

alegra que haya decidido darme otra oportunidad, aunque, como el resto de gente a la que le he cogido cariño a lo largo del verano, vaya a irse dentro de poco. No tenía una amiga como ella desde antes de mudarnos.

—No te lo había dicho antes —añade Carolina—, pero escribes muy bien. Tienes un estilo muy... melancólico. Es bonito. —Siento cómo se me calientan las mejillas, pero no ha terminado de hablar—. ¿De verdad ha sido Micah el que ha dicho que eras tú la del periódico?

—No. Fue Amelia.

Finn se mete un trozo de tiramisú en la boca, pero Bruno le hace reír tanto que tiene que escupirlo. Cuando me giro hacia Carolina, me la encuentro con los ojos abiertos de par en par. Me encojo de un hombro.

—Lo hemos hablado. Está... más o menos solucionado.

—Pero entonces Micah no ha hecho... nada —murmura, perpleja—. Sé que no os estáis hablando porque cuando le pregunto sobre ti cambia de tema. Y es más que obvio que estáis *superenamorado*s. ¿Qué pasa?

Me concentro en los chicos para no tener que mirar a Carolina. Los cuatro mensajes de Micah nunca me han pesado tanto en el móvil.

—Espera —añade al verme la cara—. Espera. No me digas, Eugenia, que estás ignorándolo. Por favor, no me lo digas.

—Vale. No te lo digo.

Suelta un chillido ahogado que hace que Bruno y Finn nos miren durante un momento y deja caer la frente sobre la encimera con un golpe seco que, estoy segura, ha tenido que dolerle. Se me escapa una risita. Es más o menos la misma reacción que tuvo Amelia cuando le dije que lo que había entre Micah y yo se había terminado.

—Y parecías lista —masculla.

—¿Qué más da? Se va esta noche. Ya es demasiado tarde.

No todos los finales van a ser como a mí me gustaría, después de todo. Carolina no está de acuerdo, porque me coge de los hombros y me sacude con fuerza, revolviéndome todos los órganos del cuerpo.

—Son las nueve —dice con gravedad, mirándome a los ojos—. Todavía puedes pillarlo. Micah llega tarde a todos los sitios, el aeropuerto no es una excepción. ¿Qué haces aquí? Ve.

Sacudo la cabeza.

—No puedo irme ahora. Primero tengo que hablar con Bruno, tengo que...

Carolina abre la boca para rebatirme, pero no escucho lo que sea que tiene que decirme porque las carcajadas de Bruno inundan la casa entera, primero suaves y pequeñas y luego reverberantes y con ganas. No se ha reído así en toda la velada, y es un sonido tan extraño que nos deja a las dos petrificadas, un momento para guardar en un frasco y no perder nunca.

—Acababan de empezar las clases —se ríe Bruno, una mano peinándose hacia atrás los rulos chocolate, los ojos clavados en Finn—. Pero ahí estaba yo, en medio de la cafetería mientras el profesor de Educación Física me regañaba por haberle tirado un puñado de espaguetis a un tío que se estaba metiendo con una chica de mi clase. Me iba a castigar, ¿sabes? Y al otro no le dijo ni mu.

Me sé esta historia. Me la conozco tan bien como la palma de la mano, principalmente porque aparezco en ella.

—Quería expulsarme, el muy cabrón. —Bruno sacude la cabeza—. ¡Por defender a alguien! Estaba tan enfadado que no sabía ni cómo responder. Pero entonces...

—Alguien empezó a tirar comida, ¿no? —intercala Finn—. Como tú habías hecho con ese chico. Creo que me acuerdo.

Bruno suelta otra carcajada antes de seguir hablando.

—Sí. Mientras el profesor estaba de espaldas, alguien empezó una guerra de comida, como en las películas. Al final, todo el mundo acabó lleno de espaguetis y salsa de tomate.

—¿Te castigaron al final?

—Sí —susurro.

—Sí —contesta Bruno en voz alta—. Pero también castigaron a la persona que empezó la guerra. Eugenia.

Fue la primera y última vez que llamé la atención en el instituto. No sé qué me impulsó a hacerlo, realmente. El chaval del que Bruno habla llevaba burlándose de una chica de mi clase durante todo el almuerzo y, a pesar de estar a la vista y escucha de todos, nadie hacía nada. Eso es, hasta que Bruno se acercó a la mesa y, sin preámbulos, le tiró un plato entero de pasta en la cabeza.

Por aquel entonces, apenas había intercambiado un par de palabras con Bruno, pero mi cerebro de niña de once años nunca había visto injusticia semejante a la que ocurrió justo después. ¡Estaban castigando a Bruno, no al chico de las burlas! Hice lo primero que se me pasó por la cabeza: cogí un puñado de espaguetis de mi plato y se los lancé al profesor.

Obviamente, no llegué a darle a él. Estaba demasiado lejos. Pero le di a otro estudiante, que le tiró comida a otra persona, y pronto la bola de nieve había crecido tanto que era imposible detenerla.

—Nos expulsaron a los dos durante tres días —continúa Bruno. Carolina y Finn sueltan una risita idéntica—. Fue entonces cuando decidí que quería ser amigo de Eugenia Silva. La invité a ver un documental de tiburones a casa, y el resto... bueno, el resto es historia. —Se encoge de hombros, como si no importase lo que sucedió después de ese día, pero incluso desde donde estamos Carolina y yo consigo ver cómo pestañea rápido, más de lo habitual e igual que estoy haciendo yo, para espantar lágrimas. Me pellizco el reverso de la mano para recordarme dónde estoy y cuál es mi propósito.

Le prometí a Bruno que no iba a hablar. Espero que, esta vez, valga la pena romper la promesa.



Esta es la parte difícil.

Estoy tan nerviosa que tengo que correr al baño un momento porque creo que voy a vomitar. Una vez en él, me agarro a la taza del váter y respiro hondo, náuseas y ansiedad haciéndose una bola en lo más profundo de mi estómago. No creo haber tenido tanto miedo de algo en la vida, ni siquiera de la mudanza.

Es demasiado tarde para echarse atrás. Inhalo el aroma de antiséptico y lejía que me rodea, cierro los ojos y lo suelto todo por la nariz. Estoy aquí porque no puedo dejar que la fiesta de hace una semana sea nuestro final. Estoy aquí porque me niego a rendirme.

Este es mi gran gesto.

Cuando salgo a la terraza, me encuentro con que Carolina se ha encargado de limpiar toda la mesa, en la que ahora no hay ni platos ni mantel. Está sentada con los chicos, con las piernas cruzadas y una sonrisa de medio lado en los labios, riéndose con ellos de algo que han dicho. Finn pone los ojos en blanco; Bruno solo tiene ojos para él.

—Puedo hacerlo —me digo a mí misma en un susurro.

—La chef —anuncia Bruno, que debe de haberme escuchado. Enarca tanto las cejas que se le esconden tras el flequillo—. ¿Has venido a preguntarnos qué tal la comida?

—Más o menos, sí.

Me dejo caer en la silla opuesta a Bruno, que se olvida momentáneamente de Finn y procede a seguirme con la mirada, como si quisiera memorizar todos y cada uno de mis movimientos. Siento cómo se me suben los colores ante su escrutinio.

Trago saliva. Carolina se pone de pie y estira los brazos, bostezando.

—Finn. —Como si fuera una orden, Finn se levanta inmediatamente, una sonrisa traviesa bailándole en los labios—. ¿Me acompañas dentro un momento?

En el camino hacia el interior de la casa, Finn me aprieta un hombro con una mano, dándome ánimos. Carolina me guiña un ojo antes de cerrar la puerta corredera que conecta el jardín con la cocina.

Bruno no ha dejado de mirarme, aunque no parece que vaya a decir nada. Abro la boca, lista para empezar con mi perorata, pero me atraganto con mi propia saliva y acabo tosiendo, doblada en dos. Mi mejor amigo suelta una risita y me acerca su vaso de agua.

—Tampoco quiero que te *mueras*, Nia —musita.

—Qué alivio —carraspeo, los ojos llorosos.

—La comida estaba muy rica. Sigo sin creerme que la hayas cocinado tú, pero... —Se muerde el labio cuando una sonrisa amenaza con aparecer—. No sé qué...

—Tengo algo más —me apresuro a decir—. Te he escrito una cosa.

A Bruno se le agrandan los ojos, y abre la boca en una pequeña *o*, como si estuviera a punto de decir algo pero las palabras se le hubieran atascado. No le culpo; yo no sabía que iba a escribirle algo hasta ayer por la noche. Apenas he pegado ojo.

Pero creo que ha valido la pena.

—Se me dan mejor las palabras escritas que las habladas —explico, cogiendo las hojas que me había escondido en el regazo y dejándolas sobre la mesa—. Ya no es ningún secreto que me gusta escribir, así que...

—¿Me has escrito una carta?

—No —apresuro a decir, sacudiendo la cabeza—. No es una carta. Es un *relato*. ¿Puedo leértelo?

Bruno se encoge de hombros. No es un sí, pero tampoco es un no. Asiento con la cabeza una vez, dos.

Vamos allá.

A una niña le da miedo todo.

Le dan miedo las escaleras, porque por ellas puede caerse y romperse todos los huesos. Le da miedo la lluvia, porque puede causar inundaciones y en las inundaciones se ahoga gente. Le dan miedo los edificios alrededor de su casa, porque pueden caerse y aplastarla a ella y todas sus posesiones. Le da miedo viajar, por los aviones y por las enfermedades para las que no está preparada, y porque fuera nadie conoce el significado de sus palabras, extranjeras. Le da miedo ir a lugares donde nadie entiende por qué todo la asusta.

Hay algo, sin embargo, que no le da miedo. Escribir. Porque cuando escribe no importa nada más, solo el papel y el bolígrafo entre sus dedos. Cuando escribe, lo único que tiene en mente es un mundo que nadie puede estropear, unos personajes a los que solo ella puede hacerles daño, pero a los que también puede proteger.

En sus mundos imaginarios, no hay peligros incontrolables, o animales salvajes, o virus mortíferos, así que la niña se esconde en su casita forrada en papel de burbujas y escribe y escribe y escribe hasta estar exhausta. Escribe porque es lo único que sabe hacer.

Y toda su vida la niña escribe, hasta que deja de ser una niña, pero el miedo sigue ahí. Miedo al cambio y miedo a lo desconocido. Miedo a lo que no puede controlar. Ya no es una niña, pero sigue asustada y teme que esa capa de piel no vaya a caerse nunca, como las escamas de una serpiente o quizá un camaleón.

Teme, además, que la soledad ya permanente en su pecho no desaparezca nunca. Porque le da miedo acercarse a otras personas; le da miedo no saber acercarse a ellas. Hasta que un día todo cambia...

Llega un chico, un niño risueño y con el sol reflejado en los ojos, el tipo de persona que te hace reír cuando más triste estás y el tipo de persona que a la niña le gustaría ser. Pero ella es temerosa y no se atreve a acercarse. Él es más valiente; contra todo pronóstico y entre todas las personas posibles, la elige. Y durante varios años son las personas más felices de todo el planeta. Y durante todo ese tiempo, a la niña le preocupa que el chico se vaya y la deje sola, que encuentre a alguien mejor, que no vuelva a por ella. Y la niña, que ya no es una niña, le hace prometer que nunca va a irse de su lado. Y él acepta.

No se le pueden cortar las alas a alguien que está destinado a volar.

Ella lo hace. Con tijeras hechas de envidia y mucho miedo, clip, clip, clip, corta unas alas blancas, grandes y hermosas hasta que no son más que plumas esparcidas por el viento. No lo hace con malicia, pero tampoco con buena intención.

Sigue escribiendo, escribe hasta que le duelen los dedos y hasta que no le quedan palabras.

Forra la ciudad entera con papel de burbujas y miente porque le da miedo no hacerlo.

¿Qué es escribir? Contar una historia, muchas historias. Crear dimensiones, construir caminos, inventarse letras nuevas. Tinta sobre papel. ¿Por qué escribe? Porque no sabe no hacerlo, es algo que va más allá de ella y de sus terrores.

¿En qué se diferencia un amigo de una posesión? Un amigo te quiere porque quiere y una posesión porque te tiene que querer. A un amigo no lo atas con correa y a una posesión te la metes en el bolsillo. Entonces, ¿por qué lo ha hecho la niña? ¿Por qué se lo ha guardado en lo más profundo de sus bolsillos?

¿Qué es más importante: un amigo, un secreto, tinta sobre papel? Ya sabes la respuesta.

¿Por qué lo has hecho?

¿Por qué lo he hecho?

A una niña le da miedo todo. Edificios y escaleras y viajar, pero, por encima de todo ello, le da miedo perder a su mejor amigo.

¿Por qué lo has hecho?

Porque el miedo a lo desconocido eran manos que me tapaban los ojos.

¿Por qué lo has hecho?

Porque no me di cuenta de que eras más importante que mis miedos hasta que ya era demasiado tarde.

¿Por qué lo he hecho?

No lo sé.

Lo siento.



Consigo leer la mayor parte del relato sin echarme a llorar, pero me es imposible terminar sin que se me rompa la voz. Me he sumido tanto en mis propias palabras que no he mirado ni escuchado a Bruno en ningún momento. Me da miedo hacerlo y ver su reacción, pero no tiene nada de sentido retrasar lo inevitable.

Con cuidado, dejo las dos hojas en la mesa. Luego, conteniendo la respiración, levanto la vista.

No sé qué esperarme —más gritos, ojos en blanco, ojos cerrados—, pero sí lo que quiero ver: a Bruno emocionado, a punto de decirme que lo entiende y que me perdona. Me muerdo la lengua cuando lo veo, incapaz de ocultar la sorpresa de mi rostro cuando me doy cuenta de que lo que quería ver y lo que estoy viendo es más o menos lo mismo.

Bruno está pestañeando rápido, pero aun así se le escapan algunas lágrimas. Tiene las manos cerradas en puños sobre los muslos y está frunciendo los labios, la arruga en su frente más prominente que antes. Abro la boca, pero no sé qué decir. Normalmente, puedo descifrar sus expresiones, pero ahora no sabría decir si va a romper a llorar o si se va a levantar y darme un puñetazo.

—Eh... —murmuro. Me rasco la nuca y me remuevo incómoda en la silla—. Creo...

—¡No puedes hacerme esto! —estalla, la cara entera roja de repente. Le da un golpe a la mesa con un puño que hace vibrar los vasos de agua—. ¡Se supone que estoy *enfadado* contigo! Has sido una amiga de mierda, no puedes prepararme una cena y escribirme *esto* justo antes de irme. No puedes.

No sé qué contestar, así que no digo nada. Sé que no es buena idea, porque con no decir nada solo voy a conseguir que Bruno siga con su retahíla, pero me ha dejado sin palabras.

Mi mejor amigo sacude la cabeza, como si quisiera aclararse las ideas. No veo a Finn ni a Carolina cuando me giro hacia la ventana un momento, pero me juego lo que sea a que están escuchando todo.

—Me has mentido —continúa, enumerando con los dedos mientras va hablando—, me has ocultado cosas, me has tratado como si no fuera más que un desconocido y apenas me has hablado en todo el verano. Pero ahora que te has arrepentido, me organizas una cena con Finn y me escribes un relato para pedirme perdón. Se supone que no debería *querer* perdonarte.

A pesar de las acusaciones, me tengo que morder la lengua para que no se me escape una

sonrisa. Una llama pequeñita de esperanza se ha encendido dentro de mi pecho ante sus palabras. «Se supone que no debería querer perdonarte». ¿Significa eso que sí quiere?

—Lo siento mucho, Bruno —me apresuro a hablar antes de que siga—. Sé que he sido una mala amiga y muy egoísta. Sé que lo de hoy no va a cambiar lo que he hecho, pero quiero arreglarlo.

Bruno resopla y se recuesta en la silla con aspecto derrotado. Se pasa los puños por las mejillas para secarse las lágrimas.

—Eugenia... —murmura, su tono de voz cansado—. Esta conversación ya la hemos tenido.

Es verdad. Nuestra pelea a principios de verano fue nuestra primera *gran pelea*, de esas que te hacen replantearte una relación. Esta ha sido la segunda.

—Y la vamos a volver a tener —contesto sin pensármelo. Ante la cara de horror de mi amigo, doy marcha atrás—. Quiero decir, si me perdonas. Vamos a volver a pelearnos. Una y otra vez. Es lo que pasa entre amigos: se pelean y se reconcilian.

—Los amigos de verdad no hacen lo que tú has hecho.

—¡Probablemente! —Echo los brazos hacia arriba y los dejo caer de nuevo—. ¿Qué quieres que te diga? Me arrepiento, me arrepiento *muchísimo*. Si pudiera cambiar lo que le dije a Finn, lo haría. Pero no puedo.

Bruno aprieta los labios en una fina línea. Aparta la vista, pero apenas segundos después vuelve a mirarme, quizá con más intensidad que hace un momento. Trago saliva y me preparo para lo que sea que vaya a lanzarme.

—¿Por qué lo hiciste? Intentaste explicármelo el otro día, pero no te hice caso. Dímelo ahora.

—Micah me estaba haciendo chantaje —contesto. He contado la historia tantas veces que ya me sale sola—: Insulté su libro a principios de verano, así que me dijo que sabía que yo era el Anónimo y que, si no os juntaba a los dos, se lo iba a contar a todo el mundo.

—Por eso lo de la cita —musita Bruno, más para sí que para mí—. Ya me parecía raro.

—Ya, lo fue. Intenté que hablarais en la primera fiesta de Carolina, pero al final... nos peleamos y, no sé, se me pasó. Luego Micah dejó de insistirme en ello y... me empezó a gustar. Me empezó a gustar mucho. —Se me sube el calor a las mejillas, pero no dejo de hablar—: Dejé de amenazarme con contar el secreto, pero cuando Finn me preguntó si tú le gustabas, me asusté. Pensaba que Micah iba a contárselo a todo el mundo, así que entré en pánico y le dije a Finn que no.

Bruno coge aire por la nariz y no lo suelta hasta pasados varios segundos.

En retrospectiva, todo suena *peor*.

—Mi intención era hablar con Micah y pedirle que rompiera el... trato. Le iba a decir que a ti te gustaba otra persona y que si podíamos dejarlo todo como estaba, pero entonces me peleé con Amelia y, joder, Bruno. Sé que no es excusa. Se me fue la cabeza.

—Deberías habérmelo contado todo desde el principio. Podríamos haber buscado una solución.

—Lo sé. *Ya lo sé*. Pero tampoco quería que supieras lo del Anónimo.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—Me daba vergüenza. O tenía miedo, no sé, a que todo el mundo supiera que era yo. A que me juzgaran. Ahora que ya ha pasado... me he dado cuenta de que no es para tanto. Me hubiera

gustado seguir en el anonimato un poco más, hasta estar preparada de verdad, pero supongo que podría haber sido peor.

Bruno no contesta inmediatamente, sino que asiente con la cabeza lentamente, digiriendo todo lo que le acabo de contar. No ha dicho que me perdona, pero al menos está teniendo una conversación conmigo y, me atrevería a decir, intentando entender mi punto de vista. Es más de lo que me merezco.

—¿Entonces fue Micah el que contó que eras el Anónimo? ¿Porque me gusta Finn y no él?

—No... exactamente. Fue Amelia. —Abre los ojos como platos, igual que hizo Carolina—. Me dejé una libreta en el Géminis y lo averiguó. ¿Esa discusión que he mencionado? Mi hermana estaba tan enfadada que publicó uno de mis relatos, solo que con mi nombre. Estamos trabajando en ello.

—Ah. Entonces le mentiste a Finn para nada.

—Supongo que sí.

—Tengo... preguntas.

Eso es bueno, ¿no? No está intentando escapar de la conversación, sino que se está interesado en ella. Es imposible que esta sea una mala señal. Se me debe notar que me estoy haciendo ilusiones porque Bruno resopla antes de cruzarse de brazos y echarme una mirada crítica. Intento serenarme.

—Dispara.

—¿Le sigo gustando a Micah?

—No.

—¿Te gusta Micah?

—Sí.

—¿Y tú... le gustas a él?

Aparto la mirada cuando contesto.

—Eso dice.

—Jesús. —Bruno se restriega los ojos con las manos, probablemente saturado de información—. Por eso habéis estado juntos todo el verano.

No es una pregunta, pero asiento de todos modos.

—Déjame recapitular. Insultaste el libro de Micah, así que el chaval decidió hacerte chantaje conmigo de por medio. Empezasteis a veros para planear cómo conquistarme, o algo así, y entre medias os enamorasteis. ¿Seguro que no te lo estás inventando todo? ¿Estáis juntos ahora?

—No. —La sola sílaba hace que se me estruje el corazón un poquito, pero lo ignoro lo mejor que puedo—. Al principio pensé que fue él quien publicó el relato con mi nombre, así que me enfadé y no hemos vuelto a hablar. Se va esta noche, así que... no ha llegado a nada.

—Me da miedo preguntar, pero... ¿de verdad pensabas que me iba a enamorar de *Micah Nguyen*?

Se me escapa una risa.

—No, pero no quería que contara mi secreto. No le podía decir que no e irme de rositas, ¿sabes? Ahora sé que eso es justo lo que debería haber hecho, pero...

En lugar de contestar, Bruno se inclina hacia mí y coge los folios de la mesa. Se vuelve a recostar en la silla y los lee, despacio, uno y después el otro. Vuelve resoplar, pero esta vez menos cansado y más... resignado. Me clavo las uñas en los muslos.

—«A la niña le preocupa que el chico se vaya y la deje sola, que encuentre a alguien mejor, que no vuelva a por ella» —lee Bruno, despacio y haciendo las pausas correctas—. ¿Pensabas que iba a hacer todo esto?

Me vuelvo a encoger de hombros.

—De vez en cuando. Siempre has tenido más amigos que yo y has sabido integrarte mejor. Es una tontería, porque en el fondo sí que sabía que no ibas a dejarme, pero... no podía evitar pensarlo algunas veces.

—Quiero perdonarte —dice Bruno entonces, las palabras atragantadas como si se le hubieran escapado sin permiso—. Quiero hacer como si no hubiera pasado nada y volver a estar como antes. Pero, Nia... no sé si voy a poder. Has sido...

—Una cabrona —termino por él. Una sonrisita se le dibuja en los labios.

—No es lo que iba a decir, pero sí. Un poco cabrona sí que has sido.

A veces las amistades se terminan, me digo a mí misma. Mis amigos de ahora no van a ser los mismos que tenga dentro de veinte años, de la misma forma que mis amigas de Argentina ya no están en mi vida. Me lo repito como un mantra mientras el silencio se extiende entre Bruno y yo como una manta muy pesada, me lo repito tantas veces que las palabras acaban por mezclarse unas con otras.

Las amistades se terminan, las amistades se terminan, lasamistadesseterminanlasamistadesseterminanlasamistadesseterminan...

Pero yo no quiero que esta termine.

—Podemos intentarlo —me sorprende diciendo, agarrando la mesa con ambas manos e inclinándose hacia delante, hacia Bruno—. Sé que tengo que cambiar algunas cosas y lo voy a intentar con todas mis fuerzas. Tú puedes intentar volver a confiar en mí.

Bruno no me aparta la mirada, pero tampoco dice nada. Cuento los segundos en mi cabeza, luego los minutos. *Conozco* a Bruno: está considerando mi propuesta. Si fuera un no definitivo, ya hace rato que se habría levantado y se habría ido, así que espero.

Y espero. Y espero. Y espero hasta que, después de una eternidad, Bruno sacude la cabeza y esboza una sonrisa brillante, de esas que me gustan tanto.

—Puedo intentarlo —dice, y una risa se le escapa por entre los labios.

Es contagiosa: toda la tensión acumulada en mi cuerpo durante las últimas horas se convierte en una carcajada tan alta que la tienen que escuchar incluso los vecinos. Y no puedo evitarlo, a trompicones, me levanto de la mesa y en dos zancadas ya estoy sobre Bruno, ahogándolo en un abrazo que me devuelve con ganas.



Llego a casa después de medianoche. Amelia está dormida, así que no le puedo contar cómo me ha ido con Bruno hasta mañana. De todos modos, no creo que pudiera decir palabra aunque lo intentase; estoy tan cansada que creo poder quedarme dormida nada más tocar la almohada.

No obstante, algo me llama la atención antes siquiera de ponerme el pijama. Mi ejemplar de *Estrellas bajo el mar*, aguardando en la mesita de noche. He estado demasiado ocupada estos dos últimos días como para prestarle atención, pero ahora tengo todo el tiempo del mundo.

Todo mi cuerpo me pide que duerma. Pero ya he dejado pasar demasiado tiempo, así que cojo el libro y lo abro por la página en la que me quedé, sumergiéndome por última vez en la historia de Tala y Nina.

De rodillas en la arena y con lágrimas en las mejillas, Tala se acuerda de *todo*. Como un telón, el velo que cubría los recuerdos de los últimos años se levanta y lo deja a la vista: los gritos de sus padres, el llanto de Nina, los médicos y las ambulancias, estar sentada en el sofá del salón, recibir la noticia, romperse en pedazos.

Nina, Nina, Nina. Con su pelo rosa y la capacidad de hacer a Tala reír hasta no poder respirar; su música peculiar, su afán por comerse el mundo. Pero las cosas buenas competían con las malas: el no poder dormir aun estando cansada, los pensamientos intrusivos, las ganas de *desaparecer*.

La noticia: «Chica adolescente encontrada ahogada en el mar».

Nina.

Tala se restriega la cara con los nudillos; se le mete arena en los ojos.

Nina.

—Estás muerta —susurra, bajito, tan bajito que su voz se la lleva el viento.

—No sabía cómo seguir viviendo —hace eco la voz, alto y claro—. Pero tú tienes que *sobrevivir*.

Estrellas bajo el mar, Micah Nguyen



Una hora después, cierro el libro.

Apenas he tardado quince minutos en terminar lo que me quedaba, pero me he leído y releído las últimas diez páginas tantas veces que he perdido la cuenta.

En el último capítulo, Tala habla con la voz —el eco de su hermana, lo que queda de ella en el mundo— y se reconcilia con su muerte —*suicidio*— antes de que la voz desaparezca para siempre.

En el epílogo, Tala decide empezar de cero, vuelve a la granja y hace las paces con su propia vida. Nina no está, pero no se ha ido del todo.

Fin.

No acaba bien, ni de lejos, pero tampoco acaba *mal*. El mensaje que quiere transmitir es de esperanza: por muy devastador que sea un acontecimiento, siempre hay luz al final del túnel. Sin embargo, el sentimiento que se apodera de mi cuerpo entero al apoyar el libro sobre mi regazo es de vacío, como si al terminarme *Estrellas bajo el mar* algo de mí se hubiera quedado encerrado en él.

Es esto lo que todos los escritores desean, ¿no? Que sus libros atrapen a las personas, pero que también un pedacito del libro se quede en ellas.

Mi yo de hace dos meses se daría cabezazos contra la pared si me viera ahora mismo. Despierta a las tantas de la madrugada, triste porque acabo de terminarme el libro de Micah Nguyen. Triste porque no voy a volver a verlo hasta no sé cuándo.

Hace horas que se subió a un avión directo a Corea del Sur. Podría haber ido en su busca, como me sugirió Carolina. Podría haber contestado a los mensajes hace una semana.

Ahora, abro la conversación y me centro en el último mensaje, lo leo y lo vuelvo a leer, tantas o más veces que los dos últimos capítulos del libro.

me ugstas un monton Gen muchisimo. No quiero
que se acabe lo que teníamos por fvor
contéstame. 12:43

Las palabras mal escritas y la falta de puntuación y mayúsculas. Me lo imagino escondido en su habitación, esperando a que le contestase a los mensajes anteriores, dedos temblorosos volviendo a escribir al darse cuenta de que no voy a decir nada.

Pienso en las últimas palabras que le dije: «No quiero volver a verte».

Sus palabras minutos antes: «¿Qué quieres que te diga? Ya lo sabes todo».

Sacudo la cabeza y vuelvo a coger el libro.

Micah ya se ha ido, da igual lo que piense ahora. Además, todavía no he leído los agradecimientos; si se tratase de un libro cualquiera, me los saltaría, pero después de la dedicatoria, tengo curiosidad.

No es nada fuera de lo común. Le da las gracias al personal de la editorial, a su familia y amigos, a las personas que lo llevan apoyando desde que empezó a escribir y a un puñado de gente cuyos nombres no he oído en la vida. Estoy a punto de poner los ojos en blanco cuando llego al último párrafo, que se me atora en la garganta y hace que se me pare el corazón.

«Y, por último, al Anónimo del periódico de Salva Guardia: gracias por inspirarme».

El vuelo de Bruno sale a las siete de la mañana, así que me levanto pronto para despedirme de él en persona. Luego, aunque apenas haya pegado ojo en toda la noche, me calzo las zapatillas de deporte y salgo a correr. Es temprano, así que tengo las calles solo para mí.

Conecto los auriculares al móvil y le doy «play» a una lista de reproducción con canciones *k-pop* animadas. No quiero pensar en nada, así que me dejo perder en canciones cuya letra no entiendo y en el dolor placentero de mis músculos trabajando.

Es catártico; esta es la última vez que voy a correr antes de que todo cambie. Amelia y Reagan viajan a Córdoba a finales de semana, y Carolina y Finn empiezan la universidad poco después, mientras que a mí me toca volver a La esquina 43 el martes.

Voy a quedarme sola, aunque ahora sé que no *estoy* sola.

Solo me ha costado todo el verano darme cuenta.

No me puedo creer que haya terminado, principalmente porque una parte de mí siente que estos dos meses no han sido reales. Han pasado muchas cosas, buenas pero también malas, tantas que si tuviera que enumerarlas no sabría por dónde empezar.

Decido ir por un camino diferente esta vez, girando a la derecha en lugar de a la izquierda en una intersección. Estoy tan metida en mi propio mundo y tengo la música tan alta que no me doy cuenta de que hay alguien intentando alcanzarme. De hecho, solo me percato de su presencia cuando se acerca a mí, hiperventilando y corriendo casi al mismo ritmo que yo, el pelo oscuro rebotándole sobre la frente.

—¡*Joder!* —grito, arrancándome los auriculares de un tirón. Le echo un vistazo rápido, pero me tropiezo con una piedra y tengo que volver a concentrarme en el camino para no irme de boca contra el suelo. Aumento la velocidad para dejarlo atrás, pero el desconocido hace lo mismo para no perderme—. ¿Se puede saber qué narices...?

Es entonces cuando me doy cuenta de quién es. Reconozco esos pantalones cortos de color rojo chillón. No freno en seco porque voy demasiado rápido y me iría al suelo, pero mis piernas están en autopiloto. No soy consciente de nada salvo del chico a mi lado.

—¿Micah?

Una sonrisa de medio lado se apodera de sus labios, aunque cambia rápidamente a una mueca de dolor y sigue hiperventilando. Durante un minuto entero, estoy segura de que todo es una alucinación muy elaborada y en realidad sigo en mi cama, durmiendo. Eso es lo único que explicaría qué hace Micah Nguyen corriendo a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, porque todavía no me ha respondido.

—Tengo —jadea Micah, levantando un dedo y sin parar de correr— algo... que... decirte. Gen. Eugenia. ¿Puedes...? Joder, ¿puedes *parar*?

Le hago caso: bajo la velocidad poco a poco hasta detenerme en medio de la carretera. Micah hace lo mismo, solo que cuando él frena se dobla en dos, manos en las rodillas, e intenta recobrar el aliento. Se me escapa una risita. Siempre me ha hecho gracia ver a gente que no está acostumbrada a correr practicando el deporte.

—Creo que voy a escupir un pulmón —murmura, asfixiado.

Trago saliva.

Tiene que ser un espejismo.

—¿Qué haces aquí? —vuelvo a preguntar.

Debería estar a miles de kilómetros, preparándose para las clases o escribiendo o haciendo lo que quiera que haga cuando no está en Salva Guardia. Lo primero que se me ocurre es que Carolina se equivocó de día al decirme cuándo se iba, pero se la veía bastante convencida. Lo segundo que se me pasa por la cabeza es que...

—¿Ha pasado algo? —Me agacho para intentar mirarlo a los ojos, pero no hay manera—. ¿Está tu familia bien? ¿Habéis...?

—Todo bien —contesta Micah. Me enseña un pulgar hacia arriba, todavía doblado—. Estamos todos bien.

—¿Entonces qué haces *aquí*?

—Tú —jadea. Se pasa una mano por el pelo, gotitas de sudor vuelan en todas las direcciones, y por fin se endereza—. Estoy aquí por ti.

Cualquier rastro de pensamiento coherente desaparece de mi cabeza cuando le veo la cara. Apenas ha pasado una semana desde la fiesta en casa de Carolina, pero lo siento como si hubieran sido años. Solo verlo hace que se me encoja el corazón dolorosamente. Los ojos oscuros y rasgados, el fantasma de sus hoyuelos y el rojo de sus mejillas. Incluso sudado y pegajoso, no sabía cuánto lo echaba de menos hasta ahora.

No digo nada. Es como si de repente se me hubiera vaciado el cerebro y hubiera olvidado cómo hablar. Micah tampoco parece muy bien saber qué hacer, porque se lleva una mano a la cintura y aparta la vista antes de volver a centrarla en mí. Observo su nuez moverse cuando traga saliva, como en trance.

—Tengo que decirte algo —anuncia después de lo que parecen horas.

Se me escapa la mirada a sus labios sin querer.

—Tenías el vuelo ayer —musito sin convicción, como ida.

—Soy escritor *best seller* —contesta con socarronería, la sonrisa de medio lado haciendo acto de presencia—. ¿Te crees que no me puedo permitir otro billete?

En cualquier otra situación me reiría, pero ahora no me sale ni la sonrisita. Pienso en las estrellas, en el beso, en su libro.

«Gracias por inspirarme».

Joder. Joder.

—¿No te has ido por *mí*?

Micah abre los ojos de par en par ante mi tono de voz, chillón y un pelín alterado. Puede que se me hayan escapado las ideas por las orejas, pero incluso con la cabeza vacía soy

perfectamente consciente de la situación. Micah se volvía a Corea del Sur ayer por la noche, pero ha decidido no subirse al avión por mí. Por *mí*. Esto solo pasa en las películas que mi hermana odia.

—Más o menos —dice Micah. Luego se corrige—: *Definitivamente*. Tengo algo importante que decirte.

—¿No me lo podías decir por teléfono? —Me doy cuenta de lo mal que suena cuando Micah pone una mueca, así que intento arreglarlo—: Quiero decir, ¿cuánto cuesta un billete a Corea? Tiene que ser...

—Gen —me interrumpe con suavidad—, no quiero ser dramático, pero esto es más importante. Además, no me contestabas a los mensajes. Dudaba que me cogieras una llamada.

Una gotita de sudor le resbala por la frente, bajándole por la mejilla, la barbilla, hasta llegar al suelo. Me concentro en ella y en todas las que siguen, porque si pienso en otra cosa —en su pelo alborotado, en la sonrisa delirante, en sus jodidos pantalones— creo que voy a explotar. Me meto las manos en los bolsillos del chándal, pero las saco segundos después, tan nerviosa que no sé qué hacer con mi propio cuerpo.

Micah no deja de mirarme como si no hubiera nada más a nuestro alrededor, con los ojos oscuros pero tan brillantes como las estrellas que contamos en su patio. Casi puedo verme reflejada en ellos. No me doy cuenta de que yo también me lo estoy comiendo con los ojos, pero es exactamente lo que estoy haciendo: trazar con los ojos el contorno de su piel, las líneas de su cara y las arrugas de su ropa.

—En realidad —dice Micah después de un momento, como saliendo del trance en el que ambos estábamos—, tengo que decirte dos cosas. Bueno, tres. Quizá cuatro.

Este es su *gran gesto*, pienso entonces. También lo fueron las estrellas, presentarme a su familia, acompañarme a la fiesta, incluso comprar su propio libro y luego regalármelo.

—En fin, allá voy. —Da una palmada, asiente para sí mismo y empieza a vomitar las palabras—: Me preguntaste cómo acaba mi libro. No acaba bien. No acaba *nada* bien, de hecho, porque... la verdad es que preferiría que te lo leyese, pero vaya, que... acaba mal porque Nina está muerta. Se suicida, ahogándose en el mar. Tala no la encuentra, no del todo. Pero —levanta un dedo largo y fino y lo sacude en el aire— también acaba *bien*, Gen. Porque Tala no encuentra a Nina, pero encuentra la razón por la que desapareció y, lo que creo que es más importante, se encuentra a sí misma.

Hace una pausa y coge aire, como si le faltase el aliento. Le echa un vistazo a algo más allá de mí, pero yo no soy capaz de apartar la mirada. Me está contando el final del libro porque piensa que no me lo he leído.

—Es lo que más me gusta de *Estrellas bajo el mar* —confiesa, el volumen de su voz disminuyendo—. Ya sé que no es el final que tú hubieras escrito. Me recriminaste que el que Nina hubiera dejado sola a Tala en la granja no es realista porque una hermana nunca hubiera hecho eso, y lo que no pude decirte entonces es esto: Nina no quería dejar sola a Tala, pero no tuvo opción. No podía más. Esa es la parte triste: ya no están juntas. Pero al mismo tiempo siempre lo van a estar, porque Tala no va a olvidarse de su hermana. *Esa* es la parte bonita.

Comparé a Nina y a Tala con Amelia y conmigo cuando todavía no me había leído el libro al completo. Ahora, después de haberlo hecho y después de escuchar a Micah explicármelo, sigo haciéndolo: mi hermana no está muerta, pero se va a ir lejos. Pensaba que eso significaba

perderla, pero ahora sé que por muy lejos que esté o por mucho tiempo que pase entre nuestras conversaciones, siempre vamos a ser hermanas.

Micah ha hecho que Nina y Tala se encuentren, si bien no de la forma en la que yo pensaba que iba a suceder.

—No quería destripártelo —continúa Micah, ajeno a mis pensamientos y gesticulando como un maníaco, desesperado por sacarlo todo—, pero quería que lo supieras. Quería que supieras cómo termina mi libro, Gen, *necesitaba* que lo supieras.

—Micah —intento interrumpirlo, pero no me deja.

—También quería decirte que yo no fui quien publicó tu relato. —Traga saliva, sacude la cabeza y me mira a los ojos—. Estuvo mal hacerte chantaje, estuvo *fatal*. Y sé que a lo mejor no me crees, pero nunca lo hubiera hecho, eso te lo decía en serio. No hubiera revelado tu secreto aunque hubieras insultado todas las cosas que he escrito durante toda mi vida. No te hubiera hecho eso. No lo he hecho.

Aunque no es la primera vez que escucho todo esto, sí que es la primera vez que me lo creo de verdad. Me cruzo de brazos. Si no fuera porque sé que no ha terminado de hablar, me abalanzaría sobre él sin pensármelo.

—Debería habértelo dicho antes —dice con una sonrisita traviesa—. También debería haberte dicho antes que me gustas. *Muchísimo*. ¿Quién lo diría, eh? De todas las reseñas que he recibido, «tu libro es una mierda» ha resultado ser la mejor.

Se me escapa un sonido que es medio risa, medio llanto. Es surrealista: estamos en mitad de una calle desierta en Salva Guardia, la ciudad de la que Micah siempre ha querido escapar y de la que yo nunca pensé que escaparía. El escritor *best seller* y el Anónimo.

—No has cogido un avión por mí.

Es todo lo que me sale decir. Micah tiene la decencia de encogerse, avergonzado, el color rojo inundando sus mejillas.

—Llevo diciéndote desde hace un tiempo que te tienes que arriesgar más. Ya era hora de que el que arriesgara algo fuera yo.

—Has dicho tres cosas, no cuatro —apunto.

—Ah, ya. —Micah da un paso hacia mí, sus zapatillas chocando contra las mías, tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo contra el mío—. En realidad, los puntos tres y cuatro se parecen mucho. —Coge aire por la nariz y luego me sujeta la cara, su pulgar en mi mandíbula haciendo círculos—. Gen. Creo que estoy enamorado de ti.

—¿Crees?

Micah deja caer la cabeza, su flequillo haciéndome cosquillas en la nariz. Cuando la levanta, es su nariz la que roza la mía.

—Sé que lo estoy —se corrige—. Joder, Gen. Estoy coladísimo, hasta las trancas.

—Y, por último —recito, en lugar de decirle que yo también lo quiero, porque soy idiota—, al Anónimo de Salva Guardia: gracias por inspirarme.

La reacción de cualquier otra persona hubiera sido inmediata. Soltar un grito indignado, probablemente, darse la vuelta y no mirar atrás. Pero mis palabras tienen el efecto deseado en Micah, que se muerde los labios y sacude la cabeza lentamente, una y otra vez hasta que por fin se ríe, esa risa que me gusta tanto y que he memorizado a lo largo del verano, la risa que parece reservar solo para cuando estoy cerca.

El olor a su colonia mezclada con el sudor de la carrera me marea, pero las estrellas que veo no son del tipo que ves cuando te levantas demasiado rápido y todo te da vueltas, sino las que ves cuando estás en lo alto de una montaña rusa a punto de descender por los raíles a toda velocidad.

—¿Te lo has leído, eh? —Micah baja el volumen de su voz hasta que apenas es un susurro. Me inclino hacia él, tanto que nuestros cuerpos casi se funden en uno. Sus dedos acarician la piel de mi cintura por encima de la tela de la ropa, con suerte pronto por debajo—. Podrías haberme ahorrado la perorata.

—Es que estabas muy emocionado.

¿Por qué seguimos hablando? Lo único que ocupa mis pensamientos ahora mismo son los labios de Micah. Recuerdo los besos que nos dimos en la fiesta de Carolina y pienso que fueron muy pocos, que quiero besarlo hasta que pierda el aliento, que quiero besarlo hasta que se ponga el sol y vuelva a salir el día de después.

—¿Qué te ha parecido?

—Que no es el final que yo hubiera escrito —murmuro casi contra sus labios, enroscando los brazos alrededor de su cuello—. Pero es un libro muy, *muy* bueno.

Como respuesta, Micah me pelliza la cintura. Doy un saltito que le hace soltar una risa ronca, las pupilas dilatadas. Casi, casi, casi.

—Por fin lo admites —susurra.

—Podrías haber venido a casa para decirme todo esto, ¿sabes?

—Amelia me mandó un mensaje el otro día —dice, el olor a dulce en su aliento—. El primer mensaje en dos años. Me dijo que sales a correr todas las mañanas. Esto es más romántico que esperarte en el porche como un acosador.

—Llevas todo el verano haciéndome chantaje. *Eres* un poco acosador.

De todas las formas en las que el verano podría haber terminado, esta es sin duda mi favorita. Micah me tira de la coleta y cierra los ojos, sus pestañas oscuras sobre los pómulos. Aguanto el aliento y lo miro una vez más antes de dejar de ver.

Todavía quedan páginas y páginas por rellenar, cada una mucho mejor que la anterior.

—¿Micah?

—Mmm.

—Mi nombre no empieza por eme. Le voy a caer *fatal* a tu familia.

—No quería avergonzarte —confiesa con un deje pícaro en la voz—, pero sé que te llamas María Eugenia.

—Mierda —digo, aunque tampoco me sorprende que lo sepa—. Ese es un secreto incluso mejor guardado que el del Anónimo.

Ambos reímos, tan cerca que donde empieza él acabo yo. No quiero moverme nunca.

—Solo para que lo sepas —murmuro—, yo también estoy coladísima, hasta las trancas.

No sé quién rompe la poca distancia que nos separa, si él o yo. O quizá somos los dos, que nos encontramos a medio camino. Este beso es mejor que el de la fiesta, sin mentiras, ni chantajes, ni libros de por medio, pero no mejor que todos los que sé que van a seguirle.

Esta historia no se ha terminado.

EUGENIA SILVA

Corres entre las olas, los dedos enterrados en la arena y la espuma del mar mojándote el pelo. Años después escribes sobre ello, palabras que sueñas que sean verdad, recuerdos tan antiguos que ya no son recuerdos. Ahora corres entre personas, tantas que es imposible verte, escapas de algo invisible.

¿Qué te da miedo?

Te detienes. Dejas que te alcance.

Cierras los ojos. Te pierdes, pero al abrirlos te vuelves a encontrar.

Una sonrisa de medio lado.

Vuelves a cerrar los ojos.

Saltas.

Fragmento de *Recuerdos de verano*,
por EUGENIA SILVA, en el periódico de Salva Guardia

agradecimientos

Empecé a escribir este libro después de contarle a una amiga que estaba profundamente triste. No sabía qué hacer, a quién acudir o cómo escapar de la tristeza que me embargaba. Ella me propuso escribir, así que eso es lo que hice. Escribí y no dejé de escribir hasta ponerle punto final a esta historia. Gracias por el consejo.

Ojalá pudiera viajar al pasado y decirme a mí misma que llegaría tan lejos. No solo he publicado un libro, sino dos (¡dos!). Ni en mis mejores sueños me imaginaba aquí, y sé que no podría haberlo logrado sin todas las personas que me han apoyado y acompañado a lo largo de los años.

Quiero darle las gracias a mi familia, que siempre ha estado ahí. A mis padres, que suspiran y resoplan cuando, en las noches despejadas, insisto en enseñarles las constelaciones que se ven desde casa; sé que en realidad os lo pasáis bien. A mi hermana, sin la que no hubiera habido historia; a mí no me gusta cocinar y tú ya te has ido de casa, pero como Eugenia y Amelia, sé que siempre vamos a tenernos la una a la otra.

También quiero agradecer al resto de mi familia; a mi otra familia. A los que me han animado a continuar con la escritura desde aquel cuento sobre la princesa secreta, que no llegó muy lejos, pero fue el principio de muchas cosas. Elisa, Pedrín, Adara, Lucía, Mayte, Jose y Nerea. Javi, Elena y Conchi. Silvia, Juan y Elena.

Muchas, muchas gracias al CAS Lanzarote, aunque todavía no os he perdonado que vierais la manta diablo sin mí.

Gracias a las m3, Marta, María y Mónica. Ya no vivimos juntas (no sabéis lo mucho que echo de menos poder molestaros a cualquier hora), pero sé que os tengo ahí para lo que sea, cuando sea. Gracias a Matteo, que no lloró con el final solo porque estaba yo delante (espero que esta segunda vez leyendo no te hayas cortado).

Gracias a Fran, que siempre está dispuesto a meterse en los fotomatones conmigo, y a Cristina, que me manda incontables fotos y vídeos cuando visita un acuario porque sabe que me encantan. Mi vida sería mucho menos divertida sin vosotros.

Gracias a Jorge, Kris y Sierra por los tintos, las rutas por el bosque, las tirolinas y todo lo demás. Sois mi mayor inspiración.

Gracias, gracias, gracias a Luna y a su madre, Mari, porque son mi segunda casa, un hogar en el que sé que siempre tendré un hueco. Mis historias no serían las mismas si no las tuviera a ellas.

No puedo no darle las gracias a las chicas de Siren Books, que han vuelto a confiar en mí y le han dado una casa a Eugenia, Micah y compañía. Sois las mejores.

Y último, pero no menos importante, gracias a ti, que te has leído el libro. No sabes lo feliz que me has hecho :)